



CRISIS  
&  
TEORIA DE LA CRISIS  
PAUL MATTICK



EDICIONES DE BOL



# Índice

Presentación, 3

Prefacio, 4

1. La economía burguesa, 5

2. La teoría de la crisis de Marx, 24

3. Los epígonos, 40

4. Esplendor y miseria de la economía mixta, 61

5. El capitalismo tardío, de Ernest Mandel, 78

6. Valor y precio en Marx, 106

## Presentación de esta edición.

«*Crisis y teoría de la crisis*» fue publicado originalmente en 1974. El grueso de la versión aquí presentada ha sido tomado de la edición en castellano de Ediciones Península (Barcelona, 1977, Trad. de Gustau Muñoz). No obstante, hemos decidido completarla de acuerdo con la edición inglesa, que contiene un prefacio y añade a la obra como capítulo adicional la crítica del autor a «*El capitalismo tardío*» (1972) de Ernest Mandel, fechada asimismo en 1972. La traducción de este último texto se ha tomado de la versión también publicada por Península, incluida en la compilación «*Crítica de los neomarxistas*» (1977, Trad. de Gustau Muñoz). Todas las traducciones publicadas por Península fueron realizadas a partir de las versiones originales en alemán, *Krisen und Krisentheorien* y Ernest Mandels «*Spätkapitalismus*».

El prefacio que el autor preparó, presumiblemente para la edición británica -ya que no fue incluido en la edición de Península-, lo hemos traducido nosotros a partir de la versión digital, publicada por *Class Against Class* (<http://www.geocities.com/cordobakaf/index.html>).

Por último, decidimos insertar como capítulo final el artículo «Valor y precio en Marx», que está bastante relacionado con los temas tratados. Éste texto fue publicado en *Negaciones* (Revista Crítica de Teoría, Historia y Economía), nº 6, otoño de 1978 (Trad. de Justo G. Beramendi). Esta versión contiene diferencias de desarrollo con la disponible en inglés (<http://www.marxists.org/archive/mattick-paul/1983/bourgeois-economics/index.htm>) en el Marxists Internet Archive y publicada póstumamente en la compilación «Marxismo y economía burguesa» (1983). Puede suponerse que la aquí reproducida sea una versión anterior, más breve.

Se han realizado correcciones mínimas en todos los textos, allí donde se detectaron erratas evidentes.

\* \* \*

Este libro puede considerarse una de las obras sintéticas fundamentales del comunismo de consejos, al mismo nivel que «*De la revolución burguesa a la revolución proletaria*» de Otto Rühle (1920), los «*Principios Fundamentales de Producción y Distribución Comunistas*» del Grupo de Comunistas Internacionalistas de Holanda (GIKH, 1930) o la más famosa, «*Los Consejos Obreros*» de Anton Pannekoek (1942-47).

***Círculo Internacional de Comunistas Antibolcheviques***

[http://www.geocities.com/cica\\_web](http://www.geocities.com/cica_web)

[cica\\_web@yahoo.com](mailto:cica_web@yahoo.com)

## Prefacio

No hace tanto que la economía keynesiana parecía ofrecer instrumentos no sólo para superar las depresiones, sino también para evitarlas. Esto ya no es verdad, por cuanto nos encontramos en un mundo post-keynesiano en el que ni las tendencias al equilibrio de la oferta y la demanda, ni las intervenciones keynesianas en los procesos económicos, son capaces de impedir el continuo deterioro de la economía a través de la inflación en aumento y del creciente desempleo. Debido a la larga prosperidad de posguerra en las naciones capitalistas dirigentes, a mucha gente esto se le ha presentado como una desagradable sorpresa, y ha provocado una nueva preocupación acerca del problema de la crisis capitalista. Aunque ampliamente ignoradas por los economistas burgueses hasta 1929, las crisis acompañaron todo el desarrollo capitalista como un «regulador» decisivo del proceso de acumulación del capital. Vale la pena, así, echarle un vistazo global al ciclo de crisis, a cómo se ha manifestado históricamente tanto como a respecto de las respuestas que ha evocado en la teoría económica.

En lo concerniente a la economía burguesa hay, sin embargo, poco que decir, en tanto su teoría general del equilibrio no deja sitio a la dinámica procesual de desequilibramiento de la expansión del capital. La acumulación aparece aquí como una cuestión de «ahorro», o como un fenómeno del «crecimiento», para los cuales ha de encontrarse una senda de equilibrio con objeto de escapar del persistente «ciclo comercial». Que el problema no sea en absoluto tomado en consideración, refleja el ineludible reconocimiento de que muchas, sino todas las categorías de la teoría económica burguesa, no tienen mayor repercusión en el desarrollo capitalista *a largo plazo* de la que tienen en las relaciones *cotidianas* de producción e intercambio del mercado capitalista. Hay una fuerte tendencia a volver la vista a la economía política clásica, o incluso a Marx, en busca de una aproximación teórica más útil para solucionar los problemas de la producción de capital. En relación a esto, es interesante notar que las cuestiones propuestas por los economistas actuales meramente repiten, pero de una forma más superficial, las discusiones alrededor del problema de la crisis mantenidas dentro del campo marxista en torno al cambio del siglo [XIX-XX]. Estas controversias también concernían a la posibilidad de una «senda de equilibrio», que condujese a un desarrollo armonioso, libre de crisis.

Las interpretaciones diferentes y contradictorias de la teoría de la crisis de Marx pueden proporcionar algún consuelo a sus oponentes, pero no indican más que la infiltración de los conceptos económicos burgueses en la doctrina marxiana, en tanto complemento teórico de la integración práctica del movimiento socialista en el sistema capitalista. Había, y hay, un doble empeño en reconciliar, al menos en cierta medida, el antagonismo histórico entre el marxismo y la teoría económica burguesa, lo que encuentra su reflejo en un creciente eclecticismo por ambas partes. Que la crisis del marxismo está aún profundizándose puede suponerse a partir del artículo acerca del libro de Ernest Mandel sobre el «Capitalismo tardío», artículo que actualiza, por así decirlo, la discusión y la confronta con una teoría marxista de la crisis no diluida.

**Paul Mattick**

«Pero un gran período histórico nunca muere tan rápidamente como acostumbran a esperar sus herederos ni tampoco, quizá, como necesariamente han de esperarlo para poder arremeter contra él con el empuje requerido.»

**Franz Mehring**

## **Capítulo 1**

# **LA ECONOMÍA BURGUESA**

El despliegue progresivo de la economía capitalista fue desde sus comienzos un proceso lleno de retrocesos. Habían buenos y malos tiempos y se buscaba una explicación de por qué. El carácter decisivamente agrario de la producción social permitía al principio todavía deducir las causas de la penuria económica de la inestabilidad de la Naturaleza. De otro lado, la reducida productividad del propio trabajo agrícola conjugada con el crecimiento de la población despertaba el temor de que la producción capitalista en ciernes se enfrentaba con límites naturales que conducían al advenimiento de un estado estacionario de la sociedad. La economía política burguesa se caracterizaba por un profundo pesimismo del que sólo pudo desprenderse con la aceleración del desarrollo del capital.

A pesar de que en la teoría clásica las relaciones sociales eran concebidas como relaciones naturales, ello no era obstáculo para que, a través de la distribución, los clásicos se dedicasen especialmente a las relaciones sociales. Si bien el equilibrio entre intereses diversos quedaba preservado en la teoría clásica por la vía del intercambio, al estar éste determinado por las cantidades de trabajo contenidas en las mercancías, no dejaba, por otra parte, de ponerse en cuestión. En una consideración puramente formal de las relaciones de cambio y bajo el supuesto de libre concurrencia, los intereses individuales parecían coincidir con los de la sociedad en su conjunto y la ley económica del intercambio de equivalentes parecía ser una ley justa. Ahora bien, al tomar en consideración el reparto clasista del producto social en renta de la tierra, salario y beneficio, resultaba que el proceso formal de intercambio no era una abstracción legítima de la realidad.

La teoría del valor-trabajo construida por los clásicos consideraba el estado de cosas dado y su ulterior desarrollo desde el punto de vista del capital y, con ello, desde el punto de vista de la acumulación capitalista. Con pocas excepciones, aun cuando con diversidad de argumentos, los clásicos supusieron que la acumulación capitalista se enfrentaba con barreras, expresión de lo cual había de ser la caída de los beneficios. Según David Ricardo la acumulación encontraba un límite inevitable en la productividad decreciente del cultivo de la tierra. Un desnivel creciente en cuanto a rendimientos entre el trabajo industrial y el trabajo agrícola había de elevar los costes

salariales y hacer descender la tasa de beneficios favoreciendo a la renta de la tierra. Esta teoría era evidentemente reflejo de las relaciones que existían en la época de Ricardo entre terratenientes y capitalistas y no tenía nada que ver con las tendencias de desarrollo immanentes a la producción de valor. Según Marx, la incapacidad de Ricardo para explicar las leyes de desarrollo del capital a partir de la producción misma de capital fue lo que le impulsó a «huir de la economía a la química orgánica»<sup>1</sup>.

No obstante, Marx veía en el miedo de los economistas ingleses ante el descenso de la tasa de beneficio «una profunda comprensión de las condiciones en que se desenvuelve la producción capitalista». Lo que, por ejemplo, inquietaba a Ricardo era «que la tasa de beneficio, el acicate de la producción capitalista, condición y motor de la acumulación, corre peligro por el desarrollo mismo de la producción [...] Se revela aquí de un modo puramente económico, es decir, desde el punto de vista burgués, dentro de los límites de la comprensión capitalista, desde el punto de vista de la producción capitalista misma, su límite, su relatividad, el hecho de que este modo de producción no es absoluto, sino puramente histórico, que es un modo de producción que corresponde a una, cierta época limitada de desarrollo de las condiciones materiales de producción»<sup>2</sup>.

Al derivarse la tendencia al descenso de los beneficios primariamente del aumento de la concurrencia y, en conexión con el incremento de la población, de la creciente renta de la tierra, no se tardó mucho en enfrentar también al salario con las necesidades de beneficios de la acumulación. De otro lado, la difusión del trabajo asalariado constituía un estímulo, a través del concepto de valor vinculado al tiempo de trabajo, para el planteamiento de cuestiones en torno a la causa del beneficio. Tales cuestiones encontraron respuesta en la reivindicación, por parte de los productores, de la totalidad del producto de su trabajo. Al igual que el beneficio mismo, el capital acumulado fue entendido también como suma de

<sup>1</sup> Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der politischen ökonomie*, Berlín, 1953, p. 639. (Traducción castellana de P. Scarón, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858*, 3 vols., Madrid, 1972, vol. 2, p. 288.)

<sup>2</sup> Karl Marx, *Das Kapital*, vol. III, MEW 25, pp. 269-270. (Trad. cast. de W. Roces, *El Capital*, vol. III, México, 1971, 4a. reimp., p. 256.)

trabajo no pagado. El rechazo del cargo de explotación capitalista requería, por consiguiente, la retirada de la teoría del valor-trabajo. Por otra parte, el problema de la acumulación podía ser sencillamente olvidado ya que los temores que había suscitado demostraron ser falsos. La acumulación no disminuyó, sino que aumentó y el capital estableció inequívocamente su dominio sobre la sociedad. El trabajo asalariado y el capital daban origen a los principales antagonismos de clase y determinaban las evoluciones siguientes de la economía burguesa.

Los economistas no tenían por qué ser forzosa-mente conscientes del carácter crecientemente apologético de la economía. A partir de la convicción de que la capitalista es la única economía posible, cualquier crítica que se le haga resulta una deformación subjetiva e injusta de la realidad. La apologética aparece como objetividad, como conocimiento científico que no se ve afectado ni siquiera por las carencias demostrables del sistema. De todos modos, la generalización de la economía capitalista exigía un planteamiento ahistórico así como la transformación de las categorías de la economía política en leyes generales del comportamiento humano comunes a todas las formas de sociedad. Dado que el pasado sólo puede ser comprendido a partir del presente, la economía burguesa era para Marx también una clave para la comprensión de las formaciones sociales anteriores, «pero no al modo de los economistas, que borran todas las diferencias históricas y ven la forma burguesa en todas las formas de sociedad»<sup>3</sup>. Las determinaciones abstractas generales, que pueden encontrarse más o menos en todas las formas de sociedad, presentan sin embargo en cada sociedad particular un carácter correspondiente únicamente a esa sociedad. El dinero en tanto que medio de cambio y el dinero en tanto que capital expresan relaciones sociales diferentes y los medios de trabajo empleados en el pasado no pueden equipararse con el capital que se valoriza a sí mismo. La economía capitalista no puede entenderse a partir de las determinaciones abstractas generales del comercio y del tráfico humanos y limitarse a ellos sólo puede obedecer a la ignorancia de las verdaderas relaciones sociales o al deseo de sustraerse a problemas con ellas relacionados.

Según Marx, en la base de la teoría clásica del valor había una confusión de la producción en su sentido natural y en su sentido económico. Era por esto por lo que tomaba como punto de partida el trabajo y concebía el capital como una cosa y no en tanto que relación social. Sin embargo, para «desarrollar el concepto de capital es necesario partir no del trabajo, sino del valor y además del valor de cambio ya desarrollado en el movimiento

de la circulación»<sup>4</sup>. La diferencia entre el valor de cambio y el valor de uso de la fuerza de trabajo forma la base de la existencia y del desarrollo de la sociedad capitalista y tiene como presupuesto la separación del obrero de los medios de producción. El trabajo en sí mismo carece de valor, pero la fuerza de trabajo en tanto que mercancía produce además de su propio valor una plusvalía de la que resultan las diferentes categorías económicas de la economía mercantil como el precio, el beneficio, el interés y la renta de la tierra y en la que, al propio tiempo, encuentran su ocultamiento.

La crítica marxiana de la economía burguesa era, por tanto, doble: consistía, por una parte, en la más consecuente aplicación de la teoría del valor-trabajo al desarrollo capitalista sobre la base de las categorías económicas fetichistas dadas y, por otra, en el desenmascaramiento de esas categorías poniendo de manifiesto su carácter de relaciones de clase y de explotación peculiares del modo de producción capitalista. Lo que los clásicos no podían hacer, explicar las dificultades que iban creciendo con el capital por el antagonismo entre la producción de valores de uso y la de valores de cambio inherente al modo de producción capitalista, lo pudo hacer Marx, quien así consiguió mostrar cómo los límites con que se enfrenta el capital proceden del mismo capital. Y dado que tras las categorías económicas se ocultan relaciones de clase, reales, las contradicciones económicas propias del capital eran al mismo tiempo antagonismos actuales pudiendo ser superadas, por consiguiente, por la vía revolucionaria.

La no atención al antagonismo de clase entre capital y trabajo propio del capitalismo había permitido a la economía clásica autoconcebirse como ciencia libre de prejuicios sin caer por ello en un puro positivismo. Tenía también un carácter normativo que le venía dado por el hecho de que elaboraba proposiciones encaminadas a la resolución de situaciones negativas persistentes o de nueva aparición. Se pensaba que la armonía esperable de la economía de mercado era obstaculizada por tentativas opuestas provenientes todavía de la política monopolista y monetaria propia del mercantilismo. Al mismo tiempo, no obstante, empezaba a ponerse en duda ya que la concurrencia universal fuese la panacea para todas las ilicitudes de naturaleza económica. El evidente empobrecimiento de los obreros motivó a John Stuart Mill a proponer cambios en las consecuencias económicas de la producción capitalista a través de una más justa distribución a conseguir por vías políticas. Para Marx, la relación entre la producción y la distribución estaba fijada por la producción misma. Lo «insípido» de Mill estribaba, para Marx, en que «consideraba eternas las relaciones de producción

<sup>3</sup> Karl Marx, *Grundrisse*, op. cit., p. 26. (Trad. cast. cit., p. 26.)

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 170. (Trad. cast. cit., vol. I, p. 198.)

burguesas, pero históricas sus formas de distribución, (con lo que) no entendía ni las unas ni las otras»<sup>5</sup>. Los elementos normativos de la economía clásica no expresaban sino una comprensión defectuosa de la sociedad burguesa.

En general, la economía política que se formó al compás del capitalismo, venía a ser la aprehensión ideal y la exposición de la producción de mercancías vista desde el punto de vista burgués; una producción que proporcionaba beneficios a los propietarios de los medios de producción a través del intercambio. La crítica práctica de la economía política era ella misma también economía política, pero desde el punto de vista de los obreros y, como tal, se agotaba en la lucha de éstos por condiciones de vida mejores. La economía política era, así, lucha de clases entre el capital y el trabajo enmascarada bajo categorías económicas. Mientras la burguesía se atuvo a la teoría del valor-trabajo basada en el tiempo de trabajo, hizo justicia, a su modo, a los datos objetivos, por más que pasase de largo calladamente ante el hecho de la explotación. Con el abandono de la teoría del valor-trabajo se privó a sí misma de la posibilidad de conocimiento objetivo de los hechos económicos y dejó en manos de la crítica marxiana la consideración científica de la sociedad burguesa.

Sería, de todos modos, erróneo suponer que el abandono burgués de la teoría del valor-trabajo ha de ser atribuido con exclusividad a la negación del hecho de la explotación. Dejando aparte que la teoría del valor-trabajo no fue entendida en su verdadero sentido, esto es, en el sentido de la doble naturaleza de la fuerza de trabajo como valor de uso y como valor de cambio, tampoco tenía ya interés práctico para la burguesía. Para ella de lo que se trataba era no de los valores en base al tiempo de trabajo sino de los precios desvinculados de los valores y establecidos por la concurrencia. A pesar de que esto no debería haber supuesto un obstáculo para que los clásicos, partiendo de su punto de vista social global, demostrasen a pesar de todo la validez de la teoría del valor y aun cuando esto en gran parte se intentó, la solución del problema del valor había de quedarle reservada a Marx. Así pues, las dificultades teóricas inherentes a la teoría del valor-trabajo tuvieron, seguramente, su parte de responsabilidad en el abandono de la ley del valor-trabajo.

Sea como sea, derivar el beneficio, el interés y la renta de la tierra de la ley del valor sólo podía llevar a la idea de que junto a su propio valor los obreros producen una plusvalía de la que se apropian las capas no productoras de la sociedad. Había que hacer desaparecer la idea de que sólo el trabajo produce valor para poder justificar los ingresos que adoptan la forma de beneficio,

interés y renta de la tierra. Esto, además de necesario, no dejaba de ser plausible, puesto que en condiciones capitalistas los obreros precisan de capital para producir en la misma medida en que éste precisa de ellos. Si la desposesión de los obreros era la premisa de la producción capitalista, la posesión de capital era la premisa de la existencia proletaria. Dado que la una era tan necesaria como la otra y dado que se vivía sobre la tierra, se podía hablar de tres factores - tierra, trabajo y capital- que participaban por igual en la producción. De teoría del valor se hizo, por tanto, en principio una teoría del coste de producción determinada por esos factores.

A pesar de ser incompatible con la ley del valor, la teoría del coste de producción se convirtió en concepto «objetivo» ya que en ella se establecían aparentemente diversas aportaciones a la producción social configurando su valor. El valor de las mercancías resultaba en esta teoría no sólo del trabajo directo utilizado en su producción sino también de las condiciones de producción previamente posibilitadoras de ese trabajo. El interés, a menudo confundido con el beneficio, halló su explicación capitalista en la productividad del capital. El beneficio «puro» se atribuyó a la remuneración del empresario, cuya actividad aparentemente aportaba todavía una parte adicional al ulterior valor social total. La teoría, sin embargo, no era satisfactoria ni desde el punto de vista teórico ni desde el punto de vista práctico. La consideración de la propiedad como fuente de valor en sí misma no estaba exenta de problematización. Pero la identificación del precio de mercado de la fuerza de trabajo con su valor permitía la ilusión de suponer que la ganancia obtenida en el mercado no tenía su origen en la explotación. Los problemas de la economía burguesa parecían desaparecer en cuanto se concentraba toda la atención en el mercado, dejando fuera de la consideración la producción. Al centrarse la atención en el mercado se avanzaba hacia la transformación del concepto objetivo de valor en concepto subjetivo.

La idea evidente de que la valoración de las mercancías depende de su utilidad para los compradores tampoco fue extraña a los clásicos. Así, ya Jean-Baptiste Say intentó derivar el valor directamente de la utilidad, llegando sin embargo a la conclusión de que la utilidad no podía medirse. Ésta sólo podía medirse por la cantidad de trabajo que cada cual estaba dispuesto a rendir para adquirir ésta o aquella mercancía útil. También para Marx el valor de uso de las mercancías era condición previa para que tuviesen valor de cambio. Pero desde su punto de vista no se trataba del intercambio de productos del trabajo destinado a la satisfacción de las necesidades individuales, sino del intercambio de valores de uso dados que aparecían como valor de cambio contra una cantidad mayor de valor de cambio bajo la forma de dinero o de mercancía. Expres-

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 644. (Trad. cast. cit., vol. II, p. 294.)

sado en equivalentes de tiempo de trabajo, esto sólo es factible si existe una mercancía cuyo valor de uso es superior a su valor de cambio y esto en un sentido objetivo y medible. La mercancía fuerza de trabajo cumple esta condición. Ahora bien, si se deja de lado este hecho, el intercambio aparece realmente como un proceso efectivamente destinado a la satisfacción de las necesidades individuales y la valoración de las mercancías como algo dependiente de la multiplicidad de las inclinaciones subjetivas del hombre.

Aislado de la producción, el problema del precio podía ser visto como un puro fenómeno de mercado. Si la oferta de mercancías superaba a su demanda, el precio descendía; si ocurría lo contrario, entonces el precio se elevaba. El movimiento de los precios, sin embargo, no podía explicar el precio mismo. Si se rechazaba el concepto objetivo de valor había, de todos modos, que conservar el concepto de valor para no caer en la determinación del precio a partir del precio. La «solución» se encontró dando un salto de la economía a la psicología. En la base del precio, se afirmaba ahora, se hallan las valoraciones individuales de los consumidores, que se expresan en la demanda. La escasez y la rareza en relación con la demanda explican las relaciones de precios. No tardó mucho tiempo en convertirse la teoría subjetiva del valor en tanto que *teoría de la utilidad marginal* prácticamente en patrimonio común de la economía burguesa.

Con la teoría de la utilidad marginal el concepto mismo de economía política perdió sentido, siendo sustituido por el de la economía «pura». Desde un punto de vista metodológico, la teoría de la utilidad marginal no se distinguía de la economía clásica, pero su contenido dejó de vincularse a problemas de orden social para enfocar la conducta del individuo frente a los bienes a su alcance y las repercusiones de esa conducta sobre el proceso del intercambio. Naturalmente, la economía clásica se refería también al hombre aislado en tanto que *homo oeconomicus* afanándose en concurrencia con otros hombres aislados por conseguir la máxima ganancia. Pero esa concurrencia se entendía como un proceso de igualación y ordenación tendente a adecuar la producción y la distribución a las necesidades sociales. Este proceso se llevaba a cabo, ciertamente -como guiado por una mano invisible- a espaldas de los productores, pero no por esto dejaba de realizarse y de establecer el necesario nexo entre el interés privado y el interés general. Es evidente que a los marginalistas no podía pasárseles por la cabeza negar la existencia de la sociedad. Pero para ellos, las relaciones sociales eran únicamente un medio para la realización de la «relación económica» entre el hombre individual y las cosas percibidas por él como útiles. Esa relación valía igual para el individuo fuera de la sociedad como para todo hombre en

cualquier sociedad, de modo que se tornaba superfluo estudiar la naturaleza de cualquier sociedad determinada.

En la base de la teoría de la utilidad marginal estaba el descubrimiento no demasiado lejano de que tanto de lo bueno como de lo malo se puede acabar por tener demasiado y la aplicación de esta constatación a la economía. En Alemania fue Hermann Heinrich Gossen<sup>6</sup> quien defendió por primera vez este principio. Al principio no halló demasiado eco, pero luego fue ganando considerable reconocimiento como consecuencia de la popularidad del concepto de utilidad marginal desarrollado autónomamente en Inglaterra por William Stanley Jevons<sup>7</sup>. Al mismo tiempo fundaba Karl Menger<sup>8</sup> la «escuela austriaca» de economía teórica basada sobre el concepto subjetivo del valor y a la que, "entre otros, hay que adscribir a Friedrich von Wieser<sup>9</sup> y a Eugen von Böhm-Bawerk<sup>10</sup>. A pesar de que las aportaciones de estos economistas se diferencian en el detalle unas de otras, se les puede meter a todos en el mismo saco de cofundadores de la teoría de la utilidad marginal.

El punto de partida de esta teoría está constituido por las necesidades individuales. La valoración de esas necesidades es asunto de la conciencia humana y es, por tanto, algo subjetivo. En relación con la carencia o abundancia de bienes el valor de cambio y el valor de uso son solamente formas distintas del fenómeno general del valor determinado por la conciencia. La necesidad de un bien determinado, no obstante, es limitada. El punto en el que en una escala de satisfacción supuesta cesa el deseo de un bien, determina su utilidad marginal y, con ella, su valor. Dado que las necesidades del hombre son múltiples, efectúa su elección de los diversos bienes de un modo tal que obtiene la máxima utilidad marginal. Como algunos goces momentáneos tienen consecuencias perjudiciales, compara los goces del momento con las privaciones posteriores para sustraerse a cualquier pérdida de goce. En relación con el mercado, el valor de una mercancía se mide para todo hombre según su utilidad marginal, alcanzándose la utilidad máxima cuando las utilidades marginales de todas las mercancías compradas por él son de la misma magnitud.

¿Quién ignora que la vida va acompañada de placer y de sacrificio y que cada cual intenta reducir al máximo los sacrificios y aumentar el placer? Igual que las alegrías y las penas eran cuantificables para el filósofo utilitarista y reformador social Jeremy Bentham, para Jevons

<sup>6</sup> *Entwicklungsgesetze des Menschlichen Verkehrs, und der daraus fließenden Regeln für Menschliches Verhalten*, 1854.

<sup>7</sup> *Theory of Political Economy*, 1871.

<sup>8</sup> *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, 1871.

<sup>9</sup> *Über den Ursprung und die Hauptgesetze des wirtschaftlichen Wertes*, 1884.

<sup>10</sup> *Kapital und Kapitalzins*, 1884.



era posible calcular el placer y el sacrificio, a causa de lo cual resultaba posible concebir y exponer matemáticamente la economía. Pero lo que no pudo conseguir Say, tampoco lo lograron Jevons y los marginalistas y los intentos de hacer mensurable la utilidad subjetiva fueron pronto abandonados. Se convino en que la utilidad podía ser comparada, pero no medida con exactitud.

La apologética burguesa se había marcado dos tareas. Por una parte creyó necesario hacer intervenir al beneficio, el interés y la renta de la tierra en la creación de valor y, por otra parte, le pareció conveniente apuntalar con elementos científico-naturales la autoridad de la economía. Este segundo deseo fue el que impulsó la búsqueda de leyes económicas generales independientes de cualquier coordenada de espacio o de tiempo. En caso de poderse verificar ese tiempo de leyes, estarían llamadas también a justificar la sociedad establecida pudiéndose soslayar cualquier idea orientada a su transformación. La teoría subjetiva del valor parecía cumplir al mismo tiempo los dos tipos de tareas. Podía omitir toda consideración de las relaciones de cambio peculiares del capitalismo y al mismo tiempo derivar la distribución del producto social, fuese cual fuese su configuración, de las necesidades mismas de los agentes del cambio.

Este intento contaba con un precedente en la idea de Nassau W. Senior<sup>11</sup> de que el interés y el beneficio habían de hacer las veces de una remuneración dada al capitalista por el sacrificio que para él suponía la abstinencia del consumo en interés de la formación de capital. Así, tanto los costes de capital como los costes de trabajo -estos últimos en sentido de la penalidad del trabajo- podían ser igualmente considerados como abstinencia, quedando en pie de igualdad el beneficio y el salario. Dejando a parte estas abstinencias, el cambio servía para la satisfacción de las necesidades de los que participaban en él, los cuales no podían sino ganar, ya que cada cual valora, evidentemente, más los bienes o los servicios que obtiene que los que él da a cambio. El capitalista compra la fuerza de trabajo porque para él importa más que la suma de salarios que entrega a cambio y el obrero vende su fuerza de trabajo porque para él representa menos que el salario que obtiene a cambio. De este modo, en el cambio ganan los dos y la explotación desaparece del horizonte.

Dado que era imposible medir el valor subjetivo, pronto se renunció a la fundamentación psicológica de la utilidad marginal, sin por ello, no obstante, dejar de lado la teoría misma. Ahora empezó a relacionarse no ya con la utilidad misma, sino con las valoraciones subjetivas tal como se expresan en la demanda del mercado. La utilidad, se subrayaba ahora, no se relaciona tanto con una determinada mercancía como con el

conjunto de mercancías entre las que el comprador está dispuesto a elegir. Estas escalas de preferencias de los consumidores se representan gráficamente por medio de las llamadas curvas de indiferencia. Se distinguía entre la magnitud absoluta (cardinal) de la utilidad y la utilidad relativa (ordinal) puesta de manifiesto a partir de las escalas de preferencias. El concepto de utilidad marginal se transformó en el de la tasa marginal de sustitución. El aumento de cantidad de una mercancía compensaba el descenso de cantidad de otra hasta que las tasas marginales alcanzadas procurasen en su sustituibilidad recíproca el máximo de satisfacción. Con otras palabras: el comprador distribuye su dinero de manera que todas las mercancías adquiridas por él son para él equivalentes, de modo que concluye satisfactoriamente sus elecciones. No todos los marginalistas estuvieron dispuestos a abandonar el concepto de utilidad cardinal y para otros el de utilidad ordinal no iba lo suficientemente lejos, porque de todos modos seguía vinculado todavía al valor subjetivo. Dado que la utilidad marginal solo puede manifestarse en el precio, éstos últimos prefirieron una teoría pura de los precios alejada de cualquier problema relacionado con el valor.

Tampoco era posible considerar el precio como determinado exclusivamente por la demanda, puesto que, sin duda, había producción y exactamente igual que había precios de demanda, había precios de oferta. Así, resultaba sencillo combinar la teoría subjetiva del valor con la teoría, anterior a ella, de los costes de producción. De este empeño surgió la llamada teoría neoclásica, cuyo más importante exponente fue Alfred Marshall<sup>12</sup>. De todos modos, los costes de producción seguían entendiéndose en términos subjetivos, como abstinencia por parte del capitalista y como sacrificio causado por el trabajo. Al igual que la demanda estaba determinada por la utilidad marginal, detrás de la oferta se escondía el punto marginal de disposición a seguir trabajando o a demorar el consumo a favor de la formación de capital. Marshall, de todos modos, sabía muy bien que los factores determinantes de la oferta y de la demanda no podían ser conocidos como tales y que el único punto de apoyo de esos factores «reales» había de buscarse en las relaciones de precios en presencia. Es el sistema monetario el que convierte las valoraciones subjetivas en precios en los que se reflejan las necesidades «reales» y las abstinencias. El valor subjetivo no susceptible de cálculo se convierte a través del precio en valor mensurable. La oferta y la demanda regulan los precios en dirección al equilibrio de modo tal que si no en cualquier momento sí a largo plazo la relación entre la oferta y la demanda determina el valor de las mercancías.

<sup>11</sup> *Outline of the Science of Political Economy*, 1836.

<sup>12</sup> *Principles of Economics*, 1890.

Otra variante de la teoría de la utilidad marginal contemplaba la producción como requisito previo evidente de las relaciones de cambio que no exigía mayor atención. Para Leon Walras<sup>13</sup>, fundador de la «escuela de Lausana», la economía en su conjunto no era sino una teoría del intercambio de mercancías y de la formación de los precios.

Para él también el valor se derivaba de la escasez de los bienes en comparación con las necesidades existentes, explicando la utilidad marginal las diversas intensidades en cuanto a percepción de las necesidades. Pero igual que el individuo alcanza a través de sus elecciones en el mercado un equilibrio en cuanto a satisfacción de sus diversas necesidades, el intercambio social global tiende también a un equilibrio general en el que el valor global de los bienes y servicios demandados se corresponde con el valor global de los ofrecidos.

La hipótesis de una tendencia al equilibrio de la oferta y la demanda a alcanzar a través del intercambio estaba, sin embargo, en la base de todas las teorías del mercado. Lo que Walras intentó fue justificar con científicidad y exactitud la validez de esta hipótesis. Para él, la utilidad marginal no sólo era evidente, sino también susceptible de medida: se conseguía aplicando el principio de sustitución al mercado de mercancías en su conjunto, en el que todos los precios están indisolublemente entrelazados unos con otros. Los precios eran para él las relaciones inversas de las cantidades de mercancía intercambiadas. Los costes de producción estaban integrados, para él, por los salarios, intereses y rentas que entraban en ellas y que entendidos como servicios productivos, eran puestos en pie de igualdad. Todas las personas cambian por los servicios productivos que presentan los bienes de consumo que les corresponde. La «realidad» del valor subjetivo que se manifiesta en los precios de equilibrio se pone de relieve en el equilibrio de la economía y ese equilibrio demuestra por su parte el concepto del valor subjetivo. Como el valor y el equilibrio se condicionan mutuamente, la teoría del valor se reduce a la del equilibrio general y basta demostrar teóricamente su posibilidad para lograr la demostración de la validez de la teoría subjetiva del valor.

A pesar de esta conclusión circular, la perspectiva del equilibrio en la consideración de la economía en su conjunto, por sectores o por casos particulares, siguió siendo uno de los métodos principales de la economía burguesa, y esto porque desde su punto de vista, todo el movimiento del mundo -no solo en la economía- tiende al equilibrio. Naturalmente, el sistema walrasiano del equilibrio general -expuesto en términos de un sistema de ecuaciones simultáneas- era solamente un modelo y no una

representación de situaciones reales. De todos modos, sí que aspiraba a presentarse como conocimiento de la realidad, ya que si bien la economía podía alejarse de la situación de equilibrio, siempre tendía a volver a ella. Dado el carácter inabarcable y complejo de los procesos económicos, entrelazados de muchas maneras, la demostración teórica del posible equilibrio sólo podía lograrse por caminos matemáticos a un nivel de abstracción, tal que, a pesar de corresponder a la teoría, perdía cualquier contacto con la realidad.

Sobre la base del supuesto de que en última instancia el valor de las mercancías lo determinan los consumidores, la distribución social de la renta quedaba fuera de consideración. Esta situación intentó remediarla John Bates Clark<sup>14</sup> mediante la aplicación del análisis marginal a los factores productivos. Igual que en el consumo había una escala de satisfacción que conducía a la utilidad marginal, el aumento continuo de trabajo condicionaba la existencia de una disminución en su productividad hasta un punto marginal. Este punto marginal se manifestaba en los salarios dados en cada caso. La identidad, o el equilibrio entre el salario y la productividad marginal podía sufrir perturbaciones, pero sólo para reconstituirse por sí misma. Si la productividad marginal, por ejemplo, sobrepasaba al salario, la demanda de trabajo aumentaba, hasta que se restableciese el equilibrio entre la productividad marginal y el salario. Si, por el contrario, el salario estaba por encima de la productividad marginal, la demanda de trabajo retrocedía hasta el restablecimiento de la identidad entre la productividad marginal y el salario. Lo que ocurría con el trabajo asalariado, ocurría también en el caso de todos los demás factores productivos, de modo que en el equilibrio todos los factores participaban en el reparto de la renta total de acuerdo con su productividad marginal. De este modo, no sólo la oferta y la demanda sino también la distribución del producto social quedaban explicadas a partir del principio de la utilidad marginal o del sacrificio marginal. Y como cada factor de la producción obtenía la parte del producto social que correspondía a su aportación particular a la producción social, la distribución dada no sólo estaba económicamente condicionada; era también justa.

La incorporación de la producción social a la teoría subjetiva del valor les pareció inadecuada a algunos de sus partidarios. Para Böhm-Bawerk<sup>15</sup>, según el cual toda la producción servía en último término sólo para el consumo, no tenía sentido entrar demasiado pormenorizadamente en la producción o hablar de una dependencia de la distribución de la renta de la productividad marginal de los factores de la producción. La producción de capital constituía para él un rodeo en la producción opuesto a la producción directa

<sup>13</sup> *Elements d'économie politique pure ou theorie de la richesse sociale*, 1874.

<sup>14</sup> *The Distribution of Wealth*, 1899.

<sup>15</sup> Véase nota 10.

sin medios de producción esenciales. De este modo, todo proceso de producción en el que se utilizasen medios de producción era un proceso de producción capitalista incluso en el caso de una economía socialista. Para Böhm-Bawerk sólo existían dos factores productivos: el trabajo y latencia; el capital lo consideraba un concepto puramente teórico, no histórico. Todos los bienes presentes son medios de consumo, los bienes futuros -igualmente medios de consumo- aparecen entretanto como bienes de capital y como prestaciones de trabajo. El beneficio, considerado sólo como interés, no se deriva de la producción, sino qué aparece en el cambio de bienes presentes con bienes futuros. La utilidad marginal decide acerca de las diferentes valoraciones del presente y del futuro.

Para Böhm-Bawerk el interés no sólo es inevitable sino que también está justificado, ya que toda producción depende del ahorro de los capitalistas y tanto los obreros como los terratenientes están sometidos al crédito de capital. Ambos no pueden vivir directamente de su producción, ya que ésta requiere plazos de maduración de diversa duración. Tienen que vivir de productos producidos en un período de tiempo anterior. Aquel que no está dispuesto o no quiere limitar su consumo y ahorrar, queda excluido del interés ganado por el período de tiempo. A pesar de que el interés es la forma en la que el rendimiento de los bienes de capital se abona o se cobra, no es un producto del trabajo o del capital, sino solamente una ganancia generada por el mero transcurso del tiempo, algo así como un regalo del cielo. El interés es tanto más un don del cielo cuanto que al mismo tiempo es el instrumento del equilibrio y del progreso económico. Regula el equilibrio necesario entre la producción actual y la producción futura a través de la regulación de las inversiones de capital en lo relativo a su ampliación o limitación en función de las necesidades de consumo existentes. Con el incremento de los rodeos productivos, aumenta la masa de bienes de consumo, con lo que se reduce la necesidad de nuevos ahorros destinados a medios de producción adicionales. Así, el progreso social se manifiesta en una tasa de interés descendente.

En cualquier caso, no vale la pena pasar a la consideración de otros representantes de la teoría subjetiva del valor; del mismo modo, fue adecuado ignorarlos en gran parte en la época de su máximo florecimiento. Marx no se pronunció directamente sobre esto<sup>16</sup> y para Friedrich Engels

<sup>16</sup> La posibilidad de que Marx conociese los planteamientos de la teoría subjetiva del valor se desprende de su estudio del economista inglés W. F. Lloyd, estudio sobre el que ha llamado la atención W. Pieper en una apostilla a una carta de Marx a Engels (MEW 27, p. 169). A pesar de que Lloyd haya caído en el olvido más aún que Gossen en Alemania, o que A. J. Etienne-Juvenal Dupuit en Francia, debe ser considerado como uno de los primeros representantes de la teoría subjetiva del valor (W. F. LLOYD, *A Lecture on the*

no era sino un mal chiste<sup>17</sup>, a pesar de que le parecía perfectamente posible «que se constituyese sobre la base de la teoría del valor de uso y de la utilidad marginal jevonsiana-mengeriana un plausible socialismo vulgar»<sup>18</sup>. De hecho, una parte de la socialdemocracia reformista recurrió en su momento a la teoría de la utilidad marginal alegando que la presunta no atención de Marx a la demanda y a su influencia en la formación de los precios le privó de la posibilidad de entender verdaderamente los problemas económicos. Mientras la teoría subjetiva del valor se extendía en el campo socialdemócrata, en el campo burgués empezó primero por perder credibilidad hasta ser finalmente abandonada por completo. El rechazo del valor psicológico por parte de la burguesía misma nos ahorra una crítica más extensa de esta teoría.

La superación de la teoría subjetiva del valor se consumó de dos formas diferentes: por una parte a causa de su exageración con lo que perdió el último contacto aparente con la realidad y por otra parte por la renuncia abierta a reconducir el precio al valor. En relación con el primer empeño puede mencionarse a Joseph A. Schumpeter<sup>19</sup>. La escuela austríaca sustentaba el punto de vista de que para los consumidores el valor de los bienes de consumo acabados depende de su utilidad marginal y que las mercancías no acabadas, como las materias primas y las máquinas, hallan su propia utilidad marginal en la utilidad marginal de las mercancías acabadas a través de un proceso de imputación. Desde el punto de vista de los consumidores, las diversas materias primas, medios de producción y semifabricados no tienen utilidad directa sino sólo indirecta. Esta utilidad indirecta encuentra expresión a través del camino de la imputación en los precios de los bienes de consumo. Lo mismo ocurriría con la circulación de las mercancías. Se distinguía a este respecto entre bienes de primer y de segundo orden; los últimos eran aquellos que todavía no habían entrado en el consumo y cuya utilidad debía ser imputada a la utilidad marginal de los bienes de consumo. Schumpeter concluía de esto que en una

*Notion of Value as Distinguishable not only from Utility, but also from Value in Exchange*, Londres, 1834). Por otra parte, Marx se ocupó en extenso en *El Capital*, así como en las *Teorías sobre la plusvalía*, de la teoría subjetiva del valor de S. Baily (*A Critical Dissertation on the Nature, Measures and Causes of Value: chiefly in reference to the writings of Mr. Ricardo and his followers*, 1825). Igualmente de la teoría del valor de uso en *Glosas marginales al «Tratado de Economía Política» de A. Wagner* (MEW 19, pp. 355-383).

<sup>17</sup> El 5 de enero de 1888 Engels escribía a N. F. Danielson: «Ahora está de moda aquí, precisamente, la teoría de Stanley Jevons, según el cual el valor está determinado por la utilidad, es decir, valor de cambio-valor de uso, y por otra parte por la cuantía de la oferta (es decir, por los costes de producción), lo que no es sino una manera confusa de decir bajo mano que el valor está determinado por la oferta y por la demanda» (MEW 37, p. 8).

<sup>18</sup> MEW 25, p. 17.

<sup>19</sup> *Das Wesen und der Hauptinhalt der theoretischen Nationalökonomie*, 1908.

perspectiva teórica la oferta y la demanda eran una y la misma cosa, el modo que por lo que hacía a las relaciones de equilibrio podía considerarse que era suficiente la parte de la demanda.

En el tratamiento dispensado por Schumpeter al equilibrio, no sólo eran superfluos los precios de oferta, dado que podían subsumirse como precios (de demanda, sino que también podían pasarse por alto el beneficio y el interés incluyéndolos en la rúbrica del salario. Dado que la producción podía verse como intercambio, Schumpeter no veía ninguna necesidad de hablar de la utilidad o de su contrario. Sustituía el concepto subjetivo de valor por una lógica de la elección ya que el concepto subjetivo de valor no iba más allá de decir que cada cual, de acuerdo con su buen sentido y sus ingresos, se orienta a la hora de efectuar sus compras según los precios dados. Carecía de interés para él investigar las causas que determinan las elecciones; simplemente, las tomaba como punto de partida para el análisis económico. La lógica de la elección bastaba para las construcciones matemáticas del equilibrio, las cuales, a su nivel de abstracción, carecían en cualquier caso de toda relevancia real. Pero no por esto dejaba de ser la «teoría pura» un medio para el conocimiento de la realidad y de mantener con ella el mismo tipo de relación que la mecánica teórica con la construcción práctica de máquinas. En todo caso, ocuparse de la «teoría pura» tenía valor en sí mismo, porque era de por sí interesante y satisfactorio para la curiosidad humana.

Entre otros, Gustav Cassel<sup>20</sup> se distinguió particularmente por sus esfuerzos encaminados a eliminar la teoría de la utilidad marginal alegando que se basaba en un razonamiento circular. A pesar de que la teoría se proponía explicar los precios, recurría a los precios para explicar la utilidad marginal. Como en opinión de, Cassel para llevar a buen término los negocios basta con el conocimiento de los precios, el análisis económico no tenía ninguna necesidad de una teoría del valor particular. Los negocios habían de referirse a cantidades medibles, el dinero y los precios. Cassel tomaba como punto de partida la hipótesis de una carencia general determinante de las relaciones económicas; la tarea de la economía era adaptar del mejor modo posible a las diferentes necesidades los medios insuficientes para su satisfacción.

La derivación de los precios de la escasez de los bienes, sin embargo, no puede llevar sino a explicar un precio a partir de otro, dejando abierta la cuestión de qué es lo que se esconde detrás de los precios. Pero para la economía burguesa no hay ninguna necesidad de plantear esa cuestión. Por eso y porque puede pasar muy bien sin ella,

ha abandonado la teoría de la utilidad marginal inicial, aun cuando en casos de necesidad pueda recurrir vagamente a ella afirmando que detrás de los precios se encuentran, en último término, las valoraciones subjetivas de los consumidores. Sí, se ha dicho que la moderna teoría económica se convirtió en ciencia objetiva justo por su subjetividad. Según Ludwig von Mises<sup>21</sup> las necesidades de los hombres pueden reconocerse en sus acciones y éstas no precisan investigación ulterior: hay que admitirlas tal como se presentan. Dado que la teoría de la utilidad marginal ha venido a significar, en último término, solamente una limitación del campo de la economía al mecanismo de los precios, ha de considerarse como fracasada la sustitución de la teoría objetiva del valor por la utilidad marginal psicológicamente fundamentada. Los intentos orientados en este sentido no condujeron sino a la exclusión del problema del valor de la economía burguesa.

Aun cuando la utilidad marginal fue abandonada, el análisis marginal siguió siendo patrimonio común de la economía burguesa. Para Joan Robinson, esto prueba que «también conceptos metafísicos, que no expresan más que sinsentidos, pueden ser provechosos para la ciencia»<sup>22</sup>. En tanto que método de análisis, el principio marginal no es sino la generalización de la renta diferencial ricardiana, que hacía depender los precios de los productos agrícolas de los rendimientos de las tierras menos fértiles. Aun cuando en medida distinta, la ley de los rendimientos decrecientes ha de ser válida también tanto para la industria como para cualquier otra clase de actividad económica y determinar los precios y sus modificaciones. Del mismo modo que el individuo, de acuerdo con el principio de la utilidad marginal y sobre la base de los precios dados, organiza sus compras de manera tal que dentro de los límites impuestos por sus ingresos obtiene el máximo de satisfacción, se deriva de la universalidad de este principio racional o económico y a través de la dependencia recíproca de los precios una constelación general de los precios que pone en consonancia la oferta y la demanda. Donde la demanda global coincide con la oferta global, todos los precios son precios de equilibrio; o, a la inversa, el principio económico (o el cálculo marginal) conduce a la formación de precios que expresan un equilibrio general. De este modo, la «teoría pura» quedaba anclada en el omnicompreensivo principio marginal sobre el que está constituida en todos sus detalles de mayor consideración la teoría de los precios.

Si en la vida cotidiana no vale la pena para el consumidor -dejando aparte si está capacitado para ello o no- distribuir sus gastos para «optimizarlos» en el sentido del cálculo marginal,

<sup>20</sup> *Theoretische Nationalökonomie*, 1918.

<sup>21</sup> *Nationalökonomie, Theorie des Handels und Wirtschaftens*, 1940.

<sup>22</sup> *Economic Philosophy*, 1964, p. 70.



tampoco en las acciones del empresario capitalista juega el cálculo marginal el papel que le atribuyen los economistas. Se admite, de todos modos, que las reflexiones teóricas de los analistas marginales no son imágenes exactas de las situaciones reales. Pero estarían, a pesar de todo, lo suficiente cercanas a la realidad como para tener, además de valor de conocimiento científico, también validez práctica. El hecho de que los empresarios llevan a buen puerto sus negocios sin preocuparse para nada de los métodos de cálculo de la economía teórica, no es un obstáculo para que los teóricos vean en la vida económica actual la confirmación de la validez de sus teorías.

Bastaría con que «se tradujesen las ideas de los hombres de negocios al lenguaje de los economistas y viceversa» para que quedase demostrado «que los empresarios hacen inconscientemente lo mismo que los teóricos logran con plena conciencia. Es desde luego evidente que la construcción de un modelo para la descripción analítica de un proceso no es lo mismo que ese proceso real en la vida cotidiana y del mismo modo tampoco podemos esperar encontrar en la vida cotidiana las valoraciones numéricamente exactas que podemos encontrar en el modelo científico»<sup>23</sup>. Aun cuando se admite que en el comportamiento de los consumidores y de los hombres de negocios es posible encontrar también elementos «no económicos», ambos, sin embargo, deberían, en general, operar racionalmente, es decir, actuar de modo tal que obtuviesen con los mínimos costes las ganancias máximas posibles. Los empresarios han de preocuparse de hallar relaciones proporcionadas entre la producción y la demanda, entre el capital invertido y los salarios a abonar, así como de encontrar la elección económica entre instrumentos de producción y materias primas, lo que según el principio de la tasa marginal de sustitución significa que la tasa marginal de los costes coincide con la de las ganancias en el punto en el que modificaciones ulteriores en las diversas combinaciones de los múltiples factores que intervienen en la producción no producen ya más ganancias.

Por consiguiente, se trata en realidad no de un problema económico, sino de un cálculo de gastos e ingresos más preciso que el que se encuentra normalmente. Pero al mismo tiempo, este método de cálculo es considerado también como el principio que está en la base de todos los fenómenos económicos, porque lleva a un denominador común a todas las relaciones de cambio, con lo que elimina el defecto inherente a la teoría clásica del valor simplemente identificando el valor y el precio. A pesar de que tomaban como punto de partida el valor-trabajo, los clásicos hablaban también de precios de mercado particulares, los cuales de todos modos

según estando determinados por las relaciones de valor. Para ellos el verdadero contenido de la economía política era la cuestión de la distribución del producto social entre las clases. Con el advenimiento del valor subjetivo y de la «teoría pura de los precios», todos los problemas económicos quedaron centrados exclusivamente en el intercambio y los problemas suscitados por la teoría clásica, como los de la relación valor-precio y los de la distribución, se dejaban simultáneamente de lado. La actitud con respecto a la distribución era justo la misma que habían adoptado los clásicos hacia la producción, es decir, se consideraba que la distribución, fuese cual fuese su configuración, estaba regulada por el sistema de precios. El problema de la distribución dejaba de constituir un objeto específico de la economía teórica. Se consideraba la distribución como una pieza más del problema de la formación general de los precios, ya que todos los precios en conjunto y unos con otros estaban en una relación funcional, con lo que la solución del problema general de los precios incluía ya de por sí la solución del problema de la distribución.

Todas las cuestiones relacionadas con la economía quedaban así sometidas a un principio único, y encontraban en él su explicación. Este principio consistía en un procedimiento calculatorio que, frente a todas las concepciones económicas, podía pasar por neutral. A los ojos de sus partidarios, el análisis marginal y la metodología del equilibrio de él resultante, daban por primera vez un carácter científico a la economía. Pero el objeto de sus cálculos no era, ni más ni menos, que la vieja ilusión que se remontaba a los clásicos de la posibilidad de un equilibrio entre la oferta y la demanda, y de las formaciones de precios correspondientes. La matematización de la economía hecha posible por el análisis marginal determinaba, sin embargo, ya de por sí, la consideración del equilibrio en tanto que modelo estático. Pero como la economía capitalista no conoce situaciones estáticas, es imposible verificar sobre la realidad la validez de los modelos de equilibrio estático y las exactitudes matemáticas que no se les puede negar «se refieren no al contenido de conocimientos económicos, sino a la técnica de las operaciones matemáticas de cálculo»<sup>24</sup>.

A diferencia de Marx, para quien la hipótesis de una situación estática (o de reproducción simple) no era más que un instrumento metodológico para demostrar la necesaria dinámica del sistema capitalista, la economía burguesa utilizaba el modelo de economía estática para prestar respaldo «científico» a la supuesta tendencia al equilibrio. El divertimento con esos modelos de equilibrio, que ya no habla de interrumpirse, suscitó en la economía teórica el convencimiento de que ese instrumento conceptual era premisa de cualquier

<sup>23</sup> F. Machlup, *Marginal Analysis and Empirical Research*, en «The American Economic Review», septiembre, 1946, pp. 537 y 547.

<sup>24</sup> H. Grossmann, *Marx, die klassische Nationalökonomie und das Problem der Dynamik*, 1969, p. 53.

análisis económico. A pesar de que la economía real jamás se encuentra en pleno equilibrio, las perturbaciones existentes, sólo podían entenderse desde el punto de vista del equilibrio. Igual que cualquier máquina puede en un momento dado requerir una reparación, también el sistema de equilibrio económico podía sumirse, a causa de trastornos internos o externos, en el desequilibrio. En ambos casos sólo el análisis del equilibrio, permitía investigar las causas de las perturbaciones y mostrar los elementos conducentes al restablecimiento del equilibrio.

Así, la idea del equilibrio de la oferta y la demanda que se impone en el mercado por medio de la concurrencia, no ha dejado de ser desde Adam Smith y Jean-Baptiste Say patrimonio común de la economía burguesa, sin que importen los cambios experimentados por las sucesivas justificaciones de este supuesto, ni hasta qué punto se haya alejado, entretanto, de lo que ocurre en la realidad. La cuestión que se planteaba la teoría neoclásica no era cómo funcionaba realmente el sistema de precios, sino cómo funcionaría si el mundo fuese tal como aparece en la imaginación de los economistas. Esta teoría necesitaba del equilibrio para ver en el sistema de precios el regulador de la economía y necesitaba la amalgama del sistema de precios para hacer pasar el estado de cosas actual por racional y, por tanto, por inatacable. Pero lo que salió de todo esto no fue sino la «mano invisible» de Adam Smith expresada en fórmulas matemáticas y el convencimiento de Say de que toda oferta comportaba la aparición de una demanda equivalente.

La teoría neoclásica no sólo se había quedado parada al nivel de los primeros resultados de la ciencia económica burguesa, sino que también había retrocedido considerablemente con respecto a éstos, porque con el método del equilibrio era imposible para ella abordar el verdadero movimiento del capital, el proceso de acumulación. La imagen momentánea del equilibrio estático nada podía decir sobre el proceso de desarrollo. Pero como no es posible pasar por alto los cambios experimentados por la economía, se consideraba que eran una cosa evidente y que no precisaban mayores explicaciones. Dado que no se podía abandonar el equilibrio estático sin confesar la propia bancarrota teórica, los teóricos del mercado recurrieron a la «estática comparativa», es decir, a la comparación de un equilibrio no presente con un equilibrio inexistente posterior con el fin de conocer las transformaciones económicas que entretanto hayan tenido lugar. Dado que en el equilibrio neoclásico se excluye todo beneficio o cualquier otro excedente, la reproducción ampliada del sistema que da fuera de consideración. En la medida en que de todos modos se lleve a efecto, cae fuera del campo de la economía teórica. De las transformaciones cons-

tatables, sin embargo, se espera que indiquen el ritmo del desarrollo, de manera que no haga falta limitarse a las relaciones de situaciones ya dadas, sino que sea posible también ocuparse especulativamente del futuro.

A diferencia de la teoría neoclásica, los clásicos dirigían su atención a la acumulación del capital, al aumento de la riqueza nacional. Sus teorías de la distribución partían de la necesidad de la acumulación e investigaban qué era lo que estimulaba o, en su caso, obstaculizaba la 'acumulación. La economía del beneficio era el requisito indispensable de la acumulación. La búsqueda del beneficio era, por tanto, un fenómeno que servía a la colectividad, ya que constituía una premisa para la mejora de las condiciones de vida por medio del crecimiento de la producción y de la productividad. Los problemas del mercado estaban subordinados a los de acumulación y sucumbían ante la ley de la oferta y la demanda. En condiciones de concurrencia general el cambio era considerado, como un proceso regulador de la economía inscrito en el marco de un desarrollo social progresivo.

Pero frente a esta economía autorregulada, y por lo tanto exenta de crisis, había una realidad recalcitrante. La acumulación de capital, lejos de ser un proceso constantemente progresivo, se veía interrumpida por profundas crisis que desde comienzos del siglo XIX se repetían periódicamente. ¿Cómo explicar estas crisis, que sin duda estaban en contradicción con la teoría económica dominante? A pesar de que los clásicos, y en particular Ricardo, se concentraban en el problema de la acumulación del capital, no por ello dejaban de compartir el convencimiento de Say<sup>25</sup>, de que la economía de mercado es un sistema de equilibrio en el que toda oferta encuentra una demanda equivalente. De este modo, sus teorías de la acumulación se entrelazaban con una consideración del equilibrio estático que les llevaba a buscar las perturbaciones del equilibrio del sistema fuera del sistema. En opinión de Say todo hombre produce con la intención de consumir o de vender su producto para adquirir otras mercancías que le sirvan para su consumo. Como esto ocurre con todos los productores, la producción, consiguientemente, ha de coincidir con el consumo. Cuando todas las ofertas y demandas coinciden, el resultado es el equilibrio social. Este equilibrio, de todos modos, puede verse temporalmente perturbado por la existencia de sobreoferta de una determinada mercancía o de demanda insuficiente de cualquier otra.. Pero los movimientos de precios que se producían en estas situaciones conducían al restablecimiento del equilibrio. Al margen de este tipo de perturbaciones, no podía darse ninguna sobreproducción general por la misma razón que la acumulación no podía situarse por encima de

---

<sup>25</sup> *Traité d'économie politique*, 1803.

las exigencias en cuanto a consumo de la sociedad.

Pero frente a esto se encontraban las crisis generales de sobreproducción que tenían lugar en aquella época y para las cuales la teoría clásica no encontró ninguna explicación inmanente al sistema. Su presencia motivó que J. C. L. Sismonde de Sismondi<sup>26</sup> se apartase de la teoría clásica para acabar pronto rechazando todo el sistema de *laissez-faire*. En su concepción era precisamente la libre concurrencia, que no se basaba en nada, sino en los precios, la que en vez de conducir a un equilibrio y al bienestar general, preparaba el terreno para la miseria de la sobreproducción. La anarquía de la producción capitalista; la búsqueda del valor de cambio sin consideración de ninguna clase hacia las necesidades sociales era lo que ocasionaba la existencia de una producción superior a la demanda en momentos dados y con ello las crisis periódicas. El subconsumo generado por la desigual distribución era la causa de la sobreproducción y del ansia de mercados exteriores con ella vinculada. Sismondi se convirtió así en el fundador de la todavía hoy ampliamente difundida teoría del subconsumo como causa de la crisis capitalista.

Particularmente John A. Hobson<sup>27</sup> junto a otros muchos, aplicó la teoría de Sismondi al capitalismo desarrollado poniéndola en relación con el imperialismo: Desde su punto de vista, que anticipa el posterior de Keynes, la demanda de bienes de consumo cae a causa de la desigual distribución y de la acumulación creciente de capital. Consiguientemente, cae también la tasa de expansión del capital. Como el consumo no puede ir parejo a la producción, se generan crisis periódicas, porque una parte del beneficio acumulado ya no puede ser invertido productivamente, quedando estéril. Sólo la desintegración de la sobreproducción cuando sobreviene la depresión permite reanudar el proceso de expansión, pero en un momento posterior se revertirá de nuevo a la sobreproducción y a la presencia de capital improductivo. La sobreproducción derivada del consumo insuficiente explica también la necesidad de mercados exteriores características del imperialismo, así como la concurrencia imperialista. Hobson, de todos modos, era de la opinión de que este estado de cosas podía ser paliado mediante intervenciones reformadoras del Estado en el mecanismo económico orientadas a estimular el consumo. En este sentido, quedó prisionero de la economía capitalista.

Sobre lo que aquí hay que llamar la atención es sobre el hecho de la necesidad que se planteaba de apartarse de las teorías clásica y posteriormente neoclásica si lo que se quería era

aproximarse al acontecer económico real. En el marco del mecanismo de mercado supuestamente autorregulado, los procesos realmente económicos resultaban incomprensibles, lo que hizo tanto a Sismondi como Hobson apartarse de la teoría del mercado. Así, ocuparse de la crisis capitalista, igual que ocuparse de las condiciones sociales en general, suponía al mismo tiempo apartarse de las concepciones económicas tradicionales para desarrollar teorías más cercanas a la realidad. Sin embargo, sobre la base de las relaciones de propiedad capitalistas esto sólo es posible en una medida limitada. La realización de intentos en este sentido estaba condicionada no sólo por la profunda contradicción que se abría entre la teoría dominante y la realidad, sino también por los efectos de la concurrencia capitalista sobre las posibilidades de desarrollo de los países atrasados. Resultante de esto fue, por una parte, el empirismo de la escuela histórica, y, por otra, la visión evolutiva del institucionalismo, enfrentándose ambos contra las teorías desarrolladas por los clásicos.

En el proceso de acumulación capitalista, la ventaja de los que llegan primero supone un perjuicio para aquellos que se quedan atrás. Así, el librecurso aparecía como un privilegio y un monopolio para Inglaterra que dificultaba la industrialización de los países poco desarrollados y que hacía resultar insostenible la miseria de sus «años fundacionales». En la lucha contra la concurrencia monopolista habla que apartarse del principio del *laissez-faire* y con ello de las teorías de la economía clásica. No se trataba, a este respecto, como creía Rosa Luxemburg, de una «protesta de la sociedad burguesa contra el conocimiento de sus propias leyes»<sup>28</sup> sino de intentos por alcanzar con medios políticos el estadio de desarrollo que correspondería a la ideología librecurso. Sólo a consecuencia de la experiencia de la lucha concurrencial internacional perdió su influencia la economía política inglesa, vigente hasta entonces en los países económicamente débiles, para dejar paso a una ideología acorde con la intervención estatal y con la política proteccionista. El hecho de que la escuela histórica sólo respondiese a las necesidades particulares de los países débiles en la concurrencia internacional, era algo evidente ya en su característica contradicción dada porque aconsejaba en el marco nacional lo mismo que rechazaba a nivel internacional.

Por otra parte, los representantes de la escuela histórica se esforzaban en demostrar que la distribución sometida exclusivamente a las leyes del mercado conducía al empobrecimiento de los trabajadores, con lo que ponían en cuestión la existencia misma de la sociedad burguesa. Este temor parecía confirmarse por el ascenso de un movimiento obrero independiente. Había que

<sup>26</sup> *Nouveau Principes d'Économie Politique*, 1819.

<sup>27</sup> *The Industrial System*, 1909; *Imperialismus*, 1902.

<sup>28</sup> *Gesammelte Werke* 1/1, 1970, p. 731.

remediar el empobrecimiento y hacerlo precisamente con un desarrollo capitalista más rápido y más ordenado. Así se llegó a la alianza con la política económica de orientación nacional de la *Sozialpolitik*, del llamado «socialismo de cátedra», una ideología que se enfrentaba contra las abstracciones de la teoría clásica, pero no para eliminarla por completo, sino tan sólo para adaptarla por medio de la crítica histórica a los intereses nacionales particulares.

La economía era, a ojos de la escuela histórica, mucho más que el simple conocimiento del mecanismo del mercado deductivamente desarrollado. Contenía también elementos histórico-determinados, tanto nacional-específicos como económico-externos, de la totalidad social y de su desarrollo, que había que conquistar por la vía inductiva, de modo que sólo después de una considerable investigación histórica era posible pronunciarse acerca del contenido de la economía política. Pero el empeño no pasó del momento de la investigación, ya que la progresiva homogeneización de las economías causada por la capitalización que iba imponiéndose en el mundo occidental, unificó también las teorías económicas. La influencia de la escuela histórica se perdió, pero no así la exigencia que suscitó de investigación libre de prejuicios de los fenómenos económicos empíricamente dados, cosa que finalmente acabó materializándose en la investigación de la coyuntura.

Aun cuando la economía burguesa se había visto afectada por las crisis y por las oscilaciones coyunturales, carecía de una teoría de las crisis immanente al sistema capitalista. Las fluctuaciones económicas se explicaban por fenómenos que había que buscar fuera del mismo sistema. Jevons llegó a este respecto tan lejos como para relacionarlas con fenómenos naturales externos a la misma Tierra. Hizo el descubrimiento de que las manchas solares que aparecen periódicamente coincidían con las crisis económicas. Las manchas solares influían sobre las condiciones meteorológicas y consiguientemente sobre la producción agrícola, cuyo hundimiento conducía a una crisis general. De todos modos, esta teoría encontró poco eco, a pesar de que, sin duda, las condiciones meteorológicas influyen sobre la economía. Pero las crisis tienen lugar también aunque haga buen tiempo. Tampoco es posible establecer una verdadera conexión entre la meteorología y las manchas solares.

Schumpeter<sup>29</sup> intentó, por el contrario, explicar el desarrollo resultante del ciclo coyuntural y el ciclo mismo a partir del propio sistema capitalista. En tanto que conocedor de la teoría marxista era consciente de que todo progreso esencial depende del desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Los soportes de esas fuerzas productivas nuevas

eran para él empresarios particularmente emprendedores por cuya genialidad se rompían los procesos económicos corrientes, monótonos y simplemente -autorreproductores. Schumpeter desarrolló una especie de teoría heroica de las oscilaciones coyunturales e identificó en sus héroes la dinámica del sistema capitalista.

A este fin necesitaba, de todos modos, dos teorías distintas así como dos tipos humanos psicológicamente diferentes. En el equilibrio general de la «teoría pura» no había desarrollo. Pero también en el mundo real la mayoría de los individuos eran demasiado indolentes y faltos de imaginación como para oponerse a la rutina de la situación estática. Como ya se ha dicho, en el equilibrio no hay beneficio y donde aparece indica la presencia de una perturbación del sistema, destinada, sin embargo, a ser superada por la acción de los contramovimientos que ella misma suscita. El problema se planteaba del siguiente modo: ¿Cómo puede derivarse desarrollo de una situación que no conoce absolutamente ningún desarrollo?

Ante este interrogante Schumpeter se vio beneficiado por el hecho de no haberse olvidado, como antiguo partidario de la escuela histórica, de que la economía no tiene por qué limitarse a las abstracciones del equilibrio de la oferta y la demanda. Para comprender la dinámica del sistema capitalista había que contemplar a éste también desde una perspectiva histórica y sociológica. Pero en el marco de la teoría económica, a lo único que había que atender era al mecanismo especial por el cual era posible dinamizar el modelo estático. El mecanismo estaba personificado en una clase de hombres que, agitados o bendecidos por la inquietud creadora, rompían con su obstinada actividad el ciclo del equilibrio estático. Este tipo, el empresario lleno de ideas, en busca de combinaciones industriales, científicas, empresariales y organizativas siempre nuevas que transformen cuantitativa y cualitativamente la productividad y la producción, destruye el equilibrio económico determinado por los consumidores de tal modo que sólo resulta posible restablecerlo a un nivel nuevo y superior. Este proceso espontáneo, casual, pero que se repetía continuamente, tenía como resultado el ciclo coyuntural, creación y destrucción simultánea, en el que se manifestaba la dinámica del sistema capitalista. Era de lamentar, pero resultaba inevitable, el hecho de que las dificultades de la adaptación a las circunstancias cambiantes ocasionasen costes y calamidades. De todos modos, esos perjuicios podían paliarse mediante mejores prognosis económicas e intervenciones estatales. En cualquier caso, la dinámica inherente al sistema capitalista era de mayor importancia que el problema del equilibrio económico con el que hasta entonces se había ocupado casi exclusivamente la economía burguesa.

<sup>29</sup> *Theorie der Wirtschaftlichen Entwicklung*, 1911.



Aun cuando la teoría del desarrollo de Schumpeter tenía que ver con las leyes de movimiento del capitalismo sólo en la imaginación del propio Schumpeter, sí que venía a ser una expresión de la considerable inquietud acerca de las oscilaciones coyunturales y períodos de crisis que se agudizaban al compás de la creciente acumulación de capital que se reflejaba en la teoría burguesa. La realidad de la crisis hacía de la teoría del mecanismo autorregulado de los precios una adivinanza que no podía ser resuelta por medio de la teoría dominante. El intento de Schumpeter de explicarla a partir de las repetidas rupturas de las configuraciones de equilibrio ocasionadas por una casta peculiar de hombres no era una explicación sino, únicamente, la confesión de que las tendencias al equilibrio atribuidas al mercado no correspondían a la realidad. De esto ya se habían dado cuenta anteriores críticos del capitalismo Sismondi y Hobson. Pero la simple constatación de que la armonía teórica entre la oferta y la demanda y entre la producción y el consumo era refutada por la realidad se reducía en último término tan sólo a la descripción de situaciones evidentes, cosa que por sí misma nada dice acerca de las leyes de movimiento peculiares del capital.

Tampoco la crisis podía entenderse sobre la base de las concepciones económicas dominantes, pero era un problema que no podía pasarse por alto, por lo que se le intentó seguir por caminos empíricos. Esta vía ya había sido anticipada por el establecimiento de organismos privados que se dedicaban a la investigación de la coyuntura con la finalidad de aprovechar desde el punto de vista de los negocios las oscilaciones coyunturales. Así apareció una rama particular de la economía que se ocupaba exclusivamente de la "investigación de la coyuntura y que era capaz de ampliarse a través de la recogida de datos de naturaleza privada o estatal que se multiplicaban sistemáticamente. La investigación de la coyuntura se proponía exponer el curso de la economía, al igual que éste seguía a la realidad, «valiéndose de la "teoría pura" únicamente en tanto que teoría elemental»<sup>30</sup>.

Esta concesión no demasiado generosa ya era una exageración, puesto que la investigación de la coyuntura sólo podía desarrollarse situándose en un antagonismo directo con los fundamentos de la teoría económica. Esta teoría se refiere únicamente a una situación de equilibrio estático en la que no se producen modificaciones en los datos del ciclo económico. Justamente este equilibrio estacionario es lo que está excluido de la teoría de la coyuntura, ya que ésta se basa en el cambio continuo de la economía. En la teoría elemental se admiten también, es cierto, desviaciones con respecto al equilibrio, pero son des-

viaciones que conducen únicamente al restablecimiento del equilibrio. En la teoría de la coyuntura, el interés no se centra en irregularidades pasajeras, sino en el intento de sacar a la luz las leyes de movimiento del capital y el fenómeno de las crisis. El éxito de ese intento además conduce al establecimiento de un sistema dinámico del desarrollo capitalista llamado a superar el tratamiento estático.

Es perfectamente comprensible el hecho de que la teoría *marxiana* del desarrollo capitalista y de sus leyes de movimiento, que estaba elaborada desde hacía mucho tiempo, fuese premeditadamente ignorada. Los métodos «libres de prejuicios» de la escuela histórica tenían que prestarle a la investigación de la coyuntura la necesaria «objetividad» que permite conocer el curso real del acontecer económico. En perspectiva histórica y apuntando a las cambiantes relaciones mercantiles y a sus oscilaciones se intentaba, sobre la base de las estadísticas pertinentes y haciendo uso de métodos matemáticos como el cálculo de la correlación, seguir el ritmo de la vida económica con el fin de determinar sus fuerzas motrices y sus conexiones internas. De todos modos, la investigación puramente histórica no puede dar de sí más que ella misma; hay una constatación de hechos que, antes como después, precisan de explicación. Para llegar a esa explicación se hace necesaria una teoría que no sólo describa el ciclo, sino que también lo haga inteligible. Pero en ninguna de las teorías aparentemente dinámicas de la coyuntura<sup>31</sup> se penetra en las causas de los movimientos cíclicos; por el contrario, esos movimientos constituyen su punto de partida y se toman como dados. En estas condiciones, las teorías de la coyuntura no pasaron de ser exposiciones del movimiento dinámico de la economía sin llegar a sacar en ningún caso a la luz la misma dinámica.

La multiplicidad de los fenómenos económicos parecía aludir a la existencia de una pluralidad de causas de las oscilaciones de la coyuntura y

<sup>30</sup> E. Wagemann, en: *Vierteljahrshefte zur Konjunkturforschung*, 1937, H. 3, p. 243.

<sup>31</sup> Entre otros: JUGLAR, *Des crises commerciales et de leur retour periodique*, 1889; VEBLEN, *The Theory of Business Enterprise*, 1904; KARMIN, *Zur Lehre von der Wirtschaftskrise*, 1905; LECUE, *Des crises generales et periodiques de Surproduction*, 1907; BOUNIATAN, *Studien zur Theorie und Geschichte der Wirtschaftskrisen*, 1908; MITCHELL, *Business Cycles and their Causes*, 1913; HARTREY, *Good and Bad Trade: An Inquiry into the Causes of Trade Fluctuations*, 1913; SOMBART, *Der Moderne Kapitalismus*, 1917; VOGEL, *Die Theorie der Volkswirtschaftlichen Entwicklungsprozesses und das Krisenproblem*, 1917; AFTALION, *Les crises periodiques de Surproduction*, 1913; MOMBERT, *Einführung in das Studium der Konjunktur*, 1921; LIEFMAN, *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre*, 1922; HOSSON, *Economics of Unemployment*, 1922; KUZNETS, *Cyclical Fluctuations*, 1926; SPIETHOFF, «Krisen», en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, 1925; LOWE, «Der gegenwärtige Stand der Konjunkturforschung in Deutschland», en: *Festgabe für Lujo Brentano*, 1925; CASSEL, *Theoretische Nationalökonomie*, 1918.

permitía la elaboración de diferentes teorías las cuales, a pesar de estar frente a los mismos hechos, se distinguían por la acentuación diversa que colocaban sobre uno u otro aspectos del proceso en su conjunto. Para esclarecer el ritmo de la economía se distinguía entre factores económicos y no económicos y entre factores endógenos y exógenos del ciclo coyuntural o bien se elegía una combinación de ambos. En las explicaciones particulares se colocaban en un primer plano y se hacía elemento decisivo del movimiento en su conjunto bien a las cuestiones monetarias y crediticias, bien a los factores técnicos, a las discrepancias de mercado, a los problemas de inversión o a cuestiones de orden psicológico. Desde estos diversos puntos de vista se buscaban las causas de la crisis y de la depresión en los procesos de la época pasada de prosperidad y de su debilitamiento y, a la inversa, los medios y las vías capaces de hacer posible el paso de las situaciones de crisis a un nuevo auge.

La investigación de la coyuntura no se proponía elaborar una exposición más exacta metódicamente entendida de las oscilaciones coyunturales perceptibles de todos modos, sino más bien descubrir posibilidades de intervención encaminadas a paliar las situaciones de crisis y orientadas a la «normalización» de los cambiantes procesos económicos en el sentido de alcanzar un equilibrio entre los abruptos desniveles que separan la coyuntura alcista del punto más bajo de la crisis. El diagnóstico de la coyuntura debía llevar, de un lado, a una prognosis coyuntural susceptible de facilitar la adaptación de la actividad económica a una tendencia dada del desarrollo económico y, de otro lado, al intento de estabilizar a largo plazo la economía mediante una política coyuntural orientada a compensar el curso automático del ciclo. La investigación de la coyuntura se contemplaba a sí misma, pues, como ciencia aplicada cuyas prognosis, a pesar de ser siempre abstractas, permitían sin embargo la formulación de conclusiones analógicas susceptibles, en ciertas condiciones, de adquirir importancia práctica.

En cualquier caso, todo esto había de ser conseguido sobre la base del orden social establecido, no puesto nunca en cuestión, limitándose por tanto desde un principio su campo a las investigaciones cíclicas de los fenómenos del mercado. El terreno de investigación de la teoría coyuntural, el ámbito en el que se movían las diversas teorías con que se revestía, no era el de la naturaleza del capitalismo, sino el de su mundo fenoménico. Lo intrincado de la economía de mercado desarrollada y el desconocimiento o la falsa interpretación de las realidades económicas eran la causa, en la perspectiva de la teoría de la coyuntura, que motivaba el desarrollo lleno de desproporcionalidades que seguía el ciclo coyuntural. El consumo se queda por detrás de la producción, la expansión del crédito conduce a un

exceso de inversión y los beneficios disminuyen a causa de una injustificada expansión de la producción para que en un momento determinado, el momento de la crisis, se desencadene un movimiento opuesto en el que las inversiones se quedan por detrás del ahorro, el mercado sobrecargado no encuentra demanda solvente, los valores de capital van hacia la destrucción, la producción decrece rápidamente y se extiende el desempleo. La crisis y el período de depresión que se desarrolla a partir de ella acaban con los excesos del período de expansión hasta que se restablecen las proporciones económicas necesarias para posibilitar un nuevo auge el cual, de todos modos, caminará hacia otro punto culminante destinado a dejar paso a una nueva crisis.

Nos encontramos ante observaciones adecuadas de los procesos económicos determinados por las leyes de la crisis capitalista, pero sin que se dé ninguna explicación de esas mismas leyes de la crisis. Los movimientos cíclicos aparecen como separaciones de una norma que sin esas desviaciones funcionaría perfectamente. La regla que se tiene en mente es el mecanismo de equilibrio de la «teoría pura», el cual, de todos modos, sólo puede imponerse por el camino de las irregularidades; las proporcionalidades necesarias para el funcionamiento «normal» de la economía sólo pueden darse como resultado de los altibajos de la actividad económica. El ciclo coyuntural es la verdadera forma de las tendencias abstractas al equilibrio del mecanismo de mercado. Por consiguiente, sobre la base de estas premisas, no era muy difícil concluir que un conocimiento exacto de los elementos desviacionistas podía posibilitar la toma consciente de medidas económicas destinadas a paliar o a eliminar las caras negativas del ciclo.

De acuerdo con esto, la economía capitalista estaba caracterizada por la presencia de tendencias estáticas y tendencias dinámicas, siendo las últimas premisa de las primeras. Si esto fuese así, entonces la «teoría pura», la consideración estática del equilibrio, estaría subordinada a las teorías de la coyuntura, sería expresión de una situación que no aparecería sino temporalmente y sólo como fase de transición entre situaciones sometidas a un cambio constante y carecería de relevancia a la hora de la determinación de la verdadera situación de la economía y de la dirección de su movimiento. A pesar de que la teoría del equilibrio general se autoconcebía únicamente en tanto que exposición abstracta del sistema de precios y no pretendía ostentar ninguna concordancia inmediata con los procesos económicos reales, no por ello dejaba de asumir el valor de teoría del conocimiento de los fenómenos económicos. Desde su punto de vista, los movimientos de la coyuntura podían entenderse también como testimonio de la propensión realmente existente al equilibrio, ya

que las desviaciones de una situación de equilibrio caracterizada como norma, conducían en último extremo nuevamente al equilibrio. Las desviaciones, aun cuando siempre presentes, quedarían integradas una y otra vez por la acción de los mecanismos equilibradores propios del sistema, de manera tal que resultaba imposible discutirle a la teoría del equilibrio la primacía entre las teorías económicas.

Así, algunos teóricos burgueses de la economía llegaban tan lejos como a negar la existencia en general del ciclo coyuntural. Por ejemplo, Irving Fisher<sup>32</sup> no encontraba motivo alguno para hablar de un ciclo coyuntural ya que el contenido de este fenómeno se reducía al registro de la actividad económica que se situase por encima o por debajo de la media. La hipótesis de que esos procesos estuviesen sometidos a una cierta periodicidad y que como tal pudiesen dar pie a la formulación de predicciones económicas era insostenible mientras la economía estuviese determinada por relaciones de precios cambiantes. Para él era más importante mostrar cómo podía discurrir la economía sin desviaciones cíclicas para poder así captar el carácter de esas perturbaciones y, donde fuese posible, enfrentarse a ellas. Así se llegó finalmente a una división del trabajo en la disciplina económica que reservaba a los teóricos «puros» la consideración del equilibrio, mientras que acotaba para los economistas de tendencias más empíricas el campo del análisis coyuntural.

Aparte de que no hay investigación factual imparcial, es digno de mención, como pudo comprobarlo W. C. Mitchel<sup>33</sup> a partir de su propia experiencia, que incluso el mismo material fáctico puede ser interpretado y utilizado por dos observadores de maneras completamente distintas. Por consiguiente, todos los análisis estadísticos han de considerarse con escepticismo, conveniencia ésta que a menudo se pierde de vista, dado que las cifras y tablas elaboradas adquieren, por el mero hecho de su publicación, una autoridad que en realidad no les corresponde. También Oskar Mongenstern<sup>34</sup> ha llamado la atención sobre el hecho de que los análisis estadísticos de las ondas coyunturales son muy poco de fiar en lo que se refiere a amplitud, dependencias recíprocas y conexiones históricas, aun cuando normalmente no se percibe esta inseguridad. Los datos aceptados no están exentos de errores y las conclusiones que se deducen de ellos son dudosas.

A pesar de las insuficiencias confesadas de la investigación estadística y del valor variable de los datos, los resultados que pudo conseguir la

investigación señalaban la existencia de movimientos cíclicos en la economía capitalista. Pero con ello la investigación no hacía, sino confirmar lo que de todos modos era evidente, aun cuando más desde un punto de vista cualitativo que cuantitativo. Los años de crisis de 1815, 1825, 1836, 1847, 1857 y 1866 sugirieron la existencia de un ciclo decenal, aun cuando no fue posible poner en claro por qué las ondas coyunturales les seguían ese ritmo particular. Las crisis posteriores y la reelaboración de los datos referentes a las crisis del pasado mostraron una regularidad menos pronunciada en las situaciones críticas que se repetían periódicamente, así como diferencias de intensidad según los países. De todos modos, pudo determinarse que las crisis adquirirían con el transcurso del tiempo un carácter cada vez más internacional y uniforme. La aplicación más exacta del análisis estadístico de las series temporales puso de manifiesto la existencia, por una parte, de movimientos coyunturales de alcance más reducido entre las dos fases del ciclo coyuntural y, por otra parte, de las llamadas «ondas largas» que comprendían dentro de su ámbito ondas más limitadas. De este modo se establecía un vínculo entre las oscilaciones coyunturales y la tendencia de base que estaba detrás de ellas: las «ondas largas» o la «tendencia secular» cuya duración fue estimada, en función de los diferentes cálculos, en 25 o en 50 años.

En todos estos casos, de lo que se trataba era de diferentes aplicaciones e interpretaciones de las series temporales estadísticas susceptibles de posibilitar eventuales predicciones probabilísticas única y exclusivamente sobre la base de ellas mismas. Pero la teoría de las «ondas largas» ha conservado su influencia fascinadora<sup>35</sup> hasta hoy mismo, ya que, de un lado, permitía a la burguesía hacer desaparecer las definitivas leyes *marxianas* de la crisis entre las brumas de un misterioso movimiento ondulatorio de la vida económica que abrazaba toda una época posibilitando, de otro lado, a sus críticos sostener firmemente el carácter inevitable de la crisis no obstante su periodicidad cambiante. Pero ni de las solas comprobaciones estadísticas es posible extraer explicación alguna de las «ondas largas»,

---

<sup>35</sup> Parvus fue uno de los primeros en llamar la atención acerca de los períodos más largos de auge y de depresión, acerca del ciclo de 7 a 10 años (*Handelskrisen und Gewerkschaften*, 1902). El economista holandés J. van Gelderen habló de un ciclo de 60 años (*De Nieuwe Vind*, 1913). De Wolff se sumó a él y a Parvus («Prosperitäts- und Depressions perioden», en *Der Labendige Marxismus*, 1924). La teoría de las «ondas largas» del economista ruso N. D. Kondratieff de una duración de 50 años halló un eco especial (*Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 56, H. 3, 1926). Ernest Mandel ha adaptado esta teoría para su descripción de la situación económica actual (*Der Spätkapitalismus*, 1972). J. B. Shuman y D. Rosenau se han basado en su prognosis económica acerca del futuro desarrollo de América hasta el año 1984 en las «ondas largas» de Kondratieff (*The Kondratieff Wave*, 1972).

---

<sup>32</sup> *Our Unstable Dollar and the so-called Business Cycle*, en «journal of the American Statistical Association», vol. XX, p. 192.

<sup>33</sup> *Business Cycles: The Problem and its Setting*, 1927, p. 364.

<sup>34</sup> *On the Accuracy of Economic Observations*, 1963, p. 60.

ni se disponía de hipótesis que pudiesen permitir su interpretación.

A partir de estas desconcertantes exposiciones de diversos cursos coyunturales resultaba imposible tanto establecer prognosis coyunturales a corto plazo como elaborar políticas de coyuntura a largo plazo, ya que cada ciclo coyuntural tenía su propio carácter y, por tanto, no podía suscitar reacciones previsibles de efectos igualmente imprevisibles. A pesar de la imposibilidad práctica de la conducción de una política de coyuntura en sentido amplio por los intereses privados dominantes en la sociedad, se intentó de todos modos dar a conocer a la opinión pública por medio de los denominados barómetros económicos el curso general de los negocios con la esperanza de influir, de este modo, favorablemente sobre la economía. Pero los decepcionantes resultados de estos intentos no tardaron en hacer que se les pusiese fin. Con ello, la investigación de la coyuntura pasó a convertirse en un capítulo de la historia económica; las expectativas que había suscitado en el sentido de una posible conducción consciente de la economía se desvanecieron en el curso de su propio desarrollo.

Las diferentes teorías de las leyes de la crisis capitalista habían sido elaboradas sin relación alguna con la investigación de la coyuntura; en los resultados de ésta buscaban la confirmación de las opiniones que habían sido previamente establecidas. Partían del hipotético equilibrio sólo para mostrar cómo era violado en la realidad. La expansión de la economía podía llevarse a cabo sin crisis sólo a condición de que discurriese sincrónicamente, lo que no era el caso. El mecanismo equilibrador no actuaba inmediatamente, sino que sólo se hacía notar cuando las diferentes desviaciones de la necesaria proporcionalidad chocaban con los límites a ellas opuestos. La demanda de mercancías no podía conocerse por adelantado para poder adaptar la producción y su ampliación. Así la producción sobrepasaba a la demanda y acababa finalmente dando lugar a beneficios decrecientes los cuales, por su parte, hacían detenerse al proceso de expansión y desencadenaban la crisis. Este proceso se veía acentuado todavía por el sistema crediticio, ya que tipos de descuento bajos actúan de estímulo para nuevas inversiones las cuales a su vez influyen sobre el conjunto de la economía llevando las cosas a un punto en el que la expansión del crédito choca con las reservas bancarias encontrando así su fin. La elevación de los tipos de descuento resultante de esta situación conducía a la deflación, la cual también envolvía a la economía en su conjunto dando paso a un período de depresión. La disminución de la demanda con respecto a la producción y a la acumulación de capital se derivaba bien subjetivamente, de la utilidad marginal decreciente de los bienes de consumo en aumento, u

objetivamente, de las limitaciones al consumo de la población trabajadora determinadas por el sistema de asalariado. Frente a esto, los representantes de la «teoría pura», que no sólo partían del punto de equilibrio, sino que se quedaban en él, podían afirmar que la existencia de las situaciones de crisis no podía serle atribuida al sistema, sino al arbitrario descuido o a la violación de sus funciones reguladoras. Se sostenía la validez absoluta de la ley de los mercados de Say, por lo cual se suponía que era evidente que cuanto más se consume menos se invierte y que cuanto más se invierte menos se puede consumir. En cualquier caso, el equilibrio entre la producción y el consumo quedaba en pie. De todos modos, equivocarse es cosa humana y podían producirse inversiones erróneas cuyos negativos efectos necesariamente acabarían autoeliminándose por medio de nuevas adaptaciones a una situación modificada del mercado. Carecía de sentido romperse la cabeza con las crisis, ya que el mecanismo de los precios estaba ahí también para hacer desaparecer cualquier irregularidad que se presentase en la economía. Que esas irregularidades recayesen muy notablemente sobre una u otra parte del ciclo era algo que tenía menos que ver con el sistema que con las peculiaridades psicológicas de los hombres. Aun cuando las variaciones de los datos objetivos suscitan el movimiento del ciclo, queda abierto el interrogante interrogante de «¿por qué al principio ese movimiento se extralimita sólo para cambiar bruscamente después? ¿Por qué conduce a una mala distribución intertemporal en vez de a una variación intertemporal, de una vez y estable de los niveles de consumo y producción? Esta cuestión sólo puede ser fácilmente esclarecida mediante una teoría "psicológica"»<sup>36</sup>.

El curso de la economía sólo es dinámico «si también con la abstracción teórica más extrema, no sólo en la realidad, no resulta posible encontrar en él ninguna tendencia al establecimiento de un equilibrio estable»<sup>37</sup>. La hipótesis de la estática adoptada por teorías que negaban o asumían la existencia de leyes de la crisis impedía a esas teorías, desde un principio, cualquier posible comprensión real de la dinámica del sistema capitalista. En estas circunstancias, esas teorías se encontraban continuamente en contradicción con la realidad, a pesar de los grandes esfuerzos desplegados para sustraerse a esas contradicciones. La imposibilidad de comprender el desarrollo capitalista con los métodos de las teorías clásicas y neoclásicas condujo incluso en campo burgués a que surgiesen duras críticas de esas teorías, emprendiéndose tentativas de aproximación por vías diferentes a las leyes de desarrollo del capitalismo.

<sup>36</sup> L. A. HAHN, *Wirtschaftswissenschaft des gesunden Menschenverstandes*, 1955, P. 157.

<sup>37</sup> A. Laws, «Der Gegenwärtige Stand der Konjunkturforschung in Deutschland», en *Festgabe für Lujo Brentano*, 1925, p. 359.



Para Smith y Ricardo, la economía se basaba en último término en la naturaleza del hombre, en particular en su capacidad de intercambio, que le distinguía de los animales. La división del trabajo, las clases, el mercado y la acumulación del capital eran contemplados por ellos como fenómenos naturales que ni admitían modificaciones ni las necesitaban. La economía política que se elaboraba en Inglaterra: se basaba además en las ideas de los fisiócratas franceses, es decir, en la premisa de que por su propia naturaleza la economía funcionaba perfectamente, de que todo había de ir bien en ella a condición de que no se perturbase el orden natural de las cosas. El motivo del *laissez-faire* de los fisiócratas se convirtió en un elemento moral de la teoría clásica. En base a ese principio, aun cuando intercambiado ya en Ricardo y después de él cada vez con mayor generalidad con las concepciones tomadas prestadas de Malthus y Darwin, el modo de producción capitalista pasaba por ser, también hacia el futuro, el orden natural.

El darwinismo social mostraba a la burguesía en el punto culminante de su autoconciencia. Ya no tenía que hacerse más ilusiones acerca del carácter de la sociedad. La lucha de clases se diluía en la lucha general por la existencia a la que, aparentemente, estaba ligado todo progreso. Todo hombre se enfrentaba a los otros hombres competitivamente y esta lucha competitiva no tenía nada que ver con las particulares relaciones sociales del capitalismo, sino que debía considerarse como una ley natural que se imponía en la economía. Si uno tenía más éxito que otro, ello no se debía a que las posibilidades sociales fuesen diferentes, sino a las capacidades personales de cada uno. Igual que podía prescindirse de la división en clases, también se podía hacer lo mismo con respecto a las relaciones de producción, en las que esa separación se ponía de manifiesto.

En tanto que teoría de la evolución, el darwinismo predicaba la existencia de cambio, aun cuando extremadamente lento, constante en la naturaleza, la sociedad y los hombres. En razón de él, el tipo de sociedad establecida debía también ser considerado como transitorio, como un proceso que no podía extenderse por medio de la estática de la teoría «pura» u ortodoxa. La no atención a la evolución y el punto de vista económico-abstracto aislado impedían a la teoría ortodoxa, según Thorstein Veblen<sup>38</sup> fundador del institucionalismo americano, cualquier comprensión real del acontecer económico-social. Las transformaciones de la sociedad se manifiestan, según Veblen, en las modificaciones que experimentan sus instituciones, entendiendo por éstas los hábitos de origen cultural del pensamiento y de la percepción que determinan el

modo en que los hombres satisfacen sus necesidades vitales. El desarrollo cultural es un proceso lento pero incesante que conduce por acumulación de pequeñas variaciones a la formación de hábitos nuevos y con ello a la aparición de relaciones sociales diferentes.

Los hábitos o instituciones, en tanto que resultado actual de la evolución general y de la acumulación de experiencias, encuentran su expresión económica en el proceso maquinal de la producción y en el espíritu de empresa capitalista. Aun cuando esas instituciones aparecen simultáneamente, son contradictorias; la una sirve a la producción de bienes, la otra para ganar dinero. Si bien la industria constituye la base de la moderna civilización, no está determinada por aquélla sino por las ganas de hacer negocio. De esto resultan todas las incongruencias de la economía y sus situaciones de crisis.

El motivo del beneficio que rige sobre la economía condiciona su auge o su hundimiento. Los beneficios resultan de la diferencia entre los precios de coste y los precios de mercado obtenidos. Sin embargo, el valor de una empresa no se estima en función de los beneficios efectivamente conseguidos por ella, sino en función de los beneficios futuros esperados. El valor-capital nominal y el real son completamente divergentes, pero es el primero el que determina el crédito de la empresa. La concurrencia fuerza a la elevación de la productividad, a la ampliación de la empresa y con ello a la percepción de créditos cuya concesión depende de la rentabilidad futura de la empresa. Mientras los créditos sean suficientes y la prosperidad suscitada por la expansión se mantenga, el valor-capital creciente no presenta problemas. En caso contrario aparece una divergencia entre los valores-capital hinchados y los beneficios reales, que conduce a un proceso de liquidación y a la depresión que resulta de él.

De este modo, la prosperidad lleva en sí misma su propio fin. Con los beneficios crecientes y la ampliación de los créditos, que se condicionan mutuamente, y con las elevaciones de precios ligadas a ellos, se expanden la capacidad productiva y la producción hasta que la ampliación de los créditos choca con su propia barrera y con la de los beneficios descendentes. Con la escasez del capital a préstamo y el incremento de los tipos de descuento se modifica la relación hasta entonces vigente entre los beneficios esperados y la capitalización realizada sobre su base, lo que fuerza a una revisión desvalorizadora de los valores-capital. A esto se unen los motivos de descenso de la rentabilidad que se derivan de la misma producción, como el aumento de los salarios, el descenso de la intensidad del trabajo y la generalización de la desorganización de las empresas que se deriva de la ansiedad de la coyuntura alcista.

<sup>38</sup> *The Theory of Business Enterprise*, 1904.

Aun cuando esta descripción del desarrollo del ciclo coyuntural no se distinga de otras, al menos sí que hace depender a aquél de la contradicción existente entre producción y producción capitalista. Las deplorables situaciones de la sociedad y las crisis caracterizadas por la sobreproducción o el subconsumo se deben únicamente a que toda la atención se fija en la multiplicación del capital en vez de en la satisfacción de las necesidades humanas. A diferencia de otros observadores, para Veblen las crisis no eran acontecimientos dominados por relaciones de equilibrio que registrasen tan sólo pasajeras desviaciones de la norma. Para él las crisis eran el estado normal de la sociedad capitalista una vez que ésta hubiese alcanzado una cierta madurez. Del ciclo de la crisis de un periodo anterior resultaba la crisis crónica del capitalismo desarrollado que únicamente cabía eliminar por la transformación del sistema social.

Dado que no existe ningún estado estacionario ni ningún equilibrio económico, no se puede, para Veblen, esperar que el sistema capitalista siga ulteriormente desarrollándose a pesar o por medio de las oscilaciones coyunturales. El sistema como tal carece de mecanismos de ajuste. La periodicidad de las crisis en el período de ascenso de la sociedad basada en la moneda y el crédito no tendría nada que ver con el sistema como tal y se debería, con mucha probabilidad, a circunstancias externas. La divergencia entre la capitalización y la posibilidad de realización de beneficios podía todavía reducirse temporalmente gracias a medios externos al sistema como la inflación monetaria o el incremento y abaratamiento de la producción de oro y los aumentos de precios a ellas ligados. Las crisis que aparecían periódicamente eran en su mayoría crisis comerciales diferentes de la crisis de la sociedad industrial. Con la industria desarrollada resulta imposible incluso paliar temporalmente la contradicción entre las pretensiones del capital y los beneficios que realmente se pueden conseguir, con lo que se llega a un estado de crisis crónica.

Según Veblen, está inscrito en la esencia de la producción de máquinas y de la productividad que con ella constantemente aumenta el que, en condiciones de concurrencia, los precios caen y los beneficios de un capital dado disminuyen. El mantenimiento de los beneficios fuerza a que se incrementen los capitales individuales. Así aparece una especie de carrera entre la expansión del capital y la tendencia al descenso de los beneficios, la cual, en cualquier caso, solamente puede ser ganada por estos últimos. La divergencia entre los valores de capital y los beneficios que se pueden alcanzar se amplía y de momento se intenta prevenir extendiendo los trusts y los monopolios. Pero de la monopolización, sin embargo, resulta la concurrencia monopolista y la reanudación de la

carrera. El aseguramiento de precios que sean beneficiosos requiere entonces un crecimiento extraordinario del consumo improductivo, la presencia de una producción para el desperdicio, lo que, sin embargo, choca también con barreras infranqueables. El resultado final es una situación que se puede definir como de crisis crónica. Esta crisis ya insuperable estaba para Veblen ya presente y, por lo tanto, las expectativas no habían de dirigirse a un colapso social general que sustituyese el sistema económico (en tanto que sistema monetario y crediticio) por otro sistema de producción.

Ese nuevo sistema había de ser el sistema productivo existente, pero sin sus degeneraciones capitalistas. La difusión de la separación entre la propiedad y la gestión y la conciencia que se iba formando en el sentido de que la producción industrial podía funcionar igualmente sin la presencia de las instituciones capitalistas parasitarias constituían anticipaciones del nuevo sistema. El creciente sabotaje del desarrollo industrial por la desmoronada producción guiada por el beneficio (siendo al mismo tiempo creciente la importancia de la técnica y de la producción de máquinas) acabaría con usos anticuados y haría aparecer nuevos usos mejor adaptados a la producción industrial y más favorables al desarrollo social ulterior.

En tanto que rama de la economía burguesa, el institucionalismo, a pesar de sus actitudes críticas, perdió mucho de la consecuencia que es posible encontrar en los trabajos de Veblen. Si en último término Veblen no puede sino atribuir la ruina del capital más que a los efectos de la disminución del beneficio inherentes al incremento de la concurrencia en el sentido de Adam Smith, sus antipatías se dirigían, de todos modos, a todos los aspectos de la civilización capitalista. La crítica de sus sucesores provenía, por el contrario, más del miedo ante el amenazante fin de la sociedad capitalista que de la exigencia de nuevas relaciones sociales. Las actuaciones irresponsables de los «tiranos del beneficio» conducían a la desintegración. «El institucionalismo es un grito que pide acción, es un SOS que se lanza a un mundo que se hunde»<sup>39</sup>. La intervención consciente en los procesos económicos era necesaria para poder salir de una miseria que se palpaba. La teoría ortodoxa no ofrecía ningún remedio para la solución de los cada vez más graves problemas y antagonismos sociales. En estas condiciones, el institucionalismo quería prestar su ayuda por medio de una serie de medidas de reforma encaminadas al establecimiento de una economía planificada que superase las miserias del capitalismo concurrencial.

Pero con ello el institucionalismo no pudo lograr ninguna influencia de consideración o duradera y

<sup>39</sup> J. A. Estey, *Orthodox Economic Theory: A Defense*, en «The Journal of Political Economy», diciembre 1936, p. 798.

se quedó en mera curiosidad susceptible de servir, bajo otras formas, como justificación ideológica de las provisionales intervenciones estatales en situaciones de crisis. Alguna influencia ejerció en los diversos movimientos reformistas y, en particular, en la Sociedad Fabiana inglesa<sup>40</sup>. La teoría ortodoxa acotaba el campo de la economía teórica, a pesar de que ésta se ramificase en numerosas zonas especiales subordinadas a la «teoría pura», las cuales iban proporcionando a un número creciente de académicos medios relativamente buenos de vida. La función puramente ideológica de la economía teórica se manifestaba asimismo en la multiplicación de las escuelas de comercio, que se dedicaban a los aspectos prácticos de la vida de los negocios, ámbito éste que no era objeto de consideración de la economía teórica.

En tanto que ideología apologética de la economía capitalista, la economía teórica se iba viendo cada vez más en apuros a causa de su cada vez más manifiesta falta de conexión con los procesos económicos reales. Como no podía aproximarse a esa realidad sin negarse a sí misma, emprendió la ruta opuesta de la abstracción creciente, con el fin de poder sus- traerse a cualquier confrontación con la realidad. En adelante su ámbito no iba a limitarse ya exclusivamente a la economía, sino que iba a ampliarse hasta alcanzar un principio racional aparentemente rector de toda actividad humana y orientado a adaptar medios escasos a fines alternativos para alcanzar el mejor resultado posible. La economía se concentra, en esta concepción, «en un aspecto particular de la conducta humana que está determinado por la escasez de los medios. Por consiguiente, todas las clases de conducta humana caen dentro del campo de la generalización económica. No decimos que la producción de patatas sea una actividad económica y la filosofía no lo sea, sino que ambas actividades, en la medida en que implican el abandono de otras alternativas asimismo deseadas, tienen un aspecto económico. Con la excepción de ésta no hay ninguna otra limitación en la economía científica»<sup>41</sup>. Esta excepción universal de la economía en tanto que principio racional era, al mismo tiempo, su reducción a procedimiento puramente analítico que se negaba a decir nada sobre la confirmación misma de la economía. De este modo, también la crisis económica caía fuera del ámbito del interés económico. Fue necesaria una crisis de años de duración, que se extendió a todo el mundo y lo hizo tambalearse, para que se acabase con esa falta de interés.

---

<sup>40</sup> S. y B. Webb, *The Decay of Capitalist Civilisation*, 1923.

<sup>41</sup> L. Robbins, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, 1945, p. 17.

## Capítulo 2

# LA TEORÍA DE LA CRISIS DE MARX

El estancamiento en cuanto a contenido de la economía burguesa era, para Marx, algo completamente evidente. «La economía política clásica –decía– aparece en un período en que aún no se ha desarrollado la lucha de clases. Es su último gran representante, Ricardo, quien por fin toma conscientemente como eje de sus investigaciones el antagonismo de los intereses de clase, el antagonismo entre el salario y la ganancia y entre la ganancia y la renta del suelo, aunque viendo simplistamente en este antagonismo una ley natural de la sociedad. Al llegar aquí, sin embargo, la ciencia burguesa de la economía tropieza con una barrera para ella infranqueable (...) La burguesía había conquistado el poder político en Francia y en Inglaterra. A partir de este momento, la lucha de clases comienza a revestir, práctica y teóricamente, formas cada vez más acusadas y más amenazadoras. Había sonado la campana funeral de la economía científica. Ya no se trataba de saber si tal o cual teorema era o no verdadero, sino de si resultaba beneficioso o perjudicial, cómodo o molesto para el capital, de si infringía o no las ordenanzas de policía. Los investigadores desinteresados fueron sustituidos por espadachines a sueldo y los estudios científicos imparciales dejaron el puesto a la conciencia turbia y a las perversas intenciones de la apologética.»<sup>42</sup>

En la base de la crítica de la economía política a que procede Marx está su teoría del valor y de la plusvalía. Metodológicamente se diferencia de la economía clásica por la comprensión por parte de Marx de la dialéctica social, la cual «en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina; porque concibe toda forma desarrollada en el fluir de su movimiento, y por tanto sin perder de vista su lado perecedero; porque nada le hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria»<sup>43</sup>. De todos modos, a estas observaciones Marx hacía preceder la idea de que «el método de exposición debe distinguirse formalmente del método de investigación. La investigación ha de tender a asimilarse en detalle la materia investigada, a analizar sus diversas formas de desarrollo y a descubrir sus nexos. Sólo después de coronada esta labor puede el investigador proceder a exponer adecuadamente el movimiento real. Y si sabe hacerlo y consigue reflejar idealmente en la exposición la vida de la materia, es posible que tenga la impresión de estar ante una construcción a priori»<sup>44</sup>.

De sus obras se desprende que con el paso del tiempo, Marx se fue liberando cada vez más de su inicial interpretación filosófica del desarrollo social. Es, por tanto, inadecuado considerar el método dialéctico-formal como básico para la comprensión de la realidad del capitalista y suponer, con Lenin, que la comprensión real de El Capital de Marx presupone la de la lógica hegeliana<sup>45</sup>. Si para Hegel la filosofía era el tiempo formulado en ideas, para Marx la dialéctica era expresión del desarrollo capitalista actual que en la filosofía burguesa no podía encontrar más que un reflejo ideológico falso. Para Marx no conduce la filosofía hegeliana al conocimiento correcto del mundo capitalista, sino la comprensión del capitalismo es lo que conduce a captar el «núcleo racional» de la filosofía hegeliana.

De todos modos, la filosofía hegeliana constituyó el punto de partida de Marx, pero pronto fue oscurecido por el conocimiento de las relaciones capitalistas concretas de las que procedía, a su vez, la dialéctica idealista. «Lo que sólo parecía ser objeto de la filosofía, se convirtió en objeto de la ciencia económica; lo que en el análisis abstracto no parecía sino una sombra, debía aceptarse como real en la existencia externa»<sup>46</sup>. Si no de hecho, sí, desde luego, en principio, independientes de la lógica hegeliana, las investigaciones económicas e históricas de Marx descubrían la naturaleza dialéctica del desarrollo capitalista. La dialéctica, por tanto, ha de buscarse en El Capital, justo porque es la ley de movimiento de la sociedad capitalista y porque legitima al método dialéctico como método de investigación de la verdad.

El proceso de producción y de desarrollo relativamente estacionario del feudalismo europeo se transformó por la dinámica inherente a las relaciones de producción capitalistas, en particular la unidad de los antagonismos entre capital y trabajo, en un proceso de rápido y discontinuo cambio social con consecuencias de alcance universal hasta entonces desconocido. Fue este proceso el que dio lugar a las teorías de la economía política de la revolución burguesa así como a sus reflejos en la filosofía. Todo desarrollo que revoluciona la sociedad se basa en la aparición de nuevas fuerzas productivas, las cuales requieren para su pleno despliegue y aprovechamiento unas relaciones de producción acordes con ellas. Viceversa, la aparición de nuevas relaciones de producción da lugar a la formación de nuevas fuerzas productivas, las cuales, a su vez, influyen sobre las relaciones de

<sup>42</sup> Karl Marx, *Das Kapital*, vol. I, MEW 23, p. 21. (Trad. cast. cit., pp. XVIII, XIX.)

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 26.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>45</sup> *Aus dem Philosophischen Nachlass. Lenin, Werke*, vol. 38, Berlín 1964, p. 170.

<sup>46</sup> O. Morf, *Geschichte und Dialektik in der politischen Ökonomie*, 1970, p. 64.

producción existentes. Lo que obstaculiza a estas fuerzas productivas y que está ligado a las relaciones de producción viejas conduce a través de la separación por clases sociales a luchas políticas que hacen pasar de un orden social a otro. El proceso de desarrollo es, de este modo, al mismo tiempo un proceso revolucionario y comprende, más o menos, todos los aspectos de la existencia social humana.

El modo de producción capitalista resulta del desarrollo de la producción de mercancías en condiciones de propiedad privada presuponiendo la separación histórica de los productores con respecto a los medios de producción. La fuerza de trabajo se convirtió en mercancía estando en la base de las condiciones de desarrollo de la economía de mercado. La producción capitalista es producción social sólo en el sentido de que las mercancías no se producen para el propio consumo, sino para su venta a otros consumidores. Esta producción social tiene simultáneamente la finalidad de satisfacer las necesidades de beneficio de los propietarios privados de capital. La división social del trabajo supone, por consiguiente, al mismo tiempo la separación de las clases sociales. La producción social sirve a la sociedad sólo en la medida en que puede servir a los propietarios del capital; se trata de una producción social dependiente de los intereses privados. No puede ser, consiguientemente, producción social directa, sino sólo indirecta; y esto, además, sólo cuando casualmente las necesidades del capital coinciden con las necesidades sociales.

El carácter en este sentido social de la producción capitalista se pone de manifiesto en las relaciones mercantiles. La producción individualmente conducida debe adaptarse a las necesidades sociales peculiares del capitalismo. En la economía burguesa el mecanismo del mercado aparece como el regulador de las necesarias relaciones entre la producción y el consumo y la distribución proporcional del trabajo social que está en su base. En esta concepción se abstrae de la duplicidad de la producción en tanto que producción de mercancías y producción de beneficio, ya que esta última se lleva a cabo mediante la producción de mercancías, con lo que queda comprendida en sus leyes. Aun cuando éste es, de hecho, el caso, dado el carácter de mercancía de la fuerza de trabajo, no por ello deja de estar claro que la producción de mercancías presupone la de beneficios y que es ésta la que determina las relaciones de mercado y de precios. La simetría oferta-demanda de la economía burguesa se priva de este modo de entender las relaciones de mercado reales, así como la dinámica del capital mediada por ellas y resultante de la presión del beneficio.

Los límites de la economía burguesa constituyen el punto de partida de la crítica marxiana. Las

relaciones económicas son, para Marx, relaciones de clase que, en las condiciones de la producción de capital, adoptan el carácter de relaciones económicas. El valor y el precio son igualmente categorías fetichistas para las relaciones reales de clase que están en su base. Mientras que la teoría clásica del valor hablaba del valor de uso y del valor de cambio, Marx el problema que planteaba ante todo es cómo se podía llegar en general al concepto mismo de valor, respondiendo con la constatación de que bajo las condiciones de las relaciones de propiedad capitalistas el proceso social de trabajo necesariamente ha de aparecer como relación de valor. Dado que en esas condiciones las relaciones de explotación toman la forma de relaciones de cambio, la división de la producción social en trabajo y plus trabajo ha de aportar el carácter de relaciones de valor, de valor y plusvalía. Si la sociedad no fuese una sociedad de clases basada en el intercambio, no habría intercambio entre los propietarios de las condiciones de la producción y los obreros desposeídos y las relaciones sociales de producción no serían relaciones de valor.

Las dificultades que tenían los clásicos con la teoría del valor procedían de que, a pesar de que consideraban a las mercancías como unidad de valor de uso y de valor de cambio, no extendían este carácter doble a la mercancía fuerza de trabajo. Esto le estaba reservado a Marx y fue lo que le permitió comprender las relaciones de cambio reales sin menoscabo de la ley del valor. El intercambio de las mercancías sobre la base de los equivalentes en tiempo de trabajo no puede arrojar ningún beneficio. El carácter doble de la mercancía fuerza de trabajo es lo que da la posibilidad del beneficio. Mientras que de acuerdo con la ley del valor el comprador de la fuerza de trabajo paga el valor de cambio de ésta, adquiere con ello un valor de uso capaz de producir más que su propio valor de cambio. Con esto ya estaba dicho que las relaciones de precio del mercado solo pueden entenderse como relación de producción a través de las relaciones de valor que están en su base.

La ley del valor no implica intercambio de equivalentes de tiempo de trabajo, sino la apropiación capitalista del plus trabajo no pagado. Tampoco los propietarios de capital intercambian entre ellos equivalentes de tiempo de trabajo. La ley del valor rige en la economía capitalista sólo en el sentido de que las fuerzas productivas sociales en cada caso dadas colocan ciertos límites a la producción de plusvalía y que la distribución de la plusvalía ha de adaptarse más o menos a las necesidades sociales para asegurar la existencia y el desarrollo del capital. Las relaciones de intercambio no pueden por tanto aparecer como relaciones de valor determinadas por el tiempo de trabajo, sino como relaciones de precio desviadas de ellas sin por ello suprimir la determinación de la producción capitalista por la ley del valor.

La divergencia entre el valor y el precio excluía la consecuente utilización del valor-trabajo por parte de la teoría clásica del valor, basada predominantemente en la distribución. Reafirmarse en la ley del valor exigía aducir pruebas para sustentar que las relaciones de precio reales, a pesar de no coincidir con las relaciones de valor, estaban determinadas por estas últimas. Si esto no podía deducirse de los precios de mercado dados, sí que podía hacerse a partir de los cambiantes precios de producción que se forman en base a los precios de coste y a la tasa de beneficio media. En la conciencia capitalista -igual que en la realidad del mercado- no hay sino precios de mercancías. Para el empresario individual, por otra parte, la producción se plantea como un problema de compra-venta. Adquiere medios de producción, materias primas y fuerza de trabajo para producir mercancías que alcanzan un precio en el mercado que le deja un beneficio del que se puede vivir y que conserva y multiplica el capital por él invertido. El valor y la plusvalía carecen para él de sentido; solamente tienen sentido para él los costes de producción expresados en precios y las ganancias conseguidas. Esta indiferencia compartida por todos los capitalistas, no cambia sin embargo nada en el hecho de que tanto los costes de producción como los beneficios no son sino otras expresiones para determinadas cantidades de tiempo de trabajo contenidas en las mercancías.

El tiempo de trabajo total empleado por la sociedad da lugar a un producto social global que se reparte en salarios y beneficios. Cuanto más les corresponda a los capitalistas del producto social global, menos podrá corresponderles a los obreros, y viceversa. En la realidad, sin embargo, ni la producción social ni la fuerza de trabajo global ni el capital global son magnitudes inmediatamente dadas cuyas relaciones recíprocas puedan investigarse. El capital se subdivide en muchos capitales diferentes que no se enfrentan a la clase obrera en su totalidad sino a grupos más o menos grandes de obreros. Al igual que los capitales mismos, también sus posibilidades de explotación son distintas. Las estructuras (o la «composición orgánica») de los capitales individuales se distinguen en relación con las industrias en las que actúan, es decir, la composición de los capitales en relación con las cantidades de medios de producción (o con el capital constante) y con la fuerza de trabajo utilizada (o con el capital variable) no es siempre la misma. Dado que según la teoría del valor-trabajo sólo produce plusvalía el trabajo vivo estando relacionado, sin embargo, el beneficio al capital total (es decir, capital constante y capital variable tomados en su conjunto), en las industrias con un capital constante más grande en comparación con el capital variable, los beneficios tendrían que ser inferiores a las industrias en las que la relación entre un capital y otro es la

inversa. Éste, no obstante, no es en general el caso y no lo es porque la concurrencia de los capitalistas entre sí y la de los compradores contra ellos y entre sí hace que los beneficios actuales se transformen en beneficios sociales-medios, los cuales, cargados sobre los costes de producción, permiten a todo capital participar de acuerdo con su magnitud proporcionalmente en la plusvalía social total.

Si bien la tasa de beneficio media encuentra explicación en la concurrencia, de todos modos, nada dice la misma concurrencia acerca de su magnitud en cada caso. Esa magnitud depende de la masa de beneficio desconocida, pero definitivamente dada, del capital social global. Y como el valor total de las mercancías rige sobre la plusvalía total y ésta a su vez sobre el beneficio medio y por tanto sobre la tasa de beneficio general, la ley del valor, en definitiva, regula los precios de producción. Mientras que la creación de plusvalía por el plustrabajo tiene lugar en la producción, la realización de los beneficios se lleva a cabo en el mercado. Es el aspecto de valor de uso de la producción, regido por la acumulación de capital y realizado en el mercado, el que determina la relación entre la oferta y la demanda y las relaciones de precios que se derivan de ella distribuyendo, consiguientemente, la plusvalía social total entre los diversos capitales.

El aumento en la demanda de una mercancía determinada hace que se incremente su producción, del mismo modo que la disminución de la demanda de otra hace descender su producción. Así fluye el capital de industrias relativamente estancadas a industrias en rápido desarrollo. Los cambios en la composición orgánica de los capitales individuales que se derivan de esto no alteran nada en su capacidad de dar beneficio. Por el contrario, se llega a beneficios más elevados que los que les corresponden a los capitales menos productivos. De todos modos, el beneficio extraordinario ganado en un nivel de precios dado por encima del beneficio medio, se vuelve a perder a causa del aflujo de capital desde las industrias de bajo beneficio a las industrias de beneficio alto, la búsqueda incesante del beneficio extraordinario es lo que caracteriza a la concurrencia capitalista conduciendo, por medio de ésta, a que se alcance una composición orgánica del capital social global más elevada.

Las variaciones de las relaciones de valor y con ellas de los precios han de entenderse a partir del proceso de acumulación. El cambio en el nivel general de precios resulta de la acumulación capitalista, que se expresa en una productividad creciente. La caída general de los precios de las mercancías se deriva de la comparación entre períodos de la producción anteriores y posteriores. Cada mercancía contiene en sí misma menos tiempo de trabajo que anteriormente. La disminución de valor de las mercancías singulares



es compensada y superada por el aumento de la cantidad de mercancías, de modo que se mantenga la rentabilidad del capital a pesar del descenso de los precios. Así, la evolución de los precios depende de la productividad cambiante del trabajo y con ello de la ley del valor. Para el análisis de la expansión capitalista no se requiere, por consiguiente, ninguna teoría de los precios particular, ya que la evolución de los precios está comprendida en el análisis del valor.

En las relaciones de precios mediadas por la concurrencia se borran las determinaciones de valor de las mercancías singulares y de los beneficios así como también el reparto del producto social en salarios y beneficios. Pero sea como sea la distribución, lo que en cualquier caso puede distribuirse con cantidades de mercancías que requieren un determinado tiempo de trabajo y que se someten a una primera distribución en la producción de valor y plusvalía. La distribución que se expresa en precios tiene como premisa este primer reparto. Esta base oculta por el mercado es exactamente tan realista como el mundo de precios y mercancías inmediatamente dado. A la luz de este último aparece como una abstracción simplificadora de los complejos procesos de mercado, mientras que desde el punto de vista de las relaciones de producción básicas el mundo de las mercancías no suponen sino una modificación multilateral de esas relaciones. Estas relaciones de producción básicas pueden entenderse prescindiendo del mercado, pero el mercado no puede entenderse sin esas relaciones de producción. Por consiguiente, son estas últimas relaciones las que han de estar en la base de cualquier análisis científico del capital y las únicas susceptibles de hacer inteligibles las posibilidades y los límites de los procesos de mercado.

La teoría del valor, cuyo punto de referencia es el tiempo de trabajo, es con respecto al mercado, abstracta y con respecto a las relaciones de producción, concreta. Es una construcción intelectual sólo en el sentido de que los valores no se relacionan directamente en el mercado, de manera que las relaciones de valor que se esconden detrás de los precios sólo pueden ser entendidas por una vía intelectual. La teoría pura del mercado es también, naturalmente, una abstracción, en particular porque pasa por alto las relaciones capitalistas de producción. Se cierra de este modo el camino que conduce a la comprensión de la totalidad de las situaciones reales y con ello también la comprensión de los procesos de mercado mismos. El análisis del valor, por el contrario, permite el paso de lo abstracto a lo concreto, dado que está en condiciones de dar cuenta de la vinculación de las relaciones de mercado a las relaciones de producción existentes haciendo, por tanto, inteligible el proceso global de la economía capitalista.

La duplicidad de la producción en tanto que producción de mercancías y producción de beneficio excluye una producción adaptada a las verdaderas necesidades sociales o un equilibrio de la oferta y la demanda en el sentido de un equilibrio entre la producción y el consumo. Según Marx la demanda está esencialmente condicionada «por la relación de las diferentes clases entre sí y por su posición económica respectiva, es decir, primero por la relación de la plusvalía total con respecto al salario y segundo por la relación de las diversas partes en que se divide la plusvalía (beneficio, interés, renta de la tierra, impuestos) entre sí, con lo que se demuestra una vez más cómo no puede explicarse absolutamente nada a partir de la relación entre la oferta y la demanda antes de que haya sido desarrollada la base sobre la que se mueve esa relación»<sup>47</sup>. Sin embargo, esa base (o relaciones de producción) se encuentra, a causa de los esfuerzos por aumentar la explotación que se derivan de la concurrencia capitalista, en un cambio continuo que se expresa en las relaciones de mercado cambiantes. El mercado se encuentra, de este modo, en un desequilibrio permanente, a pesar de que éste puede ser de gravedad variable, con lo que, por aproximación a una situación de equilibrio, puede dar pie a la ilusión de la existencia de tendencias al equilibrio. Las leyes de movimiento capitalistas excluyen cualquier clase de equilibrio incluso en el caso de que la producción de mercancías y la de beneficio se desarrolle equilibradamente, porque este mismo desarrollo lleva a que se despliegue una contradicción inmanente a él que sólo es posible superar por un desarrollo ulterior.

El mercado y la producción constituyen, evidentemente, una unidad y sólo pueden mantenerse separados conceptualmente: No obstante, las relaciones de mercado están determinadas por las relaciones de producción. El precio de la fuerza de trabajo, en general, no puede caer por debajo de su valor, es decir, de sus costes de reproducción. No puede tampoco alcanzar nunca el punto en el que eliminaría la plusvalía capitalista dando al traste, por tanto, con el sistema. Lo que tiene lugar en el mercado está condicionado siempre, en cuanto a sus consecuencias, por las relaciones de producción y el movimiento aparentemente autónomo del mercado se realiza dentro de los marcos prefijados por esas relaciones. Por mucho que en un momento determinado las relaciones de precios puedan desviarse de las relaciones de valor a ellas subyacentes, la suma total de los valores de las mercancías no pueden contener más valor que el que fue empleado en ella en tiempo de trabajo. La suma total de los precios de las mercancías puede, de todos modos, estar por debajo del valor global, ya que la equivalencia de valor y precio sólo se plantea en el supuesto de la realización plena de las cantidades de mercancías

---

<sup>47</sup> MEW 25, p. 191.

producidas. Con otras palabras: puede haberse producido más valor y plusvalía de la que se expresa a través de los precios de las mercancías; por ejemplo, cuando no se le puede dar salida a una parte de la producción y pierde, por ello, su carácter de valor. Sea como sea, los precios totales realizados son iguales al valor total realizado. De este modo se justifica un análisis de las leyes de movimiento del capitalismo basado exclusivamente en las relaciones de valor.

Mientras que en el primer tomo de *El Capital* de Marx se investigan los fenómenos «que ofrece el proceso de producción capitalista considerado de por sí», en el tercer tomo de lo que se trata es de «descubrir y exponer las formas concretas que brotan del proceso de movimiento del capital, considerado como un todo». Las manifestaciones del capital, tal como las desarrolló Marx, «van acercándose, pues, gradualmente a la forma bajo la que se presentan en la superficie misma de la sociedad a través de la acción mutua de los diversos capitales, a través de la concurrencia, y tal como se reflejan en la conciencia habitual de los agentes de la producción»<sup>48</sup>. Pero este procedimiento gradual no menoscaba el conocimiento de las leyes de movimiento del capital alcanzado ya por la mera consideración del proceso de producción. Estas leyes siguen siendo esenciales también para el capital «considerado como un todo», a pesar de que en esta perspectiva experimenten diversas modificaciones de forma. No se trata de un procedimiento puramente metodológico destinado a facilitar una aproximación al impenetrable mundo de las mercancías, sino de un fundamento que está realmente en la base de ese mundo y que como tal ha de ser descubierto para poder determinar la dinámica del sistema, de la que se derivan las múltiples conformaciones del capital.

El valor de la fuerza de trabajo se limita a sus costes de reproducción; el tiempo de trabajo que excede a esto aparece como plusvalía. La productividad creciente del trabajo aumenta su valor de uso con respecto a su valor de cambio e incrementa, de este modo, la masa del capital que resulta de la plusvalía. La formación de capital puede demostrarse, así como desarrollo de la productividad del trabajo. La masa de capital en aumento determina las necesarias cantidades de plusvalía que se requieren para su ulterior expansión o valorización. No obstante este proceso reduce al mismo tiempo la fuerza de trabajo utilizada con respecto al capital singularmente dado, disminuyendo consiguientemente la masa de plusvalía. Pero con una acumulación rápida la fuerza de trabajo utilizada, de todos modos, aumenta en términos absolutos y solo disminuye relativamente con respecto al capital en aumento. Pero también el retroceso relativo, en conexión con las exigencias

crecientes de valorización del capital en aumento, ha de conducir con el tiempo a una tasa de acumulación descendente. De aquí resulta que la acumulación de capital está vinculada a determinadas relaciones de valor. Si la plusvalía basta para la acumulación del capital ya existente, entonces no expresa sino el secreto del desarrollo ulterior del capital. Si es insuficiente para el capital incrementado, entonces cesa también el desarrollo rápido ulterior del capital.

La producción capitalista de mercancías es en realidad producción de capital; la producción de bienes de uso no es más que un medio para incrementar el capital y éste no conoce límites subjetivos. Un capital lanzado a la producción y expresado en dinero ha de salir de la circulación como capital incrementado para que se cumplan las condiciones de producción capitalistas. La producción es así exclusivamente producción de plusvalía y está determinada por ésta. La plusvalía es tiempo de trabajo no pagado, por lo cual la producción de capital depende de la masa de tiempo de trabajo en cada caso apropiada. Es así inherente a la esencia del capital incrementar la masa de la fuerza de trabajo no pagada. En un estadio dado del desarrollo y con un número dado de trabajadores, la plusvalía sólo puede aumentarse prolongando el tiempo de trabajo que les corresponde a los trabajadores. En ambas direcciones hay límites objetivos infranqueables, ya que la jornada laboral no puede prolongarse hasta las 24 horas y el salario de los trabajadores tampoco puede ser reducido a cero. La acumulación de capital posible en estas condiciones, en tanto que acumulación de medios de producción, requiere fuerza de trabajo adicional e incrementa consiguientemente, aunque despacio, la masa de plusvalía. Pero para que la acumulación discurra por cauces progresivos, ha de incrementarse la productividad del trabajo, lo que se alcanza mediante el desarrollo de la técnica y la puesta a punto de métodos de organización empresarial. Ambas cosas dependen de la acumulación estimulando al mismo tiempo la acumulación ulterior y acelerada y transformando las relaciones de valor con respecto a la composición orgánica del capital.

En el supuesto de una acumulación de capital de carácter progresivo, que se corresponde muy bien con la realidad, la productividad creciente del trabajo se manifiesta en una modificación de la composición orgánica del capital a favor de su componente constante. El capital variable crece igualmente, pero se queda atrás en comparación con el crecimiento del capital objetivado. A pesar de la cifra descendente de trabajadores en relación con los medios de producción que como capital están frente a ellos, la plusvalía aumenta mientras la productividad creciente del trabajo haga disminuir la parte de tiempo de trabajo requerida para la reproducción de los trabajadores. Así puede tener lugar, a pesar de la compo-

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 33. (*Capital*, III, trad. cast. cit., p. 45.)

ción orgánica del capital cambiada, la valorización del capital así como su ulterior acumulación.

Mientras que la tasa de plusvalía aumenta con la composición orgánica del capital cambiante, esta última ejerce una influencia opuesta sobre la tasa de beneficio. La tasa de plusvalía (o la relación entre el plustrabajo y el trabajo total) sólo tiene que ver con el capital variable; la tasa de beneficio, sin embargo, está relacionada con las dos partes del capital, la constante y la variable. Con un crecimiento del capital constante más rápido en relación con el variable, una tasa de plusvalía dada ha de conducir a una tasa de beneficio descendente. Para impedir esto, la tasa de plusvalía ha de aumentar en tal medida que a pesar de la composición orgánica del capital más elevada la tasa de beneficio permanezca estacionaria. Con un crecimiento más rápido de la tasa de plusvalía puede incluso aumentar. Dado que la tasa de plusvalía sólo puede aumentar de forma importante con la elevación de la composición orgánica del capital que acompaña a la acumulación, el proceso de acumulación se presenta como un proceso determinado por la tasa de beneficio general, de cuyo movimiento dependen todos los demás movimientos del capital.

Si suponemos ahora una acumulación de capital progresiva impetuosa, hay que concluir que los movimientos contradictorios de la tasa de plusvalía y de la tasa de beneficio conducen en último término a una situación que excluye la ulterior acumulación. Mientras que la tasa de plusvalía ha de incrementarse enormemente para contener la caída de la tasa de beneficio, disminuye también el capital variable en relación con el constante y la cifra de productores de plusvalía se reduce en comparación con el capital a valorizar. Cada vez menos obreros han de producir una plusvalía cada vez mayor para materializar los beneficios determinados por el capital ya presente, los cuales posibilitan la expansión ulterior. Ha de llegarse inevitablemente a un punto en el que incluso la mayor masa de plusvalía que sea posible sacar de un número de trabajadores reducido ya no baste para seguir valorizando el capital acumulado.

En cuanto a esto, se trata, ante todo, nada más que del resultado lógico de una línea de desarrollo supuesta que no tiene que ver más que con la producción y la acumulación de capital en un sistema imaginario en el que el conjunto del capital se encuentra frente al conjunto de los trabajadores, es decir, se trata del puro resalte del mecanismo de la producción de plusvalía y de la dinámica del proceso de acumulación. Se trata de la determinación de una tendencia implícita al desarrollo capitalista y que ejerce sobre éste un papel dominante, que está en la base del movimiento real del capital y que es la que lo hace inteligible. Sirve para demostrar que todos los

problemas del capital se derivan, en última instancia, de él mismo, de la producción de plusvalía y del desarrollo de la productividad social del trabajo sobre la base del modo de producción capitalista que ella determina.

Del mismo modo que la ley del valor no se manifiesta directamente en los procesos reales del mercado sino que impone por medio de estos procesos los imperativos de la producción capitalista, tampoco la tendencia al descenso de la tasa de beneficio (es decir, la repercusión de la ley del valor en el proceso de acumulación) es un proceso directamente perceptible en la realidad, sino una presión a la acumulación que se manifiesta por medio de los fenómenos del mercado y cuyos resultados conducen al modo de producción capitalista a situarse en una contradicción cada vez mayor con las necesidades sociales reales. «El verdadero límite de la producción capitalista -escribía Marx- es el mismo capital, es el hecho de que, en ella, son el capital y su propia valorización lo que constituye el punto de partida y la meta, el motivo y el fin de la producción; el hecho de que aquí la producción sólo es producción para el capital y no, a la inversa, los medios de producción simples medios para ampliar cada vez más la estructura del proceso de vida de la sociedad de los productores. De aquí que los límites dentro de los cuales tiene que moverse la conservación y valorización del valor-capital, la cual descansa en la expropiación y depauperación de las grandes masas de los productores, choquen constantemente con los métodos de producción que el capital se ve obligado a emplear para conseguir sus fines y que tienden al aumento ilimitado de la producción, a la producción por la producción misma, al desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas del trabajo. El medio empleado -desarrollo incondicional de las fuerzas sociales productivas- choca constantemente con el fin perseguido, que es un fin limitado: la valoración del capital existente. Por consiguiente, si el régimen capitalista de producción constituye un medio histórico para desarrollar la capacidad productiva material y crear el mercado mundial correspondiente, envuelve al propio tiempo una contradicción constante entre esta misión histórica y las condiciones sociales de producción propias de este régimen.»<sup>49</sup>

El análisis de la acumulación capitalista referido exclusivamente al proceso de producción y que daba como resultado la tendencia al descenso de la tasa de plusvalía, pone de manifiesto la presencia de un límite histórico de este modo de producción, sin por ello poder determinar el momento de su disolución. Pero dado que esta tendencia acompaña al sistema desde sus comienzos y es la que le da su dinámica, ha de manifestarse en todo momento en los procesos

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 260. (Trad. cast. cit., III, p. 248.)

reales del mercado, por más que con formas alternadas. No se hace perceptible como tal, con su propia imagen, sino por las medidas que se le oponen, por los procesos que Marx enumera como contratendencias<sup>50</sup> a la caída de la tasa de beneficio. Todas estas contratendencias, aumento del grado de explotación del trabajo, reducción del salario por debajo de su valor, abaratamiento de los elementos constitutivos del capital constante, sobrepoblación relativa, comercio exterior y aumento del capital-acciones, son fenómenos reales cuya función estriba en mejorar la rentabilidad del capital, es decir, salir al encuentro de la tendencia al descenso de la tasa de beneficio. En la medida en que son eficaces y hacen posible la valorización del capital, la tendencia al descenso de la tasa de beneficio no se hace sentir y queda realmente fuera de juego a pesar de que sea ella la causa de los movimientos del capital destinados a contrarrestarla. Sólo en las crisis que aparecen actualmente, de tiempo en tiempo, aparece la caída de la tasa de beneficio bajo su propia faz, ya que los fenómenos que la contrarrestan no bastan para seguir garantizando la ulterior valorización del capital.

La teoría marxiana de la acumulación es de este modo también una teoría de la crisis, ya que las crisis tienen su causa en una insuficiente valorización del capital, lo que a su vez es el resultado de la acción de la tendencia al descenso de la tasa de beneficio. Este tipo de crisis surge directamente de la acumulación de capital determinada por la ley del valor y sólo puede ser superada por la renovación de la valorización, es decir, por el restablecimiento de una tasa de beneficio adecuada para que continúe la acumulación. Está implícita en ella una discrepancia entre el capital acumulado y la plusvalía existente, lo que transforma la caída latente de la tasa de beneficio de una ausencia de beneficio en acto. La ausencia de acumulación que esto determina constituye la situación que Marx designa por sobreacumulación: «Sobreproducción de capital no significa nunca sino sobreproducción de medios de producción -medios de trabajo y de subsistencia- susceptibles de funcionar como capital, es decir, de ser empleados para explotar el trabajo hasta un cierto grado de explotación, ya que al descender este grado de explotación por debajo de cierto límite se producen perturbaciones y paralizaciones del proceso de producción capitalista, crisis y destrucción de capital. No constituye ninguna contradicción el que esta sobreproducción vaya acompañada de una sobrepoblación relativa más o menos grande. Los mismos factores que elevan la capacidad productiva del trabajo, que aumentan la masa de los productos-mercancías, que extienden los mercados, que aceleran la acumulación de capital tanto en cuanto a la masa como en cuanto al valor, y que hacen bajar la tasa de beneficio, han

creado y crean constantemente una sobrepoblación relativa, una sobrepoblación de obreros que el capital sobrante no emplea por el bajo grado de explotación del trabajo en que tendría que emplearlos o, al menos, por la baja tasa de beneficio que se obtendría con este grado de explotación.»<sup>51</sup>

Para ilustrar el concepto de sobreacumulación, Marx recurre a otro ejemplo, aun cuando no demasiado afortunadamente. «Para comprender lo que es esta sobreacumulación, basta enfocarla en términos absolutos. [...] Existirá una sobreproducción absoluta de capital tan pronto como el capital adicional para los fines de la producción capitalista sea = 0. [...] Por consiguiente, tan pronto como el capital aumentase en tales proporciones con respecto a la población obrera que ya no fuese posible ni extender el tiempo absoluto de trabajo rendido por esta población, ni ampliar el tiempo relativo de trabajo excedente (por lo demás, lo segundo no sería factible en el caso de que la demanda de trabajo fuese igualmente fuerte, es decir, en que predominase la tendencia al aumento de los salarios), es decir, tan pronto como el capital acrecentado sólo produjese la misma masa de plusvalía o incluso menos que antes de su aumento, se presentaría una sobreproducción absoluta de capital; (se produciría) una fuerte y súbita baja de la tasa general de beneficio, pero esta vez por razón de un cambio operado en la composición del capital que no se debe al desarrollo de la capacidad productiva, sino a un alza del valor monetario del capital variable (a consecuencia de la subida de salarios) y al correspondiente descenso en la proporción entre el trabajo excedente y el trabajo necesario.»<sup>52</sup>

Dado que este ejemplo ha suscitado muchos malentendidos, se plantea la necesidad de detenernos en él brevemente. Así, a Henryk Grossmann<sup>53</sup>, quien reconduce la sobreacumulación a la valorización insuficiente del capital, le fue reprochado por Martin Trottman<sup>54</sup> que identificase erróneamente en una única acumulación capitalista dos tendencias diferentes y verdaderamente antagónicas. En la exposición marxiana de la sobreacumulación absoluta no había sobreproducción como consecuencia de una valorización insuficiente, sino como consecuencia de la escasez de fuerza de trabajo, lo que conduce al alza de los salarios y al descenso de la plusvalía. Se le escapaba, no obstante, a Trottman el hecho de que en ambos casos el efecto final era el mismo, a saber: la ausencia de acumulación como consecuencia de la insuficiencia de beneficio. Era este estado de cosas el que

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 266. (Trad. cast. cit., p. 253.)

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 262. (Trad. cast. cit., p. 249.)

<sup>53</sup> *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, 1929.

<sup>54</sup> *Zur Interpretation und Kritik der Zusammenbruchstheorie von Henryk Grossmann*, 1956.

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 242-250.

quería resaltar Marx, a pesar de que su ejemplo cojee de las dos piernas, ya que está en contradicción con toda la experiencia y también con su propia teoría de la acumulación.

Sobre la base de la teoría de la plusvalía, el límite con que tropieza el modo de producción capitalista se manifiesta en que «el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo engendra, con la caída de la tasa de beneficio, una ley que, al llegar a un cierto punto se opone del modo más hostil a su propio desarrollo y que, por tanto, tiene que ser constantemente superada por medio de crisis»<sup>55</sup>. Sin embargo, no se agota en esto el conjunto de las leyes de la crisis. La crisis se presenta, por una parte, como interrupción de una acumulación de capital que se desarrolla progresivamente pero que por su tendencia intrínseca a la caída de la tasa de beneficios camina hacia su propio colapso y, por otra parte, bajo la forma de numerosas contradicciones adicionales dadas en el mercado, las cuales, sin embargo, encuentran en la contradicción socialmente dada de las relaciones de producción tanto su acentuación como su fundamentación última. Las crisis parciales no pueden entenderse sin la crisis general generada por la relación capital-trabajo, del mismo modo que no pueden entenderse los movimientos del mercado sin recurrir a las relaciones de producción.

Para comprender la legalidad de la crisis que encierra el sistema es imprescindible considerar en todo momento al sistema en su dinámica, la cual excluye toda clase de situaciones de equilibrio. Frente a los teóricos del equilibrio de la economía clásica, que confundían el proceso de circulación con los intercambios comerciales inmediatos y que se imaginaban, por consiguiente, que toda compra es una venta y que toda venta es una compra, Marx sostenía que esto «no (sería) ningún consuelo especial para los detentadores de las mercancías, los cuales no llegan a vender, ni por tanto a comprar»<sup>56</sup>. La posibilidad de la crisis por la no coincidencia de la compra y la venta está ya dada en la objetivación del valor de cambio independizado en el dinero. «Por la no coincidencia del proceso de producción y del proceso de circulación se desarrolla de nuevo y más aún la posibilidad de la crisis que ya estaba presente en la mera metamorfosis de la mercancía»<sup>57</sup>. Así, la demanda y lo que se ofrece pueden no coincidir. Si, según Marx, «de hecho no coinciden nunca y si alguna vez coinciden es por casualidad, o sea, científicamente es = 0, ha de considerarse como inexistente»<sup>58</sup>. De este modo, hay un elemento de crisis ya en la misma producción de mercancías, en la contradicción inscrita en la mercancía entre valor de cambio y valor de uso. Las contradicciones inherentes a la

circulación de mercancías y de dinero y que son, por tanto, posibilidades de la crisis, han de ser explicadas sobre la base, no obstante, de la circulación de las mercancías y del dinero específicamente capitalista. Las crisis reales han de ser «expuestas a partir del movimiento real de la producción, la concurrencia y el crédito capitalistas»<sup>59</sup>, es decir, en el modo en que son peculiares al capital y no tal como están dadas en la mera existencia de la mercancía y del dinero.

En el proceso de producción inmediato, estos elementos de crisis no aparecen, a pesar de que en sí estén contenidos en él, ya que el proceso de producción es producción y apropiación de plusvalía. Las posibilidades de crisis sólo aparecen en el proceso de la realización, en la circulación, que es en sí un proceso de reproducción y en particular de reproducción de las relaciones de producción que generan plusvalía. «El proceso global de circulación, o el proceso global de la reproducción del capital, es la unidad de su fase de producción y de su fase de reproducción, discurriendo por fases a través de ambos procesos. En ello reside una posibilidad ulteriormente desarrollada o una forma abstracta de la crisis. Los economistas que niegan la crisis se atienen, por tanto, únicamente a la unidad de estas dos fases. Si estuvieran separadas sin formar una unidad, no sería, precisamente, posible el establecimiento violento de su unidad, no sería posible la crisis. Si fuesen una única cosa, si no hubiese separación, tampoco sería posible producir una separación violenta, una crisis. La crisis es el establecimiento violento de la unidad entre instancias independizadas y la independización violenta de instancias que, en esencia, forman una unidad.»<sup>60</sup>

A pesar de que la crisis real sólo aparece en el proceso de la circulación, no puede entenderse como un problema de la circulación o de la realización, sino únicamente a partir del proceso global de la reproducción, que comprende la producción y la circulación. Y como el proceso de la reproducción depende de la acumulación de capital y con ello de la masa de plusvalía que ésta posibilita, lo que acontece en la esfera de la producción es el elemento no único, pero sí determinante que condiciona el que la posibilidad de la crisis se convierta en la realidad de una crisis. La crisis propia del capital no resulta del proceso de la circulación, que ya en sí ofrece posibilidades de crisis, sino del proceso de la producción capitalista en tanto que proceso de reproducción, en el que la circulación es parte y elemento de mediación del proceso global de la reproducción. La crisis que caracteriza al capital, por tanto, no puede derivarse ni de la producción ni de la circulación, sino de las dificultades que resultan de la tendencia, inherente a la

<sup>55</sup> MEW 25, p. 268. (Trad. cast. cit., p. 255.)

<sup>56</sup> MEW 13, pp. 78-79.

<sup>57</sup> MEW 26, 2, p. 508.

<sup>58</sup> MEW 25, p. 199.

<sup>59</sup> MEW 26, 2, p. 513.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 514.

acumulación y determinada por la ley del valor, al descenso de la tasa de beneficio.

De todos modos, según Marx, «las condiciones de la explotación inmediata y las de su realización no son idénticas. No sólo no coinciden en lo que se refiere al tiempo y al espacio, sino tampoco en el plano conceptual. Unas están limitadas solamente por la fuerza productiva de la sociedad, las otras por la proporcionalidad de las diversas ramas de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad»<sup>61</sup>. Estas contradicciones entrañan la posibilidad de la crisis, la ruptura de la unidad de la producción y la circulación y la necesidad de su restablecimiento violento. En las condiciones de la producción de capital, este restablecimiento no se refiere en sentido absoluto a la eliminación de la desproporcionalidad y al fortalecimiento de la capacidad de consumo, sino a la adaptación de ambos a las necesidades de reproducción de la producción capitalista y con ello a las necesidades de valorización del capital. No es que la proporcionalidad malograda de la producción y la insuficiente capacidad de consumo social conduzcan a la crisis, sino que la crisis se manifiesta en la desproporcionalidad y en el debilitamiento de la capacidad de consumo por medio de la interrupción del proceso de acumulación que hay que atribuir a otras causas.

Esta desproporcionalidad y la capacidad insuficiente de consumo están siempre presentes en el capitalismo. Tampoco se trata a este respecto de una cuestión de más o menos, de que la desproporcionalidad sea demasiado grande y el consumo demasiado pequeño, ya que la desproporcionalidad y la insuficiencia de la capacidad de consumo son condición y resultado de la acumulación en general y están determinadas por ella. Si no fuere éste el caso, entonces toda crisis podría superarse por medio de la elevación de la capacidad de consumo y por la eliminación de la desproporcionalidad, si no por la vía de los movimientos del mercado, por la vía violenta de la crisis. Sin embargo, hasta ahora todas las crisis reales han sido superadas sin eliminar la desproporcionalidad de la producción y sin elevar la capacidad de consumo en comparación con la producción. Por el contrario, las desproporcionalidades se han reproducido con la reproducción capitalista y la capacidad de consumo de la sociedad se ha reducido en comparación con el capital acumulado.

La crítica de Marx al capitalismo y a sus teorías económicas es siempre doble: por una parte, se sitúa en el terreno de estas teorías para mostrar sus inconsistencias a la luz de la teoría del valor y, por otra parte, se sitúa fuera del marco de la sociedad capitalista con el fin de demostrar su carácter histórico limitado. En la crítica de Marx, la producción no es simplemente la producción de

medios de producción y de vida, sino que ambas cosas acaecen únicamente en el marco de la producción de capital y están determinadas y limitadas por ésta. La capacidad de consumo de la sociedad no es sólo eso: es capacidad de consumo determinada y necesariamente limitada por la producción de plusvalía. La economía capitalista, de este modo, no sólo es deficiente y está jalonada de crisis en el marco de sus propias condiciones; es también un orden que contemplado desde un punto de vista opuesto a esta sociedad está en contradicción con las necesidades sociales reales y posibles. Porque en el marco de la producción capitalista la sobreproducción de capital es una situación que suscita crisis, no existe, desde el punto de vista de las necesidades sociales reales, tal sobreproducción, sino falta de medios de producción para poder satisfacer las necesidades y las exigencias de las personas. La capacidad de consumo de la sociedad no sólo está limitada por la producción de plusvalía; en otras condiciones sociales podría ser satisfecha. Así, Marx rechaza el capitalismo no sólo sobre la base de las deficiencias que le son propias, sino también desde el punto de vista de una sociedad distinta todavía no existente que sea capaz, superando la producción de valor, de adaptar la producción social a las necesidades sociales.

La crítica doble del capital que hacía Marx fue expuesta por él, por así decirlo, en un solo aliento, haciendo uso de un método de exposición que conducía a malentendidos y a interpretaciones de la acumulación que, o bien hacían derivar la crisis de la desproporcionalidad (o anarquía) de la producción capitalista, o bien la ponían en relación con el subconsumo. A juzgar por estas interpretaciones, el capital tendría que encontrarse sumido perennemente en un estado de crisis, ya que la producción de plusvalía presupone el subconsumo, porque «la población trabajadora sólo puede ampliar su consumo dentro de márgenes muy estrechos... y la demanda de trabajo disminuye relativamente a pesar de que aumente absolutamente»<sup>62</sup>. Si se dice que no hay sobreproducción general, sino desproporcionalidad dentro de las distintas ramas de la producción, «esto significa simplemente que dentro de la producción capitalista la proporcionalidad de las distintas ramas de la producción aparece como un proceso constante derivado de la desproporcionalidad, desde el momento en que la trabazón de la producción en su conjunto se impone aquí a los agentes de la producción como una ley ciega y no como una ley comprendida y, por tanto, dominada por su inteligencia colectiva, que someta a su control común el proceso de producción»<sup>63</sup>. Esta proporcionalidad no tiene además nada que ver con la de la producción y el consumo, sino con la proporcionalidad de la plusvalía y de la acumulación requerida por la reproducción del

<sup>61</sup> MEW 25, p. 254.

<sup>62</sup> MEW 26, 2, p. 493.

<sup>63</sup> MEW 25, p. 267.



capital y con ella con la desproporcionalidad creciente de las condiciones del capital que aparecen abiertamente en las crisis.

De todos modos, Marx escribió también que cuanto más «se desarrolla la capacidad productiva, más choca con la angosta base sobre la que descansan las condiciones del consumo (con lo que se acentúa la contradicción) entre las condiciones en que la plusvalía se produce y las condiciones en que se realiza»<sup>64</sup>. Así queda en tanto que «causa última de las crisis reales siempre la miseria y las limitaciones al consumo de las masas frente a la presión de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si su único limitante fuese la capacidad absoluta de consumo de la sociedad»<sup>65</sup>. Pero de estas observaciones no se puede derivar ninguna teoría de la crisis que se base en el subconsumo ni se puede deducir que la realización de la plusvalía constituya el problema fundamental del modo de producción capitalista. Es evidente que la crisis no sólo tiene su causa en la insuficiente producción de plusvalía, sino también que ha de ser presentada como un problema de realización de la plusvalía y de insuficiencia de la capacidad adquisitiva de la población trabajadora. Porque las mismas circunstancias que conducen a la caída de la tasa de beneficio y con ello a la limitación del proceso de acumulación, se muestran también en el plano del mercado como insuficiencia de la demanda y como dificultad creciente para reconvertir la mercancía en dinero, en la interrupción del ciclo capitalista que está en la base del proceso de reproducción en su conjunto.

Cuando la acumulación capitalista está en sus comienzos y la composición orgánica del capital es más reducida, la contradicción entre la producción y el consumo es menos marcada que en un estadio de desarrollo superior en el que las cosas están a la inversa. En ese caso la miseria general puede ser muy superior a lo que es en un estadio de la acumulación más elevado, dado que la baja tasa de acumulación del capital constante sólo se desarrolla con lentitud. Entonces también la realización de la plusvalía por el camino de la acumulación de capital presenta menos dificultades que en el caso de un estadio más elevado de la expansión capitalista. Estas dificultades se multiplican junto con las dificultades que surgen para la acumulación de la tendencia al descenso de la tasa de beneficio y encuentran así en la acumulación de capital su agudización (o en la cada vez más amplia discrepancia entre la producción y la realización de la plusvalía, entre la producción social y el consumo social).

Si bien esta discrepancia es la que posibilita el progreso capitalista, también coloca limitaciones a su avance, dado que se sitúa en contradicción con las necesidades de reproducción del capital en su

conjunto, que están gobernadas por la ley del valor, allí donde un ritmo dado de acumulación deja de corresponder con la producción de plusvalía. Sólo con la mejora de este último por medio del restablecimiento de la tasa de beneficio requerida para la continuación de la acumulación puede el capital volver a superar la interrupción del proceso de reproducción, sin por ello acabar con la discrepancia entre la producción y la realización de la plusvalía, entre la producción y el consumo. Por el contrario, la superación de la crisis conduce a una ulterior divergencia entre la producción y la realización de la plusvalía, entre la producción y el consumo en el sentido de las verdaderas necesidades sociales del consumo, a través de la realización de la plusvalía por el camino de la acumulación ulterior.

El capital realiza la plusvalía por medio del consumo improductivo capitalista y por la acumulación capitalista. Mientras no se interponga ningún obstáculo en el camino de la última no existe problema de realización. Y no lo hay ya por el hecho de que la tendencia al descenso de la tasa de beneficio fomenta la continua multiplicación de la plusvalía y con ella el crecimiento de la tasa de acumulación. La producción capitalista sirve exclusivamente a la acumulación de capital. Pero este modo de producción dominado por la producción de valor no puede realmente liberarse del carácter de valor de uso de la producción social, lo que en sus condiciones quiere decir que no puede liberarse de las limitaciones que para él supone el valor de uso de la fuerza de trabajo. La plusvalía nunca puede ser nada más que plustrabajo, nunca puede ser nada más que una parte del trabajo total, lo que pone limitaciones a la acumulación. Así, a pesar de la «acumulación por la acumulación» no puede haber una producción ilimitada de capital, no puede haber una ilimitada «producción por la producción». La tasa de plusvalía en cada caso dada y la fuerza de trabajo que en cada caso sea susceptible de utilización obteniendo beneficio determinan los límites de la acumulación, límites que sólo pueden superarse mediante una producción acrecentada de plusvalía. Así, toda sobreproducción temporal de capital ha de aparecer como una crisis cuya misión es superar esa sobreproducción y esto sólo puede ocurrir en la medida en que se restablezca la perdida proporcionalidad entre la plusvalía y la producción de capital y que se restablezca además en relaciones de valor, que son al mismo tiempo relaciones de valor de uso a pesar de que este último aspecto no sea atendido. Una parte mayor del trabajo social le ha de corresponder al capital y una parte menor a los trabajadores.

Este proceso se consuma por medio de la crisis a través de dos caminos distintos: por una parte por la destrucción de capital, por la otra por el incremento de la plusvalía y esto se lleva a cabo hasta que ambos procesos dan lugar a una nueva

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 255.

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 501.

proporcionalidad, referida en relaciones de valor, entre la tasa de beneficio y las necesidades de valorización de la acumulación ulterior. Comienza un nuevo ciclo de la acumulación, pero está destinado a acabar, como todos los que le han precedido, nuevamente con una sobreproducción de capital, ya que la sed incontrolable de plusvalía lleva a la acumulación nuevamente más allá de los límites de sus posibilidades. Por la crisis «una gran parte del capital nominal de la sociedad, es decir, del valor de cambio del capital existente, (es) destruido de una vez por todas, aun cuando esta destrucción precisamente, ya que no afecta a los valores de uso, puede estimular la nueva reproducción»<sup>66</sup>. El valor de cambio disminuido introduce desplazamientos en la composición orgánica del capital y eleva la tasa de beneficio mientras permanece incambiada la tasa de plusvalía. Pero la crisis fuerza la agudización de la concurrencia por descenso de los costes de producción introduciendo con ello medidas en las esferas de la producción que en sí elevan la tasa de plusvalía. Así se forman en la crisis las condiciones que van a permitir reanudar el proceso de acumulación y de este modo restablecer la posibilidad ulterior de realización de la plusvalía por el camino de la expansión capitalista.

Si no existiese esta posibilidad, la crisis no podría, en general, ser superada, ya que ni la proporcionalidad entre las diferentes ramas de la producción ni la superación de la divergencia entre la producción y el consumo son posibilidades capitalistas. La proporcionalidad de las diferentes ramas de la producción es determinada por la acumulación y es mediada por los mismos procesos que conducen a la formación de la tasa de beneficio medio. Las «barreras cuantitativas de los cuantos de tiempo de trabajo social utilizables en las diversas esferas de la producción particulares es sólo una expresión ulteriormente desarrollada de la ley del valor en general; aun cuando el tiempo de trabajo necesario tiene aquí otro sentido. Sólo es necesaria una cantidad determinada para la satisfacción de las necesidades sociales. La limitación aparece del lado del valor de uso. La sociedad, en las condiciones de producción dadas, sólo puede utilizar esa parte de su tiempo de trabajo total en esa clase particular de producto»<sup>67</sup>. Esta adaptación, que es prácticamente una adaptación a la demanda del mercado, se realiza naturalmente, como la formación de la tasa de beneficio medio, «sólo que de un modo mucho más complicado y aproximativo, como promedio de oscilaciones infinitas imposible de fijar»<sup>68</sup>, pero se consume tanto en momentos de auge capitalista como en momentos de depresión, por lo que no puede aducirse como explicación de la crisis. La

divergencia entre producción y consumo, que desemboca aparentemente en la crisis, no sólo permanece en pie durante la crisis, sino que se manifiesta en ella de forma más agudizada; y sin embargo, la situación de crisis conduce a un nuevo auge. Así, el ciclo de la crisis no puede derivarse del subconsumo.

El ciclo de la crisis exige no sólo la explicación de la depresión, sino también la del auge. Éste no sería en realidad posible si fuesen el subconsumo y la desproporcionalidad quienes en sí condujesen a la crisis. En tal caso, la primera crisis del capital habría sido también la última. Pero el capital se ha desarrollado a través de muchas crisis progresivamente hasta la actualidad, lo que prácticamente ha sido posible por la productividad creciente del trabajo, por el aumento de la plusvalía y, con él, el descenso del valor de la fuerza de trabajo, lo que no está en contradicción con las mejoras en el nivel de vida del proletariado, porque un valor de cambio más reducido puede suponer una cantidad mayor de bienes de consumo. La crisis, por lo tanto, no ha de ser explicada a partir de los fenómenos que aparecen en la superficie del mercado, sino por las leyes de la producción de la plusvalía, las cuales, si bien no son directamente perceptibles, están en la base de la economía capitalista. También por lo que a esto se refiere es válida la sentencia de Marx que dice que «toda ciencia sería superflua si las formas de aparecer y la esencia de las cosas coincidiesen directamente»<sup>69</sup>.

Dado que la plusvalía se consigue en la producción, «la transformación de la plusvalía en beneficio está determinada tanto por el proceso de circulación como por el proceso de producción»<sup>70</sup>. Es un hecho que por conducir, de una parte, a la crisis, le permite al capital, de otra parte, salir de ella. La destrucción de capital que tiene lugar en la crisis es una condición previa para la violenta y concentrada en el tiempo transformación estructural del capital que constituye la premisa de la posterior acumulación. La destrucción de capital acompaña siempre a la formación de capital, pero en épocas de auge económico, en una forma más moderada. En la crisis la destrucción de capital se lleva a cabo con mayor rapidez y acentuando la concentración y centralización del capital, siempre presente y dada por la concurrencia, en relación tanto con la producción como con la circulación. Este proceso conduce junto con la mejorada producción de plusvalía y la desvalorización del capital, a pesar de ulteriores elevaciones de la composición orgánica del capital, al restablecimiento de la tasa de beneficio necesaria.

La crisis se presenta inmediatamente en términos de sobreproducción y de falta de capacidad adquisitiva. «Como el capital consiste

<sup>66</sup> MEW 26, 2, p. 496.

<sup>67</sup> MEW 25, p. 649.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 171.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 825.

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 836.

en mercancías, la sobreproducción de capital incluye la de mercancías»<sup>71</sup>. No es difícil suponer, en base a esto, que la causa última de la crisis es el subconsumo. Y esto tanto más cuanto que, según Marx, la «producción de capital constante no se realiza como un fin en sí misma, sino tan sólo porque se utiliza más de él en aquellas esferas de la producción cuyos productos entran en el consumo individual»<sup>72</sup>. Pero si hay falta de capacidad adquisitiva social no puede llevarse a cabo ni la conversión del dinero en mercancía ni la reconversión de la mercancía en dinero y esto pone limitaciones tanto a la producción de mercancías como a la de capital constante. Aun cuando esto corresponda a la realidad, no se explica cómo el capital se sustrae a este dilema, dado que la crisis misma no puede sino empeorar este estado de cosas. Si se tratase realmente de subconsumo, y Marx parece afirmarlo así, la crisis no podría superarse porque la producción de mercancías y capital constante sobrepasase el punto en el que el auge condujo a la crisis. Dado que se trata de la producción de mercancías y de medios de producción, toda coyuntura alcista que conduzca más allá de la crisis deja muy lejos detrás de sí a la coyuntura alcista anterior que condujo a la crisis. Si no fuese éste el caso, no habría desarrollo capitalista, no habría acumulación progresiva de capital.

Así, la afirmación de Marx parece más bien o un error conceptual o una falta de claridad en la expresión, y esto viene abonado por el hecho de que la desproporcionalidad de las esferas singulares de la producción y la existente entre la producción y el consumo no son negadas por la economía burguesa. En la perspectiva de ésta, las tendencias del mercado al equilibrio conducen, sin embargo, a la superación de tales irregularidades. Es decir, se postula que la contracción de la producción de mercancías y de capital restablece la proporcionalidad perdida entre la producción y el consumo. Si la «producción de capital constante se desarrolla sólo en la medida en que lo determinan las esferas de la producción cuyos productos entran en el consumo individual», entonces la teoría marxiana de la crisis no se distinguiría de las teorías burguesas de la coyuntura, sería igual que éstas una teoría del mercado en la que las relaciones oferta-demanda decidirían en lo referente a la expansión o a la contracción de la producción.

En contra de esto, sin embargo, habla la teoría marxiana de la acumulación como agravación constante de las contradicciones capitalistas hasta el derrumbe del capital. Por consiguiente, la teoría del subconsumo que se le ha atribuido a Marx, y que de hecho puede derivarse a partir de algunas de sus manifestaciones, puede refutarse del modo más convincente por medio de su crítica doble del capital. Por una parte, la crisis se plantea como

sobreproducción de mercancías e insuficiencia de la capacidad adquisitiva, pero como expresión de la sobreacumulación de capital; por otra parte, la acumulación capitalista se basa en una divergencia cada vez más pronunciada entre la producción y el consumo, de manera que desde un punto de vista que proyecte más allá de la sociedad capitalista, la causa última de todas las verdaderas crisis ha de buscarse en la miseria y en las limitaciones al consumo de las masas, por más que esto no indique sino que ha de buscarse en el capitalismo como tal.

Los capitalistas viven la crisis como falta de demanda para las mercancías, los trabajadores como falta de demanda de su fuerza de trabajo. La salida para ambos está en la reversión de la situación, en el aumento de la demanda general por el progreso de la acumulación de capital. Pero, ¿cómo va a encontrar la ulterior expansión de la producción de mercancías un mercado, si ya la producción hasta entonces alcanzada excedía a la demanda? La respuesta estriba en que el capitalismo no produce justo lo adecuado a la demanda de consumo, sino más allá de ésta, hasta chocar con los límites de la creación de plusvalía, límites que no pueden reconocerse en la producción y de los que sólo se toma conciencia en los procesos del mercado. Así, cada crisis no puede explicarse sino a partir de la coyuntura anterior y ésta, a su vez, a partir del hecho de que la coyuntura no se orienta por la capacidad de consumo de la sociedad, sino por las necesidades de acumulación de los capitales individuales que resultan de la concurrencia de los capitales, los cuales no crecen en correspondencia con el mercado que en cada caso esté dado, sino con el mercado esperado. Este resulta, por un lado, del desarrollo social general y, por otro, de la eliminación de los capitales no competitivos, los cuales les deparan con la acumulación un mercado de mayores dimensiones a los capitales competitivos.

La producción va siempre por delante del consumo. En el capitalismo, además, avanza ciegamente no sólo para hacerse con la mayor porción posible de un mercado dado, sino con el fin de incrementar continuamente esa porción para no ser, así, excluida del mercado. Las premisas para ello son el rápido incremento de la productividad, o sea, la disminución de los costes y con ella la acumulación de capital en forma de medios de producción y la modificación a ella aparejada de la composición orgánica del capital. La concurrencia general conduce así a un crecimiento del capital constante más rápido en relación con el del capital variable y esto tanto en el caso de los capitales individuales como en el de la sociedad en su conjunto. Es este mismo proceso el que posibilita la realización de la plusvalía a través de la acumulación sin atender a las limitaciones del consumo que constituyen su premisa. La plusvalía se presenta como capital

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 267.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 317.

nuevo que, a su vez, produce capital. Este proceso, por muy sin sentido que sea, es realmente el resultado de un modo de producción orientado exclusivamente a la producción de plusvalía. El capital, sin embargo, no puede estar en las nubes interesándose sólo por su propio crecimiento, ya que el mismo proceso encuentra en la tendencia al descenso de la tasa de beneficio su némesis. En un punto determinado de la realización de la plusvalía a través de la acumulación, la acumulación cesa de proporcionar la necesaria plusvalía para su continuación. Es entonces cuando se pone de manifiesto que sin la realización de la plusvalía a través de la acumulación hay una parte de la plusvalía que no puede generalmente realizarse, que la demanda basada en el consumo no es suficiente para transformar en beneficio la plusvalía que encierran las mercancías.

Del mismo modo que Marx, haciendo referencia a la acumulación, planteaba la cuestión de por qué a pesar del enorme desarrollo de las fuerzas productivas la tasa de beneficio no caía más rápidamente de lo que lo hacía en la realidad y explicaba este fenómeno por medio de las tendencias contrarrestantes de la caída de la tasa de beneficio<sup>73</sup>, también podría preguntarse no por qué se llega a la crisis, sino ¿cómo es posible que el capital haya conseguido acumular pasando por todas las crisis? La crisis puede explicarse con más facilidad que el auge, ya que los fenómenos relacionados con la sobreproducción que aparecen en la superficie del mercado son evidentes para cualquiera. Basta una ojeada para darse cuenta de que lo que se ha producido no puede ir a satisfacer el consumo. Pero lo que no es evidente a simple vista es cómo el capital puede pasar, no obstante sus contradicciones internas, por largos períodos a la coyuntura alcista, mientras su oferta es a menudo más débil que la demanda. Esto se hace comprensible por el hecho históricamente comprobado de que el mercado que se forma por medio de la acumulación no es otra cosa más que el desarrollo de la sociedad capitalista misma.

Este desarrollo comprende en sí mismo no sólo la acumulación del capital ya existente, sino también el capital que se va formando progresivamente: la expansión de las relaciones de producción capitalistas a áreas de amplitud cada vez mayor. La explotación de masas obreras cada vez mayores precisa medios de producción adicionales que hay que producir antes de que sea posible su utilización productiva. Una parte de la plusvalía transformada en capital entra directamente en la acumulación a través de la circulación constante entre capital constante y capital variable. Mientras que un capital constante pasa a la producción de mercancías, otros por su parte sustraen mercancías a la circulación sin producir, simultáneamente, mercancías. Este proceso

ininterrumpido y su aceleración permite que la cantidad de mercancías que va multiplicándose encuentre mercados, ya que éstos van ampliándose continuamente como consecuencia del proceso de acumulación.

A causa de la acumulación acelerada, de las continuas nuevas inversiones, puede también la creciente producción de bienes finales, que entran en el consumo, encontrar salida en la circulación global. En estas condiciones, en que una parte del capital pone en movimiento a toda una serie de otras partes, en que los capitalistas pueden consumir más y también los trabajadores plenamente ocupados pueden aumentar su gasto, la acumulación de capital antes que estimulada por el incremento de la cantidad de mercancías es obstaculizada por ella, de manera que la coyuntura alcista que se deriva de esta situación ya lleva consigo la crisis en germen. La producción se desplaza a favor de las industrias de bienes de consumo, perjudicando de este modo la rentabilidad del capital total. Esto acentúa el descenso de la tasa media de beneficio, lo que conduce al agotamiento de la coyuntura y finalmente a la crisis.

Sin embargo, lo que aquí se pone de manifiesto no es sencillamente un consumo proporcionalmente demasiado grande en relación con las necesidades de acumulación, sino una reducción de la plusvalía que resulta de la acumulación misma y que ha de conducir a una limitación del consumo para poder mantener el ritmo de acumulación ya alcanzado. Si la plusvalía generada en la producción fuese lo suficientemente grande como para acelerar ulteriormente la acumulación, entonces el consumo acrecentado no sería un obstáculo para la ulterior acumulación, sino podría aumentar junto con ella. La reducción de la tasa de acumulación muestra, sin embargo, que por las cambiantes relaciones de valor, que conducen al descenso de la tasa de beneficio, el consumo ya alcanzado no puede mantenerse, que en el nivel alcanzado de la composición orgánica del capital, la plusvalía no basta para asegurar la acumulación con un consumo creciente. En el terreno del mercado, la tasa decreciente de acumulación significa la reducción de nuevas inversiones y esto tiene consecuencias sobre la producción en su conjunto. El mismo proceso que desencadenó la expansión se mueve ahora en sentido inverso y alcanza más o menos a todas las ramas de la producción social.

La relación entre la producción y el consumo permanece en un capitalismo expansivo inalterada, aun cuando la producción de medios de consumo quede por detrás de la de medios de producción. Por una parte, la productividad creciente del trabajo permite la reducción de los costes de los bienes de subsistencia, por otra parte la rápida industrialización hace que se multipliquen continuamente los bienes industriales que entran

---

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 242.

en el consumo, mejorando así el nivel de vida general. A pesar de que la acumulación requiere la ampliación constante de los medios de producción, por la simultánea introducción de valores de uso siempre nuevos el mercado de mercancías experimenta una ampliación de una infraestructura que cada vez comprende masas humanas de mayores dimensiones en el proceso global de circulación del capital. Si el mercado mundial fue una condición previa de la producción capitalista, la acumulación conduce a una capitalización cada vez más acelerada de la producción mundial, la cual no está en contradicción con la concentración del capital en unos pocos países capital-intensivos, ya que su producción está integrada con la del mundo. La acumulación de capital deja así de ser tan sólo prosaica producción de beneficio para pasar a convertirse en conquista del mundo por el capital, una empresa cuyas exigencias son incomparables con cualquier masa de beneficios.

El capital padece siempre déficit de beneficio, tanto en la depresión como en la prosperidad. Todo capital ha de acumular continuamente para no hundirse y la acumulación depende del suministro de capital procedente bien de los propios beneficios o de los de otros capitalistas. Con la empresa crece el mercado, con el crecimiento del mercado ha de crecer también la empresa si no quiere ser eliminada por la competencia. Todavía no ha habido ninguna empresa que se haya ahogado en sus propios beneficios. Por su parte, el capital «como un todo» jamás se ha quejado de un exceso de plusvalía. El que un período de auge se cambie por lo contrario no puede significar desde el punto de vista del capital sino que los beneficios eran pocos, que la ampliación de la producción no merece la pena porque no puede justificarse desde el punto de vista de los beneficios. De todos modos, ante los capitalistas esta situación aparece como un fenómeno exclusivamente de mercado, ya que no son conscientes de que sus beneficios están determinados por la plusvalía social, pero aun en el caso de que supiesen esto, no les sería de ninguna utilidad, porque la única posibilidad de reacción con que pueden contar consiste en seguir intentando asegurar o restablecer sus beneficios por caminos viables en la práctica.

La prosperidad capitalista depende de la acumulación que se acelera progresivamente y ésta de la masa de plusvalía que se amplía. El capital no puede pararse sin suscitar con ello la crisis. Toda situación de equilibrio, es decir, toda situación en la que la producción no sobrepase al consumo es una situación de crisis, un estancamiento que ha de ser superado mediante un incremento de la plusvalía a riesgo de que el sistema se encamine hacia su destrucción. Del mismo modo que la tendencia al descenso de la tasa de beneficio está presente en forma latente incluso cuando la tasa real de beneficio es

creciente, la crisis está invisiblemente implícita en cualquier prosperidad. Pero igual que cualquier otra desproporcionalidad del sistema, también la desproporcionalidad entre plusvalía y acumulación sólo puede ser modificada de acuerdo con las necesidades de la acumulación a través de procesos descoordinados de mercado, a través de la violencia de la crisis. De lo que se trata no es del restablecimiento de una situación de equilibrio perdida en relación con la producción y el consumo, sino del restablecimiento de la desproporcionalidad que constituye el contenido de la «proporcionalidad» de la plusvalía y de la acumulación.

Si, según Marx, la crisis real ha de ser explicada a partir de la producción, la competencia y el crédito capitalistas, necesariamente ha de ser imputada a la acumulación, ya que ésta es el sentido de la producción. La acumulación se acelera por medio de la competencia y del crédito, pero encuentra en ambos también un peligro creciente de crisis, ya que las exigencias crecientes de plusvalía pueden superar, a consecuencia de la tendencia al descenso de la tasa de plusvalía y no obstante el desarrollo de la productividad del trabajo, una plusvalía realmente alcanzada. Si en este punto fuese imposible seguir aumentando la sobreacumulación de plusvalía, sobrevendría la situación que resultaba del análisis de una acumulación de capital ininterrumpida pero vinculada solamente al proceso de producción que conduciría al derrumbe del sistema. Dado que este proceso se

realiza como proceso de reproducción de un capital global integrado por muchos capitales y la plusvalía sólo se acumula en adelante parcialmente, no sólo resulta que el proceso de acumulación se hace más lento, sino también que se presenta la posibilidad de transformaciones estructurales progresivas del capital susceptibles de adaptar a la acumulación ulterior la plusvalía total del capital a costa de muchos capitales individuales y mediante el ajuste de tasas de explotación más elevadas. En este sentido, la sobreproducción de capital sólo es temporal, aun cuando la tendencia a la sobreacumulación esté permanentemente dada.

Así, si de un lado la prosperidad capitalista depende de la aceleración de la acumulación, de otro esta aceleración conduce a la crisis de la sobreacumulación. De este modo, el desarrollo capitalista se presenta como un proceso penetrado por crisis y unido a ellas, a través del cual se imponen por una vía violenta las necesidades de la reproducción del modo de producción capitalista. Las crisis, naturalmente, no requieren demostración, ya que son vividas directamente. Pero la cuestión es si surgen del sistema mismo, siendo de este modo inevitables, o si son

determinadas por causas externas al sistema, pudiendo ser consideradas como casuales. O también si se trata de imperfecciones superables del sistema susceptibles de ser eliminadas, antes o después, del mundo. Para Marx una acumulación sin crisis era inimaginable. Mientras que desde un punto de vista las crisis suprimen los obstáculos que se le presentan a la acumulación en su camino, desde otro punto de vista son los signos más seguros del final ineludible de la sociedad capitalista.

Las crisis del mercado mundial, según Marx, «han de entenderse como la síntesis real y la compensación violenta de todas las contradicciones de la economía burguesa»<sup>74</sup>. Incluso los aspectos de la crisis que no pueden reconducirse directamente a las relaciones de producción capitalistas, adquieren como efecto de la presencia de tales relaciones un carácter especial, peculiar exclusivamente del capitalismo.

Dado que las crisis del mercado mundial afectan a todos los países, aunque con intensidad desigual, y la causa última de la crisis -la falta de plusvalía aparece en el mercado bajo la forma contraria, como abundancia de mercancías invendibles, las condiciones de la crisis igual que las de su superación son tan complejas que no es posible investigarlas empíricamente. El momento justo de la crisis, así como su amplitud y duración no pueden predecirse; sólo puede esperarse con certeza la aparición de la crisis misma. A pesar de esto, Marx intentó poner en relación la periodicidad de la crisis con la reproducción del capital o, más exactamente, con la sustitución del capital fijo. Como en la acumulación de capital se trata principalmente de la multiplicación de los medios de producción, la sustitución y la multiplicación del capital fijo debía ser, al menos, un elemento codeterminante de la periodicidad de las crisis.

El valor invertido en capital fijo se transfiere en el curso del tiempo a las mercancías producidas y se transforma por medio de éstas más tarde en dinero. La reconversión del dinero en capital fijo o la renovación de los medios de producción utilizados depende de la duración de estos últimos lo que, a su vez, está determinado por las particularidades de las diferentes ramas de la producción. La sustitución del capital fijo es al mismo tiempo, por el desarrollo de la técnica, su renovación mejorada, lo que fuerza a los demás capitalistas, si quieren seguir siendo competitivos, a renovar su capital fijo antes de su consunción. El «deterioro moral» del capital fijo que esto comporta, así como la apetencia general a participar en el cambio técnico están en la base del interés capitalista en la reducción del período de rotación del capital fijo. Cuanto más corto sea éste tanto más prontamente podrán participar las

nuevas inversiones en la productividad acrecentada por la revolución permanente de los medios de producción y tanto menores serán los costes del «deterioro moral» que precede al final físico del capital. Como la duración del capital fijo era por término medio de diez años, Marx se preguntó si había alguna relación entre este plazo y la duración decenal del ciclo de la crisis.

Sin embargo, el período de vida del capital fijo puede alargarse o reducirse. Pero de lo que no se trata aquí, según Marx, es de un número determinado de años. Lo que había, para él era lo siguiente: «Por este ciclo de algunos años de duración, que comprende rotaciones vinculadas entre sí en las que el capital queda retirado por su componente fijo, se forma una base material para las crisis periódicas, durante la cual los negocios atraviesan períodos sucesivos de abatimiento, de vitalidad media, de precipitación y de crisis. Los períodos en los cuales se invierte el capital son ciertamente muy diversos y plurales. Sin embargo, la crisis es siempre el punto de partida de nuevas inversiones de grandes dimensiones. Consiguientemente, es también -tomando en consideración la sociedad de consumo- más o menos una nueva base material para el próximo ciclo de rotación.»<sup>75</sup>

Esta vaga hipótesis no fue ulteriormente desarrollada por Marx. A pesar de que la crisis conduce a una concentración de inversiones simultáneas y constituye, por tanto, una especie de «base material para el próximo ciclo de rotación», con ello no se dice, en último término, más que «la crisis es siempre el punto de partida de una nueva inversión de grandes dimensiones», sin que con esto quede explicada ni la crisis ni su periodicidad. Y aunque es correcto que en el período intermedio el capital que se disuelve en mercancías se acumula en forma de dinero, no se dice con ello que deba permanecer en esta forma hasta la renovación del capital fijo. Como los períodos de vida de los diversos capitales son diferentes y se renuevan de acuerdo con sus puntos de partida individuales, el proceso de rotación del capital fijo se realiza durante todo el período de auge junto con las nuevas inversiones dadas por la acumulación y que suscita el auge coyuntural. Es este proceso que va a desembocar en la crisis en el que el capital ni se renueva ni se invierte por vez primera. Sólo en la crisis se llega a nuevas inversiones adicionales destinadas a incrementar la productividad del trabajo. De estas tentativas se deriva la nueva coyuntura que se basa no sólo en las renovaciones del capital fijo, sino en la acumulación posterior.

Aun cuando el período de rotación del capital fijo juegue un cierto papel codeterminante en el proceso de reproducción global del capital, no basta para explicar la periodicidad determinada de

<sup>74</sup> MEW 26, 2, p. 510.

<sup>75</sup> *Ibid.*, pp. 185 y s.



la crisis. Dado que las crisis, según Marx, son «la síntesis real y la compensación violenta de todas las contradicciones de la economía burguesa» - contradicciones que no se pueden aislar unas de otras y que no pueden evaluarse según sus consecuencias particulares-, la periodicidad de las crisis no puede explicarse tampoco a partir de un fenómeno particular del proceso global. El ciclo de crisis vivido por Marx no podía indicar más que la circunstancia de que a causa de determinadas dificultades inherentes al proceso de desarrollo que acompañaba a aquél, la coyuntura no podía sostenerse más de diez años, sin que esto significase que el capital estuviese fatalmente condenado a sufrir un ciclo decenal.

Friedrich Engels escribió más tarde que «la forma aguda del proceso periódico con su ciclo de diez años que hasta entonces venía observándose parece haber cedido el puesto a una sucesión más bien crónica y larga de períodos relativamente cortos y tenues de mejoramiento de los negocios y de períodos relativamente largos de opresión sin solución alguna. Aunque tal vez se trate simplemente de una mayor duración del ciclo. En la infancia del comercio mundial, de 1815 a 1847, pueden observarse poco más o menos ciclos de cinco años; de 1847 a 1867, los ciclos son, resueltamente, de diez años; ¿estaremos tal vez en la fase preparatoria de un nuevo crack mundial de una vehemencia inaudita? Hay algunos indicios de ello. Desde la última crisis general de 1867, se han producido grandes cambios. El gigantesco desarrollo de los medios de comunicación - navegación transoceánica de vapor, ferrocarriles, telégrafo eléctrico, canal de Suez- ha creado por primera vez un verdadero mercado mundial. Inglaterra, país que antes monopolizaba la industria, tiene hoy a su lado una serie de países industriales competidores; en todos los continentes se han abierto zonas infinitamente más extensas y variadas a la inversión del capital europeo sobrante, lo que le permite distribuirse mucho más y hacer frente con más facilidad a la superespeculación local. Todo esto contribuye a eliminar o amortiguar fuertemente la mayoría de los antiguos focos de crisis y las ocasiones de crisis. Al mismo tiempo, la concurrencia del mercado interior cede ante los cartels y los trusts y en el mercado exterior se ve limitada por los aranceles protectores de que se rodean todos los grandes países con excepción de Inglaterra. Pero, a su vez, estos aranceles protectores no son otra cosa que los armamentos para la campaña general y final de la industria que decidirá de la hegemonía en el mercado mundial. Por donde cada uno de los elementos con que se hace frente a la repetición de las antiguas crisis lleva dentro de sí el germen de una crisis futura mucho más violenta»<sup>76</sup>.

Con lo cual queda dicho que la periodicidad de la crisis también tiene su historia y depende de particularidades históricas. Si toda crisis tiene su causa última en el capitalismo mismo, también es verdad que toda crisis particular se distingue de las anteriores a ella justo por el cambio continuo a que están sometidas las relaciones del mercado mundial y por la cambiante estructura del capital mundial. En estas condiciones es imposible determinar por anticipado ni las crisis mismas ni su duración e intensidad y esto tanto menos cuanto que los síntomas de las crisis aparecen más tarde que la crisis misma no haciendo más que sacar ésta al dominio público. Por otra parte, la crisis no se puede reducir a fenómenos «económicos-puros», aun cuando tenga unas raíces «económicas-puras», es decir, aun cuando surja de las relaciones sociales de producción disfrazadas con formas económicas. La lucha competitiva internacional, en la que se emplean también medios políticos y militares, deja sentir su influencia sobre el desarrollo económico y éste, por su parte, configura las diferentes formas de la concurrencia. Así, ninguna crisis real puede ser entendida si no se la sitúa en el contexto más amplio de desarrollo social global.

---

<sup>76</sup> MEW 25, p. 506.

## Capítulo 3

# LOS EPIGONOS

Las crisis del siglo XIX revestían particularidades que estaban relacionadas tanto con el estadio del desarrollo capitalista alcanzado como con los acontecimientos políticos de la época. Así, la crisis de 1816 estuvo sin duda estrechamente relacionada con los largos años de guerra que precedieron a la caída de Napoleón<sup>77</sup>. El capital inglés en particular, a pesar de la mecanización creciente del trabajo, había crecido en relación con sus necesidades de valorización demasiado de prisa como para poder eludir la crisis por el camino de la ulterior expansión. El estancamiento incipiente aparecía como una sobreproducción imposible de superar por la vía del comercio exterior a causa del empobrecimiento de la Europa continental. Esto tuvo como resultado una violenta caída de los precios que afectó con particular intensidad a la agricultura y a la industria textil y condujo a la introducción de aranceles proteccionistas con el fin de estabilizar la producción todavía predominantemente agrícola. Hubo muchas bancarrotas y numerosas quiebras de bancos. Los salarios sufrieron una reducción radical y el desempleo creciente suscitó una miseria masiva, malestar social, la destrucción de maquinaria por el movimiento de los ludditas así como las teorías críticas con respecto al capital de Sismondi y de Robert Owen. La caída general de precios del período de la depresión, interrumpido diez años después por una nueva crisis, sólo cesó en 1849.

La crisis de 1836 partió de Inglaterra y de los Estados Unidos. En ambos países el desarrollo industrial había conducido a considerables especulaciones y a una situación en la que la producción de beneficio no crecía a la par con las exigencias de beneficio. La crisis apareció predominantemente bajo la forma de crisis monetaria y bolsística, pero alcanzó a toda la economía e inauguró un prolongado período de depresión que pronto se extendió por toda Europa. La situación de crisis aparentemente perpetua condujo a los acontecimientos revolucionarios de 1848 y a los primeros comienzos del movimiento obrero anticapitalista. Incluso en los auges coyunturales que se producían dentro de la depresión, las condiciones de vida de los trabajadores no mejoraban sino muy levemente y sólo para precipitarse tanto más profundamente a la primera sacudida económica.

El bajo salario predominante era una expresión de la todavía baja productividad del trabajo. La relativamente reducida plusvalía, así como la dureza de la concurrencia, impulsaban a la acumulación,

pero ésta no tardaba en chocar, a causa de la estrechez de las relaciones de producción capitalistas, con los límites de la explotación. El autodesarrollo del capital no era todavía lo suficientemente amplio como para ampliar decididamente junto a él mismo también al mercado. Las crisis aparecían como crisis comerciales y se manifestaban en caídas ruinosas de los precios de las mercancías que no consentían ulteriores inversiones productivas. En estas condiciones, incluso hechos casuales como el descubrimiento de las minas de oro californianas podían llevar a un alza de los precios y a un cambio de la coyuntura. Acontecimientos como la guerra civil en América, que en un principio desencadenaban la crisis, impulsaban más tarde el desarrollo industrial y capitalista confirniéndole un ritmo más acelerado. Con la expansión geográfica de la producción de capital, las crisis se hicieron cada vez en mayor medida internacionales, pero también todo auge de la economía se veía enormemente estimulado. Sin embargo, el desarrollo real del capital no permitía otro pronóstico que el que había formulado Marx; la teoría se veía directamente verificada en la realidad y esto reforzaba las expectativas revolucionarias con ella vinculadas.

Aun cuando cada crisis tenía un carácter peculiar, que sólo era posible explicar a partir de la situación global dada, su característica común siguió estando en la ausencia de acumulación y en la sobreproducción, de la que se derivaba la miseria de masas. Y aunque la periodicidad de la crisis no era un proceso que se repitiese con regularidad, quedó en pie en tanto que proceso irregular. A finales del siglo XIX, sin embargo, como señaló Friedrich Engels, parecía que las crisis se debilitaban y que los períodos de buena coyuntura se hacían más prolongados, con lo que la situación económica de los trabajadores experimentó también una mejora. La productividad del trabajo había aumentado lo suficiente como para mantener por períodos de tiempo más dilatados la rentabilidad del capital en proceso de acumulación. De esta situación se derivó el reformismo socialdemócrata y el abandono de la teoría de la acumulación de Marx en tanto que teoría de las crisis y del derrumbe.

Mientras Engels veía en el debilitamiento de las crisis el germen de crisis futuras todavía más violentas, Eduard Bernstein afirmaba en 1899: «Ni se puede señalar la presencia de signos de un crack económico mundial de una vehemencia todavía no conocida, ni es posible decir de la mejora de los negocios que entretanto se ha instalado que vaya a ser de una duración particularmente corta... Se plantea la cuestión [...] de si la enorme expansión del espacio

<sup>77</sup> Una breve pero suficientemente completa exposición empírica de las crisis desde 1816 puede encontrarse en Maurice FLAMANT y Jeanne SINGER-KIREL, *Modern Economic Crises and Recessions*, París, 1968. Nueva York, 1970.

ocupado por el mercado mundial, junto con la extraordinaria reducción del tiempo requerido por la comunicación de noticias y el transporte, no multiplican los posibilidades de compensación de las perturbaciones, de si la riqueza enormemente acrecentada de los Estados industriales europeos, junto con la elasticidad del sistema de crédito moderno y el surgimiento de los cartels industriales, no reduce de tal modo la repercusión de las perturbaciones locales o parciales sobre la situación económica general, que al menos durante un tiempo bastante prolongado pueda considerarse que las crisis económicas al estilo de las antiguas son en general improbables.»<sup>78</sup>

Por sí mismo contestaba Bernstein a este interrogante afirmando que «el esquema de las crisis en Marx o para Marx no era una imagen del futuro sino un cuadro del presente»<sup>79</sup>, de tal modo que hoy «si no provocan una crisis acontecimientos exteriores imprevistos, no hay ninguna causa imperativa de la que se siga la necesidad de que aparezca pronto una crisis tal por motivos puramente económicos»<sup>80</sup>. Así para Bernstein y para el reformismo en general, había quedado superada cualquier teoría de la lucha de clases que se apoyase en una legalidad de la crisis, ya que no había que contar con una situación revolucionaria provocada por el derrumbe del sistema capitalista.

En su respuesta al revisionismo de Bernstein, explicaba Karl Kautsky que en Marx no había ninguna teoría del derrumbe, y que ésta era una invención polémica de Bernstein. «Las crisis -decía Kautsky- actúan en favor del socialismo en el sentido de que aceleran la concentración de los capitales y aumentan la inseguridad de las condiciones de vida de los proletarios, es decir, agudizan los estímulos que impulsan a éstos en brazos del socialismo... La necesidad constante de ampliación del mercado, por el contrario, contiene todavía otro elemento; está claro: el modo de producción capitalista se convierte en una imposibilidad a partir del momento histórico en el que se pone de manifiesto que el mercado no puede ampliarse al mismo ritmo que la producción, es decir, en cuanto la sobreproducción se hace crónica. Bernstein entiende por necesidad histórica una situación forzosa. Aquí nos encontramos con una que si sobreviene produce inevitablemente el socialismo»<sup>81</sup>. Así acababa la teoría de Marx, según Kautsky, de todos modos en el derrumbe del capital, a pesar de que no había ninguna teoría marxiana del derrumbe. Esta contradicción intentaba superarse mediante el análisis de que la sobreproducción crónica podía

ser un proceso que se arrastrase durante largo tiempo de manera que se pudiera incluso dudar de que en realidad fuese efectivo. La lucha de clases podía acabar con el capitalismo mucho antes de la descomposición de éste.

Esta teoría fue situada en una relación más estrecha con la teoría de la acumulación de Marx por Heinrich Cunow. En sus aportaciones sobre el tema del «derrumbe», Cunow decía que Marx y Engels le habían puesto en claro en lo relativo a lo que «por una parte por la acumulación capitalista y por otra parte por la escisión entre el modo de producción capitalista y la forma de intercambio existente, obstaculiza el pleno aprovechamiento de las fuerzas productivas dadas ... La riqueza de capital con que se cuenta ya no encuentra una valorización adecuada en el proceso de producción y de circulación de las mercancías; la fuerza expansiva que alcanza la industria entra en una oposición cada vez más violenta con el mecanismo de la formación económica capitalista hasta que finalmente hace saltar a ésta»<sup>82</sup>. De todos modos, este proceso de derrumbe se transfería al futuro lejano, ya que el capital había aprendido a superar sus contradicciones procedentes de la circulación de los mercados de capital y de la industria a escala mundial. En último término, no obstante, la contradicción entre la producción social y su distribución seguía siendo decisiva y acabaría por poner término a la producción de capital.

Así, la atención principal seguía concentrada en el desarrollo contradictorio de la producción y de la distribución, en la dificultad creciente de la realización de la plusvalía como consecuencia de las limitaciones al consumo impuestas por el capitalismo. Para demostrar la viabilidad del capital era preciso negarle a esta desproporcionalidad la capacidad de poner en peligro al capital. Tugan-Baranovsky hizo suya esta tarea<sup>83</sup>. En su libro sobre las crisis comerciales describe el ciclo de la crisis como todos los que deriva la crisis de una perturbación de la proporcionalidad entre la oferta y la demanda. La desproporcionalidad, que también puede entenderse como desproporcionalidad en la distribución del capital entre las diversas ramas de la producción, era para Tugan-Baranovsky la causa única de la crisis. Con una distribución del capital adecuada a la verdadera demanda de mercancías, las crisis serían superadas. La causa de las crisis residía en la ausencia de plan inherente a la concurrencia capitalista pudiendo, por tanto, atemperarse por un aumento del control sobre la economía y, en principio, eliminarse.

Según Tugan-Baranovsky, la causa de la crisis ha de buscarse en la distribución no proporcionada del capital, no en la distribución del

<sup>78</sup> *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie*, Reinbek, 1969, p. 99.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 110.

<sup>81</sup> Protocolo del Congreso de Hannover (citado según L. WOLTMANN, *Die wirtschaftlichen und politischen Grundlagen des Klassenkampfes*, en «Sozialistische Monatshefte», febrero 1901, p. 128).

<sup>82</sup> «Die Neue Zeit», 1898-1899, vol. I, p. 358.

<sup>83</sup> *Studien zur Theorie und Geschichte der Handelskrisen*, 1901.

producto social entre el trabajo y el capital. La limitación del consumo no constituye para él ningún límite para la acumulación o para la realización de la plusvalía, ya que la limitación de la demanda de bienes de consumo en modo alguno puede hacerse coincidir con la demanda de mercancías como tal. «La acumulación del capital social conduce a una limitación de la demanda social de medios de consumo y al mismo tiempo a una elevación de la demanda social global de mercancías»<sup>84</sup>. De este modo, «la acumulación de capital puede venir acompañada por un retroceso absoluto del consumo social. Un retroceso relativo del consumo social -en relación con el total general del producto social- es, en cualquier caso, inevitable»<sup>85</sup>.

Tugan-Baranovsky se remitía a Marx en dos sentidos. Como Marx, veía la contradicción fundamental «entre la producción en tanto que medio para la satisfacción de las necesidades humanas y la producción como elemento técnico de la creación de capital, es decir, como fin en sí misma»<sup>86</sup>. Admitía también que la «pobreza de las masas populares, la pobreza no en sentido absoluto sino relativo, en el sentido de la limitación de la parte que le corresponde al trabajo en el producto social global, [es] una de las precondiciones de las crisis comerciales»; pero sería erróneo suponer «que la miseria de los trabajadores [...] hace imposible la realización de la cada vez más extensa producción capitalista como resultado de la insuficiencia de la demanda, [...] ya que la producción capitalista se crea a sí misma su mercado». Por el contrario, «cuanto más pequeña sea la parte que les corresponda a los trabajadores, tanto mayor será la parte de los capitalistas y, por consiguiente, tanto más rápidamente se realizará la acumulación de capital, acompañada necesariamente de detenciones y crisis».<sup>87</sup>

Con el fin de demostrar la posibilidad de una acumulación ilimitada, Tugan-Baranovsky recurría a los esquemas de la reproducción formulados por Marx en el libro II de *El Capital*, los cuales, en su opinión, abonaban la posibilidad de una reproducción global del capital progresiva y exenta de crisis siempre que se mantuviesen las proporciones necesarias en cada una de las esferas y ramas de la producción. Dado que estas proporciones son violadas por la anarquía de la economía, se producen crisis, pero de ello no cabe concluir la imposibilidad objetiva de la acumulación progresiva. Por lo tanto, era preciso rechazar cualquier teoría del derrumbe y reducir la superación de la sociedad capitalista a una cuestión del desarrollo de la conciencia socialista.

Sin embargo, en su referencia a Marx, Tugan-Baranovsky se olvidaba de la teoría del valor que está en la base de la teoría marxiana de la acumulación. O, mejor, se basaba en Marx, pero sin tomar para nada en cuenta su teoría, ya que como Bernstein y otros reformistas había hecho ya suya la teoría subjetiva del valor de la economía burguesa. Así, no utilizaba, como él mismo dice, «la terminología marxiana usual (capital constante, capital variable, plusvalía)», ya que, en su opinión, «en la creación del plusproducto -o sea, de la renta- no hay que hacer absolutamente ninguna distinción entre la fuerza de trabajo humana y los medios de trabajo inertes. Se puede considerar a la máquina capital variable con el mismo derecho que a la fuerza de trabajo humana porque ambas producen plusvalías»<sup>88</sup>. Consecuentemente, hizo suya, a pesar de algunas reservas, la teoría del equilibrio que se deriva de Say en el sentido de que con un reparto proporcional de la producción social la oferta de mercancías ha de coincidir con la demanda, interpretando de este modo también los esquemas marxianos de la reproducción. Así desapareció de sus formulaciones la contradicción de la acumulación que se deriva de la caída de la tasa de beneficio y con ella toda limitación a la producción capitalista.

Curiosamente, en la discusión que se suscitó en la socialdemocracia contra Tugan-Baranovsky este hecho no recibió ninguna atención. Kautsky, aun cuando aceptaba que «también una falta de proporcionalidad en la producción puede provocar una crisis», seguía ratificándose en la idea de que «la causa última de las crisis periódicas se encuentra en el subconsumo». Atacaba la equiparación de la fuerza de trabajo humana con los medios de producción inertes, pero sólo para subrayar que «en último término [es] siempre el trabajo humano el único factor creador de valor y, por tanto, decide también en último término la expansión del consumo humano sobre la expansión de la producción»<sup>89</sup>. De este modo, la acumulación dependía del consumo de los trabajadores -ya que nada había que censurar en el consumo capitalista- y la expansión del capital estaba vinculada a las necesidades humanas, ya que «el consumo de medios de producción no vendría a ser sino la producción de medios de consumo»<sup>90</sup>.

También para Conrad Schmidt la cuestión del consumo era determinante en lo relativo a las dimensiones de la producción, derivándose la sobreproducción de las limitaciones al consumo de la población trabajadora. «La competencia capitalista en el mercado de mercancías con dificultades crecientes para dar salida a la producción tenía, tendencialmente, que manifestarse en una creciente presión de los

<sup>84</sup> *Ibid.*, citado según el texto que figura como apéndice a *Kapital*, vol. II (Edición Ullstein), p. 649.

<sup>85</sup> *Ibid.*, p. 651.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 652.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 657.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 642.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 669.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 671.

precios y con ella en un descenso de las cuotas de ganancia o de la tasa de beneficio media, un descenso por el cual la economía de tipo capitalista se hace incluso para la mayor parte de los empresarios privados cada vez menos rentable y cada vez más arriesgada, mientras que simultáneamente también empeora progresivamente el mercado de trabajo para los trabajadores, engrosando cada vez más terriblemente las filas del ejército de reserva industrial»<sup>91</sup>. Schmidt tampoco se hacía eco de una teoría que había rechazado, la teoría de la acumulación de Marx, basada en la teoría del valor, sino hacía derivar, como en su tiempo Adam Smith, la caída de la tasa de beneficio de la agudización de la concurrencia. Aunque para él la crisis era un resultado de la insuficiencia del consumo, coincidía de todos modos con Tugan-Baranovsky en la idea de que de las crisis no se podía concluir la necesidad de un derrumbe del capitalismo, ya que las mejoras en las condiciones de vida de los trabajadores obtenida por medio de las luchas sociales actuarían sobre las causas de las crisis, las limitaciones al consumo, si no suprimiéndolas, sí al menos moderándolas.

En la extensa discusión en torno a la crisis y al derrumbe del capital, que no podemos seguir considerando, se reflejaban las ambivalencias de la exposición marxiana de la crisis. Como ya se ha dicho, para Marx la crisis era un resultado, por una parte, de la caída de la tasa de beneficio inherente a la acumulación, independientemente de todos los fenómenos vinculados a la crisis que apareciesen en la superficie de la sociedad, y por otro, sin embargo, también del subconsumo de los trabajadores. Así, tanto Kautsky como Schmidt podían invocar a Marx, lo mismo que Tugan-Baranovsky. La confusión se hacía todavía mayor desde el momento en que sobre la base de la teoría del subconsumo podía llegarse a la conclusión de la necesidad del derrumbe del capital o no; pero también podía negarse la posibilidad del derrumbe precisamente porque el subconsumo no parecía determinarlo. Las ambigüedades de la explicación marxiana han venido siendo responsables hasta el día de hoy de los debates en torno a la crisis y al derrumbe, a pesar de que esa explicación puede que no exprese más que la propia inseguridad de Marx, ya que fue escrita muchos años antes de la publicación del libro primero de *El Capital* y es altamente probable que en un momento posterior hubiese adoptado una formulación menos contradictoria.

Sea como sea, el desarrollo real del capital así como el análisis de la acumulación basado en el valor y la plusvalía evidencian unívocamente que la acumulación progresiva del capital va acompañada de una desproporcionalidad entre la producción y el consumo correspondiente a la

valorización del capital y que sólo por el mantenimiento de esa situación es posible superar las crisis que surgen. De todos modos, si la crisis no puede superarse por medios capitalistas, entonces la permanencia de la depresión ha de mostrarse como empobrecimiento absoluto de la población trabajadora y en paro y la contradicción del capital aparece como contradicción entre el modo de producción capitalista y las necesidades sociales de consumo.

Con la referencia de Tugan-Baranovsky a los esquemas marxianos de la reproducción del segundo libro de *El Capital* la discusión de la crisis adquirió un nuevo carácter. El problema de la crisis dejó de ser una cuestión de sobreacumulación del capital o de subconsumo para convertirse en un problema de equilibrio social o de proporcionalidad del proceso de reproducción. Es necesario en este punto considerar brevemente los esquemas marxianos de la reproducción. El proceso de producción es al mismo tiempo un proceso de reproducción que se realiza a través de la circulación. Con fines teóricos y para la demostración de este proceso basta dividir la producción social total en dos sectores para exponer las condiciones de un intercambio posible sin fricciones. Aun cuando la producción capitalista es producción de valor de cambio, sigue ligada al valor de uso. Todo capitalista está empeñado únicamente en multiplicar su capital en tanto que capital pero sólo puede hacerlo en el marco de la producción social, que es al mismo tiempo un metabolismo social basado en los bienes de uso. En el marco social, un equilibrio del intercambio capitalista conceptualmente pensable presupone un equilibrio de los valores de uso necesarios para la reproducción.

Igual que la concurrencia no puede explicarse a partir de la concurrencia, tampoco el proceso de la circulación puede explicarse a partir de la circulación. Para hacer posible la reproducción, el proceso de la circulación presupone unas determinadas relaciones de tiempo de trabajo en tanto que relaciones de valor y de valor de uso así como un reparto determinado de las mismas. Es obvio que los esquemas marxianos de la reproducción no se refieren al proceso real de la reproducción, sino a las necesidades de la reproducción capitalista que está en la base del proceso real, necesidades que si bien son desatendidas en el capitalismo, han de imponerse, sin embargo, de un modo u otro para hacer posible la acumulación de capital. Se trata, a este respecto, del simple dato de que la acumulación está vinculada también a determinadas proporcionalidades que han de establecerse por encima del mercado. Los esquemas están formulados de tal modo que tanto en la reproducción simple como en la ampliada resulta un equilibrio del intercambio entre las dos esferas. Con lo cual, no obstante, no se predica del actual

<sup>91</sup> C. Schmidt, *Zur Theorie der Handelskrisen und der überproduktion*, en «Sozialistische Monatshefte», septiembre 1901, p. 675.

proceso de reproducción capitalista que discurra o pueda discurrir, tanto en lo relativo a la reproducción simple como a la ampliada, tal como aparece en el esquema de la reproducción.

Esta función ilustrativa y explicativa de los esquemas de la reproducción se entendió más tarde como si se tratase de un proceso que efectivamente tomase cuerpo en la realidad, utilizándose las relaciones de intercambio que se deducían de ellos como pruebas bien para demostrar o bien para refutar las tendencias del sistema al equilibrio. Para Tugan-Baranovsky los esquemas aportaban la demostración de la posibilidad de una acumulación de capital ilimitada siempre que se guardasen las proporcionalidades requeridas para ello. Esta idea fue atacada por Rudolf Hilferding. Éste coincidía con Tugan-Baranovsky y con Marx en que la producción capitalista no depende del consumo, sino de las necesidades de valorización del capital. Pero también quería de alguna manera hacer justicia a las ideas del subconsumo y subrayaba para ello que «las condiciones de la valorización se rebelan contra la ampliación del consumo y como son las decisivas, la contradicción se agudiza hasta desembocar en la crisis»<sup>92</sup>. Sin embargo, rápidamente retira lo dicho, ya que «el carácter periódico de la crisis [...] no puede en modo alguno explicarse a partir de un fenómeno constante (es decir, el subconsumo)»<sup>93</sup>. La crisis es para Hilferding «muy en general una perturbación de la circulación» que viola las necesarias condiciones de equilibrio del proceso de la reproducción social. También para él los esquemas marxianos muestran «que en la producción capitalista tanto la reproducción simple como la ampliada pueden discurrir sin perturbaciones siempre que se guarden las (necesarias) proporciones. Por el contrario, la crisis puede tener lugar también en la reproducción simple si se viola la proporción por ejemplo entre el capital retirado y el de nueva inversión. Por tanto, no se sigue en absoluto que la crisis haya de tener su causa en el subconsumo de las masas inmanente a la producción capitalista. Una expansión demasiado rápida del consumo conduciría por sí misma a la crisis igual que lo haría la invariancia o la reducción de los medios de producción. Tampoco se deduce de los esquemas en sí mismos la posibilidad de una sobreproducción general de mercancías, antes bien puede decirse que es posible toda expansión de la producción que en general pueda realizarse con las fuerzas productivas dadas»<sup>94</sup>.

El carácter de la crisis del capital que se deriva de la desproporcionalidad experimenta, para Hilferding, modificaciones con la limitación de la

conurrencia por la cartelización y trustificación del capital. Aun cuando la sobreproducción de mercancías puede ser parcialmente superada por medio de una mejor adaptación a la demanda de mercancías, en la crisis lo que está en juego no es una sobreproducción de mercancías, sino de capital, lo que no quiere decir sino que «el capital está invertido en la producción en una medida tal que sus condiciones de valorización entran en contradicción con sus condiciones de realización, de manera que la salida de los productos no arroja ya el beneficio necesario para una ulterior expansión, para una ulterior acumulación. La salida de las mercancías se detiene porque se para la expansión de la producción»<sup>95</sup>. Como para Hilferding la crisis es una «perturbación de la circulación», lo que está en juego no es la caída de la tasa de beneficio que resulta de la composición orgánica creciente del capital, sino una insuficiencia de salidas en relación con una producción que ha aumentado demasiado rápidamente o una contradicción entre las «condiciones de valorización y las condiciones de realización» del capital, es decir, a pesar de todo, una divergencia entre la oferta y la demanda, aun cuando completamente independiente de la limitación del consumo de los trabajadores. Este tipo de «perturbaciones de la circulación» no se reducen, sino más bien se agudizan, con la progresiva cartelización, sin por ello conducir a un derrumbe, ya que para Hilferding un derrumbe económico «no es en absoluto una idea racional»<sup>96</sup>.

La supresión de la sociedad capitalista, por tanto, sólo puede tener lugar como un proceso político, proceso que, de todos modos, es preparado en una medida cada vez mayor por la cartelización del capital y la toma de posesión del capital industrial por parte del capital bancario, es decir, la formación del capital financiero. «El capital financiero implica por una tendencia inherente a él el establecimiento del control social sobre la producción. Sin embargo, se trata de una socialización revestida de una forma antagonista; el dominio sobre la producción social permanece en manos de una oligarquía. La lucha por la desposesión de esa oligarquía constituye la última fase de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado»<sup>97</sup>. En estas condiciones basta «con que la sociedad se apropie del capital financiero por medio de su órgano ejecutivo consciente, el Estado conquistado por el proletariado, para inmediatamente obtener el control de las más importantes ramas de la producción»<sup>98</sup>.

Si bien para Hilferding la acumulación capitalista no estaba trabada por ninguna barrera de naturaleza económica, no por ello dejaba de ser un proceso caracterizado por la presencia de crisis

<sup>92</sup> R. Hilferding, *Das Finanzkapital*, 1909. Citado según la reedición, Frankfurt 1968, p. 330. (Hay traducción castellana: *El capital financiero*, Tecnos, Madrid, 1963.)

<sup>93</sup> *Ibid.*

<sup>94</sup> *Ibid.*, p. 347.

<sup>95</sup> *Ibid.*, p. 411.

<sup>96</sup> *Ibid.*, p. 501.

<sup>97</sup> *Ibid.*, p. 503.

<sup>98</sup> *Ibid.*



que sólo podía superarse por medio de la socialización de la producción a través del socialismo. Bajo dirección capitalista, la acumulación forzaba, con la progresiva expansión de la producción, la exportación de capital así como el desencadenamiento de una lucha por los mercados y las fuentes de materias primas dirigida a incrementar la plusvalía del capital organizado a escala nacional. El imperialismo se derivaba directamente de la capitalización de la economía mundial y constituía tanto un elemento de crisis como un elemento de superación de las crisis. Imposible de separar del capitalismo, el imperialismo adoptó en la época en torno al cambio de siglo formas particularmente amenazadoras, ya que las potencias imperialistas se aprestaban a nuevas confrontaciones. La política imperialista y la colonización encontró, también en el campo socialdemócrata, tanto enemigos como defensores y determinó el trabajo de Rosa Luxemburg sobre la acumulación del capital.<sup>99</sup>

Tomando como base la teoría de las crisis de Heinrich Cunow, pero sin tomar para nada en consideración la teoría de Hilferding, Rosa Luxemburg veía en el imperialismo una consecuencia directa del capitalismo que había que demostrar científicamente. «La rigurosa demostración económica» de la necesidad del imperialismo le condujo, según sus propias palabras, «a las fórmulas marxianas del final del libro II de El Capital, que hace tiempo que me parecían inquietantes y en las que estoy encontrando una gratuidad detrás de otra»<sup>100</sup>. Las «gratuidades» consistían en la supuesta consideración del equilibrio de la reproducción capitalista. El análisis de Rosa Luxemburg de los esquemas marxianos de la reproducción ampliada conducía a lo contrario de los resultados de Marx, es decir, la imposibilidad del equilibrio. «Si se toma literalmente el esquema -escribe- suscita la apariencia de que la producción capitalista realiza exclusivamente toda su plusvalía y utiliza la plusvalía capitalista para satisfacer las propias necesidades»<sup>101</sup>. Sin embargo, esto, para Rosa Luxemburg, significaría que los «capitalistas (son) fanáticos de la ampliación de la producción por la ampliación de la producción misma», que «hacen construir constantemente nuevas máquinas para construir con ellas, a su vez, nuevas máquinas», es decir, no acumulan su plusvalía como capital, sino en forma de una producción sin objeto de medios de producción. En estas condiciones, la plusvalía «vendría de antemano al mundo bajo una forma exclusivamente calculada para las necesidades de la acumulación»<sup>102</sup>, cosa que, sin embargo, no es cierta en la realidad, ya que el

capital antes de poder acumular ha de vender. Pero ¿dónde están los compradores que han de realizar la plusvalía? La acumulación capitalista es, según Rosa Luxemburg, «acumulación de capital-dinero», cosa que presupone la realización de la plusvalía producida. ¿Cómo puede realizarse este proceso? «Si los capitalistas, considerados como clase, son siempre los consumidores de sus propias mercancías, de su masa global de mercancías -prescindiendo de la parte que necesariamente tienen que asignar, a la clase obrera para su conservación-, son ellos siempre los que se compran a sí mismos las mercancías producidas con su propio dinero y los que tienen que "convertir en oro" de este modo la plusvalía que encierran aquéllas, ello equivaldría a reconocer que la acumulación del beneficio, que la acumulación por parte de la clase capitalista en su conjunto es un hecho imposible.»<sup>103</sup>

Rosa Luxemburg halló la respuesta a sus interrogantes «en esta contradicción dialéctica: la acumulación capitalista necesita, para su desarrollo, un medio ambiente de formaciones sociales no capitalistas; va avanzando en constante metabolismo con ellas, y sólo puede subsistir mientras dispone de ese medio ambiente»<sup>104</sup>. En el intercambio capitalista interior, en su opinión, «en el mejor de los casos sólo pueden realizarse determinadas partes de producto social total: el capital constante gastado, el capital variable y la parte consumida de la plusvalía; en cambio, la parte de la plusvalía que se destina a la capitalización ha de ser realizada "fuera"»<sup>105</sup>. De este modo, «mediante este intercambio con sociedades y países no capitalistas, el capitalismo va extendiéndose más y más, acumulando capitales a costa suya, al mismo tiempo que los corroe y los desplaza para suplantarlos. Pero cuantos más países capitalistas se lanzan a esta caza de zonas de acumulación y cuanto más van escaseando las zonas no capitalistas susceptibles de ser conquistadas por la expansión mundial del capital, más dura se hace la lucha concurrencial del capital por cada zona de acumulación, transformando esta cruzada de expansión en la escena mundial en toda una cadena de catástrofes económicas y políticas, crisis mundiales, guerras y revoluciones».<sup>106</sup>

La explicación del imperialismo no se había quedado en la «demostración rigurosamente económica» de Rosa Luxemburg. También sin recurrir a la necesidad de zonas no-capitalistas

<sup>99</sup> *Die Akkumulation des Kapitals*, 1912. (Hay traducción castellana: *La acumulación del capital*, Grijalbo, México, 1967.)

<sup>100</sup> *Briefe an Leon Jogiches*, 1967, p. 332.

<sup>101</sup> *Die Akkumulation des Kapitals*, op. cit., p. 299.

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 315. (Trad. cast. cit., p. 255.)

<sup>103</sup> *Was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben*, 1921, p. 17. (Hay traducción castellana: *La acumulación del capital o en qué han convertido los epígonos la teoría de Marx*, apéndice a la ed. cit. de *La acumulación del capital*, op. cit., p. 377.)

<sup>104</sup> *Die Akkumulation des Kapitals*, op. cit., p. 338. (Trad. cit., p. 281.)

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 339. (*Ibid.*)

<sup>106</sup> *Was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben*, op. cit., p. 20. (Trad. cit., p. 380.)

que actuasen como mercados para la realización de la plusvalía, el imperialismo podía derivarse de la acumulación como ocurría por ejemplo en la teoría de Hilferding.

A lo que Rosa Luxemburg llegaba, sin embargo, más que a la explicación del imperialismo mismo, era a la demostración de que el capitalismo se enfrenta con límites absolutamente insuperables, lo que hace que cuando se aproxima a esos límites se produzcan convulsiones sociales cada vez más violentas. Había sido la teoría de que la acumulación no encuentra objetivamente ningún obstáculo en su progresión establecida por Tugan-Baranovsky y por Hilferding sobre la base de los esquemas marxianos de la reproducción lo que había inducido a Rosa Luxemburg a examinar con detenimiento las condiciones de equilibrio de los esquemas y a descubrir que de la imposibilidad de la realización de la plusvalía en el marco de la relación capital-trabajo se deriva un desequilibrio permanente, resulta en concreto un resto de mercancías invendibles que sólo es posible realizar fuera del sistema, pudiéndose sólo en este caso, acumular. Así, lo que era decisivo para el futuro del capitalismo no era, según Rosa Luxemburg, el problema de la producción de plusvalía y las dificultades con que se encuentra en el curso de la acumulación, sino la cuestión de la realización de la plusvalía. Las crisis periódicas eran, por tanto, crisis de superproducción que se presentaban en términos de cantidades invendibles de mercancías y que no se podían superar en el marco del sistema. Esta idea tenía una cierta plausibilidad, ya que el capitalismo, de hecho, estaba en expansión geográfica e incluía a un número cada vez mayor de países en la economía mundial. Pero no tenía nada que ver con la teoría de la acumulación de Marx. Así, la teoría de Rosa Luxemburg chocó con un considerable rechazo, no sólo en el ala derecha, sino también en la izquierda del movimiento socialdemócrata.

De la discusión en torno a la teoría marxiana de la acumulación y de la crisis resultaron dos posiciones enfrentadas y dentro de éstas diversas modificaciones de cada una de las tendencias. Una de las posiciones afirmaba que la acumulación de capital se enfrenta con la existencia de límites absolutos en su desarrollo, por lo que puede contarse con un derrumbe económico del sistema, mientras que la otra afirmaba que esto carecía de sentido y que el sistema no desaparecería por causas de naturaleza económica. Es evidente que el reformismo, aunque sólo fuese por justificarse a sí mismo, hizo suya la segunda concepción. Pero también desde una perspectiva radical de izquierda, como por ejemplo la de Anton Pannekoek, se consideraba que el derrumbe en tanto que proceso «puramente económico» era una falsificación de la teoría del materialismo histórico. Para Pannekoek el planteamiento era erróneo, tanto si llevaba a la respuesta de la acumulación ilimitada de Tugan-Baranovsky como

si llevaba a la teoría del derrumbe de Rosa Luxemburg. Para él las disfuncionalidades del sistema capitalista expuestas por Marx, así como las manifestaciones concretas de la crisis que se derivaban de la anarquía de la economía bastaban para inducir un desarrollo revolucionario de la conciencia del proletariado y, con éste, la revolución.

Aun cuando Pannekoek se oponía a la armónica interpretación de los esquemas marxianos de la reproducción de Tugan-Baranovsky<sup>107</sup> alegando que la circulación del capital era, en realidad, un proceso lleno de crisis y que la formulación de Marx sólo tenía validez en tanto que exposición provisional y simplificada con fines de análisis teórico, también consideraba que la crítica de Rosa Luxemburg se basaba en un malentendido<sup>108</sup>, ya que desde su punto de vista el capital podía realizar su plusvalía también sin el auxilio de mercados no-capitalistas. Asimismo, el imperialismo, no obstante ser un hecho evidente, no era un presupuesto indispensable de la producción capitalista. En su conjunto, la hipótesis de un derrumbe definitivo y automático del capital, estaba en contradicción con la concepción de Marx, según la cual, en la revolución se daba la coincidencia de las condiciones objetivas y subjetivas. La revolución depende de la voluntad de la clase obrera, por más que esta voluntad surja de condicionamientos económicos. Así, el proletariado no marchaba hacia una crisis final, lo que hacía era atravesar a lo largo de su marcha muchas crisis, hasta que el elemento decisivo, la conciencia revolucionaria, se hubiese conformado lo suficiente como para poner fin al sistema capitalista.

Entre los teóricos de la socialdemocracia, la Acumulación del capital de Rosa Luxemburg chocó con un rechazo casi general, no tanto porque se hubiese atrevido a criticar a Marx o porque hiciese derivar la realidad imperialista de las dificultades de realización de la acumulación, como porque invocaba el ineludible fin del capitalismo y llamaba, por tanto, a una política proletaria de lucha de clases, cosa que estaba en oposición diametral con las posiciones reformistas dominantes. Por otra parte, justo esta reafirmación en el final inevitable del capital fue lo que, con o sin aceptación de la fundamentación específica aportada por ella, le aseguró el apoyo de los trabajadores de la oposición de izquierda, ya que éstos no estaban tan interesados en el cómo y el por qué del derrumbe del capital y sus causas concretas como en que el derrumbe mismo quedase asegurado.

Entre los muchos teóricos que entraron en disputa con Rosa Luxemburg, requieren especial atención Otto Bauer y Nikolai Bujarin. La tardía

<sup>107</sup> Herrn Tugan-Baranowskys Marx-Kritik, en «Die Neue Zeit», vol. 1, 1909.

<sup>108</sup> «Bremer Bürger Zeitung», 20/30 enero 1913.

crítica de Bujarin<sup>109</sup> estuvo motivada no sólo por un interés de carácter teórico, sino también por la lucha que en aquellos momentos impulsaba el bolchevismo contra el «luxemburguismo», y que estaba encaminada a acabar con las tradiciones ligadas a él en el seno de los partidos comunistas. Bujarin no tenía nada que objetar a los esquemas marxianos de la reproducción y en este sentido refutaba las críticas de Rosa Luxemburg sobre el particular. De todos modos, el esquema de la circulación del capital estaba situado en un plano de abstracción muy elevado y requería complementaciones ulteriores a un nivel de abstracción más bajo y más concreto. En cualquier caso, los esquemas de la reproducción eran incompatibles tanto con la interpretación de Tugan-Baranovsky como con la de Rosa Luxemburg. Según Marx y Lenin ningún obstáculo trababa la progresión de la acumulación y la realización de la plusvalía incluso en un sistema capitalista «puro».

Bujarin veía en la identificación de Rosa Luxemburg de la acumulación del capital con la del capital-dinero la causa de los errores de su teoría. Se imaginaba que la parte de la plusvalía que tenía que acumularse como capital adicional se tenía que convertir primero en dinero para multiplicar de este modo el dinero existente dentro del sistema. Sólo entonces se realizaría la plusvalía y se efectuaría la reproducción ampliada requerida por la acumulación. Sin esta transformación de la plusvalía de la forma mercancía a la forma dinero la acumulación no podía llevarse a cabo. Bujarin, sin embargo, destacaba el hecho de que al igual que el capital mismo, también la plusvalía aparece bajo formas diversas: como mercancía, como dinero, como medio de producción y como fuerza de trabajo. Para cada una la forma dinero es tan sólo una fase en el proceso social de reproducción. Por esta razón, la plusvalía en su forma dinero no puede identificarse con la plusvalía en su conjunto en sus diferentes formas. La plusvalía ha de atravesar la fase monetaria, pero no toda la plusvalía al mismo tiempo, sino poco a poco, a través de innumerables procesos que tienen lugar en la vida económica real en los que una misma suma de dinero puede vehiculizar muchas veces la transformación de la mercancía en dinero y la del dinero en mercancía. Frente a la plusvalía total no es necesario que haya una suma de dinero adecuada a ella a pesar de que toda mercancía, para ser realizada ha de ser transformada en dinero. El hecho de que el capital creciente vaya acompañado por una masa de dinero en aumento no significa que la acumulación de capital tenga que ir a la par de la de capital-dinero. El capital se materializa en muchas formas, de las que el dinero es una forma mediadora, pero no la forma exclusiva de la plusvalía realizada.

A la crítica de la teoría luxemburguiana, Bujarin adjuntaba su propia teoría de la crisis basada en Lenin, pero que no se distinguía esencialmente de las teorías de la desproporcionalidad de Tugan-Baranovsky y Hilferding, aun cuando Bujarin intentase situarse en oposición a Tugan-Baranovsky. Esta oposición aparente consiste en la inclusión del subconsumo en la desproporcionalidad entre la producción de medios de producción y la de medios de consumo. Habría que pensar, en este punto, que se trata de una tautología, pero para Bujarin éste era el elemento decisivo que separaba la teoría de Marx de la de Tugan-Baranovsky. Nos encontramos de nuevo ante la cuestión, ya considerada, de si Marx desarrolló (los teorías de las crisis: la que se deriva de la teoría del valor y se manifiesta en el descenso de la tasa de beneficio y la que se caracteriza por el consumo insuficiente de los trabajadores. Ni Lenin ni Bujarin ven contradicción aquí. De un lado, afirman que la producción de medios de producción se lleva a cabo en una independencia completa con respecto a la de medios de consumo, pero de otro lado es de todos modos el consumo insuficiente de los trabajadores lo que pone límites al proceso de acumulación, ya que Marx puso de manifiesto que en último término la producción de medios de producción no tiene más fin que servir al consumo. Consiguientemente, la idea de Tugan-Baranovsky de que, contando con una proporcionalidad equilibrada de las esferas de la producción, el capital incluso en estas circunstancias puede desarrollarse ilimitadamente, les parecía errónea.

Así pues, no era la tasa de beneficio descendente como resultado de la acumulación lo que Lenin y Bujarin oponían a la fantasía tugan-baranovskiana de una expansión sin límites del capital, sino el subconsumo de los trabajadores, el cual, en el cuadro de todas las demás desproporcionalidades, ejercía una particular acción obstaculizadora de la acumulación. De este modo, el incremento del consumo de los trabajadores coadyuvaría a posibilitar la realización de la plusvalía con fines de acumulación. Bujarin subrayaba que con el crecimiento del capital constante también aumenta el capital variable, de modo que una parte de la plusvalía puede realizarse. En la práctica, sin embargo, esto sólo puede significar que los capitalistas les restituyen a los trabajadores una parte de la plusvalía que previamente les han arrancado; se ahorrarían molestias sólo con arrancarles a los trabajadores una cantidad menor de plusvalía. Aunque es verdad, pero no tiene por qué serlo siempre, que medios de producción adicionales requieren fuerza de trabajo adicional, no cambia en ningún sentido el hecho de que la relación entre el capital constante y el capital variable se desplaza en el curso de la acumulación a favor del capital constante. A pesar del incremento absoluto de la cifra de trabajadores, en relación con el capital constante, sometido a un crecimiento más rápido,

<sup>109</sup> *Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, 1924.

se hace más pequeño, por lo que también aumenta la plusvalía arrancada a los trabajadores y el problema de su realización -en el caso de que exista un problema de esta índole- no sólo permanece en pie, sino que se agrava.

Toda la teoría marxiana de la acumulación está construida en base a la hipótesis de que los trabajadores son siempre remunerados según su valor, (le acuerdo con sus costes de producción y reproducción. Por lo tanto, sólo los capitalistas pueden percibir plusvalía, teniendo éstos que realizarla por asedio de su propio consumo o por medio de la acumulación. Marx suponía provisionalmente que nada obstaculizaba a la realización y demostraba que incluso en estas privilegiadas condiciones la acumulación presiona sobre la tasa de beneficio hasta que finalmente acaba por detenerse ante la falta (le beneficios. No se decía con esto que ese proceso de realización discurriese tan sin fricciones como queda implícito en la teoría general de la acumulación de capital; pero sí que se dice que incluso independientemente de todas las dificultades de realización que se puedan presentar, el capital encuentra limitaciones en la producción de plusvalía misma. Si es posible exponer el proceso de acumulación sin hacer referencia al proceso de circulación, también lo es presentar el proceso de reproducción sin hacer referencia a las dificultades de realización con que se enfrenta en la realidad con el objeto de mostrar lo que se entiende por circulación del capital. Esto puede considerarse acertado o no; pero Marx estaba convencido de que la simbolización abstracta del proceso de circulación capitalista, aun cuando no correspondía a la realidad, podía contribuir a una mejor comprensión de la misma. Pero igual que no se pueden extraer de los esquemas de la reproducción las conclusiones de Tugan-Baranovsky, tampoco es posible contradecir éstas con la afirmación carente de sentido de que los trabajadores realizan una parte de la plusvalía y que ha de producirse una crisis en el caso de que esto no ocurra en la medida suficiente.

Para Bujarin la crisis resultaba de un conflicto entre la producción y el consumo o, lo que es lo mismo, de la sobreproducción. La anarquía de la producción capitalista comprende entre sus diversas desproporcionalidades la que existe entre la producción y el consumo. De esto se seguiría que en ausencia de esas desproporcionalidades el proceso de reproducción capitalista podría discurrir sin fricciones. Y dado que la crisis sólo aparece periódicamente, se seguiría que las coyunturas favorables son el resultado de la proporcionalidad adecuada del sistema. Así se llega al resultado de que con una proporcionalidad adecuada el proceso de reproducción discurriría tal como está expuesto en los esquemas marxianos de la reproducción. De este modo se comprende por qué en el debate entre Rosa Luxemburg y Otto Bauer, sobre el que ahora mismo

vamos a hablar, Lenin se puso de parte de Otto Bauer<sup>110</sup>. Ya del hecho de que ni a Lenin ni a Bujarin se les ocurriese abordar el problema de la crisis desde el punto de vista de la teoría del valor, se desprende que Bujarin estuviese de acuerdo con Rosa Luxemburg en que si hubiese que atribuir el derrumbe del capitalismo a la caída de la tasa de beneficio «quedaría todavía mucho camino por recorrer, casi hasta la extinción del sol»<sup>111</sup>, aun cuando volviese la observación contra la misma Rosa Luxemburg, ya que en la teoría de esta última la reducción de los mercados no capitalistas haría también descender siempre la tasa de beneficio.

Como el conjunto de la discusión en torno a los esquemas marxianos de la reproducción puede seguirse en los trabajos originales de los participantes en ella y como no nos interesa entrar en las disposiciones de las magnitudes establecidas en cada caso arbitrariamente sobre los diagramas marxianos que cada uno utiliza, baste con repetir aquí lo siguiente: Marx intentó mostrar que manteniendo unas determinadas proporciones de cambio entre las esferas de la producción de medios de producción y de medios de consumo no sólo pueden renovarse sus capitales constante y variable, sino que también pueden ambas ampliarse a través de la capitalización de la plusvalía. Marx planteaba este proceso primero en tanto que circulación estacionaria, como reproducción simple de una situación dada, para pasar luego a presentarlo como proceso de acumulación, como reproducción ampliada en la que la reproducción simple se incluye como una parte del proceso global. Todos los participantes en el debate convenían por igual en la plausibilidad del estado estacionario; donde se separaban los espíritus era a partir de la consideración de la reproducción ampliada. Porque al tomar en consideración la acumulación, el movimiento circular se transformaba en una cuna espiral que continúa ascendiendo cada vez más, como bajo la presión de una ley natural susceptible de medida matemática».<sup>112</sup>

Según Marx -exponía Rosa Luxemburg-, «la ampliación de la reproducción se realiza observando estrictamente las leyes de la reproducción: el mutuo suministro de ambas secciones de la producción con medios de producción y medios de subsistencia adicionales, se verifica por la vía del cambio de equivalentes, de mercancías, posibilitando y condicionando la acumulación de

<sup>110</sup> En un artículo sobre Marx para la enciclopedia rusa Granats, escribió Lenin: «R. Luxemburg trata en un nuevo libro la teoría de la acumulación del capital de Marx. Análisis de sus erróneas interpretaciones de la teoría de Marx se encuentran en el artículo de O. Bauer en «Neue Zeit», 1913, y en los comentarios de Eckstein en «Vorwärts» y de Pannekoek en el «Bremer Bürgerzeitung».

<sup>111</sup> *Was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben*, op. cit., p. 38.

<sup>112</sup> R. Luxemburg, *Die Akkumulation des Kapitals*, op. cit., p. 90. (Trad. cit., p. 82.)

una sección la acumulación de la otra. El complicado problema de la acumulación se ha transformado así en una progresión cuyo esquema es de asombrosa sencillez»<sup>113</sup>. Justo por ello sería necesario preguntarse: «¿no habremos llegado a estos resultados tan asombrosamente sencillos porque nos hemos limitado a hacer meros ejercicios matemáticos de adición y sustracción que no podían ofrecernos sorpresas? ¿No habremos comprobado que la acumulación puede prolongarse hasta el infinito sin traba alguna porque el papel permite, paciente, que se le llene de ecuaciones matemáticas?»<sup>114</sup>.

Acto seguido, Rosa Luxemburg examinaba con mucho detenimiento esas ecuaciones para acabar concluyendo que los cálculos de Marx no eran correctos, que la plusvalía no podía realizarse en el marco de su modelo y, por este motivo, descalificaba el proceso de reproducción sobre una base ampliada que había expuesto. Otto Bauer, en su réplica, se dispuso a refutar este ataque a Marx. En primer lugar dejaba bien sentado que toda sociedad con población creciente ha de ampliar su aparato de producción, razón por la cual la acumulación es ineludible. «De la plusvalía, una parte se convierte en capital; concretamente una parte de la plusvalía acumulada se transforma en capital variable y otra en capital constante. Los capitalistas llevan a efecto esta acumulación con el fin de aumentar su beneficio, pero las repercusiones sociales de esta acumulación consisten en que se disponen los medios de consumo y los medios de producción necesarios para el incremento de la población.»<sup>115</sup>

Según Bauer, mientras que de este modo los capitalistas, a pesar de que lo hacen en función de su interés personal, aumentan su capital en correspondencia con las necesidades sociales, sigue presente, a causa del carácter anárquico de la producción, el peligro de que la acumulación se quede por detrás del crecimiento de la población o bien que se adelante a él. Así, lo primero que ha de investigarse es «cómo tendría que realizarse la acumulación del capital para guardar el equilibrio con el crecimiento de la población»<sup>116</sup>. Sobre la base de diversas hipótesis como la de suponer un crecimiento anual de la población del cinco por ciento y por consiguiente un crecimiento igual del capital variable, así como un incremento del capital constante del diez por ciento y haciendo uso también de la hipótesis provisional de una tasa de plusvalía constante, Bauer establece una serie de tablas de las que resulta que con una composición orgánica del capital creciente para que se mantenga el equilibrio entre acumulación y

población, la tasa de acumulación ha de aumentar de año a año.

Hasta aquí Bauer se había limitado a la consideración del capital total; más adelante estudiaba los dos sectores de la producción. La más alta composición orgánica del capital implica la transferencia de una parte de la plusvalía acumulada en la producción de medios de consumo al sector de producción de medios de producción. Nada, en opinión de Bauer, se opone a esto, ya que se deriva naturalmente de las necesidades de la producción y de las relaciones de intercambio. Las arbitrariedades que Rosa Luxemburg censuraba en los esquemas marxianos no eran negadas por Bauer. Pero dado que a pesar de ellas el razonamiento de Marx era correcto, Bauer intentaba responder aportando un esquema mejor. En su propio esquema sólo eran arbitrarias las premisas que constituyen el punto de partida de la acumulación; si se supone su validez, entonces todas las magnitudes expresadas en ellas se siguen de ellas con necesidad matemática. El único resultado que nos interesa a nosotros aquí concluye que la totalidad de la masa de mercancías de los dos sectores encuentra salida en el mercado y puede ser realizada.

Bauer se pregunta entonces cómo fue posible que Rosa Luxemburg llegara a un punto de vista opuesto y cree poder atribuirlo a un malentendido por su parte. Ella había supuesto que, como hemos visto en esquema, la plusvalía anual ha de ser realizada año tras año. Esto, sin embargo, no era sino una hipótesis simplificadora que obedecía a necesidades de método, porque en la realidad, la plusvalía producida en un año puede realizarse a lo largo de un período de muchos años de duración. La irrealizabilidad en una parte de la plusvalía era «solamente una fase pasajera en el conjunto de la circulación que se extiende a muchos años»<sup>117</sup>. Una vez que se ha visto esto y ateniéndose a un esquema que dé cuenta de este hecho, el resultado es un proceso de acumulación armónico. «La capacidad de consumo de los trabajadores crece justo tan rápidamente como su número. La capacidad de consumo de los capitalistas crece con igual velocidad, ya que con el número de trabajadores aumenta también la masa de plusvalía. La capacidad de consumo de la sociedad en su conjunto, por tanto, crece tan rápidamente como el valor producto. La acumulación no cambia nada en esta situación; sólo significa que se requieren menos bienes de consumo y más medios de producción que en el caso de la reproducción simple. La ampliación del ámbito de la producción, que constituye una premisa de la acumulación, está dada aquí por el crecimiento de la población.»<sup>118</sup>

<sup>113</sup> *Ibid.*, pp. 91 y s. (Trad. cit., p. 83.)

<sup>114</sup> *Ibid.* (Trad. cit., p. 84.)

<sup>115</sup> O. Bauer, *Die Akkumulation des Kapitals*, en «Die Neue Zeit», 1912-1913, vol. 1. Citado según el apéndice de textos incluido en *Kapital*, vol. II (Edición Ullstein), p. 774.

<sup>116</sup> *Ibid.*

<sup>117</sup> *Ibid.*, p. 748.

<sup>118</sup> *Ibid.*, p. 786.

¿Cómo se puede llegar a la crisis con estas condiciones tan armónicas? El equilibrio entre la acumulación y el crecimiento de la población sólo puede alcanzarse, según Bauer, «si la tasa de acumulación crece tan rápidamente que a pesar de la composición orgánica del capital en aumento, el capital variable crezca con igual rapidez que la población»<sup>119</sup>. En cualquier otro caso sobreviene una situación de subacumulación. De ella se derivan el desempleo y la presión sobre los salarios, pero también una cierta flexión de la tasa de plusvalía. Si aumenta la tasa de plusvalía, entonces -permaneciendo constante la tasa de acumulación- se incrementa también la parte de la plusvalía destinada a ser acumulada. «Crece por tanto también la masa de la plusvalía que se utiliza para la ampliación del capital variable. Su ampliación por este camino ha de realizarse hasta que se restablezca el equilibrio entre el crecimiento del capital variable y el crecimiento de la población.»<sup>120</sup>

De este modo, la subacumulación se supera siempre y la crisis periódica constituye una fase pasajera en el ciclo industrial. La subacumulación es la otra cara de la medalla de la sobreacumulación descrita por Marx. «Prosperidad es sobreacumulación. Se supera a sí misma en la crisis. La depresión que sigue es una época de subacumulación. Se supera a sí misma en tanto en cuanto la depresión genera por sí misma las condiciones del retorno a la prosperidad. El retorno periódico de la prosperidad, de la crisis, de la depresión es la expresión empírica del hecho consistente en que los mecanismos del modo de producción capitalista superan automáticamente la sobreacumulación y la subacumulación, que la acumulación del capital se adapta siempre de nuevo al crecimiento de la población.»<sup>121</sup>

Rosa Luxemburg tuvo todavía posibilidad de constatar a sus críticos. Frente a los teóricos de la armonía sostuvo que aceptando la hipótesis de una acumulación capitalista libre de obstáculos «se le hunde al socialismo el suelo granítico de la necesidad histórica objetiva. Nos perdemos en las nebulosidades de los sistemas y escuelas premarxistas, que querían deducir el socialismo únicamente de la injusticia y perversidad del mundo actual, y de la decisión revolucionaria de las clases trabajadoras»<sup>122</sup>. No se podía imaginar Rosa Luxemburg que la necesidad objetiva pudiese encontrar una fundamentación distinta. Por consiguiente no halló en su teoría nada que precisara una revisión. A pesar de afirmar que los «esquemas matemáticos [no] pueden probar nada en materia de acumulación»<sup>123</sup>, se había encasillado demasiado en su interpretación de los

esquemas marxianos de la reproducción como para que le hubiese podido procurar una base diferente a su teoría del imperialismo.

Dirigiendo su atención prioritaria a la crítica de Bauer, pero sin entrar en la discusión de sus cálculos y tablas, Rosa Luxemburg se centraba en su teoría de la población para rechazarla por absurda. En este particular se colocaba plenamente en el terreno de Marx, para quien es el mecanismo de la producción y de la acumulación el que adecua el número de obreros empleados a las necesidades de valorización del capital y no es la acumulación la que se adapta al crecimiento de la población. También rechazaba la especulación de Bauer de que en su obra había referido los esquemas marxianos a años naturales, pero sin entrar más a fondo en las implicaciones que de aquí se derivaban. Hace referencia a la necesaria distinción entre la realización de la plusvalía de los capitales individuales y la del capital total, pero sin remarcar el hecho de que la realización de la plusvalía total sólo puede efectuarse mediante la realización de la plusvalía de los capitales individuales, ya que no existe un capital total efectivamente actuante como tal, por mucho que sin duda el conjunto de todos los capitales integre el capital total. Si los presupuestos de los esquemas de la reproducción establecidos por Marx son para ella «una ficción científica», ciertamente el hecho de operar con el capital total y con la plusvalía total no puede servir para otros fines, no es más que una hipótesis teórica: un medio para conocer la realidad, pero no la realidad misma.

En general, Rosa Luxemburg no tuvo clara la función de los esquemas de la reproducción, cosa que se desprende de su idea de que éstos «anticipan la verdadera tendencia del desarrollo capitalista»<sup>124</sup>. Lo que Marx supone, escribía, es «que aquel estado de dominio general absoluto del capitalismo sobre la Tierra entera, aquella extensión máxima del mercado mundial y la economía mundial a que, de hecho, aspira toda la evolución económica y política actual, se ha conseguido ya»<sup>125</sup>. Si esto fuese realmente así, no hablaría a favor de Rosa Luxemburg, sino en contra de ella, puesto que sin duda los esquemas de la reproducción muestran que incluso bajo las condiciones impuestas por ellos la circulación del capital a escala ampliada es efectivamente pensable. Por lo demás, según Rosa Luxemburg, este estado de cosas que Marx se habría imaginado no podría darse en la realidad, puesto que el capitalismo no puede justamente existir sobre esta base. Marx se habría inventado así una situación que jamás podría alcanzarse. En realidad, lo que Marx quería era «exponer el proceso de reproducción en su forma fundamental -con lo que se elimina toda interposición oscu-

<sup>119</sup> *Ibid.*, p. 787.

<sup>120</sup> *Ibid.*

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 790.

<sup>122</sup> *Was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben*, op. cit., p. 37. (Trad. cit., p. 393.)

<sup>123</sup> *Ibid.*, p. 26. (Trad. cit., p. 384.)

<sup>124</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>125</sup> *Ibid.*

recedora- para quedar libre de todos los falsos subterfugios que dan la apariencia de una explicación "científica" cuando se hace objeto del análisis el proceso de reproducción social en su compleja forma concreta»<sup>126</sup>. Así pues, de lo que se trataba para él no era de un estadio ulterior del capitalismo, sino de la investigación de las conexiones internas fundamentales de la reproducción capitalista, conexiones que no salen a la luz.

Si Rosa Luxemburg no entró a fondo en los cálculos tabulares de Otto Bauer, Henryk Grossmann les dedicó la máxima atención. Grossmann rechazaba completamente la teoría de Rosa Luxemburg, pero tampoco aceptaba la crítica de Bauer. Su propia interpretación de la teoría marxiana de la acumulación parte de la teoría del valor de Marx y considera el problema de la acumulación como un problema de valorización derivado de la producción capitalista aun cuando aparezca en el proceso de la circulación. No obstante, no podía evitar entrar en la discusión en torno a la acumulación en toda su amplitud y, en particular, ocuparse de la aportación de Bauer. Grossmann subraya que Bauer consiguió «construir un esquema de la reproducción, que [...] de hecho concuerda con todas las exigencias formales que se le puedan plantear a una construcción esquemática de este tipo en general y que carece de todas las deficiencias que Rosa Luxemburg imputó al esquema marxiano de la reproducción»<sup>127</sup>. Es cierto que la teoría de la población de Bauer es «un abandono completo y abierto de la teoría marxiana de la población», pero «considerado en sí mismo», el esquema de la reproducción de Bauer no tiene ninguna relación con su teoría de la población, no está necesariamente vinculado a ella»<sup>128</sup>. Poniéndose por completo en el terreno de los supuestos de Bauer, Grossmann extendía el esquema de Bauer, que se limitaba en la versión de éste a un desarrollo de 4 años, hasta el año número 35 para llegar a un resultado completamente opuesto al de Bauer.

Bauer sabía, naturalmente, que la composición orgánica del capital creciente implica una tasa de beneficio descendente, proceso éste que, de todos modos, puede ser atajado por un aumento más rápido de la tasa de plusvalía. Sin embargo, en su esquema la tasa de plusvalía permanece constante, en vez de crecer con la composición orgánica del capital. Rosa Luxemburg ya llamó la atención en su Anticrítica con respecto a esta contradicción<sup>129</sup>. Según Bauer, esta contradicción podía quedar eliminada introduciendo posteriormente la tasa de plusvalía creciente, aun

cuando él mismo no llevó a cabo la tarea de hacerlo. Así, en su esquema, en el que el capital constante crece a una velocidad doble que el capital variable, la tasa de plusvalía desciende también. Pero esta caída no constituye antes una traba para el crecimiento del capital y el aumento del consumo capitalista. En la prolongación del esquema de la reproducción de Bauer a que procedió Grossmann se llegaba necesariamente a un momento en el que en un determinado punto de la acumulación, la plusvalía ya no basta para proseguir la acumulación bajo los supuestos previamente adoptados. De este modo, el esquema de Bauer se convirtió para Grossmann mismo en una prueba adicional de que el sistema tenía un fin objetivo determinado por la tendencia al descenso de la tasa de beneficio immanente a él.

La ley de la tasa descendente de beneficio, sin embargo, no tiene que ver con los esquemas de reproducción, sean los de Marx o los de Otto Bauer, sino con la composición orgánica creciente del capital total, independientemente de las relaciones de intercambio de las dos grandes secciones de la producción. Las crisis pueden también provenir, según Marx, de desproporcionalidades del proceso de la producción y de la circulación y estas desproporcionalidades pueden por su parte ser superadas por las mismas crisis, de tal manera que el proceso de la reproducción puede presentarse como un proceso exento de crisis, igual que es posible imaginar un equilibrio de la oferta y la demanda que en la práctica no existe jamás. Las crisis que resultan de la producción de capital, sin embargo, no pueden superarse por sí mismas, sino únicamente por la adaptación de la producción de plusvalía a las necesidades de valorización de una estructura de capital modificada, sólo por el incremento de la explotación. Sólo en la medida en que gracias a estas crisis pueda restablecerse la valorización del capital son presupuesto de la acumulación ulterior; en la medida en que dependan tan sólo de las desproporcionalidades del sistema, no serán sino expresión de la anarquía capitalista y no de las relaciones de producción en tanto que relaciones de explotación que están en la base de esa anarquía y sólo encontrarán solución en una redistribución de la plusvalía, no en una producción adicional de plusvalía.

Otto Bauer no se ocupó de la crisis resultante de las relaciones de producción y de la producción de capital. Las crisis que aparecían eran para él crisis de desproporcionalidad; aun cuando no en el sentido de Tugan-Baranovsky y Hilferding, sí que las entendía como producto de la desproporcionalidad entre la acumulación y el crecimiento de la población. A este respecto demostraba que los esquemas marxianos de la reproducción estaban perfectamente en condiciones de demostrar la posibilidad de acu-

<sup>126</sup> MEW 24, p. 454.

<sup>127</sup> H. Grossmann, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, 1929, p. 101.

<sup>128</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>129</sup> *Was die Epigonen aus der Marxschen Theorie gemacht haben*, op. cit., p. 62.



mulación por parte de un capitalismo «puro». Grossmann coincidía con él a este respecto, pero mostraba, al mismo tiempo, que el problema de las crisis no quedaba descartado con esto, sino que se seguía manifestando en tanto que problema de valorización de la acumulación. Dado que toda la discusión acerca de la crisis giraba en torno a los esquemas marxianos de la reproducción, se hacía necesario entrar en la consideración de estos últimos. Tanto más cuanto que la consideración de los esquemas de la reproducción suscitaba la impresión de que en ellos estaba la verdadera teoría de la crisis de Marx, mientras que la teoría del derrumbe resultante de la acumulación, tal como se presenta en el primer tomo de *El Capital*, parecía una concepción posteriormente abandonada por Marx. En base a esto, la crisis podía circunscribirse al problema de la desproporcionalidad del sistema, pudiéndose provocar la convicción de que toda crisis podía superarse sin más que restablecer la proporcionalidad perdida o incluso que las crisis en general podían eliminarse por completo acudiendo a una mejor organización del sistema. Fueron seguramente estos puntos de vista los que motivaron a Rosa Luxemburg a atacar las interpretaciones armonicistas de los esquemas de la reproducción y a acabar al final por negar a éstos cualquier valor cognoscitivo.

Para Grossmann, de los esquemas de la reproducción no podía extraerse ninguna conclusión directamente referida a la realidad. En la forma en que fueron formulados por Marx, no indicaban ni un equilibrio económico ni un desequilibrio. Como solamente se ocupaban del aspecto del valor del proceso de producción, no estaban en condiciones de «dar cuenta del proceso de acumulación real según los valores y los valores de cambio»<sup>130</sup>. Debían entenderse a la luz del método marxiano de la aproximación o del aislamiento y requerían modificaciones y complementaciones posteriores para corresponder a la realidad. Con los esquemas de la reproducción, «Marx quería caracterizar el intercambio de mercancías en tanto que presupuesto necesario del modo de producción capitalista... por lo que necesariamente tenía que describir no un capitalista sino, de momento, dos productores de mercancías independientes o dos grupos de producción»<sup>131</sup>, de lo que resultaba la bipartición propia de los esquemas de la reproducción. Pero el esquema de la reproducción «no pretende ser por sí mismo una imagen de la realidad capitalista concreta, no es más que un eslabón en el procedimiento de aproximación definido por Marx y forma un todo indisoluble con los supuestos simplificadores que están en la base

del esquema y con las modificaciones ulteriores en el sentido de una concretización progresiva».<sup>132</sup>

Este eslabón aislado e integrado en un proceso de aproximación que tiene por objetivo captar el proceso global del capital, era, sin embargo, de una especial importancia para Grossmann, ya que, en su opinión, constituía el elemento determinante en el plan de construcción de *El Capital*. Grossmann pone de relieve que, en el año 1863, Marx sometió su plan a una modificación y sostiene que es muy probable que esa modificación estuviese relacionada con el descubrimiento del esquema de la reproducción al que accedió Marx en la misma época. El hecho de que «la perspectiva metodológica que realmente siguió la construcción definitiva de *El Capital*» fuese «la articulación del material empírico según las funciones que cumple el capital en su circulación»<sup>133</sup>, venía a abonar la plausibilidad de una interpretación como la apuntada.

Sin embargo, Marx había esbozado ya en los *Grundrisse* de 1857 -cosa que Grossmann no podía saber cuando elaboró sus propios trabajos- un esquema de la reproducción que, aunque es bastante más simple que los posteriores<sup>134</sup>, se ocupa de la circulación entre las diferentes secciones de la producción. De este modo, la idea base de los esquemas de la reproducción no tenía que aguardar para hacer acto de presencia hasta el descubrimiento de 1863, aun cuando probablemente éste pueda ser el responsable de la forma definitiva asumida por los esquemas. Pero no fue determinante en el plan de construcción de *El Capital*. Sea como fuese, lo que aquí nos interesa es que ya en este punto Marx subordinaba los problemas del intercambio al de la valorización del capital. En este proceso caracterizado como de reproducción simple, «en una situación dada del desarrollo de las fuerzas productivas (puesto que ese desarrollo determinará la proporción entre el trabajo necesario y el plustrabajo) se establece una proporción fija, según la cual el producto se divide en una parte -que corresponde al material en bruto, la maquinaria, el trabajo necesario, el plustrabajo-, y finalmente el plustrabajo mismo se divide en una parte que revierte al consumo y otra que se convierte nuevamente en capital. Esta división conceptual interna del capital, se presenta en el intercambio de tal suerte que el intercambio de los capitales entre sí tiene lugar en proporciones determinadas y limitadas, aunque siempre cambiantes en el transcurso de la producción. [...] Estos elementos, recíprocamente determinados de manera conceptual, reciben del intercambio en y para sí una existencia indiferente; existen independiente el uno del otro; su necesidad

<sup>130</sup> *Das Akkumulation- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, op. cit., p. 105.

<sup>131</sup> «Die Änderung des ursprünglichen Aufbauplans des Marxschen "Kapital" und ihre Ursachen». Citado por Aufsätze über die Krisentheorie, 1971, p. 32. 132. Ibid., p. 48. 133. Ibid., p. 17.

<sup>132</sup> Ibid., p. 48.

<sup>133</sup> Ibid., p. 17.

<sup>134</sup> *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*, 1953, p. 345.

interna se manifiesta durante la crisis, que pone fin a la apariencia de su indiferencia recíproca»<sup>135</sup>.

La valorización del capital es, para Marx, «producción de valores nuevos y mayores»<sup>136</sup>, de modo que la reproducción del capital solamente puede entenderse en tanto que acumulación. Toda revolución en las fuerzas productivas modifica las relaciones de intercambio «cuya base -desde el punto de vista del capital y con tal motivo también de la valorización a través del intercambio- sigue siendo siempre la proporción entre el trabajo necesario y el plustrabajo, o [...] entre los diversos elementos del trabajo objetivado y el trabajo vivo»<sup>137</sup>. Sea lo que sea lo que se derive de aquí para el intercambio, éste ha de efectuarse de tal manera que «la proporción entre el plustrabajo y el trabajo necesario se mantiene igual, lo que equivale a la constancia de la valorización del capital»<sup>138</sup>.

La crisis aparece «a fin de restaurar la relación correcta entre el trabajo necesario y el plustrabajo, sobre la cual en última instancia se fundamenta todo»<sup>139</sup>. El intercambio, prosigue Marx, «no modifica las condiciones internas de la valorización, pero las proyecta hacia el exterior; les da su forma recíprocamente autónoma y deja así existir a la unidad interna solamente como necesidad interna que, por tanto, se manifiesta exteriormente y de manera violenta en las crisis. De modo que ambos [aspectos] están puestos en la esencia del capital: tanto la desvalorización del capital a través del proceso de producción como la abolición de la misma y el restablecimiento de las condiciones para la valorización del capital»<sup>140</sup>.

La crisis no aparece aquí como el resultado de una proporcionalidad basada en la relación entre la producción y el consumo que se hubiese perdido, sino como un medio coactivo orientado al restablecimiento de la «proporcionalidad» entre el trabajo necesario y el plustrabajo que se había perdido a causa del movimiento independiente, descoordinado, del intercambio y la producción. Con otras palabras: a pesar de su necesaria unidad, el proceso de producción y de circulación no siempre forma una unidad y sólo la crisis puede coordinarlo temporalmente. Esta regulación no implica en esencia sino el restablecimiento de la valorización, lo que en cualquier caso ha de manifestarse también en desplazamientos de las relaciones entre las esferas de la producción y las de la circulación. Los movimientos del proceso global del capital están determinados por tanto por los movimientos del beneficio y de la acumulación. Las formas concretas en las que estos procesos tienen lugar sólo pueden

desarrollarse, según Marx, una vez se haya introducido la concurrencia y la consideración del capital real.

Los encabezamientos de los tres volúmenes de El Capital -proceso de producción, proceso de circulación, el proceso en su conjunto- ilustran acerca de su construcción. El proceso en su conjunto, en tanto que unidad del proceso de producción y circulación, corresponde al proceso de reproducción capitalista real. Sirve de premisa a las exposiciones separadas de la producción y de la circulación, con lo que se da a entender que los volúmenes basados en el análisis del valor y dedicados a los procesos de producción y de circulación se refieren a cosas que adoptan en la realidad otras formas. Con lo que no se quiere decir que la consideración en términos de valor de la producción o el intercambio en términos de valor de la circulación carezcan de verdadera realidad. La tienen, pero con otras formas igual que «el capital en general tiene, a diferencia de los diversos capitales, una existencia real»<sup>141</sup>, también el intercambio en términos de valor, lo mismo que el valor en tiempo de trabajo de la mercancía, tiene una existencia real aun cuando solamente se pueda manifestar en tanto que legalidades internas de la economía capitalista invisibles desde fuera. La transformación del valor en precio no hace, del valor una ficción. Tampoco lo es un esquema de la reproducción basado en relaciones de valor, porque en la base de los precios de producción que aparecen en la realidad no hay sino valores determinados por el tiempo de trabajo.

Así, en una consideración aislada de la circulación no es necesario entrar en las relaciones de intercambio reales de la reproducción efectiva. También sobre la base abstracta del esquema de la reproducción el proceso de reproducción es un proceso que requiere una determinada proporcionalidad en las relaciones de intercambio. Para dar cuenta de ésta, Marx esbozó los esquemas de la reproducción, los cuales no pretenden otra relación con la realidad que la de ser ilustración de un proceso que también ha de llevarse a cabo, aun cuando bajo otras formas, en la reproducción que se realiza efectivamente. Como la acumulación sólo puede tener lugar en base a una relación proporcional adecuada entre el plustrabajo y el trabajo a secas, esta relación ha de aparecer también en las relaciones proporcionales entre las dos esferas de la producción y sus relaciones de intercambio. Donde no se de esa proporcionalidad aparecerá la crisis con el objetivo de introducir la proporcionalidad adecuada a la continuación de la acumulación. Si se quiere decir de la necesaria proporcionalidad entre el beneficio y la acumulación que se trata de un «equilibrio» -cosa que, de todos modos, no es entonces la ausencia de esa proporcionalidad

<sup>135</sup> *Ibid.*, pp. 347-348. (Trad. cit., pp. 402-403.)

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 346. (Trad. cit., p. 402.)

<sup>137</sup> *Ibid.*, p. 348. (Trad. cit., pp. 403-404.)

<sup>138</sup> *Ibid.*

<sup>139</sup> *Ibid.*, p. 351. (Trad. cit., p. 407.)

<sup>140</sup> *Ibid.*

<sup>141</sup> *Ibid.*, p. 353.

puede definirse como «desequilibrio». En ambos casos no se trata más que de la presencia de una tasa de explotación suficiente o insuficiente con respecto a la acumulación.

En relación al hecho subrayado por Grossmann, de que los esquemas de la reproducción no están en condiciones de «exponer el proceso de acumulación real según los valores y los valores de uso», hay que decir, en principio, que Marx, con los esquemas, no trataba de mostrar el «proceso de acumulación real» y, en segundo término, que de todos modos sus esquemas sí que estaban referidos tanto a los valores como a los valores de uso. Precisamente, la función de los esquemas era poner de relieve el hecho de que la consideración de los capitales singulares «la forma natural del producto-mercancía era de todo punto indiferente para el análisis, [pero que] este método puramente formal de exposición no basta ya cuando se trata de estudiar el capital social en su conjunto y el valor de su producto. La reversión de una parte del valor del producto a capital y la incorporación de otra parte al consumo individual de la clase capitalista -igual que de la clase obrera- constituyen un movimiento que se efectúa dentro del mismo valor del producto en que se traduce el capital global; y este movimiento no es solamente reposición de valor, sino también reposición de materia, por cuya razón se halla condicionada tanto por la relación mutua entre las partes integrantes del valor del producto social como por su valor de uso, por su forma material»<sup>142</sup>.

Para Marx la premisa indispensable para la comprensión del capital y sus leyes de movimiento era el análisis de la producción en términos de valor, a pesar de que no son los valores sino los precios de producción los que dominan el mercado, volviendo a coincidir éstos con los valores solamente en una concebible consideración del capital en su conjunto. En el mismo sentido, la premisa racional para la comprensión de la reproducción capitalista era el análisis en términos de valor del proceso de circulación, aun cuando en los intercambios sólo interviniesen los precios de producción basados en los valores de uso de las mercancías. Lo que Marx intentaba poner en claro era que, independientemente de las modificaciones de las relaciones de valor con origen en las relaciones de mercado, aquellas mismas portan en su seno el germen de la crisis y que incluso en la hipótesis de un intercambio sobre la base de los valores, que es al mismo tiempo cambio de valores de uso, la reproducción del capital es un proceso jalonado de crisis. «El hecho de que la producción de mercancías sea la forma general de la producción capitalista lleva ya implícita la función que desempeña en ella el dinero, no sólo como medio de circulación, sino también como capital-dinero, y engendra ciertas condiciones del cambio normal

peculiares de este modo de producción, que son por tanto condiciones del desarrollo normal de la reproducción, lo mismo en escala simple que en escala ampliada y que se truecan en otras tantas condiciones de desarrollo anormal, en otras tantas posibilidades de crisis, puesto que el mismo equilibrio constituye algo fortuito dentro de la estructura elemental de este régimen de producción.»<sup>143</sup>

Marx mostraba entonces cómo ya el equilibrio aparente de la reproducción simple se convierte en desequilibrio a causa del carácter doble de la mercancía como valor y como valor de uso. Así, por ejemplo, en relación con el desgaste y la reposición del capital fijo<sup>144</sup> aparecen desplazamientos en las condiciones de intercambio según los valores que rompen las premisas de una reproducción equilibrada. Sin entrar en detalle en los ejemplos de Marx acerca de la desproporcionalidad que se presenta en la reproducción simple, subrayemos aquí tan sólo que se refieren únicamente, dichos ejemplos, a la reproducción capitalista. «Si se elimina la forma capitalista de la reproducción -resume Marx- el problema quedará reducido al hecho de que la magnitud de la parte del capital fijo que se agota y que, por tanto, debe ponerse en especie [...] varíe en años sucesivos, compensándose así. Si un año es muy grande [...] al año siguiente será, indudablemente, menor. La masa de materias primas, artículos a medio fabricar y materias auxiliares necesaria para la producción anual de artículos de consumo [...] no disminuirá, por tanto; la producción global de medios de producción deberá, por consiguiente, aumentar en unos casos y disminuir en otros. Sólo podrá hacer frente a esto mediante una continua superproducción relativa; por una parte, una cierta cantidad de capital fijo que produzca más de lo directamente necesario; por otra parte, y muy concretamente, existencias de materias primas, etc., que excedan de las necesidades inmediatas anuales [...]. Este tipo de superproducción equivale al control de la sociedad sobre los medios objetivos de su propia reproducción. Pero dentro de la sociedad capitalista sería un elemento de anarquía.»<sup>145</sup>

Así pues, los esquemas de la reproducción simple y ampliada no tratan de aportar la demostración de un intercambio sin fricciones que lleve a las dos esferas de la producción al equilibrio. En ellos de lo que se trata es de plantear una hipótesis de este tipo y de demostrar, al mismo tiempo, que no puede realizarse ni en el capitalismo ni en una sociedad socialista. Ahora bien, mientras que en esta última una necesaria sobreproducción viene a favorecer el aseguramiento de la satisfacción de las necesidades sociales y esto hay que verlo como inscrito en el desarrollo normal de las cosas, la

<sup>142</sup> Karl Marx, *Das Kapital*, vol. II, MEW 24, p. 393. (Trad. cit., vol. II, pp. 351-352.)

<sup>143</sup> *Ibid.*, p. 491. (Trad. cit., p. 440.)

<sup>144</sup> *Ibid.*, p. 463. (Trad. cit., p. 414.)

<sup>145</sup> *Ibid.*, p. 465. (Trad. cit., pp. 416-417.)

misma situación en el capitalismo, en el que se presenta como excedente o déficit de la reproducción, supone un problema que desemboca en desorganización y crisis. A Marx no se le ocurrió nunca que de sus esquemas de la reproducción se pudiese deducir un desarrollo armónico de la acumulación y no se le ocurrió ya por el hecho mismo de que los esquemas estaban precedidos por el primer volumen de *El Capital*, que daba cuenta sin ambigüedades del derrumbe capitalista.

Quizá hubiese sido mejor, con el fin de prevenir cualquier interpretación armnicista, no investigar el proceso de la circulación sobre la base del intercambio en términos de valor, ya que el cálculo en términos de valor tiene como premisa operar con el capital en su conjunto. La justificación de Grossmann de la necesidad de los esquemas de la reproducción por la circunstancia de que el intercambio de las mercancías presupone la presencia de al menos dos entes que participen en el intercambio, no puede convencer, ya que este hecho evidente no necesita ser demostrado y porque el cambio actual se realiza no en términos de valor, sino siempre sobre la base de los precios, razón por la cual la bipartición del sistema podría exponerse sobre la base de los precios de producción sin recurrir previamente a una consideración en términos de valor. No obstante, las objeciones de Rosa Luxemburg a los esquemas de la reproducción se referían a esos mismos esquemas sobre la base de relaciones de valor; refiriéndose a ellos, Rosa Luxemburg intentaba hacer ver que el equilibrio supuesto por Marx era insostenible, cosa que el mismo Marx, aun cuando con otros argumentos había dejado claro. Grossmann ilustraba entonces a Rosa Luxemburg en el sentido de que en cuanto se realizase la transformación de los valores en precios aparecería el equilibrio que se echaba en falta en los esquemas de la reproducción. O sea, que la parte de la plusvalía descubierta por ella y que no encontraba salida dentro del sistema, podía tener por completo cabida en el sistema (a través de la tasa media de beneficio que se formaba por medio de la concurrencia y la distribución por ella verificada de la plusvalía total). Con otras palabras: que el desequilibrio de unos esquemas de la reproducción basados en valores daría paso, en unos esquemas de la reproducción basados en precios de producción, al equilibrio.

Tampoco dejaba Marx, según Grossmann, de exponer «en sus esquemas de la reproducción la línea media de la acumulación, vale decir, el curso ideal normal en el que la acumulación se lleva a efecto equilibradamente en las dos esferas de la producción. En realidad, se presentan desviaciones de esa línea media, pero son desviaciones que resultan inteligibles a partir de aquella línea media ideal. El error de Rosa Luxemburg consiste precisamente en considerar como exposición exacta del desarrollo real lo que

no es sino un simple curso normal ideal entre otros muchos casos posibles»<sup>146</sup>.

Con esta explicación volvemos a situarnos de nuevo en el terreno de las teorías de Tugan-Baranovsky, Hilferding y Otto Bauer, las cuales no se referían tampoco más que a un «curso ideal normal» sometido en realidad a interrupciones determinadas por todo tipo de desproporcionalidades o «desviaciones» de la «línea media». También en ellos no se trata sino de un «curso normal» de la acumulación teóricamente pensable en el que las «desviaciones» de la «línea media» reconducen en todo momento a él, de manera que tendencialmente se impone el equilibrio, con lo que se justifica la hipótesis de que el sistema no se enfrenta a límites objetivos. De este modo, el intento de Grossmann de oponer al desequilibrio luxemburguiano un equilibrio marxiano (por una parte en base a la «línea media» de una ficticia reproducción en términos de valor y luego también afirmando la disolución del desequilibrio por medio de la transformación de los valores en precios dada por la concurrencia) conducía a la concesión completamente innecesaria de que los esquemas de la reproducción, de uno u otro modo, garantizan un intercambio sin fricciones entre las esferas de la producción.

Para Marx, las dificultades esenciales del capitalismo no se derivaban de las relaciones de intercambio de los diversos capitales, aun cuando también existiesen dificultades por este lado, sino de las relaciones de producción que aparecían como relaciones de cambio. La realización de la plusvalía es un problema del capital que éste ha de resolver por sí mismo así como el resultado de la relación de explotación que está en su base, en la producción. Si el capital no pudiese realizar la plusvalía, tampoco podría existir, ya que él mismo no es sino plusvalía. La mera existencia del capital demuestra que está en condiciones de transformar la plusvalía en capital. La acumulación creciente aporta la prueba de que está en condiciones de realizar una masa creciente de plusvalía. La realización de la plusvalía no tiene en realidad nada que ver con los trabajadores, ya que éstos producen ambas cosas, su propio valor y la plusvalía y realizan su propio valor en su consumo. La plusvalía se realiza en la acumulación y en el consumo capitalista, al que hay que añadir también los costes improductivos de la sociedad.

Lo que Rosa Luxemburg ponía en cuestión no era tanto la realización de la plusvalía misma, que no podía ponerse en duda, como el mecanismo a través del cual había de llevarse a cabo. Este mecanismo no se desprendía del esquema de la reproducción, ya que éste se basaba en la hipótesis de que la plusvalía encuentra su realización en la circulación del capital. Es cierto

<sup>146</sup> *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, op. cit., p. 246.

que Marx podría haber desarrollado un esquema de la reproducción en el que no hubiese sido éste el caso, pero esto habría carecido de sentido, ya que la acumulación del capital presupone tanto teórica como prácticamente la realización de la plusvalía. Rosa Luxemburg consideraba falsa una premisa de este tipo inserta en un sistema cerrado, aun prescindiendo por completo de los esquemas de la reproducción, ya que no podía imaginarse cómo iba a efectuarse la transformación en dinero de la plusvalía a acumular.

Estaba para ella claro que el comercio exterior entre naciones capitalistas no solucionaba nada a este respecto, pues no hacía sino trasladar el problema a otro plano. Tenía que haber compradores que no vendiesen, que lo único que hiciesen fuera cambiar por dinero la plusvalía producida en los países capitalistas bajo la forma de mercancías. De dónde sacaban esos compradores el dinero necesario para actuar del modo citado no quedaba claro en su exposición, pero tenía que salir de las relaciones de explotación no-capitalistas, las cuales, consiguientemente, tenían que ser lo suficientemente fecundas como para absorber toda la parte de la plusvalía requerida en los países capitalistas para la marcha de su acumulación. De esta manera, la producción de plusvalía depende ciertamente de la explotación de los trabajadores en los países capitalistas, pero sin garantizar la acumulación, con lo que, finalmente, la acumulación del capital tiene como condición previa la explotación de países no-capitalistas.

Esta fantástica idea implica que todo el capital acumulado en el mundo capitalista fue posible sólo por la explotación del mundo no-capitalista y que este último ha de absorber un valor de mercancías adecuado a la acumulación capitalista de manera que pueda entrar en tanto que valor realizado, en tanto que dinero, en la acumulación capitalista. Si esto fuese posible, lo que no es el caso, entonces con ello no se diría sino lo que es válido con respecto al comercio exterior en general, a saber, que tener en cuenta «el comercio exterior cuando se trata de analizar el valor del producto reproducido anualmente sólo sirve para mover a confusión sin aportar ningún criterio nuevo ni en cuanto a los términos del problema ni en cuanto a su solución»<sup>147</sup>. El dinero también es mercancía y el cambio de mercancía por dinero, se efectúe solamente en ámbito capitalista o en el mercado mundial, sigue siendo intercambio de mercancías, en el que la forma dinero de la mercancía sólo es una fase del proceso de la circulación.

También para Marx había un problema de la realización. Pero para él era un problema que

pertenecía al mundo capitalista y que no podía quedar eliminado por la existencia de países no capitalistas. La anarquía existente en la producción y acumulación capitalistas excluye constantemente la realización de una parte de la plusvalía producida, por lo que la plusvalía realizada es siempre diferente a la plusvalía producida. Que haya sobreproducción o subproducción de mercancías en el marco de las relaciones mercantiles es algo que sólo se plantea a posteriori, después de su producción. El valor y la plusvalía que se encierran en las mercancías invendibles se pierde y no puede capitalizarse. Si la producción orientada a la expansión alcanza un punto tal que se pone en cuestión su valorización, cesa su desarrollo y aparece consiguientemente una cantidad de mercancías invendibles, cuyo valor no puede ser realizado por medio de la acumulación, con lo cual no se puede realizar de ninguna manera. Así la detención de la acumulación se presenta como un problema de realización y de ello se trata en realidad, porque hay mercancías que no pueden venderse. La sobreproducción, en tanto que manifestación en el mercado de la sobreproducción de capital, se percibe en primer término por el aumento de las dificultades de realización, por lo que se le atribuye a ésta, a pesar de que su verdadera causa se encuentra en la no perceptible y creciente divergencia entre la producción y la valoración. Así, existe para Marx un doble problema de realización: por una parte en tanto que expresión omnipresente de la anarquía capitalista, por otra en tanto que problema de la crisis, en tanto que divergencia manifiesta en la superficie de los fenómenos de mercado entre el beneficio producido y las exigencias de plusvalía de la acumulación ampliada.

No es que la acumulación del capital dependa, consiguientemente, de la realización de la plusvalía. La realización de la plusvalía depende de la acumulación. Con esto no se ha descubierto aún el mecanismo del proceso de la realización. Para cada capital la suma de dinero resultante de la venta de sus mercancías ha de ser mayor a la suma del capital avanzado. También para la plusvalía total del capital total expresada en dinero ha de dar la acumulación un valor mayor expresable en dinero. ¿De dónde proviene este dinero adicional? Para Marx esto no constituía problema. La solución, provisional, pero completamente suficiente a efectos de análisis abstractos del proceso de la circulación, estaba, para él, en la producción de dinero y en el crédito. Sólo en el tratamiento de las relaciones mercantiles concretas era necesario, desde su punto de vista, investigar más a fondo la función del dinero en el proceso de la circulación.<sup>148</sup>

En las respuestas ya consideradas de Bujarin y de Otto Bauer a la pregunta de Rosa Luxemburg

---

<sup>147</sup> MEW 24, p. 466.

---

<sup>148</sup> *Ibid.*, p. 347.

acerca de dónde provenía el dinero para la conversión de los valores de las mercancías en capital adicional quedaban recogidas las contestaciones de Marx a este interrogante. Por lo demás, este problema no era para Marx tanto una cuestión acerca de la posibilidad de una producción de dinero suficiente y en constante aumento en tanto que aumento del dinero, como, a la inversa, cosa más importante para el capital, una cuestión de limitar la producción de dinero, en tanto que producción de tanto dinero como fuese posible para fomentar la acumulación. Escribía Marx: «La suma total de la fuerza de trabajo y de los medios sociales de producción invertidos como medios de circulación en la producción anual de oro y plata representa una partida importante de los *faux frais* del régimen capitalista de producción y de todo régimen basado en la producción de mercancías. Sustraer al empleo social una suma proporcional de posibles medios adicionales de producción y de consumo, es decir, una parte proporcional de la riqueza efectiva. En la medida en que, partiendo de una escala dada e invariable de la producción o de un determinado grado de extensión, se reducen los gastos de esta maquinaria tan cara de circulación, aumenta la fuerza productiva del trabajo social. Por consiguiente, en la medida en que los recursos que se van perfeccionando con el régimen de crédito surten este efecto, aumenta directamente la riqueza capitalista, bien porque de este modo se efectúe sin intervención alguna de dinero real una gran parte del proceso social de producción y de trabajo, bien porque se eleve así la capacidad de funcionamiento de la masa de dinero que se halla realmente en funciones.»<sup>149</sup>

En tanto que medio de circulación, la mercancía-dinero en oro y plata pareció un gasto excesivamente caro e innecesario. Por esta razón el capital se ha esforzado desde siempre en sustituir la mercancía-dinero por medios monetarios simbólicos. Con el desarrollo de la banca y del sistema crediticio, el dinero-mercancía perdió su primitiva importancia. Como en el concepto de mercancía se encierra ya el de dinero, la moneda-oro fue un fenómeno histórico pero no necesario en la circulación de las mercancías. Dado que todas las mercancías son potencialmente dinero y como el dinero dispone sobre todas las mercancías, en el ámbito nacional y desde hace poco también cada vez más en el ámbito internacional, todas las clases de medios de pago pueden servir como medio de intercambio. La creación de dinero se hace a través del sistema bancario. La concesión de créditos por parte de los bancos depende de la creación de dinero por parte del Estado -a través de la emisión de papel moneda y de las consignaciones del Tesoro- y de los coeficientes de reservas, fijados por el Estado pero variables según los depósitos. Si el crédito no encuentra

más que una cobertura parcial en las reservas bancarias, se asegura de todos modos, en general, por medio de las disponibilidades de capital del tomador del crédito. Si no hay equivalente en capital, tampoco hay crédito. Este por tanto no está relacionado con el dinero disponible, sino con el capital de que se disponga.

En el proceso de la circulación, el capital acumulado toma unas veces la forma de mercancía y otras la forma de dinero. Los medios de producción y las mercancías pueden convertirse en dinero y al revés lo mismo, de manera que la disponibilidad de capital puede manifestarse como disponibilidad de dinero. El concepto de capital evoca el dinero, pero en éste se comprenden todas las mercancías; cualquiera de ellas tiene la facultad de ocupar el lugar del dinero. Aun cuando las cantidades de mercancías lanzadas al mercado han de ser cambiadas por dinero, como sólo suponen una parte del capital existente, sólo es necesario que una parte del capital disponible adopte la forma de dinero. En general los medios monetarios necesarios están determinados por los precios de las mercancías que entran en la circulación y por la velocidad de circulación del dinero, pero se modifican por los pagos que se compensan recíprocamente o por los que se transfieren a momentos posteriores.

Dejando a un lado el hecho de que el dinero se ha acumulado desde hace siglos en forma de dinero-mercancía y que a través de la producción progresada de metales nobles ha podido incrementarse y de este modo intercambiarse directamente contra otras mercancías, la acumulación capitalista se ha liberado de estas limitaciones por medio del mecanismo crediticio basado en el capital ya acumulado. La transformación de la plusvalía en capital adicional puede llevarse a cabo sin necesidad de dinero-mercancía adicional y el capital acumulado puede aparecer en su forma-mercancía como capital acumulado. Frente al dinero crediticio necesario para ello no hay en el mismo momento ninguna mercancía; es la «forma simbólica» de un dinero adicional que no existe contemporáneamente pero que basta para dar lugar a la transformación de los valores-mercancías en capital adicional: capital adicional que determina de nuevo la ulterior expansión del crédito. Así, es la misma acumulación del capital la que soluciona el problema del necesario dinero adicional y hace desaparecer por medio de la técnica financiera las dificultades de realización.

Para que el dinero pueda actuar como capital ha de dejar primero de ser dinero, es decir, ha de ser invertido en medios de producción y en fuerza de trabajo. La transformación de la plusvalía en dinero no es más que una etapa dada por el mercado en su transformación en capital adicional. Es completamente indiferente que intervenga aquí el dinero-mercancía o el dinero simbólico. Sin

<sup>149</sup> *Ibid.*

embargo, este último puede incrementarse como se quiera y adaptarse a las exigencias de la acumulación. Se expande con la expansión del capital que se acumula y encuentra en éste su limitación. De este modo llegamos al punto que a Rosa Luxemburg le parecía tan inverosímil, a saber: la producción por la producción misma, que le parecía impracticable en un sistema cerrado porque no hallaba explicación para el dinero adicional necesario para ello.

Si el capital puede realizar su plusvalía a través de la acumulación, los capitales ahora incrementados se presentan como un mayor capital-dinero y se expresan como tal. Sin embargo, la acumulación no depende del dinero o del crédito, sino de la rentabilidad. Si desciende el beneficio y con él la tasa de acumulación, descenderá junto con la demanda total también la demanda de crédito. La falta de demanda aparece como falta de dinero y la crisis de la producción también como crisis financiera. Por eso le pareció a Marx importante «partir siempre de la circulación metálica en su forma más simple y primitiva, ya que con ello el flujo y el reflujo, la compensación de saldos, en una palabra, todos los aspectos que en el sistema de crédito aparecen como procesos conscientemente reguladores, se presentan aquí como fenómenos independientes del sistema de crédito, bajo su forma elemental y no, como ocurrirá más tarde, de un modo reflejo»<sup>150</sup>.

Por otra parte, la ampliación de la producción y la formación de nuevos capitales-dinero estaban condicionadas en la época en que *El Capital* fue escrito por un sistema de crédito «cuya base [era] la circulación de metales preciosos»<sup>151</sup>, circunstancia ésta que ya no corresponde al funcionamiento moderno del sistema crediticio. Pero la aparición de métodos siempre nuevos para la realización de la plusvalía en capital adicional tiene sólo un interés histórico e indica que la pujanza creciente del capital a acumular genera siempre métodos nuevos para la realización de la plusvalía. El sistema de crédito basado en la circulación metálica no cumple funciones diferentes a las de la creación crediticia sin esa base. En ambos casos está determinada por el movimiento del capital. No puede independizarse porque su marco de referencia es siempre el conjunto de los procesos de la producción social que están en su base. Lo mismo que el dinero, el crédito no puede producir nada, sólo puede: mediar para que la plusvalía que surge en la producción encuentre su camino en la acumulación. Si la plusvalía efectiva es insuficiente para ser capitalizada y al mismo tiempo valorizada, nada puede hacer el crédito para remediar la situación y fracasará como instrumento mediador de la acumulación del capital.

La acumulación por acumulación misma, es decir, sin consideraciones para con las necesidades sociales reales ni para con las necesidades de valorización del mismo capital, es precisamente la característica de la producción de plusvalía y no debería suscitar extrañeza. La concurrencia sobre la base de la producción de valor fuerza a todos los capitales a la acumulación por motivos de autoconservación. Hay que crecer o desaparecer. El resultado final de todos estos esfuerzos es el crecimiento del capital en su conjunto y los cambios en las relaciones de valor que esto comporta y que implican la caída de la tasa de beneficio en cuanto el impulso ciego a la acumulación va más allá de la productividad del trabajo vigente.

Si la plusvalía no basta para que el proceso de acumulación pueda ser continuado de manera que sea rentable, tampoco podrá ser realizada por la acumulación, se convertirá en la plusvalía no realizada de la sobreproducción. Donde no existe plusvalía que pueda transformarse en capital adicional, ningún dinero adicional, ningún crédito podrán transformar la plusvalía en capital. Para no verse sumido en esta situación de crisis, el capital ha de acumular ininterrumpidamente, lo que sin embargo solamente es posible con un simultáneo crecimiento continuado de la productividad del trabajo adecuado a la acumulación que mantenga latente la tendencia de la tasa de beneficio a descender. En las crisis se pone de manifiesto que el capital ha fracasado en el mantenimiento de esa coordinación entre la producción material y las exigencias en términos de valor de la acumulación de capital. Las crisis tienen como misión recomponer las conexiones internas de la producción de capital que externamente se han echado a perder para así hacer posible una ulterior expansión del capital.

El elemento decisivo de la producción capitalista es la plusvalía. Por la tendencia al descenso de la tasa de beneficio puede hacerse muy pequeña, pero no muy grande. No es éste el caso de la sociedad en su conjunto, sino el de cada capital individualmente. La producción capitalista sirve así continuamente al incremento de la plusvalía asegurándose por medio de esto su supervivencia. Para el capital el aumento de la plusvalía es siempre insuficiente, no importa cuál sea la magnitud que llegue a alcanzar. Si en una rama de la producción el capital se encuentra con que el mercado le pone limitaciones, se traslada a otras ramas o a ramas de nueva creación hasta que aparezcan en éstas barreras del mercado. Así, en el curso de la acumulación se modifica la cara material de las relaciones de mercado como expresión de las fuerzas productivas en expansión de la sociedad y de la aparición de nuevas necesidades y de su aplicación en una medida mayor y en ámbitos más amplios. La riqueza material crece también con el despliegue en términos de valor de la acumulación. El consumo

<sup>150</sup> MEW 24, p. 496.

<sup>151</sup> *Ibid.*

de los capitalistas puede desarrollarse enormemente, puede crecer la masa de las capas improductivas de la sociedad e incluso los trabajadores pueden mejorar su situación mediante el descenso en términos de valor de los bienes de consumo. Entonces aumenta también la carga que pesa sobre la plusvalía y arrecian los intentos de elevarla para mantener en marcha el proceso. En estas condiciones no puede haber saciedad de plusvalía, sino solamente falta de plusvalía que ha de manifestarse en último término en el mercado como sobreproducción e insuficiencia de demanda.

El capitalismo ha de acumular porque en caso contrario se encuentra en crisis. Toda situación de equilibrio es una situación de crisis que en la economía dinámica sólo puede conducir o al derrumbe o a un nuevo auge. Las situaciones de equilibrio contradicen, por tanto, la realidad de la economía capitalista y consiguientemente nunca pueden referirse a ésta sino, como mucho, sobre la base de una hipótesis metodológica con el fin de detectar mejor determinadas particularidades especiales de la dinámica de la economía. Pero no es menos cierto que algunos marxistas, en coincidencia con la economía burguesa, han invocado aparentes tendencias al equilibrio de la economía capitalista y de su desarrollo. Por no citar más que a uno, hagamos referencia a Bujarin, según el cual «toda la construcción de El Capital [...] comienza el análisis con el firme y estable sistema de equilibrio. Posteriormente se van añadiendo elementos cada vez más complejos. El sistema sufre oscilaciones, se torna móvil. Pero estas oscilaciones no dejan de obedecer a determinadas leyes y, prescindiendo de abruptas perturbaciones del equilibrio (crisis), el sistema se mantiene como un todo. Por la perturbación del equilibrio sobreviene un nuevo equilibrio de orden, por así decirlo, superior. Sólo después de haber tomado conocimiento de las leyes del equilibrio puede irse más allá y plantear la cuestión de las oscilaciones del sistema. Las crisis mismas no se consideran como superación del equilibrio sino como su perturbación. Lo que Marx ve como necesario es descubrir la ley de este movimiento y comprender no sólo cómo es perturbado el equilibrio, sino también cómo vuelve a restablecerse»<sup>152</sup>. Luego Bujarin sintetiza del siguiente modo la consideración del equilibrio: «La ley del valor es la ley del equilibrio del sistema de la producción mercantil simple. La ley de los precios de producción es la ley del equilibrio del sistema mercantil modificado, del sistema capitalista. La ley de los precios de mercado es la ley de las oscilaciones de este sistema. La ley de la concurrencia es la ley del restablecimiento permanente del equilibrio perturbado. La ley de las crisis es la ley de las necesarias perturbaciones

periódicas del equilibrio del sistema y de su restablecimiento.»<sup>153</sup>

Todas las teorías de la desproporcionalidad y del subconsumo estaban construidas sobre este postulado del equilibrio y según él las crisis había que verlas como perturbaciones del equilibrio y su desaparición como restablecimiento del equilibrio. Sin embargo, los tratamientos en términos de equilibrio de los que se servía Marx no constituían en ningún caso sino hipótesis metodológicas provisionales referidas exclusivamente a la elaboración de sus teorías abstractas y que no pretendían tener ninguna relación con los procesos que tenían lugar en la realidad. Frecuentemente eran puras tautologías, como por ejemplo el supuesto de equilibrio entre la oferta y la demanda, el cual de todos modos no juega ningún papel en la consideración del capital en su conjunto y en la del proceso de producción aislado y a veces servían como punto de partida de la exposición del desarrollo del capital para dejar de ser tomados en cuenta en el marco del desarrollo mismo. Para Marx lo que dominaba la economía no eran tendencias al equilibrio, sino la ley del valor, que se impone «como la ley de la gravedad cuando a alguien se le derrumba la casa encima»<sup>154</sup>.

Las crisis no suponen una perturbación superable del equilibrio, sino el hundimiento temporal de la valorización del capital, el cual ni antes ni después, se caracteriza por ningún equilibrio. El hecho de la superación de la crisis no indica ningún restablecimiento de ningún equilibrio que se hubiese perdido. Lo que indica es que el sistema, a pesar de su ininterrumpida dinámica, consigue incrementar la plusvalía para una fase ulterior de su expansión. «Para el conjunto de la producción no hay situaciones de equilibrio que desaparezcan cuando se producen desviaciones [...] El ciclo industrial no describe ningún movimiento oscilatorio en torno a una situación media determinada por una necesidad sea cual sea»<sup>155</sup>. Incluso aun cuando Marx escribiese en cierto pasaje que «no hay crisis permanentes»<sup>156</sup>, no se quiere decir con ello, como quiere Bujarin, que «la perturbación del equilibrio [conduce] a un nuevo equilibrio de orden superior», sino únicamente que la acumulación interrumpida en un determinado nivel de la producción capitalista puede proseguirse a otro nivel. Del análisis abstracto de la acumulación determinada por el valor se deriva que no puede ser éste el caso siempre. Pero mientras el capital pueda adaptar la plusvalía a las exigencias de la acumulación por el camino de la crisis, toda crisis no será sino de naturaleza temporal.

<sup>153</sup> *Ibid.*

<sup>154</sup> MEW 23, p. 89. (Esta frase ha sido corregida en esta versión digital de acuerdo con el texto original de Mattick)

<sup>155</sup> A. Pannekoek, *Theoretisches zur Ursache der Krise*, en «Neue Zeit», 1913, núm. 22, pp. 783-792.

<sup>156</sup> MEW 26, 2, p. 497.

<sup>152</sup> N. Bujarin, *Ökonomie der Transformationsperiode*, 1922, pp. 158 y s. (Hay traducción castellana a partir de la versión alemana: *Teoría económica del período de transición*, Buenos Aires, 2ª ed., 1974.)



Ahora bien, a una teoría de la crisis que prescindiera de toda consideración del equilibrio hay que plantearle el interrogante de cómo va a poder derrumbarse el capitalismo si es posible superar cualquier crisis que se presente. Así, por ejemplo Otto Benedikt le planteaba a Henryk Grossmann, para quien el derrumbe era una crisis finalmente insuperable, la pregunta: «¿Por qué se distingue su "punto final económico" de las crisis superables, por qué ya no es superable la crisis última?»<sup>157</sup>.

Siguiendo la teoría de la desproporcionalidad de Lenin, Benedikt llega a la conclusión de que, prescindiendo de su validez o de su no validez, la teoría de la crisis de Grossmann es precisamente sólo una teoría de la crisis y no una teoría del derrumbe. Según Benedikt, en la cuestión de la crisis no se trata de la posibilidad o de la imposibilidad de la acumulación constante, «sino de un proceso dialéctico creciente y forzoso de perturbaciones, contradicciones y crisis; no de una imposibilidad absoluta puramente económica de la acumulación, sino de una interacción continua entre la superación de la crisis y su reproducción a un nivel más alto hasta la voladura del sistema por el proletariado».<sup>158</sup>

La respuesta que Grossmann podía dar era la misma que Benedikt se dio a sí mismo, la misma que compartían todos los participantes en la discusión del problema de la crisis aunque con diversas variantes, reformistas o revolucionarias. No había en último término ningún derrumbe «puramente económico» o «automático». Del mismo modo que en Tugan-Baranovsky, Hilferding y Otto Bauer son movimientos sociales éticos y políticamente conscientes los que están llamados a transformar el orden social defectuoso en uno mejor, del mismo modo que en Rosa Luxemburg y en Anton Pannekoek es la clase obrera consciente la que, mucho antes de la llegada de un hipotético punto final de la expansión capitalista, pondrá fin al capitalismo, también en la concepción de Grossmann, «ningún sistema económico, no importa a qué ataques esté sometido, [se derrumba] por sí mismo; ha de ser derribado [...]». La denominada "necesidad histórica" no se consume automáticamente, sino que requiere la participación consciente de la clase obrera»<sup>159</sup>. Pero esto es cosa de las luchas de clases y no de la teoría económica. Ésta, lo único que puede hacer, es clarificar la conciencia acerca de las condiciones objetivas en las cuales se desarrolla la lucha de clases y que determinan su orientación.

Singularmente, las más diferentes explicaciones de la crisis vinculaban la inevitabilidad de la ruina

y del derrumbe del capitalismo a movimientos políticos suscitados por éste. Ya hemos mostrado este hecho a través del ejemplo de Rosa Luxemburg y Henryk Grossman. Pero también teóricos de la desproporcionalidad como Bujarin ponen de relieve que «el proceso de decadencia [del capital] se pone en funcionamiento con una inevitabilidad absoluta en cuanto la reproducción ampliada negativa se traga la plusvalía social. La investigación teórica no puede determinar con absoluta seguridad cuándo exactamente, con qué cifra concreta característica de este proceso da comienzo el período de decadencia. Esto es ya una *questio facti*. La situación concreta de la economía de Europa en los años 1918-1920 muestra con claridad que este período de decadencia ha empezado ya y que faltan los signos de un restablecimiento del viejo sistema de las relaciones de producción».<sup>160</sup>

También con una aplicación consecuente de la teoría del subconsumo era posible llegar a la conclusión de la decadencia del capital. Así, escribía por ejemplo Natalie Moszkowska: «Si la brecha entre la producción y el consumo alcanza una cierta profundidad y el déficit del consumo cierta dimensión, entonces el empobrecimiento relativo se torna absoluto. Se reduce la producción, los obreros se van a la calle. Si el primer capitalismo estuvo caracterizado por el empobrecimiento relativo, el capitalismo tardío lo está por el absoluto. Y este empobrecimiento absoluto, insostenible a la larga, es la causa de la decadencia del capitalismo.»<sup>161</sup>

No puede sorprender que la situación económica reinante durante la Primera Guerra Mundial y después de ella suscitase la idea de decadencia del capitalismo. Incluso en el campo de la burguesía no sólo apareció un profundo pesimismo, sino también la antigua convicción de que la sociedad dominaría sus crisis acabó por desmoronarse. Ciertamente que «las crisis económicas internas han perdido mordiente -observaba Adolf Löwe-, pero si hay que considerar la destrucción internacional de valor por la guerra mundial como la forma moderna de la crisis de la era imperialista, en favor de lo cual atestiguan bastantes cosas, entonces no deberían existir motivos para ninguna exagerada esperanza en una "estatización" automática»<sup>162</sup>. En esta situación no tenía demasiado sentido afirmar que para el capital «no hay situaciones absolutamente sin salida» ni suponer lo contrario. En las condiciones dadas, ambas cosas eran imaginables. Como para el marxismo no es la economía la que determina las relaciones de clase dadas, sino son las relaciones de producción capitalistas -en tanto que relaciones de clase- las que, en las condiciones de la economía mercantil, adoptan la forma

<sup>157</sup> O. Benedikt, *Die Akkumulation des Kapitals bei wachsender organischer Zusammensetzung*, en «Unter dem Banner des Marxismus», cuad. 4, diciembre 1929, p. 887.

<sup>158</sup> *Ibid.*, p. 911.

<sup>159</sup> Grossmann, *Aufsätze zur Krisentheorie*, op. cit., pp. 210-211.

<sup>160</sup> *Ökonomie der Transformationsperiode*, op. cit., p. 53.

<sup>161</sup> *Zur Kritik moderner Krisentheorien*, 1935, p. 106.

<sup>162</sup> *Die Wirtschaftswissenschaft nach dem Kriege*, vol. II, p. 371.

fetichizada de relaciones económicas, toda consideración «puramente-económica» del capital y de sus leyes de movimiento es a priori inadecuada. Pero no obstante, no por ello dejó Marx, a pesar de que para él «toda la basura económica acaba en la lucha de clase», de esforzarse trabajando durante décadas para demostrar el carácter transitorio del capitalismo también en base a sus categorías propiamente económicas.

La tendencia de la acumulación capitalista a su superación sólo puede demostrarse a partir de un modelo que dé cuenta de los fundamentos esenciales del sistema. En la construcción de Marx, el capital ha de desaparecer víctima de sus contradicciones y como la historia por sí misma no hace nada, sino son los hombres los que la hacen, resulta sin más que el límite objetivo del capital lo constituye la revolución proletaria. Viceversa, no obstante, esta revolución presupone el desmoronamiento del capitalismo. Si el capital crea por medio de su acumulación sus propios enterradores, ya en el proceso de la acumulación está inscrito su final último y puede hablarse con justicia de la teoría de la acumulación y del derrumbe sin por ello encastillarse en una teoría «puramente-económica» o «automática» del derrumbe.

La evaluación de la gran crisis que tuvo lugar entre las dos guerras mundiales en términos de la posible crisis final del capital significó poner los deseos por encima de las ideas. Pero esto sólo pudo saberse *a posteriori*. En principio, en el capitalismo desarrollado toda gran crisis puede ser una crisis final. Si no lo es, se queda en premisa para la acumulación ulterior. Con esto, sin embargo, no se quiere decir que no pueda haber una situación de crisis «permanente», aun cuando el concepto no ha de entenderse en términos de eternización, sino solamente en oposición a la crisis temporal, rápidamente superable. En este sentido, la crisis «permanente» es exactamente tan concebible y está tan enraizada en el sistema marxiano como la crisis superable. Cuando Marx afirmaba que no había crisis permanentes, se estaba refiriendo sólo al ciclo coyuntural del siglo pasado y a la teoría de la acumulación de Adam Smith, en la que la tasa de beneficio ha de estar descendiendo constantemente. Que en las condiciones actuales del capitalismo mundial pueda aparecer una situación de crisis económico-política permanente es algo exactamente tan posible como la hipótesis de que en el futuro al capital le va a seguir siendo posible llegar por el camino de la crisis a una nueva expansión.

## Capítulo 4

# ESPLENDOR Y MISERIA DE LA ECONOMIA MIXTA

La segunda crisis económica mundial del nuevo siglo [XX] fue atajada en la Primera Guerra Mundial desencadenada por la concurrencia imperialista. La desvalorización del capital, propia de las crisis así como la concentración y centralización de aquél, se aunaron con la destrucción física de medios de producción y fuerza de trabajo y con el desplazamiento del centro de gravedad económico que esto trajo aparejado de los países europeos a América. Estados Unidos se convirtió en el mayor país exportador y acreedor del mundo. Los cambios territoriales motivados por la guerra, la exclusión de Rusia de la economía mundial, la política capitalista de reparaciones, el hundimiento de las monedas y del mercado mundial dificultaron la reconstrucción en una medida mucho mayor de lo que es normal en el caso de una crisis «puramente-económica». La reanimación de las economías europeas se llevó a cabo con tanta lentitud que, con la excepción de América, la crisis que desembocó en la Primera Guerra Mundial se prolongó hasta la Segunda Guerra Mundial. La especial posición de América estaba por esto mismo sometida a un plazo limitado que se agotó en 1929. El derrumbe americano llevó al conjunto de la economía mundial a una ruina todavía mayor.

No es que el capital no se esforzase por salir de la crisis por medio de los créditos americanos, la muy considerable cartelización, la racionalización de la producción y la inflación, pero todo fue inútil. Por referirnos sólo a los países capitalistas más pobre y más rico de aquella época, observemos que entre los años 1929 y 1932 la producción industrial descendió en Alemania en un 50 por ciento, que el número de desempleados ascendía en 1932 a 7 millones y que la renta nacional había descendido de 73,4 a 42,5 miles de millones de marcos. En América la renta nacional había descendido en 1932 igualmente a la mitad, de 87,5 a 41,7 miles de millones de dólares y 16 millones de desempleados registraban el desmantelamiento en su 50 por ciento de la producción industrial. Una crisis económica mundial de estas dimensiones era algo que superaba todas las experiencias anteriores y no podía ser atribuida, como la crisis de posguerra, a la circunstancia de la crisis.

Los partidarios de las teorías marxianas de la crisis de todos los matices vieron en la crisis sostenida la confirmación de su crítica del capital y se pusieron a buscar la superación de las crisis bien en la reforma bien en la eliminación del

sistema capitalista. La teoría estática del equilibrio general se encontró perpleja ante la crisis, ya que el mecanismo equilibrador postulado por ella no aparecía por ninguna parte. Como los gobiernos de los países capitalistas confiaron inicialmente en los efectos de la deflación sin actuar sobre las consecuencias de la crisis, ésta no podía atribuirse a alguna política económica estatal equivocada, por lo que la única salida posible era cargar las responsabilidades de la crisis a la negativa de los trabajadores a aceptar salarios más bajos. La persistencia de la crisis y el continuo crecimiento del desempleo forzaron finalmente a la economía burguesa a emprender su revisión, la cual entró en la historia bajo el nombre de «revolución keynesiana»<sup>163</sup>.

Sin atacar a la teoría neoclásica en general, Keynes subrayaba el hecho completamente evidente de que la teoría tradicional no estaba en condiciones de soportar la prueba a la que le sometía la situación económica reinante. La situación teóricamente implicada de pleno empleo le parecía una premisa posible, pero no necesaria del equilibrio económico. La ley de Say según la cual la oferta tenía que coincidir con la demanda fue declarada, con cien años de retraso, equivocada, dado que el «ahorro» no conduce necesariamente a nueva inversión. Como la producción ha de servir al consumo, pero éste, a medida que aumenta la saciedad, es decreciente, necesariamente ha de frenarse la expansión de la producción y con ella la del mercado de trabajo. Consiguientemente, en una sociedad capitalista madura las oportunidades de nuevas inversiones rentables se iban haciendo cada vez menores, situación que tampoco cambiaba con un descenso radical de los salarios. Aun cuando en adelante siguiese siendo cierto que salarios bajos dan como resultado altos beneficios por lo que estimulaban la inversión, a la vista de las dificultades con que chocaban tales descensos de los salarios y de la reducción inevitable a largo plazo de la tasa de acumulación, no sólo era erróneo, sino también peligroso confiar sin más en el curso económico de las cosas. La depresión tenía que ser combatida por medio de una política de expansión impulsada desde el gobierno. Esa política expansionista tenía que apoyarse de un lado en una política monetaria inflacionista y de otro en obras públicas financiadas mediante déficits presupuestarios del Estado.

Aun cuando Keynes intentaba explicar el movimiento cíclico del capital a partir de la rentabilidad variable del capital, en realidad no desarrolló ninguna teoría de la crisis. Desde su punto de vista, lo que hacía descender el gusto por la acumulación y lo que motivaba a los capitalistas a no transformar su dinero en capital

era la disminución de la propensión al consumo que tenía su origen en la riqueza social. Si los capitalistas siguiesen invirtiendo, sólo lo podrían hacer con una tasa de beneficio descendente que encontraría en el tipo de interés existente su límite inferior. Para salir de la depresión era necesario combinar los métodos probados de lucha contra la crisis con nuevos medios. Los salarios habían de ser reducidos por el camino de la inflación, la tasa de beneficio debía ser apoyada haciendo disminuir el tipo de interés y el resto de desempleo que quedase tenía que ser absorbido por medio del gasto público hasta que gracias a estas medidas se formase una nueva coyuntura a partir de la cual se pudiese confiar de nuevo la economía al automatismo del mercado para la etapa siguiente. Como a Keynes lo que fundamentalmente le interesaba era la superación de la crisis contemporánea con él, la tendencia de desarrollo a largo plazo vinculada con su teoría no pasó de ser un ornato filosófico al que no se concedía mayor importancia inmediata. Su teoría se quedaba en el ámbito del equilibrio estacionario y no estaba en condiciones de hacer justicia a la dinámica del sistema.

Necesariamente la teoría keynesiana tomaba como marco de referencia la economía nacional, no la economía capitalista mundial, puesto que las intervenciones gubernamentales sugeridas solamente pueden llevarse a efecto en el marco nacional. De todos modos, junto a ella se difundió la esperanza de que la elevación de la producción en cada uno de los países influiría favorablemente sobre el comercio mundial, con lo que la concurrencia internacional perdería dureza. Las medidas propugnadas para la eliminación del desempleo empujaban a una vuelta a la macroeconomía clásica, cuyo objeto estaba constituido por la sociedad en su conjunto y los agregados económicos, en oposición a la microeconomía cultivada entonces casi con exclusividad, que no se ocupaba sino de análisis parciales de fenómenos económicos separados. Las propuestas prácticas, del tipo que fuesen, no eran, en cualquier caso, descubrimientos absolutamente nuevos, sino recuperaciones de manipulaciones que durante la época de apogeo del *laissez faire* se habían quedado en un plano secundario. A pesar del despliegue enorme de terminología técnico-económica de nuevo cuño, detrás de las requisitorias de la «nueva economía» se escondía tan sólo el principio capitalista ordinario de incremento del beneficio mediante la intervención estatal en las relaciones de mercado.

La necesidad de intervención económica del Estado dictada por la crisis no tardó en convertirse en manos de los teóricos de la economía virtualmente en dirección económica estatal. El punto de vista tradicionalmente predominante según el cual todo gasto público tenía un carácter improductivo fue declarado a partir de entonces erróneo y se subrayó que los gastos públicos,

<sup>163</sup> Véase P. Mattick, *Marx und Keynes, die Grenzen der gemischten Ökonomie*, Frankfurt, 1969. (Hay traducción castellana: *Marx y Keynes. Límites de la economía mixta*, Fondo de Cultura Económica, México.)

exactamente igual que la inversión privada, tienen efectos de estímulo para la producción y el ingreso. Según Alvin Hansen, los «aparcamientos, piscinas, terrenos de juego, generan un flujo de ingreso real igual que el establecimiento de una fábrica productora de radios [...] Los gastos públicos elevan junto con la ocupación también la renta nacional [...] Incluso una guerra, por el abandono de nuevas inversiones que ocasiona, puede comportar una demanda tal en la época de posguerra que haga aumentar la renta nacional igual que las nuevas inversiones de la industria privada. En una palabra, cuando la falta de nuevas inversiones lleva a la ruina de la economía, entonces sólo el gobierno está en condiciones de incrementar la renta nacional mediante el gasto público»<sup>164</sup>. Como los economistas no distinguen entre economía y economía capitalista, tampoco se dan cuenta de que productividad y «productivo en el sentido capitalista» son dos cosas diferentes, que tanto los gastos públicos como los privados sólo son productivos si generan plusvalía y no porque produzcan bienes materiales o amenidades.

En la perspectiva de los economistas actuales, el capital privado y el gobierno contribuyen igualmente a la renta nacional y ambos se nutren de la gran «corriente» del ingreso. Aun cuando la contribución gubernamental se basa en los impuestos y en el endeudamiento, el aumento del ingreso conseguido por medio del gasto público compensaría la carga impositiva ocasionada por él. Las consecuencias inflacionistas no eran de temer mientras fuese posible compensar la creciente cantidad de dinero mediante un adecuado incremento de la producción y del ingreso real. Para demostrar esto se invocaban los denominados «principio de aceleración» y «principio de multiplicación» o una combinación de ambos cuyos efectos se podían establecer matemáticamente sobre la base de determinadas hipótesis imaginarias. Si los resultados de estos «principios» son en la realidad los mismos o parecidos es algo, sin embargo, que no puede demostrarse, ya que a ello se opone la complejidad empírica inherente a los procesos económicos. Pero en tanto que demostración teórica no resulta sino la constatación bastante comprensible de que, como todos los demás gastos, también los gastos estatales pueden conducir a nuevos gastos privados, de manera que la capacidad adquisitiva total sobrepasa el monto de los gastos estatales iniciales.

Alvin Hansen se negaba a que su teoría se pudiese inscribir en el ámbito habitual de las teorías del subconsumo. Desde su punto de vista las crisis no se producían por una falta de demanda de bienes de consumo, sino por sobreinversiones que se generan

espontáneamente. Como la dinámica del sistema impulsaba la producción de medios de producción con mayor rapidez que el consumo social, la elevación del consumo había de elevarse a principio dominante para evitar la sobreproducción. En las sociedades capitalistas modernas, las inversiones ya no están determinadas por el consumo y las teorías de la circulación de los economistas clásicos y neoclásicos con su equilibrio oferta-demanda estaban en contradicción con el estado de cosas real. El consumo no era sino una función de la acumulación, por lo que el ciclo de la crisis era el resultado inevitable de la expansión capitalista. Para sustraerse al desempleo y a la sobreproducción, el consumo público debía ser incrementado por medio del gasto público: en una especie de economía mixta en la que las relaciones de precios estuviesen tan integradas con medidas monetarias y fiscales que la economía pudiese seguir desarrollándose progresivamente.

Esta «revolución» en la economía teórica había estado procedida por una praxis paralela a ella y dictada por la necesidad. Tal praxis adoptó formas diferentes según los países. Mientras que, por ejemplo, en los Estados Unidos la ayuda con medios públicos a los parados hizo frente a una perceptible radicalización de la población trabajadora, en Alemania el programa destinado a proporcionar puestos de trabajo tomó la forma del rearme con el fin de revertir los resultados de la Primera Guerra Mundial y superar la situación de crisis por la vía imperialista a costa de otros pueblos. De este modo, la integración de la economía de mercado con la dirección económica del Estado servía, de un lado, para la defensa de las posiciones de poder político existentes y, de otro, para intentar imponerlas. La situación de crisis general y los intereses capitalistas contrapuestos mezclaron la lucha contra la crisis con toda una serie de aventuras imperialistas y confrontaciones sociales que abarcaron más o menos a todos los países y que desembocaron finalmente en la Segunda Guerra Mundial, la cual dio un fuerte impulso a la integración del Estado y la economía. La economía mixta plenamente desarrollada hizo así su aparición primero como economía de guerra y puso término a la anterior situación de crisis aparentemente permanente por medio de la destrucción de cantidades inmensas de valor-capital y por el aniquilamiento mutuo de los productores.

Sólo después de la guerra se convirtió la «nueva economía» en la ideología de la clase dominante, dado que la intervención estatal en la economía no podía eliminarse ante el caos de la posguerra. Con la excepción de América, el mundo se encontraba a ojos de la burguesía en una situación caracterizada por el más profundo desgarramiento interno y precisaba de la intervención política y militar para no caer en la anarquía total. Las funciones económicas

<sup>164</sup> A. H. Hansen, *Fiscal Policy and Business Cycle*, 1941, p. 150. (Hay trad. cast.: *Política fiscal y ciclo económico*, Fondo de Cultura Económica, México.)

asumidas durante la crisis y la guerra por el Estado podían modificarse, pero no podían suprimirse. La confrontación entre las potencias vencedoras por el reparto del botín bélico, que salió inmediatamente a la luz, y la creación de nuevas esferas de influencia, confería a las instituciones estatales también en adelante una gran influencia sobre la vida económica. Las fronteras recientemente establecidas tenían que ser protegidas y la reconstrucción de la economía capitalista mundial tenía que ser encarrilada con medios estatales. Una parte creciente de la producción social se consagró a estas finalidades, por lo cual los presupuestos estatales se hincharon más y más sobre la base de la imposición y el endeudamiento.

La idea de que el capitalismo «maduro» tiende inevitablemente al estancamiento y al desempleo creciente, superables únicamente mediante el gasto público, se convirtió en patrimonio común de la «nueva economía». La realidad del pleno empleo alcanzado durante la guerra se hizo valer en calidad de prueba suficiente para afirmar que la intervención del Estado puede suscitar siempre, en cualquier circunstancia, los mismos efectos y que la economía estatalmente integrada puede acabar con el ciclo de la crisis e inaugurar una expansión ininterrumpida de la economía. La incorporación del problema del crecimiento económico al análisis económico exigía el desarrollo de una teoría dinámica que acabase por marginar la teoría del equilibrio estático. R. F. Harrod<sup>165</sup> y E. D. Domar<sup>166</sup> entre otros intentaron a través de la dinamización del modelo keynesiano de determinación de la renta y con ayuda de los principios de aceleración y multiplicación aportar la demostración teórica de la posibilidad de una tasa de crecimiento equilibrada de la economía.

Esta tasa de crecimiento estaba determinada, por una parte, por la propensión al ahorro y, por otra, por el capital necesario para ello y sus rendimientos. El crecimiento, de todos modos, significaría el abandono de una situación de equilibrio y tenía la propiedad de continuar autónomamente progresando en dirección inicialmente trazada, por lo que se hacía cada vez más inestable. Como las nuevas inversiones tienen un carácter doble al aumentar, de un lado, la renta y al incrementar, de otro, la capacidad productiva, representando un aspecto la demanda y el otro la oferta, una tasa de crecimiento que garantice la estabilidad económica ha de hacer compatible la capacidad productiva creciente con la demanda en aumento. Para hacer esto posible no basta conseguir un equilibrio entre el ahorro y la inversión, sino que las inversiones tenían que superar al ahorro para evitar el desempleo. Así, el crecimiento económico era un medio para hacer frente al desempleo, pero también una fuente de

nuevo desempleo, ya que el crecimiento pendía del hilo del desarrollo equilibrado.

Si se reconocía ya que el equilibrio estático era una ilusión, menos confianza podía inspirar la idea de una tasa de crecimiento equilibrada. Ahora bien, lo que un proceso autónomo de crecimiento no estaba en condiciones de conseguir, podía alcanzarse mediante su dirección consciente. La economía y su desarrollo podían compararse, según Paul Samuelson, con una «bicicleta que ella sola pierde el equilibrio, pero que con la guía de la mano humana puede mantenerse estable. De modo análogo, el hilo del crecimiento de Harrod-Domar, que en unas condiciones de *laissez-faire* sería inestable, podía estabilizarse por medio de la compensatoria y equilibradora política monetaria y fiscal de la economía mixta»<sup>167</sup>. Aun cuando «en una ciencia inexacta como la economía nada es imposible», en la actualidad, de todos modos, «el grado de probabilidad de que se produzca una gran crisis, un hundimiento de gran amplitud y de gravedad creciente, como en los años 1930, 1890 y 1870, es tan reducido que casi no existe»<sup>168</sup>.

Esta confianza parecía encontrar justificación en el desarrollo económico efectivo y tenía además el «mérito de haber aportado la demostración de que, entre otras posibilidades, el desarrollo cuenta también con la de un crecimiento sin perturbaciones en su equilibrio, cosa que anteriormente fue negada por diversos investigadores (entre otros Marx con su teoría del derrumbe)»<sup>169</sup>. De esta manera, la economía burguesa podía plantear satisfactoriamente el problema de la dinámica capitalista sin abandonar el punto de vista del equilibrio. El resultado fue la teoría neoneoclásica en la que el análisis estático se combinaba con el dinámico.

Las teorías del crecimiento se ocupaban, sin embargo, menos de los procesos económicos de los países desarrollados que de la cuestión del desarrollo capitalista de las naciones no desarrolladas, que había quedado planteada por la salida de la Segunda Guerra Mundial. Si bien a esta cuestión podía contestarse rápida y fácilmente, la ejecución de las propuestas contenidas en las respuestas, es decir, la imitación del proceso seguido por los países desarrollados, chocaba con dificultades insuperables. El estudio del subdesarrollo ha constituido una nueva rama de la economía teórica cuyo objetivo es intentar la clarificación ante el mundo del éxito de la economía mixta así como aconsejar su imitación. Pero como esta teoría evolucionista del desarrollo no tiene nada que ver con el problema de la crisis, podemos dejarla aquí al margen de nuestra atención.

<sup>165</sup> *Essays in Dynamic Theory*, 1939.

<sup>166</sup> *Essays in the Theory of Growth*, 1957.

<sup>167</sup> *Economics*, 1973, p. 757.

<sup>168</sup> *Ibid.*, p. 266.

<sup>169</sup> H. Rittershausen, en *Das Fischer Lexikon: Wirtschaft*, 1958, p. 259.

Desde el punto de vista de la teoría marxiana de la crisis, la coyuntura alcista que se inició con algún retraso después de la guerra no supuso ninguna sorpresa, ya que la función de la crisis es crear las condiciones para un nuevo auge. No se quiere decir con ello que toda crisis vaya a inaugurar un nuevo período de acumulación. Puede desembocar en una situación de estancamiento relativo, como ocurrió en muchos países después de la Primera Guerra Mundial y dentro de ese período de estancamiento puede abrirse una nueva crisis. Con las crecientes fuerzas destructivas del capital, la guerra en tanto que crisis se convierte en un obstáculo para la pronta recuperación y sólo con lentitud puede transformarse en una nueva expansión. En tales condiciones, la continuidad de la intervención económica del Estado es una necesidad y aparece efectivamente como el instrumental esencial del nuevo auge.

Si el estancamiento de la economía capitalista motiva que se proceda a nuevas intervenciones estatales con el fin de darle un nuevo impulso a la economía y dominar el desempleo, ello no significa que el auge que finalmente llegue sea debido exclusivamente a esas intervenciones del Estado. Puede muy bien derivarse del restablecimiento simultáneo (y relativamente independiente de esas intervenciones) de la rentabilidad capitalista como ocurría también en crisis anteriores en las que el Estado con su política deflacionista antes agravaba que mejoraba la situación de crisis. Si el intento de mejorar la rentabilidad del capital por medio de la limitación del presupuesto del Estado era un medio insuficiente, tampoco la multiplicación del gasto público ofrece garantías de superación de la crisis. En ambos casos la acumulación progresiva futura depende en último término de la estructura del capital sometida a modificaciones y de una tasa de plusvalía capaz de valorizar al capital en expansión. Es indudable que la expansión de capital después de la Segunda Guerra Mundial puede explicarse únicamente por la capacidad expansiva todavía viva o recuperada del capital y no por la producción inducida por el Estado. Pero en relación con esto está la garantía de una nueva crisis de sobreacumulación y la necesidad de más intervenciones estatales.

Desde el punto de vista de la «nueva economía», sin embargo, no había que contar ya con la posibilidad de una expansión autónoma suficiente del capital, por lo que el desarrollo capitalista que fuese a producirse en adelante sólo podía concebirse en términos de economía mixta. También hubo una minoría escéptica de economistas que se aferró al principio del *laissez-faire* y para la cual la economía mixta no era sino la disolución de la economía de mercado que finalmente acabaría con el capitalismo privado. La prosperidad persistente de los países occidentales, que no podía explicarse directamente por las

intervenciones estatales, hizo que las convicciones keynesianas pasasen de nuevo a un segundo plano, mientras que en el mundo académico la microeconomía volvía a ocupar el puesto dominante. La participación del Estado en la economía se consideraba no sólo superflua sino además un obstáculo para el libre movimiento del capital. Se veía, consiguientemente, como un elemento obstaculizador del desarrollo. De, todos modos, esta nueva autoconciencia capitalista quedaba prisionera de la prosperidad predominante y al igual que la «nueva economía» no pudo eliminar por completo a la teoría del *laissez-faire*, tampoco ésta fue capaz de forzar a la «nueva economía» -sólo por el hecho de la prosperidad- a desaparecer. La economía mixta se había convertido ya en la forma duradera del capitalismo moderno, aun cuando la fórmula de la mixtura siguió siendo variable. La intervención estatal podía aumentar o disminuir en función de las necesidades de un desarrollo económico que seguía incontrolado.

La expansión inesperadamente rápida y persistente del capital occidental, en la que los retrocesos de la economía eran de una duración lo suficientemente breve como para que el concepto de recesión sustituyese al de depresión y en la que la parte de la producción inducida por la intervención estatal se iba quedando muy atrás en el marco del aumento general de la producción, transformó no sólo el carácter de la teoría keynesiana, sino que alcanzó también a las concepciones económicas de obediencia marxista, para conducir finalmente a diversas revisiones de nuevo tipo de la teoría marxiana del capital y de la crisis. Basándose casi todos en la teoría keynesiana de la insuficiencia de la demanda como causa del estancamiento, una serie de autores<sup>170</sup> defendieron el punto de vista de que las dificultades del capitalismo provienen no de una falta, sino de un exceso de plusvalía. La producción de plusvalía favorecía transformaciones en la estructura del capital como, por ejemplo, el abaratamiento del capital constante como resultado de la tecnología moderna, las cuales junto con las arbitrarias manipulaciones en los precios vinculadas a la monopolización, daban como resultado una producción de plusvalía que excedía las posibilidades de acumulación y que sólo podía consumirse por la vía de los gastos públicos. Como el modo de producción capitalista excluye la posibilidad de una mejora del consumo de la población trabajadora paralelo a la creciente capacidad productiva, la economía oscilaba entre una situación de estancamiento y su superación por la vía de una política de despilfarro en la investigación espacial, los armamentos y las

<sup>170</sup> Entre otros: J. M. GILLMAN, *Das Gesetz des tendenziellen Falls der Profitrate y Prosperität in der Krise*, 1969. Paul A. BARAN y Paul M. SWEEZY, *Monopolkapital*, 1967. (Hay traducción castellana de los dos últimos: *Prosperidad en crisis*, Anagrama, Barcelona, 1971 y *El capital monopolista*, Siglo XXI, México, 1968.)

aventuras imperialistas. Así, el exceso de beneficios ciertamente no excluía la posibilidad de la crisis, pero ésta no tenía nada que ver con las leyes de la crisis resultante del descenso de la tasa de beneficio. De este modo, estos autores volvían, aun cuando por caminos diferentes, a las ideas de Tugan-Baranovsky y Hilferding, en particular a la idea de que no hay límites objetivos para el capital, ya que la producción, a pesar de una distribución antagónica, puede ampliarse indefinidamente, si bien una parte de ella ha de ser dilapidada de manera «irracional».

Sin entrar aquí en las contradicciones internas de estas teorías<sup>171</sup>, observemos de todos modos que los autores mencionados no pudieron apoyarse en sus formulaciones más que en el auge evidente del capital occidental, el cual hizo posible no sólo la continuidad de la acumulación con una simultánea mejora de las condiciones de vida de la población trabajadora, sino también asegurar su funcionamiento sin perturbaciones no obstante el incremento experimentado por los gastos públicos. De manera distinta a la depresión, no fueron los gastos públicos adicionales los que mantuvieron en marcha a la economía; fueron los elevados beneficios los que permitieron el lujo de una producción para el despilfarro y a partir de ella la transformación aparente del capitalismo en una «sociedad de la abundancia» o en una «sociedad de consumo».

De todos modos, este período de prosperidad reclama una explicación que sólo puede hallarse en los procesos económicos actuales. Para el marxismo, la explicación general de la prosperidad consiste en el simple reconocimiento del hecho de que el beneficio es suficiente para permitir la marcha progresiva de la acumulación, de la misma manera que la crisis y la depresión son el resultado de la ausencia de esta situación. Específicamente, aunque sólo a posteriori, toda fluctuación coyuntural puede deducirse a partir de los procesos económicos que aparecen en ella. El hecho de que la larga depresión de los años de preguerra se caracterizase por una insuficiencia general en cuanto a beneficios así como por una tasa de acumulación extremadamente baja y por desinversiones, no se debía a que la productividad del trabajo hubiese descendido de pronto de forma decisiva, sino a que la productividad existente no bastaba para garantizarle al capital acrecentado la rentabilidad de una expansión ulterior. La tasa media de beneficio que resultaba de la estructura del capital existente era demasiado baja como para mover a los capitales

individuales a la expansión de su producción mediante la expansión del aparato de producción, a pesar de que ante ellos la caída de la tasa media de beneficio no aparece como tal, sino como una dificultad creciente en la salida de las mercancías. Las exigencias en cuanto a beneficios alimentadas por el capital -hinchado con valores-capital ficticios y especulativos- no podían satisfacerse con la masa de beneficios disponible. El descenso de los beneficios que resultó de esta situación para cada capital individual condujo, con la detención de cualquier expansión, a la situación de crisis general.

La salida de esta situación consiste en su reversión a una estructura de capital y a una masa de plusvalía que haga posible la continuidad ulterior de la expansión. La combinación de un continuo aniquilamiento de capital durante el largo período de la depresión con la destrucción de valores de capital durante la guerra hizo que el capital superviviente se encontrase en un mundo distinto al anterior en el que la masa de beneficio dada venía a favorecer a un capital considerablemente reducido aumentando al mismo tiempo y de la misma manera su rentabilidad. Simultáneamente, el progreso técnico forzado por la guerra permitió una importante elevación de la productividad del trabajo, la cual, junto con una estructura del capital transformada aumentó la rentabilidad del capital lo suficiente como para que éste ampliase la producción y el aparato productivo.

El capital americano no estuvo en condiciones de acumular durante la guerra porque aproximadamente la mitad de la producción nacional se aplicaba a fines bélicos. La época de posguerra constituyó un período de recuperación de la acumulación perdida y de renovación de los medios de producción a ella ligada, por lo cual se presentó una coyuntura en la que el desempleo podía reducirse temporalmente al mínimo necesario. «Entre los años 1949 y 1968 el capital correspondiente a cada trabajador creció en un 50 %, de lo que resultó un incremento de la productividad del trabajo del 2,3 al 3,5 %. Como el crecimiento de la productividad iba por delante del de los salarios, la tasa de beneficio del capital, aun cuando permaneció relativamente baja, fue estable»<sup>172</sup>. La reconstrucción de las economías europeas y japonesa fue en parte inaugurada y financiada por suministros y créditos americanos, lo que reanimó la exportación de mercancías americanas y le procuró a la creciente producción de este país mercados para sus productos que superaban en mucho a su propia acumulación. A la exportación de capital estatal se unió, tan pronto se dejaron sentir los primeros síntomas de producción rentable, la exportación de capital privado principalmente bajo la forma de inversiones directas las cuales internacionalizaron

<sup>171</sup> Véanse entre otros: U. RÖDEL, *Forschungsprioritäten und technologische Entwicklung*, 1972; BRAUNMÜHL, FUNKEN, COGOY, HIRSCH, *Probleme einer materialistischen Staatstheorie*, 1973; R. SCHMIEDE, *Grundprobleme der Marxschen Akkumulations- und Krisentheorie*, 1973; C. DEUTSCHMANN, *Der linke Keynesianismus*, 1973; HERMANIN, LAUER, SCHURMANN, *Drei Beiträge zur Methode und Krisentheorie bei Marx*, 1973; P. MATTIK, *Kritik der Neomarxisten*, 1974.

<sup>172</sup> «Monthly Economic Letter», First National City Bank, febrero 1974, p. 15.

la acumulación del capital americano facilitando su valorización. El capital que se estaba formando de nuevo en los países en reconstrucción podía servirse de la técnica más avanzada conquistando -mientras mantenía, al mismo tiempo, bajos los salarios- posiciones competitivas en el mercado mundial por lo que se refería a diversos sectores de la producción.

La productividad del trabajo creció en Alemania, por ejemplo, en un 6 % anual y una cuarta parte de la producción total fue invertida en capital adicional. Con excepción de Inglaterra, las cosas no fueron muy diferentes en los otros países europeos, mientras que en América la tasa de acumulación permanecía por debajo de su media histórica. Las más altas tasas de plusvalía de los países europeos, que acumulaban a más velocidad, aceleraban la exportación de capital americano y ésta, a su vez, el desarrollo económico total de los países importadores. Las condiciones creadas por los resultados de la guerra condujeron a una extraordinaria proliferación de compañías multinacionales, en su mayor parte de origen americano, que aceleraron todavía más el proceso general de concentración del capital mediante fusiones y acuerdos. Sin entrar más a fondo en esta conocida historia, celebrada ampliamente como «milagro económico» y certificada documentalmente casi hasta el exceso, digamos, de todos modos, que en su base no había más que una tasa de acumulación acelerada, la cual, precisamente por esa aceleración, flexionó hacia arriba la tasa de beneficio, incrementándose al mismo tiempo que la producción total, también la parte correspondiente al consumo.

La «nueva economía», sin embargo, había sido desarrollada como una respuesta a la anterior situación aparentemente inacabable de crisis. Había dos corrientes en el keynesianismo: una que contaba con la superación de la crisis por medio de la estimulación estatal (*pump-priming*) para dejar de nuevo vía libre a la economía después de la expansión ya conseguida, y otra que estaba convencida de que el capitalismo había alcanzado ya un estado estacionario por lo que precisaba de continuas intervenciones por parte del Estado. El desarrollo real no confirmó ni la una ni la otra, antes bien condujo a una situación de auge en la que persistía la dirección estatal de la economía. En los países de Europa occidental se trató de una aceleración de la acumulación forzada desde el Estado de manera que la «economía social de mercado» en nada se diferenciaba de la «economía mixta». En América, no obstante, persistió la necesidad de mantener estable el nivel de la producción mediante el gasto público, lo que condujo a un más amplio aunque más lento incremento del endeudamiento del Estado.

Esta situación pudo justificarse también con la política imperialista de América y más tarde parti-

cularmente con la guerra de Vietnam. Pero como el desempleo no descendió por debajo del cuatro por ciento de la ocupación total ni la capacidad productiva se utilizó a pleno rendimiento, es más que posible que sin el «consumo público» de los armamentos y de las matanzas de hombres, la cifra de desempleados se hubiese situado muy por encima de lo que realmente fue. Y como aproximadamente la mitad de la producción mundial corresponde a América, no es posible hablar, a pesar del auge del Japón y de Europa occidental, de una superación total de la crisis mundial y no se puede hablar en estos términos sobre todo si se incluye a los países subdesarrollados en el análisis. Por muy vivo que fuese el auge de la coyuntura, se limitó únicamente a algunas partes del capital mundial sin comportar un auge general del conjunto de la economía mundial.

Pero prescindiendo de esto, lo que la «nueva economía» defendía era la afirmación de que la crisis capitalista había dejado de constituir una necesidad, ya que cualquier descenso de la economía podía ser impedido poniendo en juego las medidas gubernamentales pertinentes para contrapesarlo. El ciclo de la crisis era una cosa del pasado, ya que cualquier retroceso de la producción privada podía ser equilibrado por el incremento correspondiente de la producción estatalmente inducida. Ahora se podía hacer uso de todo un arsenal de medidas para la conducción de la economía con las que garantizar el equilibrio económico y un desarrollo equilibrado. Una política monetaria expansiva para el estímulo de las inversiones privadas, variaciones en la imposición, estabilizadores automáticos como el seguro de desempleo, junto con la financiación deficitaria del gasto público, garantizaban una marcha regulada de la economía con pleno empleo y estabilidad de precios, que bastaba sólo con ser deseada por el gobierno para convertirse en realidad.

En cuanto se pone en cuestión la tesis de la dirección estatal compensadora de la economía, la crítica marxista no tiene más que señalar el carácter de producción de beneficio de la producción capitalista para mostrar que esta concepción es ilusoria. Pero no por eso se le niega cualquier validez. Al igual que la expansión del crédito privado puede animar la actividad económica más allá del punto al que baría llegado ésta sin la presencia de aquél, también el aumento del gasto público alcanzado por la vía del crédito puede tener al principio unos efectos estimulantes sobre la economía en su conjunto. Ambas medidas encuentran sus límites en la producción de beneficio coetánea con ellas. En base a estos límites, la teoría abstracta del desarrollo del capital podía prescindir del crédito sin por ello desvalorizar ni lo más mínimo la validez de la teoría. Donde es imposible obtener ningún beneficio, tampoco se pide ningún crédito



y cuando la economía se encuentra sumida en una depresión, raramente se garantiza algún crédito. La producción capitalista es desde hace ya mucho tiempo una producción basada en el crédito, sin que por ello las leyes de la crisis se hayan modificado ni lo más mínimo. Mientras que la ampliación del sistema crediticio puede constituir un factor de retardo de la crisis, cuando la crisis está en marcha se convierte, a causa de la superior pujanza de la desvalorización del capital, en un elemento de agudización de la crisis, a pesar de que la desvalorización se acaba por convertir en último término en un medio de superación de la crisis.

La producción inducida por el Estado y desarrollada por la vía del crédito, indica que la ampliación del crédito privado no ha estado en condiciones de impedir la crisis. Dado que una producción estatalmente inducida en concurrencia con el capital privado haría crecientemente difícil la posición económica del capital privado sin actuar para nada sobre la baja rentabilidad, se desprende que por lo que se refiere a la producción estatalmente inducida no se trata de una producción que acuda al mercado para ser realizada y acumulada en él, sino de una producción destinada al «consumo público». Este «consumo público» es sufragado siempre por medio de la imposición sobre los trabajadores y sobre el capital productor de plusvalía y su finalidad es la satisfacción de las necesidades sociales-globales definidas desde un punto de vista capitalista. La expansión del «consumo público» mediante la financiación deficitaria puede ser sufragada asimismo por detracción de plusvalía y por la reducción del consumo privado, aunque, de todos modos, con un retraso, ya que su financiación no se logra mediante una imposición adicional, sino por la aplicación a largo plazo de capital-dinero privado o de endeudamiento estatal.

Todo el problema se reduce en último término al simple hecho de que lo que se consume no puede ser acumulado, de manera que el «consumo público» creciente no puede ser ningún medio para transformar en su contraria a una tasa de acumulación que haya llegado a detenerse o que sea descendente. Si, a pesar de esto, las cosas ocurren del modo señalado, no se debe al gasto público, sino al restablecimiento de la rentabilidad del capital determinado por la crisis lo suficientemente intenso como para, a pesar de los mayores gastos públicos, impulsar la nueva expansión. Esta circunstancia tampoco sufre modificaciones por el hecho de que la reanimación de la economía generada por la mediación de los gastos públicos se convierta en el ímpetu de la expansión ulterior, ya que la expansión misma solamente puede alcanzarse por el aumento correlativo de la plusvalía privada. En otro caso, la producción estatalmente inducida sólo puede conducir a un mayor deslizamiento de la tasa de acumulación.

La economía mixta indica que una parte de la producción nacional es, antes y después, producción de beneficio del capital privado, mientras que una parte más pequeña se compone de producción estatalmente inducida que no rinde plusvalía. La producción total dispone, de este modo, de una masa de beneficio reducida. Como el Estado, en general, no dispone de medios de producción y materias primas, ha de servirse del capital inutilizado para poner en marcha la producción estatal, es decir, ha de proceder a encargos estatales a diversas empresas que venden el producto requerido al Estado. Estas empresas han de valorizar su capital y los trabajadores por ellas empleados deben producir plusvalía. Sin embargo, esta «plusvalía» no se «realiza» en el mercado en intercambio con otras mercancías, sino mediante el dinero avanzado por el gobierno. Los productos mismos, o bien se utilizan o bien se despilfarran.

A los capitalistas que trabajan con encargos estatales, la vida se les hace más fácil, porque se liberan de todas las preocupaciones relacionadas con la producción y la realización. El equivalente de su renta figura en la imposición o en la deuda del Estado. La parte del capital que ha recibido la bendición de trabajar con encargos estatales, realiza su beneficio de la misma manera que la parte del capital que produce para el mercado en busca del beneficio. Se tiene la impresión como si la producción inducida por el Estado hubiese aumentado el beneficio total. Pero en realidad, sólo la plusvalía realizada en el mercado es plusvalía producida fresca, mientras que la plusvalía «realizada» por medio de las compras estatales, se remite a una plusvalía objetivada en capital-dinero en el pasado.

Si la crisis eliminase por completo y en general la rentabilidad del capital, entonces cesaría también la producción capitalista. Normalmente incluso en el punto más profundo de la crisis queda una parte del capital que sigue siendo lo suficientemente rentable como para continuar, aun cuando a escala reducida, la producción. Otra parte es sacrificada a la crisis y contribuye así a la salvaguardia de la rentabilidad del capital que sigue produciendo. Si a este proceso se le dejase completa libertad, como ocurría en gran medida en las crisis del siglo XIX, entonces, después de un período más o menos largo de padecimiento, se configuraría una situación en la que el capital, con una estructura transformada y con un grado de explotación superior, podría avanzar más allá del nivel de acumulación alcanzado con anterioridad a la crisis. En las condiciones actualmente reinantes, este «proceso de curación» es socialmente demasiado arriesgado y precisa de intervenciones estatales para prevenir perturbaciones sociales.

Por la ya alta concentración del capital alcanzada, la desvalorización del capital por la vía

de la concurrencia y la mejora de la rentabilidad por medio de la concentración del capital, pierden una gran parte de su eficacia, de manera que han de extenderse más allá del marco nacional, a la economía mundial, lo que ha de conducir a enfrentamientos bélicos. Como el capital concentrado no tiene para nada en cuenta las necesidades sociales, incluso en su determinación capitalista, esas necesidades han de asegurarse por caminos políticos como por ejemplo a través de subvenciones estatales para sostener, no obstante su escasa rentabilidad, ramas de la producción necesarias. En pocas palabras: para que la sociedad pueda funcionar, el Estado ha de intervenir en la distribución del beneficio social total.

La producción estatalmente inducida es una forma de dirección estatal de la economía que actúa sobre la redistribución del beneficio total sin alterar para nada su magnitud. Como la producción adicional no produce beneficio adicional, no puede servir a la acumulación del capital. La crisis es el resultado de la insuficiente acumulación. La situación así creada no puede superarse mediante la producción estatalmente inducida. Con la hipótesis de un capitalismo incapaz de proseguir la acumulación, es decir, de una situación de crisis duradera, posibilidad ésta susceptible de convertirse en realidad, resultaría de la lucha contra la crisis mediante mayores gastos públicos no productores de beneficios financiados por la vía del déficit, el siguiente cuadro: el Estado compra con dinero a crédito productos que de otro modo no habrían sido producidos. Esta producción adicional tiene un inmediato efecto positivo sobre la economía de su conjunto, sin que deba relacionarse esto con los modelos corrientes del teorema del multiplicador, puramente especulativos y basados en la insostenible teoría económica burguesa. Es evidente que toda nueva inversión, no importa a dónde se dirija, ha de incrementar la actividad económica, en el caso de que no conduzcan al mismo tiempo a desinversiones que eliminen sus efectos. Se fabrican productos, se emplean trabajadores y la demanda global se incrementa necesariamente en función de las nuevas inversiones. Pero como la parte incrementada de la producción no rinde beneficios, nada cambia en lo relativo a las dificultades de acumulación con que se enfrenta el capital. Por lo pronto, más bien, éstas permanecen en pie sin agravarse a causa de la producción estatalmente inducida.

Como bajo nuestra hipótesis el capital privado no acumula y la producción estatalmente inducida, en tanto que producción para el «consumo público», nada puede aportar a la acumulación, el mantenimiento del nivel de producción alcanzado fuerza a gastos estatales adicionales cada vez mayores, es decir, a un continuo aumento del endeudamiento estatal. Junto a las obligaciones impositivas que comporta el presupuesto estatal, aparece la

necesidad de una más alta imposición sobre el capital privado. Naturalmente, estos pagos de tributos son una fuente de renta para los acreedores del Estado y van, como tal, de nuevo al consumo, o se invierten de nuevo bien en la economía privada, bien en valores del Estado. Pero es siempre una y la misma suma que aparece como beneficio para adoptar en otro lugar la forma de impuestos. Como un capitalismo que no acumula no puede equipararse simplemente con un estado estacionario, ya que implica un estado regresivo, con la ruina progresiva de la economía ha de aparecer la necesidad de intervenciones estatales de un alcance cada vez mayor, las cuales, en una medida creciente, van en detrimento de cualquier nueva posibilidad de auge del capital privado. La producción compensadora estatalmente inducida se convierte así de lo que era inicialmente, un medio para solucionar la crisis, en un medio de profundización de la crisis, ya que arrebató a una parte creciente de la producción social su carácter capitalista, es decir, la capacidad de producir capital adicional.

Con este cuadro de crisis ininterrumpida lo único que debe quedar en claro es que, lejos de constituir un medio para la superación de la crisis, la producción estatalmente inducida no productora de beneficio ha de poner, con el paso del tiempo, en cuestión al modo de producción capitalista mismo. Pero como la crisis, no obstante, desarrolla los elementos de su superación a partir de sí misma, se pierde la necesidad de una producción estatalmente inducida continuamente creciente; prescindiendo del hecho de que los gobiernos -en tanto que gobiernos capitalistas- frenarán, por sus propias necesidades, la producción estatalmente inducida en el momento en que empiece a amenazar al sistema. Para mantener la economía capitalista, no sólo hay que producir, sino que hay que producir más beneficio. Si el beneficio no pudiese ser aumentado en modo alguno mediante producción adicional, entonces el capitalismo se cuidaría de sí mismo y no sería necesaria la intervención del Estado.

La economía burguesa no piensa con las categorías de la producción de valor y de plusvalía. Para ella el beneficio no es el elemento determinante de la economía y de su desarrollo; es más, la economía burguesa niega incluso la existencia del beneficio. «Lo que corrientemente se llama beneficio -escribe por ejemplo Paul Samuelson- no es otra cosa sino intereses, rentas y salarios bajo otro nombre.»<sup>173</sup>

Si no se distingue entre el salario y el beneficio, la relación entre producción y producción de beneficio queda sumida en la oscuridad. Cualquier actividad, no importa de qué clase sea, vale lo mismo en la renta nacional y de ésta obtiene una parte conforme a su aportación. En la producción

---

<sup>173</sup> *Economics*, 1973, p. 619.

total expresada en dinero desaparece toda diferencia entre producción que rinde beneficio y producción que no rinde beneficio y la producción estatalmente inducida se funde con la producción privada en una amalgama de relaciones de precios en la que todos los gatos son pardos. El producto social total aparece como renta nacional en la que se esfuman los movimientos contrapuestos de la producción y de la producción de beneficio. Así, la economía burguesa no puede dar cuenta de las consecuencias de sus propias recomendaciones.

No obstante, la «nueva economía» reclamaba para sí el honor de haber descubierto la clave de la superación del problema de la crisis. Sólo más tarde se puso claramente de relieve que su vanagloria era gratuita, que la verdadera superación de la crisis nada tiene que ver con el mecanismo keynesiano de superación de la crisis. Pero no por ello, como ya se ha dicho, puede negársele cualquier eficacia económica, ya que de hecho, su aplicación puede servir de impulso para una coyuntura alcista si las posibilidades de ésta están dadas. La producción estatalmente inducida adicional no puede por sí misma aumentar la plusvalía social y en el caso de que se desarrolle considerablemente, necesariamente la disminuye. Sin embargo, la expansión de la producción ligada a ella, igual que toda ampliación del crédito, puede hacer ceder la situación de crisis ya que sus efectos negativos sobre el beneficio total solamente se hacen perceptibles en un momento posterior. Si el capital consigue zafarse de la crisis en el período intermedio, puede aparecer esa maniobra como un resultado de la intervención estatal, a pesar de que esa intervención no habría alcanzado ningún éxito sin la mejora autónoma de las condiciones de valorización del capital. Pero no obstante, la producción estatalmente incrementada le garantiza directamente al capital privado un margen de maniobra mayor y un terreno mejor para sus propios esfuerzos encaminados a pasar de la escasez de beneficio a la acumulación.

No constituye, por tanto, ninguna contradicción ver en las medidas de política fiscal del gobierno al mismo tiempo un elemento de atenuación y un elemento de agravación de la crisis. La producción adicional obtenida mediante la financiación deficitaria, se presenta como demanda adicional, pero es una demanda de un tipo especial, ya que si bien resulta del incremento de la producción, de lo que se trata es de una producción total que aumenta sin que al mismo tiempo aumente correlativamente el beneficio total. La demanda adicional está respaldada por el dinero desviado por el Estado a la economía: por el crédito gubernamental. No por ello deja de ser en un sentido inmediato demanda adicional susceptible de reanimar la economía en su conjunto y de constituir el punto de partida para una nueva coyuntura alcista si frente a ésta no hay barreras infranqueables. Pero sólo en estas circunstancias

puede la expansión sin beneficio de la producción abrirle paso a la expansión ligada al beneficio, sin perder por ello su carácter capitalista-improductivo. Es la naturaleza capitalista-improductiva de la producción estatalmente inducida la que le coloca a su utilización en la sociedad capitalista barreras definitivas que se alcanzan tanto más rápidamente cuanto más tiempo permanece el capital sumido en la crisis.

En cualquier circunstancia, la producción estatalmente inducida no la posibilita el Estado mismo, sino su capacidad crediticia. Ha de ser extraída, por tanto, del capital privado. El dinero prestado que se utiliza para aumentar la demanda es capital privado. Es, así pues, el capital privado mismo el que financia el déficit o el que está dispuesto a ello, dado que, precisamente, no puede actuar o pensar desde un punto de vista social-global. El dinero puesto a disposición del gobierno rinde intereses y son estos intereses los que constituyen para un sector del capital motivación suficiente para prestar al Estado su dinero. Una vez en marcha este proceso, de él se deriva una presión fiscal creciente sobre el capital que todavía produce con beneficio, el cual de este modo queda inscrito en la financiación del déficit. Así pone el Estado en marcha un proceso que conduce a una parte del capital en su conjunto, en tanto que capital-dinero y capital productivo, a convertirse en producción sin beneficio. Una parte del capital como ya se ha observado, continúa haciendo beneficios incluso durante la crisis sin transformar éstos en capital adicional, de manera que como consecuencia de la producción estatal en expansión, se cercena todavía más la rentabilidad de esa parte del capital, con lo cual, con el paso del tiempo, la falta de voluntad para emprender nuevas inversiones se convierte en imposibilidad objetiva. En este sentido -sin que se reanude autónomamente la acumulación ligada al beneficio- la producción estatalmente inducida en tanto que consecuencia de la crisis se convierte forzosamente en causa de su agravación ulterior.

Los efectos positivos de la intervención estatal en la economía son por tanto de naturaleza provisional y se convierten en lo contrario si la esperada,- reanimación de la producción con beneficio no se consume o- se hace esperar demasiado. Los representantes de la «nueva economía» tuvieron, como se dice, una suerte loca al dar comienzo la coyuntura alcista, no esperada por ellos, al mismo tiempo que la intervención estatal. Si no hubiese sido éste el caso, entonces la expansión estatal de la producción hubiera tenido seguramente en un principio unos efectos reanimadores que, sin embargo, habrían ido disipándose progresivamente con el paso del tiempo para convertirse finalmente incluso en un obstáculo para la superación de la crisis. Si no es el keynesianismo el responsable de la prosperidad, tampoco dispone del instrumental necesario para la superación de

la crisis. Las leyes de la crisis capitalista siguen su propio camino igual que antes de la aparición de la «nueva economía».

El largo período de auge fue, sin embargo, lo suficientemente impresionante como para dar lugar a la expectativa -igual que en la época en torno al cambio de siglo- de que el ciclo de la coyuntura tendía a atemperarse, de manera que los cada vez más moderados períodos depresivos podían atajarse eficazmente por medio de medidas gubernamentales de menor alcance. Las interrupciones de la expansión que de todos modos seguían teniendo lugar no eran sino «recesiones del crecimiento» que no ponían en peligro el estadio ya alcanzado por la producción o bien simples pausas en un proceso ininterrumpido de expansión de la producción. Cuando tales pausas se presentaban, bastaba con la política monetaria y fiscal del Estado para corregir la incipiente divergencia entre la oferta y la demanda y para dejar vía libre a la continuación del crecimiento.

El retroceso relativo de la financiación deficitaria de los gastos públicos que hizo posible el rápido desarrollo de la producción ligada al beneficio reforzó la convicción de que la combinación de la economía de mercado con la dirección económica estatal había suprimido de una vez por todas el problema de la crisis. Si la imposición se llevaba una gran parte de la renta nacional, en América, por ejemplo, el 32 % y en la República Federal Alemana el 35 %, también era verdad que los gastos del Estado no crecían a mayor ritmo que la producción total. Si el endeudamiento del Estado seguía aumentando, lo hacía a un ritmo más lento. En América por ejemplo la deuda pública ascendía en el año 1945 a 278,7 miles de millones de dólares y a 493 miles de millones en el año 1973. Los intereses de la deuda aumentaron de 3,66 miles de millones de dólares (en 1945) a 21,2 miles de millones (en 1973). La proporción de costes por intereses sobre el producto nacional, sin embargo, permaneció constante: el 1,7 %. Estas cifras y proporciones variaban según países. Pero lo que aquí interesa es esto: con una producción total rápidamente creciente, la carga por intereses puede mantenerse estable por un endeudamiento del Estado en aumento.

La parte cada vez mayor del Estado en el producto nacional total supone una detracción en la plusvalía total; hay una parte de la plusvalía que no puede ir a la acumulación del capital privado. Pero la acumulación de capital privado que de todos modos se realiza puede mantener relativamente estable esa parte de plusvalía, mientras que en términos absolutos, aunque con lentitud, aumenta. La relación entre la producción estatalmente inducida y la producción total así como entre el endeudamiento estatal y la renta nacional que resulta de aquí puede conformarse de tal modo que la producción, siendo constante

la tasa de acumulación, vaya aumentando progresivamente con una tasa de beneficio relativamente baja. Pero esta relación es enormemente frágil precisamente por la relativamente baja tasa de beneficio sometida en adelante a una influencia contraria por la progresiva acumulación. Por una parte, la acumulación eleva la productividad del trabajo, por otra, la más alta composición orgánica del capital a ella ligada presiona sobre la tasa de beneficio. Toda nueva divergencia que se presente entre rentabilidad y acumulación está llamada a hacer de la parte de la plusvalía que le corresponde al Estado y que hasta el momento había sido soportable, un factor de dificultades para la posterior acumulación. Así, la primera reacción del capital privado ante la caída de la ya baja tasa de beneficio es la exigencia de que se recorte el gasto público o de que se restablezca una relación entre la producción estatalmente inducida y la producción total tal que la acumulación no sufra perjuicios.

Con la acumulación del capital crece también su sensibilidad con respecto al beneficio. Para sustraerse a la presión de una tasa media de beneficio que se desliza hacia abajo y para asegurar la valorización de un capital acrecentado, el capital en trance de monopolización intenta adaptar sus precios de oferta a sus propias necesidades productivas así como hacer independiente su propia acumulación de los procesos que tienen lugar en el mercado. En cualquier caso, esto sólo es posible dentro de ciertos límites. Como ni el producto social total ni la plusvalía total pueden aumentarse mediante manipulaciones de precios, el beneficio monopolista sólo puede resultar del descenso del beneficio de los capitales sometidos a la tasa media de beneficios. En la medida en que el beneficio monopolista se halla por encima del beneficio medio, reduce a este último y va erosionando por tanto progresivamente su propia base. De esta manera, el beneficio monopolista tiende a situarse en el nivel del beneficio medio. Se trata de un proceso que, de todos modos, es susceptible de experimentar retardos a causa de la expansión internacional de la monopolización. Sin embargo, esta apropiación desigual de la plusvalía social total no puede influir sobre su magnitud, a no ser que la monopolización comprenda no sólo la determinación de los precios, sino también el proceso de producción en el sentido de que la destrucción de capitales concurrentes conduzca al mismo tiempo al aumento de la productividad del trabajo y con ésta a un aumento también de la plusvalía.

El desarrollo del capital en la economía mixta y bajo la influencia de los monopolios está determinado -mucho más que en unas condiciones de *laissez-faire*- por una masa de plusvalía en rápido aumento. Como el crecimiento de la producción excluye un crecimiento parejo del

beneficio dado que ha de crecer más rápidamente que el beneficio, para mantener a éste a un nivel adecuado a las exigencias de la acumulación la tasa de acumulación sólo puede aminorarse bajo pena de crisis. Viceversa, la acumulación presupone la existencia de beneficios suficientes. Pero de la misma manera que a plazo largo el beneficio monopolista puede alcanzarse a costa del beneficio general, también puede obtenerse el beneficio general durante períodos de tiempo considerables a costa de la sociedad en su conjunto. Los medios adecuados a esta finalidad se encuentran en la política fiscal y monetaria del Estado.

La acumulación del capital no supone por sí misma ningún problema mientras no falten los beneficios requeridos. Durante mucho tiempo la acumulación se hizo con una independencia bastante considerable con respecto a las intervenciones estatales. La utilización de la política fiscal y monetaria del Estado para actuar sobre la economía indica la existencia de una situación en la que la acumulación se ha convertido en un problema, que ya no puede dominarse sin el recurso a la actuación consciente sobre los procesos económicos. El problema lo apunta una sola palabra: el beneficio. Todo capital ha de preocuparse por su propio beneficio, pero precisamente por actuar de esta manera se producen las crisis de sobreacumulación, cuya aparición periódica se hace socialmente cada vez menos soportable. Las consecuencias de la crisis - sobreproducción y desempleo - pueden atemperarse mediante la multiplicación del gasto público, pero la causa de la crisis, a saber, la insuficiencia de beneficio que obstaculiza la continuidad de la acumulación, no puede suprimirse de esta manera. Antes como después le queda reservado al capital zafarse de la crisis. Para no plantearle más dificultades al capital, el gasto público multiplicado se financia por la vía del déficit. La presión fiscal sobre el capital puede mantenerse de esta manera, en principio, a raya, con el fin de no limitar más la plusvalía necesaria para la acumulación. Ahora bien, de aquí se deriva un proceso inflacionista el cual, una vez en marcha, determina la evolución ulterior de la producción capitalista.

La inflación pertenece al arsenal del keynesianismo. Mediante el crecimiento más rápido de los precios con respecto a los salarios, aumenta el beneficio necesario para la expansión y por la creación acelerada de dinero se reduce el tipo de interés, lo que facilita la inversión. La inflación se contempla como un medio para acrecentar la plusvalía: Tal es su funcionalidad. La plusvalía ganada mediante la inflación es igual a la reducción de la fuerza de trabajo más la transferencia de plusvalía del capital-dinero al capital productivo, con lo cual resulta posible aumentar la acumulación proporcionadamente.

Las inyecciones del dinero tomado a préstamo por el gobierno se remiten a una producción sin beneficio. Aun cuando sus *productos finales* correspondan al ámbito del «consumo público» y no pasen por el mercado de mercancías, su producción aumenta inmediatamente la demanda total. La suma de dinero aumentada que va a la circulación permite elevaciones de precios también en el caso de las mercancías afectas al consumo privado. En época de guerra, este proceso se ve a simple vista. Para evitar la inflación que resultaría de la existencia de una masa de mercancías decreciente o constante con unas rentas monetarias en aumento a causa de la producción bélica, los gobiernos acuden al ahorro forzoso y al racionamiento de los bienes de consumo. Aun cuando con formas más suaves, el aumento del dinero posibilitado por la financiación deficitaria es un proceso inflacionista no contenido, ya que nada se opone al incremento de los precios ocasionado por la mayor cuantía de la masa monetaria.

Frente a la incrementada suma de dinero que va a la circulación se encuentra, en principio, una masa de plusvalía inalterada que se presenta en forma de la masa de mercancías dada. Los incrementos de precios posibilitados por el aumento de la masa monetaria mejoran la rentabilidad del capital. A la plusvalía obtenida en la producción se le añade una parte que proviene de las elevaciones de los precios o de la pérdida de capacidad adquisitiva del dinero. De esta manera, no sólo se reduce el valor de la fuerza de trabajo por el rodeo de la circulación, sino también la proporción de las capas de la población que viven de la plusvalía con el objeto de aumentar la parte correspondiente al capital. Se trata a este respecto de un segundo reparto del producto social total favorable al capital, el cual es incapaz de alterar el producto social total mismo. Sólo cuando la plusvalía adicional extraída de la circulación va a la acumulación y con la productividad del trabajo mayor incrementa el producto social, se transforma la masa de beneficio acrecentada de forma dinero en forma capital. En otro caso, la rentabilidad mejorada sólo conduce a que siga disminuyendo la demanda privada y a que aumente el capital inactivo.

Las ganancias inflacionistas reales que le corresponden al capital no son más que otra forma de la desvalorización de la fuerza de trabajo que tiene lugar en toda crisis. Si tradicionalmente esto se había hecho por una vía deflacionista, ahora la vía era inflacionista. Ya no se trataba del descenso de los salarios, sino del aumento de los precios o de una combinación de ambos. Sin embargo, el incremento del beneficio por la vía de la inflación choca con barreras infranqueables, ya que la reducción del valor de la fuerza de trabajo tiene unos límites objetivos ni siquiera los cuales pueden alcanzarse como consecuencia del contraataque de los trabajadores. Además, al lado de la demanda total acrecentada figura también

una mayor demanda de fuerza de trabajo, lo que ya de por sí constituye una limitación a la erosión de los salarios por la inflación de precios.

La crisis solamente puede darse por superada cuando se llega a una expansión del capital sin reducción del valor de la fuerza de trabajo y cuando la nueva coyuntura alcista se conjuga con salarios en aumento. Esto es algo que no puede alcanzarse con los «gastos públicos» del gobierno, ya que éstos, en último término, lo único que pueden es enterrar una parte creciente de la plusvalía presente en forma de dinero en el «consumo público». Si no obstante se recurre a esta política, ello es debido a que hay otra alternativa, a no ser que el capital quiera correr el riesgo de un desempleo de grandes dimensiones y de una destrucción de capital mayor que la que resulta del «consumo público». Se trata aquí de una destrucción de capital negociada y regulada en la esperanza de que el sistema desarrolle a partir de sí mismo las condiciones de una acumulación de capital progresiva. Es decir, se trata no de un control de la economía, sino del de la crisis.

Para que los crecientes gastos públicos no se conviertan en un factor de profundización de la crisis, el capital ha de conseguir mantener el endeudamiento del Estado dentro de los límites que le marcan la producción de plusvalía en el momento de que se trate así como, simultáneamente, crear las condiciones para la continuidad de la acumulación, es decir, aumentar el beneficio más rápidamente de lo que desaparece en la producción no ligada al beneficio. Se sigue tratando, a este respecto, no obstante, sólo de los costes de la producción estatalmente inducida adicional para la reducción del desempleo, no de la parte de la plusvalía que precisa el Estado, la cual se deduce en cualquier circunstancia de la plusvalía total. Como la parte del Estado en la plusvalía total crece continuamente también sin la producción estatalmente inducida adicional, su incremento a causa de la producción estatalmente inducida constituye un nuevo obstáculo generador de dificultades para la acumulación de capital, pero un obstáculo que puede suprimirse si el capital consigue mediante la acumulación eliminar el desempleo. Esto, sin embargo, requiere una tasa de acumulación tal que la cifra absoluta de trabajadores productores de plusvalía aumente de tal manera que el retroceso relativo del pleno empleo ligado al incremento de la composición orgánica del capital sea compensado. Una tasa de acumulación que se asemejaba a la situación que hemos descrito se alcanzó en los auges de algunos países de Europa occidental y condujo a la importación de fuerza de trabajo, cosa que, de todos modos, indicaba que en otros países subsistía el desempleo. En los Estados Unidos, el desempleo se estabilizó en un 4% de la población activa total este porcentaje estaba oficialmente establecido y se consideraba como «normal» sin que por ello

resultase menoscabado el concepto de pleno empleo.

El hecho de que la producción estatalmente inducida adicional, en la medida en que se manifiesta en el déficit del presupuesto estatal, no haya representado hasta ahora sino una pequeña fracción de la producción total y, a otro nivel, el hecho de que sus costes se hayan limitado ante todo a los intereses del crédito otorgado al Estado, comprendiendo por tanto solamente una fracción del capital que desaparece en el «consumo público», ha desplazado la carga que ella comportaba sobre el capital privado a un período de tiempo posterior, careciendo de efectos negativos directos. El dinero prestado al gobierno adopta la forma de deuda pública, detrás de la cual no hay nada "excepto la promesa del gobierno de saldar algún día la deuda y de pagar entretanto a sus acreedores los intereses correspondientes. El capital-dinero del que se sirve el gobierno no se emplea en tanto que capital, conservándose por tanto, sino que se lanza fuera del mundo en calidad de «consumo público». Para cancelar la deuda pública -cosa que, de todos modos, no tiene por qué ocurrir necesariamente- es preciso utilizar plusvalía nueva, obtenida de primera mano en la producción, lo que, no obstante, no altera para nada el hecho de que la plusvalía que se manifiesta en el endeudamiento del Estado desaparece sin dejar rastro sin que su equivalente haya ido a la acumulación de capital.

De aquí se deriva que la lucha del Estado contra la crisis por medio de un mayor gasto público sólo puede imponerse por la vía del consumo de capital. Pero este consumo se presenta como un incremento de la producción y de la ocupación desligado ya, por su carácter ajeno al beneficio, del capitalismo con lo que viene a suponer una forma velada de expropiación del capital por parte del Estado, el cual con el dinero de un grupo de capitalistas compra el derecho a la producción de otro grupo y entiende dar satisfacción a ambos asegurándoles a unos el pago de intereses y a los otros la rentabilidad de su capital. Pero estos ingresos que aparecen aquí como interés y beneficio sólo pueden liquidarse en base a la plusvalía social total que se acaba de producir, aun cuando la liquidación puede también retardarse en cierta manera, de modo que -desde el punto de vista de la sociedad- el producto obtenido de la producción estatalmente inducida aparece necesariamente como una detracción del beneficio total y consiguientemente como una merma de la proporción de plusvalía necesaria para la acumulación. Si la crisis es el resultado de la falta de plusvalía, en ningún caso puede superarse aumentando esa insuficiencia.

Es cierto, naturalmente, que el beneficio insuficiente que aparece en tanto que crisis no puede ni aumentar ni disminuir directamente a causa de la

producción estatalmente inducida y que si a pesar de ello la producción, la ocupación y la renta aumentan se debe justamente a que se ponen en movimiento medios de producción y fuerza de trabajo, lo que no ocurriría sin la intervención del Estado. Si se observa el proceso desde el punto de vista del capital en su conjunto, se ve que esa parte de la producción, los medios de producción utilizados y los bienes de consumo que les corresponden a los trabajadores, no tienen carácter capitalista. El proceso conserva en adelante su carácter capitalista por lo que respecta a los capitales individuales que rinden beneficio aun relacionados con aquella producción. Pero el beneficio que les corresponde determina la merma del beneficio de todos los demás capitalistas y con esto también sus intentos de hacer sus pérdidas a expensas del conjunto de la población mediante alzas de precios. Al distribuirse a toda la sociedad la merma de beneficios determinada por la producción inducida por el Estado, se hace soportable por un tiempo más prolongado sin que por ello deje de erosionar el beneficio total.

No es éste lugar para examinar otras implicaciones de la producción estatalmente inducida. Sólo nos queda en este aspecto reafirmar que por estos caminos es imposible superar la situación determinada por las leyes de la crisis del capital. Sean los que sean los efectos de la producción estatalmente inducida en la crisis, no constituye ningún medio para incrementar el beneficio y, por lo tanto, no es un instrumento para superar la crisis. Lo único que puede conseguir su utilización en gran escala es ampliar la parte de la producción total no ligada al beneficio destruyendo, por tanto, progresivamente su carácter capitalista. Pero toda prosperidad se basa en el incremento de la plusvalía encaminado a la ulterior expansión del capital. Así, es preciso reconocerle al capital el honor de haber creado el auge del pasado reciente a partir de su propio autodesarrollo. Pero al hacer esto, sentó también las premisas de una nueva crisis.

Esto, no obstante, ha de afirmarse con una limitación. De la misma manera que la última gran crisis fue diferente a la que la había precedido, conmoviendo en cuanto a duración, extensión y vehemencia al mundo de manera extraordinaria, también la coyuntura alcista que dio comienzo después de la Segunda Guerra Mundial tuvo un carácter distinto al de auges anteriores. Estuvo ligada desde un principio a un enorme crecimiento del crédito y consiguientemente del dinero, el cual dejó pronto muy atrás a una producción en aumento, impulsando así y manteniendo a la coyuntura por el camino de la inflación. El aumento del crédito es un fenómeno propio de toda prosperidad y su aceleración, según Marx, un síntoma de la crisis que se avecina. También en la teoría económica burguesa se consideró la rápida expansión del crédito, y la inflación de precios a

ella ligada, como un signo del agotamiento de la coyuntura de auge, a la que tenía que seguir un período de retroceso económico puesto que existan límites objetivos para la expansión del crédito por las reservas obligatorias de la banca. Con la aproximación a esos límites se encarecía la oferta de crédito y disminuía la demanda, con lo que llegaba a su fin la influencia inflacionista de la coyuntura alcista. Si la coyuntura, no obstante, ha de mantenerse y no lo puede hacer por sí misma, es decir, mediante una tasa de beneficio que constituya un impulso para la acumulación, sí que puede proseguir por la mucho menos limitada política monetaria y crediticia del Estado, si bien a costa de una inflación en aumento.

Con una política de «dinero barato», la cual, por una parte disminuye la carga general de la deuda y aligera el servicio de los intereses de la deuda pública, y por otra la demanda de crédito del Estado a añadir a la de la industria y al crédito de los consumidores, la producción pudo hacerse avanzar con rapidez a costa de un endeudamiento creciente y de una inflación en aumento. En los Estados Unidos, por ejemplo, el producto real total aumentó entre los años 1946 y 1970 en un 139 % global, pero expresado en dinero lo hizo en un 368 %. El endeudamiento total -excluido el del gobierno- aumentó en el mismo período en un 798 %. De la misma manera que la demanda de crédito del gobierno aplicada a la financiación deficitaria del gasto público, también la expansión del crédito privado lleva la producción más allá del punto al que habría llegado por sí sola, sin por ello, no obstante, poder alterar nada en la productividad del trabajo y en la plusvalía, que se desenvuelven independientemente de la expansión del crédito. Al igual que la financiación deficitaria del Estado, también la aceleración del endeudamiento privado se basa en la expectativa de que no haya ninguna barrera para el aumento de la producción y que ésta pueda crecer proporcionalmente a la expansión del capital.

Dónde se halla esa proporcionalidad es lo que, sin embargo, no resulta posible poner en claro. Sobre la base de la expectativa de una producción continuada y en aumento y de la más alta renta derivada de ella e impulsada por la necesidad de la expansión para la valorización del capital, la concurrencia general se impone también por medio del sistema crediticio, corriendo el peligro de desarrollar el crédito mucho más allá de la base dada por la producción social en su nivel actual. De todos modos, el peligro se reduce para el prestamista a causa de las amplias posibilidades de configurar arbitrariamente los precios y por la inclusión de las probables pérdidas en los tipos de interés, lo que ya de por sí eleva los precios. En parte el riesgo se transfiere al conjunto de la población en la medida en que se les permite a los deudores capitalistas deducir el endeudamiento y la carga de los intereses de sus impuestos. En cualquier caso, el crédito inflacionista escapa a la

política monetaria y crediticia del Estado, dado que es la inflación misma la que contrarresta el encarecimiento del crédito por la acción del Estado sobre el tipo de interés y dado que la demanda de crédito puede también aumentar con tipos de interés más elevados. Naturalmente que el gobierno, negando la ampliación de las reservas bancarias, pueden detener la expansión del crédito. Esto, sin embargo, pondría en peligro el auge de la coyuntura necesitado por el gobierno mismo. Siempre que se ha intentado poner freno a la inflación por este camino, el retroceso de la economía que ha resultado ha impuesto la reanudación de una política crediticia inflacionista.

Si el extraordinario aumento del endeudamiento privado ha sido un medio para el mantenimiento del auge, a través del cual fue posible reducir el crecimiento del endeudamiento estatal, la inflación monetaria y crediticia ha sido al mismo tiempo premisa y consecuencia de una prosperidad referida en gran medida a los beneficios futuros y llamada a desmoronarse en caso de que esos beneficios no se presentasen. Dado que el beneficio puede hacerse mayor por la diferencia inflacionista entre las configuraciones de precios y de salarios, la presión de la acumulación sobre la tasa de beneficio fue menos ostensible. Pero todo lo que se derivó de aquí -para América al menos, como ya se ha observado- fue una tasa de beneficio de estabilización situada a un nivel relativamente bajo, la cual, por sí misma, sin la política inflacionista del Estado, no habría ampliado la producción hasta el punto al que realmente se llegó. De todos modos, la inflación contiene sus propias contradicciones. De ser un medio para reanimar la economía puede convertirse en un medio para su disolución, ya que las contradicciones reales de la producción capitalista no pueden suprimirse acudiendo a la técnica hacendística. Si la expansión privada del crédito choca con las barreras que le impone la rentabilidad actual del capital, cesa también el auge fomentado por ella y se impone la necesidad de nueva producción estatalmente inducida para detener el retroceso de la economía, pero sin poderlo evitar.

Desde el punto de vista de la «nueva economía», la política monetaria y crediticia inflacionista era un medio para la superación de la crisis y para el restablecimiento del pleno empleo. Sin embargo, la ilusión de un nuevo equilibrio basado en la estabilidad de precios se esfumó pronto si no por lucidez teórica sí por la evidencia de los datos empíricos. En una investigación histórica acerca de la relación entre los salarios y el grado de ocupación en Inglaterra, el economista A. W. Phillips hizo la no muy sorprendente constatación de que salarios y precios crecientes van unidos con un desempleo decreciente y que salarios y precios en descenso van unidos a un desempleo en aumento. Siguiendo los hábitos de los economistas, esta constatación se ilustró median-

te la llamada *curva de Phillips*, que muestra las variaciones de los salarios y de los precios como una función de la ocupación. De aquí ha de deducirse aparentemente que el aumento de la ocupación implica siempre que aparezca una inflación de salarios y de manera que no hay otra opción sino decidir entre la inflación y el desempleo.

Sobre la base de la *curva de Phillips* se calculó, por ejemplo, para la América de posguerra que sin inflación el desempleo habría alcanzado de un 6 a un 8 % de la población activa, mientras que con una tasa de inflación del 3 al 4 por cien, pudo mantenerse a un 4 o a un 4,5 %. Así, no se tenía tan sólo la opción entre desempleo e inflación, se disponía también de la posibilidad de establecer mediante la intervención del Estado el equilibrio entre desempleo e inflación necesario para el mantenimiento del auge. Cualquier aumento desmedido del desempleo podía corregirse por medio del incremento adecuado de la inflación, lo que, a los ojos de los economistas, no constituía un precio excesivamente alto para el mantenimiento de un auge permanente. No lo era ya por el hecho de que, para los representantes de la hacienda funcional, «la inflación en modo alguno perjudica la capacidad adquisitiva de la población. Sería falso suponer que la merma de capacidad adquisitiva que la inflación conlleva para el comprador individual es también una merma a nivel social, ya que es evidente que lo que uno pierde, otro lo gana. La pérdida del comprador es la ganancia del vendedor. Como el comprador y el vendedor pertenecen a la misma sociedad, la sociedad no experimenta ni pérdidas ni ganancias. Y como la mayoría de las personas son a la vez compradores y vendedores, las pérdidas y las ganancias se equilibran para ellas en su mayor parte. En la medida en que por la inflación se produzcan cambios en la distribución de la renta, se tratará de modificaciones en gran parte neutrales y en ningún caso superiores a lo que habría sido en ausencia de inflación».<sup>174</sup>

Este impertinente falseamiento de la verdadera función de la inflación permitió a los representantes de la «nueva economía» ver confirmado el contenido de verdad de su teoría en el auge inflacionista con desempleo estabilizador, hasta que un día, junto con una tasa creciente de inflación, apareció un desempleo cada vez mayor y la teoría quedó desenmascarada como falsa. Con ello, la teoría económica burguesa entró en una segunda crisis, si se quiere ver la primera en la confusión general que precedió al keynesianismo y que fue aparentemente superada por éste. En esta situación se puso de manifiesto que las medidas de control desarrolladas a partir de las teorías keynesianas no sólo son limitadas y de doble filo, sino que además están subordinadas a las contradicciones immanentes al sistema

<sup>174</sup> A. P. Lerner, *Flation*, 1973, p. 59.



capitalista. La teoría económica, a la que, según Paul Samuelson, el keynesianismo convirtió de triste en «una ciencia alegre»<sup>175</sup>, recayó en su tristeza original. «En la era posterior a Keynes -decía Samuelson- disponemos de los instrumentos que nos proporciona la política monetaria y fiscal para crear la capacidad adquisitiva que es necesaria para evitar las grandes crisis. Nadie que esté bien informado sigue haciéndose cuestión del endeudamiento público: mientras el producto social bruto y la capacidad impositiva de la nación vayan a la par con el crecimiento de los pagos de intereses por la deuda pública, este problema se reduce a una preocupación de séptimo orden; nadie se pasa noches en blanco a causa de la creciente automatización o de los ciclos coyunturales. Pero en toda nuestra triunfante autosatisfacción sigue en pie un espectro: la inflación restante. Es el nuevo-azote del que los teóricos anteriores a 1914 no tenían idea [...]. Con nuestros conocimientos actuales sabemos muy bien cómo evitar una recesión crónica o cómo se lleva la necesaria política de gasto público. Pero lo que no sabemos es cómo hacer frente a una inflación que presiona sobre los costes sin que la terapia introduzca en la economía casi tanto daño como la enfermedad que tratamos de remediar.»<sup>176</sup>

De lo que no se da cuenta en absoluto Samuelson es de que el «temido azote de la inflación» y la «triunfante política monetaria y fiscal» son una y la misma cosa y de que a la inflación no se le puede hacer frente con la inflación. De todos modos, distingue dos tipos de inflación: una que es el resultado de una demanda demasiado grande, que hace subir a los precios y que se puede dominar fácilmente erosionando las rentas, y otra que es la reciente inflación de oferta y que resulta «de la presión de los costes salariales así como de los intentos de las empresas gigantes de mantener intocados los márgenes de ganancia»<sup>177</sup>. Para esta última todavía no se habría encontrado solución, ya que la experiencia enseña que los controles de salarios y de precios establecidos por el Estado solamente son efectivos a corto plazo.

Como la crisis capitalista se derivaba de la insuficiencia de la demanda, la cual se dominaba precisamente por la «triunfante política monetaria y fiscal», no se ve cómo ese control de la crisis se convierte por sí mismo ahora en situación de crisis inflacionista que se presenta, nuevamente, en forma de un desempleo creciente. Para acabar con este estado de crisis, los salarios y los beneficios tendrían ahora, según Samuelson, que disminuir, de lo que resultaría indudablemente una insuficiencia de demanda que habría que dominar de nuevo mediante la «triunfante política monetaria y fiscal».

Para Samuelson es «una perogrullada que el nivel de precios tiene que subir si todos los elementos del coste ascienden más de prisa que el volumen de la producción»<sup>178</sup>. Pero, ¿por qué no aumenta el volumen de la producción? Porque «los salarios suben más de prisa que la productividad media del trabajo», contesta Samuelson. Pero ¿por qué no aumenta la productividad del trabajo más de prisa que el salario? Como el aumento de la productividad del trabajo depende del progreso técnico y éste de la acumulación de capital, evidentemente es porque el capital no se acumula lo suficientemente de prisa. Pero ¿por qué no, si «las empresas gigantes intentan mantener intocados sus márgenes de ganancia»? Bien, eso no lo sabemos; «un buen científico -dice Samuelson- ha de saber aceptar su ignorancia»<sup>179</sup>. La ignorancia del buen científico le llevó hasta el premio Nobel.

Otro premio Nobel afirma resignado «que la solución de un problema comporta siempre, desgraciadamente, la aparición de un nuevo problema. Desde el comienzo de la era de Keynes siempre se ha temido que el pleno empleo condujese a la inflación. La teoría económica se basa en la idea del equilibrio entre la oferta y la demanda en todos los mercados, incluido el mercado de trabajo, e implica la estabilidad de los precios. Una oferta excesiva presionaría sobre los precios. El desempleo tendría que conducir a un descenso de los salarios. No ha sido éste, en modo alguno, el caso en los últimos años. La existencia simultánea del desempleo y de la inflación es un misterio y un hecho incómodo»<sup>180</sup>. Hasta la solución de este misterio y con ello la eliminación de este incómodo hecho habría, sin embargo, que tener presente «que las tasas de inflación a que se ha llegado hasta ahora no han comportado problemas insuperables ni dificultades extraordinarias susceptibles de comparación con los de las grandes depresiones del pasado. Los hombres aprenderán o han aprendido ya a contar con la inflación y a establecer sus planes en función de ella».<sup>181</sup>

La ignorancia confesada por Samuelson y el misterio no resuelto de Arrow no encuentran solución en el ámbito de la teoría económica burguesa. Pero no puede abandonarse esta, teoría sin arrebatarse a la sociedad capitalista una componente importante de su necesaria ideología. Pero no es sólo el «misterio» de la inflación con desempleo creciente o la bancarrota de la teoría keynesiana del pleno empleo en su versión neoclásica, es todo el acervo teórico de la economía burguesa el que, dado el estado de cosas actual, está perdiendo incluso la vinculación aparente con la realidad a la que está ligada su

<sup>175</sup> P. A. Samuelson, *Inflation-der Preis des Wohlstandes*, en «Der Spiegel» 35/1971, p. 104.

<sup>176</sup> *Ibid.*

<sup>177</sup> *Ibid.*

<sup>178</sup> *Ibid.*

<sup>179</sup> *Ibid.*

<sup>180</sup> K. J. Arrow, *Somehow, It has Overcome*, en «The New York Times», marzo 25, 1973.

<sup>181</sup> *Ibid.*

función ideológica. Incluso para algunos ideólogos económicos<sup>182</sup> se hace insoportable la carga de la teoría neoclásica de los precios y del equilibrio y producen a intentos de liberarse de ella para desarrollar teorías que choquen menos abiertamente con la realidad. De todos modos, la denominada crisis de la economía académica no es un fenómeno general. La mayor parte de los teóricos de la economía siguen sin enterarse de la divergencia entre teoría y realidad, lo que no es sorprendente, ya que éste es un fenómeno que puede observarse también en otros ámbitos ideológicos: es cierto que no hay Dios, pero no por eso dejan de haber cientos de miles de teólogos.

Para otro sector de la economía teórica, su «segunda crisis» se relaciona no con el misterio del fracaso de la política monetaria y fiscal para el mantenimiento del pleno empleo, sino con el problema -no abordado por los neoclásicos- de la distribución. Así como el neomarxismo a la Baran y Sweezy aceptó, sin más, que con los métodos keynesianos es posible aumentar la producción hasta el pleno empleo, también el keynesianismo «de izquierda» sustenta la misma convicción. A diferencia de los neomarxistas, los keynesianos «de izquierda» sostienen que la producción para el despilfarro que hasta ahora ha estado vigente no es inevitable. El pleno empleo puede conseguirse también a través del aumento del consumo de la población. La teoría de la productividad marginal en tanto que principio explicativo de la distribución de la renta es teóricamente insostenible y no supone sino una apología de la injusta distribución dominante. La economía sería un problema de distribución del producto social, tal como lo formuló originalmente Ricardo. A los métodos keynesianos de incrementar la producción por la vía de la intervención estatal debería subordinarse una adecuada distribución políticamente determinada, lo que supondría el retorno de la economía a la economía política.

Si la situación actual es para los representantes de la «nueva economía» un misterio no resuelto, el keynesianismo «de izquierda» sigue invocando todavía la ya superada hipótesis de una economía sin crisis en la que lo único que se trataría sería de asegurar a la sociedad en su conjunto su

participación en el venturoso hecho determinado por el constante incremento de la producción. Esto no sólo requiere un principio de distribución diferente al establecido, sino también otro reparto del trabajo social con el objeto de pasar de la producción para el despilfarro a la producción para el consumo privado. Como esto exigiría la concurrencia directa de la producción estatalmente inducida con la producción de la economía privada, lo que no haría sino acorralar al sector privado de la economía todavía más en beneficio del sector estatal, este programa no se puede llevar a la práctica si no es por la vía de la lucha contra el capitalismo privado. Y, de hecho, el keynesianismo «de izquierda» se mueve en dirección hacia el capitalismo de Estado, coincidiendo en este sentido con el neomarxismo, sin por ello perder su falta de vinculación con la realidad.

El «misterio» todavía no resuelto del estancamiento económico con desempleo creciente y con una tasa de inflación en aumento, convertido en concepto bajo el nombre de «estanflación», no es en realidad ningún misterio, sino simplemente el expediente hace mucho tiempo conocido y utilizado de intentar obtener a la fuerza incrementos del beneficio en condiciones desfavorables para la producción de plusvalía. La inflación y el desempleo acompañaron a la inflación «clásica» alemana posterior a la Primera Guerra Mundial. En la actualidad ambos acompañan a los intentos de forzar la acumulación en los países pobres en capital. La inflación reptante en tanto que fenómeno permanente en los países capitalistas desarrollados indica la existencia en estos países de una rentabilidad insuficiente para las necesidades de acumulación del capital, que se ocultan tras los aumentos de la producción, pero que no pueden eliminarse. La inflación no es un fenómeno natural sino el resultado de medidas de política fiscal y monetaria de las que se podría prescindir. Cuando el gobierno se niega a abandonar la vía inflacionista lo hace por miedo ante el estancamiento económico que se derivaría, tan nefasto para él como para el capital mismo. Toda medida deflacionista, todo retroceso económico disminuye también la parte de plusvalía que va al gobierno.

No es posible investigar en qué consisten las necesidades de la acumulación del capital así como tampoco la masa de plusvalía que daría como resultado. Que en la relación entre ambas «falla algo», es un hecho que sólo se pone de manifiesto indirectamente a través de los fenómenos del mercado. Si la intervención del Estado por medio de la política monetaria y fiscal está en condiciones o no de establecer provisionalmente la relación necesaria entre el beneficio y la acumulación, es algo que igualmente sólo es posible aquilatar a la luz de lo que ocurre en el mercado. Así pues, sólo hay reacciones ciegas ante oscilaciones económicas no entendidas, que el gobierno toma como punto de referencia para

<sup>182</sup> En un artículo notable, Oskar Morgenstern se ocupa de los errores principales de la teoría económica actual, los cuales, en su opinión, impiden sacar de ella nada que sea utilizable para la resolución de los problemas económicos. Después de dejar sentado que la teoría no tiene nada que ver con la realidad, procede a una crítica interna de sus postulados para acabar con una convincente demostración de que de las premisas de la teoría no se pueden extraer las conclusiones que se pretenden. De todos modos, Morgenstern se limita a la crítica de la teoría neoclásica, sin poder oponer a ésta nada más que la teoría de los juegos elaborada por él y por von Neumann, teoría ésta que tampoco tiene mucho que ver con la realidad (*Thirteen Critical Points in Contemporary Economic Theory. An Interpretation*, en «Journal of Economic Literature», vol. X, núm. 4, diciembre 1972).

intervenir con la finalidad, de un lado, de impulsar la economía y, de otro, de asegurar la necesaria 'rentabilidad del capital. Pero una cosa está en contradicción con la otra, lo que sólo se hace evidente en los fenómenos que ulteriormente aparecen en el mercado y que empiezan a manifestarse en la inflación con desempleo creciente.

Siendo la política monetaria y crediticia inflacionista un medio para aumentar la producción, el nuevo desempleo que se extiende debería quedar eliminado por la aceleración de la inflación. Pero ante esta utilización consecuente de su teoría, que habría llevado de la inflación reptante a la inflación galopante, se asustaron incluso los teóricos de la inflación. No podía abusarse de la financiación deficitaria del gasto público y de la política monetaria y crediticia, ya que esto pondría en cuestión la misma subsistencia del sistema. Con esta confesión se admite también, sin embargo, que la inflación reptante sólo puede ser beneficiosa para el capital en la medida en que permite aumentar los beneficios a costa de la sociedad en su conjunto, con lo que no se dice que ese aumento del beneficio vaya a conducir a una tasa de acumulación de la que pudiera decirse que representa la prosperidad capitalista. La aparición de un desempleo creciente con inflación reptante indica que los beneficios no pueden incrementarse por la vía de la inflación lo suficiente como para detener el estancamiento incipiente.

La inflación es un fenómeno de vasto alcance que tiene que ver no sólo con las dependencias recíprocas y con la articulación alcanzada por la economía mundial, sino también con la cada vez más aguda concurrencia general, concurrencia en la que interviene también la política impulsada en el ámbito del sistema monetario. El hambre de

beneficio es universal y la exigencia de capital adicional no puede encontrar satisfacción en un mundo en el que masas de capital cada vez mayores se enfrentan en concurrencia unas con otras no sólo para afirmarse a sí mismas, sino también para sustraerse a un estancamiento que de otro modo tomaría grandes vuelos. Es indudablemente cierto que pueden obtenerse e incluso aumentarse los beneficios monopolistas incluso en condiciones de estancamiento, pero sólo a costa de un estancamiento todavía mayor y de un desmoronamiento imparable de la economía. De aquí se deriva la necesidad de nuevas intervenciones estatales en la economía, las cuales, sin embargo, no hacen sino contribuir a desintegrar todavía más el sistema. Así el futuro del capital está ligado a su acumulación, si bien la acumulación no le ofrece ningún futuro.

Del mismo modo que la prosperidad que imperó durante años no afectó homogéneamente a todos los países capitalistas, la crisis que comienza todavía no se manifiesta por igual en los diferentes países. Sin embargo, en todos ellos es ya tangible el paso del auge al estancamiento y al pánico a que continúe la inflación se une, ahora, el pánico ante una nueva crisis. No es posible determinar teóricamente si va a resultar factible contener una vez más la crisis que se está extendiendo por medio de intervenciones estatales que atajen las dificultades actuales a costa de la duración de la vida del capital. Sin duda se intentará, pero el resultado puede muy bien no conducir sino a la consolidación provisional de la degradada situación actual y, por consiguiente, a la antesala de la ruina global del sistema capitalista a la que ya vemos tomar cuerpo. Sin embargo, lo que tarde o temprano está llamado a aparecer ante nuestros ojos cada día es la verificación empírica de la teoría marxiana de la acumulación, de las leyes de la crisis del capital.

## Capítulo 5

# EL CAPITALISMO TARDÍO DE ERNEST MANDEL

### I

Ernest Mandel ocupa en el ámbito del marxismo actual un lugar destacado. Su muy ambiciosa dedicación ha dado como fruto toda una pequeña biblioteca de marxismo a la que ni siquiera la economía burguesa puede negarle por completo el respeto. En su última obra, *Der Spätkapitalismus* (*El capitalismo tardío*)<sup>183</sup>, Mandel ejerce, sin embargo, una cierta autocrítica en relación con sus trabajos anteriores y en particular con su *Tratado de economía marxista*<sup>184</sup>, aduciendo en primer lugar su «carácter exageradamente descriptivo», así como también la «falta de

esfuerzo por derivar la historia contemporánea del capitalismo de las leyes inmanentes de movimiento del capital» (p. 7)<sup>185</sup>. Dado que este nuevo libro contiene correcciones en relación a trabajos anteriores, *El capitalismo tardío* ha de considerarse si no como la última, sí como la formulación actual de la concepción de Mandel, de tal manera que se hace en gran parte superfluo recurrir al *Tratado de economía marxista*.

En el curso de sus diversos trabajos, Mandel ha llegado a la conclusión -a priori evidente, en sentido propio- de que «sólo es posible llegar a una explicación de la historia del modo de

<sup>183</sup> Frankfurt, 1972.

<sup>184</sup> Edición en castellano: Era, México, 1969.

<sup>185</sup> Las referencias a páginas entre paréntesis se refieren al *Spätkapitalismus*.

producción capitalista a través de la mediación entre las leyes de movimiento del "capital en general" y las formas concretas de presentarse de los "muchos capitales"» (p. 7). La forma fenoménica actual la condensa Mandel bajo el concepto de «capitalismo tardío», aun cuando no se siente del todo a gusto con él, ya que no se trata de un nuevo estadio del capitalismo, sino tan sólo de una denominación «cronológica insatisfactoria». El «capitalismo tardío» no supera en modo alguno «los resultados analíticos de *El Capital*, de Marx, ni del *Imperialismo*, de Lenin» (p. 8).

Como también Lenin declaró atenerse a los resultados analíticos de *El Capital*, de Marx, no es posible hablar de resultados analíticos en el *Imperialismo*, de Lenin; lo único que hay en esa obra es la interpretación de Lenin de una situación dada, a saber, la de la Primera Guerra Mundial, sobre la base de las leyes marxianas de movimiento del capital -si bien mal entendidas. Así, pues, Mandel tiene pocos motivos para invocar a Lenin, aunque su posición política le impulse a situar a Lenin al lado de Marx, a pesar de que, como el mismo Mandel subraya, Lenin «no nos legó ninguna teoría cerrada de las contradicciones del desarrollo capitalista» (p. 36).

Según Mandel, hasta el presente no se ha explicado satisfactoriamente la relación que existe entre las leyes de movimiento y la historia del capital. Mandel se propone remediar este vacío, cosa que necesariamente le lleva a enfrentarse a casi todas las interpretaciones que se han formulado hasta ahora del movimiento capitalista. Sin embargo, antes que nada Mandel dedica las usuales páginas introductorias al «análisis dialéctico», convertido ya en un «lugar común» y que precede tradicionalmente a todas las explicaciones del desarrollo, para subrayar que se menosprecia la multilateralidad del método dialéctico de Marx cuando se le «reduce a la "as-censión de lo abstracto a lo concreto"» (p. 11). Lo concreto sería el auténtico punto de partida, igual que la meta, del proceso del conocimiento. La demostración de las leyes de desarrollo establecidas teoréticamente tendría que conseguirse empíricamente. Aun cuando nada hay que objetar a esto, queda en el aire la cuestión de cómo se llega a la demostración empírica.

Mandel se opone a quienes estiman que en lo relativo al modo de producción capitalista la verificación de la teoría marxista resulta un estorbo dedicándose, por tanto, exclusivamente a las tendencias abstractas del desarrollo. Frente a esta actitud, Mandel pretende exponer no sólo las «tendencias» establecidas a partir del análisis abstracto, sino también el desarrollo capitalista en su despliegue empírico, ya que Marx «había negado categóricamente y decididamente el establecimiento de una ruptura casi total entre el análisis teórico y los datos empíricos» (p. 18). Ahora bien, a este respecto es poco lo que se

puede encontrar en Marx en apoyo de este enfoque, a no ser que se quiera considerar como demostración empírica de su teoría del capital el hecho de que el proceso de producción considerado aisladamente en el primer tomo de *El Capital* sea expuesto posteriormente en el tercer tomo como proceso global de la producción en sus formas aparienciales concretas. Pero ni siquiera en tanto que proceso global y a pesar de las muchas ilustraciones tomadas de la realidad puede hablarse de una demostración empírico-cuantitativa de la validez de la teoría marxiana del desarrollo, pues los datos necesarios para ello ni se encuentran en el capitalismo ni hay por qué presuponer que existan.

Pero Mandel objeta: «En el tomo I de *El Capital* Marx calcula la masa de plusvalía y la tasa de plusvalía de una fábrica de hilados inglesa basándose para ello en los datos exactos del fabricante de Manchester que le fueron suministrados por F. Engels» (p. 19). Ahora bien, resulta evidente que el proceso de *extracción de la plusvalía* puede exponerse también sobre la base de los datos que vienen dados en precios en el caso de todas las empresas capitalistas. De esos datos se deriva asimismo el grado de explotación del trabajador por el capitalista. La composición orgánica de los diferentes capitales puede también hallarse a partir de sus inversiones, sin que en ninguno de ambos casos se desprenda nada referente a las tendencias del desarrollo del capital. Y de esto se trata; no de la demostración de que la producción de capital es producción de plusvalía y se basa en la explotación de la fuerza de trabajo, idea esta que existía mucho antes de Marx y que cada trabajador experimenta en su propio cuerpo. Pero una demostración empírico-estadística de las consecuencias detrimenales de la producción de valor y plusvalía es algo que no puede obtenerse mientras el capital esté en condiciones de superar sus contradicciones inmanentes a través de una acumulación acelerada.

Aquello a lo que Mandel dice que aspira, esto es, a intentar exponer «la auténtica historia de los últimos cien años como historia del desarrollo progresivo de las contradicciones internas de este modo de producción» (p. 20), se limita en él, como en cualquier otro, al proceso de acumulación mismo, a la concentración y centralización del capital ligadas a él y a la incidencia de las crisis. El mecanismo de las crisis es un resultado de las necesidades de valorización del capital bajo las condiciones del funcionamiento ciego del mercado. La ley del valor en tanto que «regulador» de la economía capitalista excluye que el movimiento contradictorio del capital pueda ser seguido continuamente de manera consciente y directa en sus manifestaciones concretas. Si esto último fuera posible no sería necesaria la teoría del valor para comprender la historia de los últimos cien años.

Mandel entiende la ley del valor no como la clave para la comprensión del desarrollo capitalista, sino como una especie de ley natural a la que ha de atribuirse también una validez precapitalista. Se basa para ello en Engels, quien en una carta a Werner Sombart<sup>186</sup> así como también en otros lugares, afirma que en épocas precapitalistas, en el «comienzo del cambio», las mercancías eran intercambiadas en proporción a sus valores determinados por el tiempo de trabajo, por lo que el valor contaba con una «existencia inmediatamente real», existencia esta que sólo con el advenimiento del capitalismo se vio tan profundamente modificada que ya no puede ser reconocida en los precios. Se trata aquí en Engels, como en Mandel, de un malentendido, un malentendido que no acaba de disiparse tampoco aduciendo la observación marxiana de que al concepto del valor le es inherente junto a su elemento teórico también un elemento histórico. Da absolutamente igual que en las épocas precapitalistas las mercancías se cambiasen de acuerdo con sus cantidades de tiempo de trabajo o no. En el capitalismo, en cualquier caso, esto está excluido, ya que en él la fuerza de trabajo es una mercancía *particular* que no sólo produce su valor, sino también plusvalía. La producción de valor y de plusvalía proviene obviamente de las relaciones de intercambio precapitalistas y contiene en este sentido un elemento histórico-empírico que se deriva de la necesaria consideración general del tiempo de trabajo que interviene en la producción. Pero el tiempo de trabajo y el valor son cosas diferentes; el intercambio de equivalente de tiempo de trabajo puede haber tenido lugar o no, pero no tiene nada que ver con el carácter de valor -derivado de condicionamientos sociales- que asume la producción capitalista.

En el capitalismo, el valor no domina y no lo hace no porque esté determinado por el tiempo de trabajo, sino porque la explotación de los trabajadores se efectúa a través del cambio. Sin la existencia de esta relación social, habría producción determinada por el tiempo de trabajo, sin que ésta tuviese por qué presentarse como relación de valor. Cuando se dice que el valor de la mercancía fuerza de trabajo está determinado por idénticos factores que las demás mercancías, la plusvalía (o trabajo extra para los capitalistas) está ya dada. El mercado de mercancías queda excluido de la producción del tiempo de trabajo total utilizado, pero no se da un intercambio de equivalentes de tiempo de trabajo ya que el capitalista no tiene nada para cambiar, sino que se apropia sin más de una parte de la producción total. La ley del valor no puede, por tanto, tener en el intercambio una *existencia real*, ni «inmediata», ni tampoco «mediata».

La ley del valor no se impone en la realidad de la misma manera como se expone, para hacerla comprender, en la teoría. La ley del valor se apoya en el carácter doble del trabajo en tanto que proceso de producción y de valorización del capital que viene dado por el carácter doble de la mercancía, incluyendo la mercancía fuerza de trabajo en tanto que valor de uso y valor de cambio. La producción capitalista es producción de valor de cambio y el valor de uso de las mercancías es sólo un medio para ese fin. Con la productividad creciente del trabajo, el aumento de bienes de uso, desciende su valor de cambio; se trata de una pérdida de valor que, sin embargo, puede volver a superarse por la misma productividad sobre la base de una cantidad mayor de bienes de uso. Así, la creciente productividad del trabajo tiene como consecuencia la acumulación del capital y el movimiento antagónico de la producción de valor de uso y valor de cambio carece de cualquier influencia negativa perceptible sobre el desarrollo capitalista.

La acumulación del capital expresa de esta manera la creciente productividad del trabajo y la acumulación del capital productivo mejora, a su vez, la productividad del trabajo. Este proceso indica que la expansión del capital está vinculada a transformaciones en las relaciones de tiempo de trabajo. Para alcanzar la meta de la producción capitalista, el incremento del capital, se necesita más tiempo de trabajo total, expresado en productos, o más productos, expresados en tiempo de trabajo. Todo capital intenta ampliar la producción para alcanzar el máximo beneficio y el resultado global de estos esfuerzos confluye en una acumulación acelerada que supera la caída de los valores de cambio a través de un incremento más rápido de los valores de uso.

La creciente productividad del trabajo implica que para los capitalistas el valor de uso de la mercancía fuerza de trabajo se desarrolla más rápidamente que su valor de cambio; en otras palabras: la productividad va por delante de los salarios. Expresado en relaciones de tiempo de trabajo esto significa que una parte mayor del tiempo de trabajo total -en una empresa en particular o en la sociedad en su conjunto- ha de servir a los fines de la acumulación apareciendo una parte decreciente como valor de cambio de la fuerza de trabajo. En la práctica esto quiere decir que menos trabajo ha de valorizar un capital mayor que modifica la composición orgánica del capital, es decir, hay más capital constante en relación con el variable. Sólo en este sentido impulsa hacia adelante el capitalismo el desarrollo social general, es decir, la formación de fuerzas productivas, la obtención de más producción con menos trabajo y ello en base a unas relaciones sociales específicas que conducen a la acumulación y a un ritmo y con unas dimensiones desconocidas anteriormente.

<sup>186</sup> MEW 39, p. 428.

En la alteración de la composición orgánica del capital, que no es sino la productividad creciente del trabajo, se muestra el movimiento antagónico del valor de cambio y del valor de uso como movimiento antagónico de la acumulación y el beneficio. Al valor de uso en aumento de la fuerza de trabajo o al aumento de la tasa de beneficio se opone la tendencia descendente de la tasa de beneficio o del valor de cambio decreciente en relación con el valor de uso a través de la estructura orgánica en transformación del capital. Pero también aquí nos encontramos antes que nada con tendencias que se neutralizan mutuamente. Mientras la tasa de plusvalía pueda aumentar más rápidamente de lo que disminuye la tasa de beneficio, estas tendencias serán los factores motrices del proceso de acumulación sin aparecer claramente particularizados a la luz.

Dejando aparte que el mecanismo de los precios de la economía de mercado y la formación tendencial, mediada por la concurrencia, de una tasa de beneficio media que hacen inencontrables en un plano de exactitud empírica las modificaciones de las relaciones de tiempo de trabajo que subyacen a este proceso, el capital está claro que genera sus datos a partir del mismo capital y no a partir de la teoría del valor de Marx. Estos datos no se pueden traducir directamente a categorías marxianas, aun cuando estas últimas salen a la luz en los procesos mercantiles y encuentran en éstos su confirmación, como por ejemplo en la caída de los precios de producción y el nivel de la tasa de beneficio medio en el curso de la acumulación capitalista. Incluso aun cuando fuese posible transcribir todos los datos disponibles en la terminología de la teoría del valor, de ello no se derivaría sino la constatación de que cuando hay suficiente plusvalía se acumula capital y cuando es insuficiente no, idea esta que sale a la luz también con los datos de la burguesía y que se pone sin más en evidencia sólo con pensar en el ciclo actual de la crisis.

Demostrar que los precios de las mercancías se derivan necesariamente de valores tiempo de trabajo no es la función, sino el punto de partida de la teoría del valor de Marx. La tarea de la teoría del valor, antes bien, es iluminar las leyes de movimiento del capital. En todas las relaciones de precio se reflejan sólo las relaciones de cambio, no las relaciones de producción que subyacen. En un sistema como el capitalista, la acumulación continuada y acelerada es una premisa de un desarrollo progresivo. Si la explotación no puede incrementarse más rápidamente de lo que cae la tasa de beneficio, la dinámica capitalista se convertirá en estática vulnerando de esta manera lo específico del modo de producción capitalista, a saber, la producción de capital.

El valor de cambio de la fuerza de trabajo es necesariamente el equivalente tiempo de trabajo, expresado en productos, de su producción y

reproducción, al que tampoco contradicen las desviaciones temporales y parciales de la norma. El valor de uso de la fuerza de trabajo genera el beneficio, la porción capitalista del tiempo de trabajo total, igualmente en forma de productos. Supuesto el caso de que el número de trabajadores fuera constante, entonces el proceso de acumulación sólo podría llevarse a término mediante el aumento progresivo de su explotación a través de la prolongación del tiempo de trabajo absoluto o de la reducción del tiempo de trabajo que es necesario para asegurar la existencia del trabajador. Si una medida está agotada por la acumulación, también ha de agotarse la otra, ya que el tiempo de trabajo necesario no puede reducirse a cero. Si no fuese posible incrementar más la explotación, entonces se habría alcanzado también el final de la acumulación. El número de trabajadores, por tanto, ha de crecer en términos absolutos para mantener la continuidad del proceso de acumulación de capital y el capital en proceso de acumulación precisa, como es obvio, un número creciente de trabajadores, mientras que simultáneamente las posibilidades de explotación de la fuerza de trabajo empleada se agotan en una medida creciente.

El estrechamiento de la base de acumulación se pone de manifiesto en la cambiante composición orgánica del capital. Mientras continuamente se alinean más trabajadores en el proceso de producción, el número de trabajadores desciende en relación a la masa creciente de capital, lo que únicamente significa que se utiliza menos capital para producir una masa mayor de mercancías. En esta dirección la producción de plusvalía se mueve hacia su reducción, ya que el valor de uso de la fuerza de trabajo no se puede ampliar hasta cubrir la totalidad del tiempo de trabajo. Antes bien, encontraría su límite máximo en el punto en el que el valor de cambio de la fuerza de trabajo se situase por debajo de las necesidades de reproducción de ésta. La contradicción de la acumulación capitalista consiste entonces en que el mismo proceso que aumenta el número de los trabajadores explotados y con él la masa de beneficio, cuestiona al mismo tiempo por sí mismo la continuidad de una acumulación progresiva, ya que la productividad creciente del trabajo hace disminuir la cuantía del tiempo de trabajo utilizado en relación con la creciente masa de capital y con él de plusvalía, lo que se pone de manifiesto en la caída de la tasa de beneficio (que se mide sobre el capital total).

La tasa de acumulación que haya en cada caso determina simultáneamente el crecimiento y la eliminación de la fuerza de trabajo a través del desarrollo de la producción y del aumento de la explotación. El incremento de la explotación es, no obstante, una premisa de la ampliación de la producción y mientras la primera no choque con límites objetivos, nada se opondrá a la segunda.

Estos límites objetivos vienen dados por las relaciones de tiempo de trabajo, a saber, por la relación entre el valor y la plusvalía, el salario y el beneficio. Si la plusvalía de una cantidad dada de fuerza de trabajo no puede aumentarse, desaparece también la posibilidad de explotar fuerza de trabajo adicional, la cual necesariamente viene asociada a medios de producción adicionales allegados por la acumulación.

Estas interrelaciones deberían bastar para evidenciar que las consecuencias del proceso de acumulación capitalista sólo pueden exponerse en un plano abstracto, es decir, con la ayuda de un modelo analógico referido a las relaciones capitalistas básicas. Aun cuando según la lógica de la teoría del valor todo el desarrollo capitalista ha de reconducirse a la relación capital-trabajo, la enorme diversidad del mundo capitalista actual constituye un impenetrable conglomerado de hechos aparentemente no relacionados, que no se pueden captar prácticamente para servir a la teoría abstracta de prueba empírica. Si esto es un «vacío», se trata de un «vacío» que la teoría marxista comparte con la «ciencia económica» burguesa, la cual a pesar de centrarse exclusivamente en la consideración de los precios se ve igualmente constreñida a construir modelos para hacerse entender, situación en la que todo el moderno aparato de la economía en sus aplicaciones tanto teóricas como prácticas nada puede cambiar.

Está inscrito en la esencia del capitalismo que la vinculación cuantitativa entre los fenómenos del mercado y las categorías marxianas fundamentales (p. 18) a la que aparentemente aspira Mandel no pueda verificarse y esto ya por el hecho de que los datos disponibles acerca de los fenómenos del mercado no pueden considerarse exactos. Aun cuando la estadística económica se ha desarrollado mucho, no ofrece sino índices no fiables e insuficientes a partir de los cuales no es posible emitir ninguna conclusión seria acerca de las leyes de movimiento del capital. El conocimiento parcial de la evolución de los precios de producción y de mercado, de la inversión y del empleo, del ingreso y de su distribución, de las relaciones comerciales, etc., no da pie a una comprensión comparable a la que ofrecen las categorías básicas de Marx acerca de las consecuencias de la ley del valor sobre la acumulación capitalista.

El capital produce para el mercado, al cual confía la regulación de la producción social sobre la base de la producción de plusvalía. El capital carece de comprensión tanto de la necesaria distribución del trabajo total para la satisfacción de las necesidades sociales inherentes al capitalismo como de los problemas de valorización que se derivan del proceso de acumulación. Sin preocuparse por las consecuencias sociales, que de todos modos no son perceptibles, cada capital

intenta mantener a un nivel máximo su beneficio a realizar a través del mercado y reducir, de acuerdo con este propósito, al mínimo sus costes de producción. Esta aspiración universal altera la relación existente entre la masa de plusvalía de la sociedad y la masa del capital existente e influye de manera positiva o negativa sobre el ulterior proceso de acumulación. Negativa si se pone en evidencia que la composición orgánica del capital alterada a través de la acumulación no hace aumentar el beneficio lo suficiente como para proseguir la acumulación bajo las condiciones de producción dadas. El mismo hecho indica que no se ha producido la suficiente plusvalía o, lo que es lo mismo, que se acumuló demasiado capital en proporción a la tasa de explotación existente.

Esta situación, que se deriva de las alteradas relaciones de tiempo de trabajo, aparece ante el capital no como *un* problema de la producción de plusvalía, sino como un fenómeno del mercado, ya que éste no sólo se contempla como el regulador de la economía, *sino* que es, en efecto, su único regulador. Es en el mercado donde ha de ponerse en claro si la producción anterior era adecuada o no a las «necesidades sociales» y si esa producción rendía una plusvalía susceptible de consentir una expansión beneficiosa del capital. Si los fenómenos del mercado pudiesen reconducirse efectivamente a la ley del valor, se pondría de manifiesto que la relación entre trabajo y plus-trabajo no correspondía a las necesidades de valorización del capital y, como las necesidades sociales generales son tales en el marco de las necesidades capitalistas de valorización, que la discrepancia entre la plusvalía y la valorización del capital afecta al conjunto de las relaciones económicas.

Como para el capital el mercado es el verdadero regulador de la economía, las modificaciones de las relaciones de tiempo de trabajo que se efectúan en la esfera de la producción se imponen como fenómenos de mercado aun cuando en la realidad son las relaciones de valor las que gobiernan las relaciones de mercado. La fuerza determinante de la ley del valor se evidencia en el mundo real primero en tanto que crisis económica que se vive bajo formas de mercado no como sobreacumulación de capital, sino como escasez de demanda y sobreproducción de mercancías. Si, la realidad de la ley del valor se muestra en la crisis capitalista, esto quiere decir que en el período de producción anterior fue progresivamente vulnerada hasta que las relaciones de tiempo de trabajo en relación con la plusvalía y en relación, por tanto, con el proceso de valorización del capital y la distribución del tiempo de trabajo social total vinculado con ella excluían objetivamente una prosecución sin complicaciones del proceso de acumulación. De la misma manera que la ley del valor se impone en tanto que crisis, su superación no es otra cosa sino la restauración de las relaciones de tiempo de trabajo que se

efectúa a través del mercado, pero que afecta a la esfera de la producción, y que dan como resultado una masa de beneficio adecuada para el avance ulterior de la acumulación.

## II

Mandel no deriva la determinación del ciclo de la crisis y del desarrollo capitalista a partir de la ley del valor, sino al revés: busca en los fenómenos externos de la acumulación capitalista una confirmación de la ley del valor. Para justificar este proceder aduce que la historia no se puede reducir a la teoría. Aun cuando la historia, sin duda, es más que la teoría del valor, se precisa de esta última para poder descubrir la orientación general de su desarrollo. Según Mandel, empero, ninguna de las teorías marxistas del desarrollo elaboradas hasta ahora ha llegado a resultados válidos porque intentaban injustificadamente «reducir el problema a un solo factor» (p. 32), mientras que en su opinión «es indispensable el juego de todas las leyes básicas del desarrollo para conseguir una resultante determinada del desarrollo» (p. 39). En base a este convencimiento Mandel objeta a Rosa Luxemburg<sup>4</sup> bis, Henryk Grossmann<sup>187</sup> Nicolai Bujarin<sup>188</sup> y Rudolf Hilferding<sup>189</sup> haber deducido sus teorías respectivas exclusivamente de los esquemas marxianos de la reproducción que figuran en el tomo segundo de *El Capital*, razón por la cual su trabajo estaba condenado a malograrse.

Esta objeción puede ser que resulte acertada en los casos de Luxemburg, Bujarin e Hilferding, pero no en el de Grossmann, quien derivó la tendencia al derrumbe capitalista de la ley del valor. Si bien hay que estar de acuerdo con el rechazo por parte de Mandel de las teorías del desarrollo basadas en los esquemas de la reproducción, sus manifestaciones a este respecto ponen de manifiesto un deficiente conocimiento de la cuestión real que no resulta remediado tampoco por la invocación a Roman Rosdolsky<sup>190</sup>. Jamás se le ocurrió a Marx «demostrar la posibilidad de existir del modo de producción capitalista en general» (p. 23), mediante los esquemas de la reproducción, tal como Mandel afirma por su cuenta y riesgo. Y esto ya por el mero hecho de que a nadie se le ocurría dudar de la existencia del capitalismo. La posibilidad de existencia residía para Marx, según Mandel, en un equilibrio de las relaciones de cambio entre la producción de medios de

producción y la de bienes de consumo, si bien lo que realmente se da en el modo de producción capitalista es «una unidad dialéctica de equilibrios periódicos y perturbaciones periódicas del equilibrio» (p. 24). Los esquemas marxianos de la reproducción representan, así, para Mandel, una consideración unilateral, no dialéctica, de la reproducción capitalista, incapaz de ofrecer ninguna comprensión de las leyes de desarrollo del capital.

Estas deficiencias deberían ser superadas por la propuesta -que, sin embargo, no obtiene cumplimiento de Mandel de formular otros esquemas «que contemplen precisamente desde un principio la tendencia al desarrollo desigual de los dos sectores (de la producción)» y en los que «los esquemas marxianos de la distribución sólo serían un caso especial, de la misma manera que el equilibrio económico es sólo un caso especial» (p. 25). Es cierto que Rosa Luxemburg, a diferencia de Bujarin e Hilferding, extrajo de los esquemas marxianos de la reproducción la existencia de una perturbación duradera del equilibrio, pero esto, según Mandel, es igualmente erróneo, ya que de lo que se trata es de una unidad dialéctica de equilibrio y desequilibrio. Para Mandel uno resulta del otro y ambos se derivan de condiciones reales. Para Marx, no obstante, todo equilibrio, ya se diese entre las esferas de la producción o entre las relaciones de producción, era una pura casualidad frente al que el desequilibrio era la regla general. Esto, sin embargo, no es óbice para que se pueda tomar como punto de partida la hipótesis del equilibrio para derivar los rasgos esenciales de la producción y de la acumulación capitalistas de manera que se suponga, por ejemplo, el equilibrio de la oferta y la demanda con el objeto de evidenciar las leyes de movimiento que subyacen a la concurrencia.

En este sentido, los esquemas de la reproducción son hipótesis que si bien pueden estar en contradicción con la realidad, sí que pueden servir para la clarificación de ésta. El proceso de producción es al mismo tiempo proceso de reproducción a realizarse a través de la circulación. Para la demostración de este proceso basta dividir la producción social global en dos sectores con el fin de fijar las condiciones de un intercambio sin fricciones. Si bien la producción capitalista es producción de plusvalía, está fijada al valor de uso. Mientras que el capitalista individual lo único que persigue es incrementar su capital en tanto que capital, esto sólo lo puede hacer en el marco de la producción social, la cual es al mismo tiempo metabolismo social basado en los valores de uso. En el marco social, el equilibrio idealmente pensable del intercambio capitalista presupone un equilibrio de los valores de uso necesarios para la reproducción.

<sup>4</sup> bis *Die Akkumulation des Kapitals*, Leipzig, 1912. [Traducción castellana: *La acumulación del capital*, México, 1967.]

<sup>187</sup> *Das Akkumulations - und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, Leipzig, 1929.

<sup>188</sup> *Der Imperialismus und die Akkumulation des Kapitals*, Viena, 1926.

<sup>189</sup> *Das Finanzkapital*, Viena, 1910. [Traducción castellana: *El capital financiero*, Madrid, 1967.]

<sup>190</sup> *Zur Entstehungsgeschichte des Marxschen «Kapital»*, Frankfurt, 1968.



De la misma manera que la concurrencia no puede ser explicada a partir de la concurrencia, tampoco el proceso de circulación puede explicarse a partir de la circulación. Presupone determinadas relaciones de tiempo de trabajo, en tanto que relaciones de valor y de valor de uso, así como una determinada distribución de las mismas, para hacer posible la reproducción simple o ampliada. Con esto la tarea de los esquemas de la reproducción se agota. Estos esquemas no se refieren al proceso de producción real, sino a las necesidades de la reproducción social que subyacen a este proceso y que se expresan en categorías capitalistas y que si bien no se ven en el capitalismo a simple vista, han de imponerse de todos modos a espaldas de los productores para hacer posible la acumulación del capital. Se trata, a este respecto, de una *ilustración más* de la eficacia de la ley de valor sobre el proceso capitalista de producción y reproducción, con lo que ya queda dicho que el proceso que se expone en abstracto en los esquemas de reproducción en realidad es un proceso lleno de desproporciones y de crisis.

Los esquemas de la reproducción no constituyen ni un modelo de equilibrio ni un modelo de desequilibrio, sino de la simple referencia de que también la acumulación está ligada a una proporcionalidad determinada que si bien ha de fijarse en el mercado, está determinada por la ley del valor. Para Mandel, sin embargo, los esquemas de la reproducción constituyen un medio para el análisis del equilibrio al que él quisiera sumar un instrumental para el análisis del desequilibrio. Sigue aquí los pasos de Rosdolsky, para quien los esquemas de la reproducción son, de un lado, un «principio heurístico» mientras que, de otro lado, poseen igualmente una existencia real. Así, escribía Rosdolsky, por ejemplo, que en el modo de producción capitalista «el desarrollo proporcional de las diversas ramas de la producción así como el equilibrio entre la producción y el consumo sólo llegan a verificarse entre continuas dificultades y perturbaciones. Sin embargo, ese equilibrio ha de alcanzarse aunque sólo sea durante breves períodos de tiempo, pues si no el sistema capitalista no podría funcionar como tal. En este sentido, no obstante, los esquemas marxianos de la reproducción no son en modo alguno una mera abstracción, sino un fragmento de la realidad económica, si bien la proporcionalidad entre las ramas de la producción postuladas por este esquema no puede ser sino temporal, pudiéndose presentar tan sólo como un "proceso que avanza permanentemente en la desproporcionalidad"»<sup>191</sup>.

Así pues, según Rosdolsky y Mandel, hay períodos de equilibrio y períodos de desequilibrio y el capital no puede sobrevivir sin los primeros. Las contradicciones inherentes al capital sólo aparecen

temporalmente. Naturalmente, habrá que preguntarse por qué unas veces están ahí y otras veces no. Rosdolsky responde, invocando a Marx, con la observación de que en la acumulación hay «intermedios», a saber, «puntos de calma y desarrollo puramente cuantitativo sobre una base técnica dada», en los que los esquemas de la reproducción serían válidos, ya que éstos «señalan la posibilidad de la reproducción ampliada a través de la adaptación recíproca de las industrias de bienes de consumo y de medios de producción y con ella la posibilidad de realización de la plusvalía»<sup>192</sup>. Con esto, sin embargo, se expresa que el sistema capitalista sólo puede funcionar mediante una acumulación muy lenta y que cada aceleración se manifiesta como una situación de crisis. Y, en efecto, Rosdolsky declara que si se introduce el progreso técnico en los esquemas de la reproducción, las «condiciones de equilibrio de la reproducción» han de convertirse en «condiciones de la perturbación del equilibrio»<sup>193</sup>, razón por la cual los esquemas del equilibrio han de completarse con la teoría marxiana de la crisis y del derrumbe.

Es cierto, naturalmente, que el capital puede acumular también sin progreso técnico, por la simple ampliación de la producción. Ahora bien, por este camino alcanza más rápidamente las fronteras de la acumulación, ya que así sólo puede basarse en la plusvalía absoluta. Pero prescindiendo de esto, es evidente después de Marx -y también sin él- que el modo de producción capitalista ha aumentado por el impulso a la acumulación las fuerzas productivas de un modo hasta ahora impensado poniendo a este fin el énfasis principal en la plusvalía relativa llegando sólo de este modo a su pleno despliegue. Es la aceleración, no la ralentización de la tasa de acumulación lo que mantiene con vitalidad al capital y lo que le ha permitido superar temporalmente sus contradicciones internas para volver luego a reproducirlas en un estadio superior de la acumulación.

La extraña concepción de los esquemas de la reproducción de Rosdolsky -y con él, de Mandel- puede relacionarse con su teoría de la crisis, aun cuando Mandel estima que del análisis del equilibrio es imposible derivar ninguna teoría de la crisis. Sin embargo, el caso inverso sí le parece posible. Ambos, Rosdolsky y en época reciente Mandel<sup>194</sup>, son partidarios de una teoría subconsumista para la explicación de las crisis, es decir, de la primitiva concepción según la cual los trabajadores no pueden volver a comprar lo que han producido como plusvalía, razón por la cual se dificulta la realización de la plusvalía. Tomando

<sup>192</sup> *Ibid.*, p. 595.

<sup>193</sup> *Ibid.*, p. 595.

<sup>194</sup> En su *Tratado de economía marxista*, Mandel atribuye la crisis a la escasez de beneficio determinada por la elevación del valor de la fuerza de trabajo, o sea, no al subconsumo, sino al consumo demasiado elevado de los trabajadores.

<sup>191</sup> *Ibid.*, pp. 585 y s.

esta concepción como base es comprensible, aunque erróneo, suponer que el capital acumula de la mejor manera posible cuando menos acumula y que una acumulación limitada se aproxima a una situación de equilibrio en la que el consumo equivale a la producción, ya que, como dice Rosdolsky, «mientras la acumulación avance y una parte de la plusvalía acumulada sea utilizada en el empleo de nuevos trabajadores, éstos al gastar sus salarios ayudarán siempre de nuevo a la realización de la plusvalía producida en los períodos anteriores»<sup>195</sup>. Y esto a pesar de que también para Rosdolsky es la plusvalía aquella parte del producto social que les es arrebatada a los trabajadores por lo que, consiguientemente, sólo puede ser realizada a través de la acumulación y el consumo de los capitalistas. Ahora bien, cómo la realización de la plusvalía a través de la acumulación pueda reducir la brecha entre la producción y el consumo permanece secreto suyo.

Si las leyes de la crisis no pueden ni corroborarse ni negarse en base a los esquemas de la reproducción, no por ello dejan los esquemas de basarse en la ley del valor en tanto que contradicción inmanente de la producción y la acumulación capitalistas. No se precisa de los esquemas para comprobar los movimientos antagónicos del capital; éstos han sido indicados ya por la ley del valor. Sobre su base es por completo indiferente si la acumulación discurre lenta o velozmente, si el capital se halla sumido en un «descanso» o en una expansión espasmódica, ya que bajo cualquier circunstancia la acumulación ha de hacerse con una parte del producto total en tanto que plusvalía para poder tener lugar. En caso contrario sólo habría reproducción simple, la cual está en contradicción con el modo de producción capitalista e implica una situación de crisis. Es cierto, naturalmente, que la acumulación precisa de fuerzas de trabajo adicionales y por tanto reclama un consumo adicional, sin por ello afectar a la realización de la plusvalía. Al crecimiento absoluto del consumo por la acumulación corresponde su relativa disminución en relación con la reproducción ampliada.

Lo que de alguna manera tienen presente Mandel y Rosdolsky es naturalmente la rápida elevación de la composición orgánica del capital que determina la técnica y que con la reducción de trabajadores hace descender también el consumo. Ahora bien, dado que la acumulación sólo puede verificarse a través de la reducción relativa del consumo, esto no tiene nada que ver con el problema de la realización de la plusvalía, sino que es más bien la condición que ha caracterizado al capitalismo desde sus comienzos y de la que éste no puede desprenderse sin autosuprimirse. Es así cómo la teoría del

subconsumo de Mandel y Rosdolsky ha inducido a éstos a proyectar una hipótesis provisional centrada en el proceso de la reproducción al proceso real de la circulación. Este malentendido se lo habrían ahorrado procediendo a un análisis en términos de valor de la acumulación.

### III

Mientras que Marx deriva todos los fenómenos capitalistas de la ley del valor, Mandel parte de seis particulares leyes del desarrollo, o variables fundamentales, del sistema capitalista. Mandel pone énfasis en que «hasta cierto punto - naturalmente que no de un modo totalmente autónomo y con total independencia unas de otras, sino en un juego conjunto continuamente articulado por las leyes de desarrollo del modo de producción capitalista- todas las variables fundamentales de este modo de producción pueden jugar parcial y periódicamente el papel de variables independientes» (p. 37). Por variables fundamentales entiende Mandel la composición orgánica del capital en general y en los dos sectores (medios de producción y bienes de consumo, como en el esquema de la reproducción) en particular; la distribución del capital constante entre el capital fijo y el circulante de nuevo en general y en particular para ambos sectores; la evolución de la tasa de plusvalía; la evolución del tiempo de rotación del capital y las relaciones de intercambio de ambos sectores de la producción.

La historia y las leyes del capital, según Mandel, «sólo pueden ser captadas y entendidas en función del juego conjunto de estas seis variables» (p. 37). De lo que no se da cuenta Mandel es de que con esto está diciendo que la historia y las leyes del capital sólo pueden ser entendidas a partir de la historia y las leyes del capital. Los resultados de la producción de valor y de plusvalía se manifiestan, entre otros, también en los fenómenos de la acumulación puestos por Mandel de relieve, fenómenos todos ellos determinados por la ley del valor y que, consiguientemente, se expresan en las fluctuaciones de la tasa de beneficio. Para Mandel, no obstante, estas fluctuaciones son «precisamente sólo resultados que por su parte han de ser explicados a partir del juego de las variables» (p. 37). Vuelve a no darse cuenta de que explica las tasas de beneficio a partir de las tasas de beneficio al explicar la historia y las leyes del capital a partir de la historia y las leyes de éste.

Con este procedimiento Mandel quiere superar el vacío entre teoría y realidad. En la teoría abstracta todos los fenómenos esenciales del capital se derivan consecuentemente de las condiciones de la teoría del valor. En la realidad, sin embargo, Mandel supone que los aspectos de la acumulación

<sup>195</sup> Zur Entstehungsgeschichte..., op. cit., p. 544.

capitalista resultantes de la ley del valor pueden tener al menos temporalmente funciones autónomas susceptibles de influir poderosamente por su cuenta sobre el proceso global. De esta manera, hay que dedicar una atención particular a estos aspectos y comprobar empíricamente sus consecuencias. Esto presupone naturalmente un criterio que hace inteligibles los hechos empíricamente dados y muestra sus interrelaciones con otros hechos dados. Para el capitalismo la teoría del valor es el criterio, ya que se basa en las relaciones capitalistas de producción fundamentales. Mientras que haciendo uso del análisis del valor es posible extraer conclusiones acerca de la tendencia general del desarrollo del capital a partir de los movimientos correspondientes de las variables de Mandel, la consideración particularizada de tales variables impide concluir nada en relación con la tendencia del desarrollo, quedándose en una mera descripción de situaciones de hecho.

Mandel da algunos ejemplos para demostrar la justeza de su tesis. Aduce que en todo momento la tasa de plusvalía es una función de la lucha de clases. « Si se la considera como una función mecánica de la tasa de acumulación, se confunde las condiciones objetivas que *pueden* conducir a un determinado resultado [...] con este mismo resultado. El hecho de que una tasa de plusvalía aumente efectivamente depende, entre otras cosas, del grado de resistencia que la clase obrera oponga a las pretensiones del capital» (p. 38). El «entre otras cosas» se refiere a la influencia del ejército industrial de reserva sobre la tasa de plusvalía. Así se dan para Mandel «muchas variaciones» en la determinación de la tasa de plusvalía tal como lo ilustra también «la historia de la clase obrera de los últimos 150 años». Pero esta historia muestra también que la acumulación, a pesar de las interrupciones de las crisis, ha sido un proceso continuo que ha tenido como premisa una tasa de plusvalía adecuada, con lo que se confirma la afirmación de Marx en el sentido de que «la cuantía de la acumulación es la variable independiente y la magnitud del salario la variable dependiente y no al revés»<sup>196</sup>.

Como el capitalismo existe todavía hoy, las «muchas variaciones» de la determinación de la plusvalía en los últimos 150 años no le han dañado, evidentemente, o en toda caso no en lo relativo a sus tendencias de desarrollo. A pesar de todas las luchas de clase, la tasa de plusvalía ha seguido siendo suficiente en relación con la acumulación. En tanto que «variable fundamental en proceso de independización relativa», la evolución de la tasa de beneficio no ha experimentado influencia. Todo lo que Mandel puede obtener con su análisis no es sino seguir la trayectoria de la historia de las luchas de clases en el marco de la producción de plusvalía, la cual se proyecta no a

las fronteras de la acumulación, sino a las fronteras de las luchas de clases *en el marco* del sistema capitalista.

El hecho de que Marx desarrollase su teoría de la acumulación sobre la base de la hipótesis de que el valor de la fuerza de trabajo viene determinado siempre por sus costes de producción y de reproducción no se debe tan sólo a que los movimientos cuantitativos de las tasas de plusvalía y sus influencias empíricas sobre el proceso de la acumulación no puedan captarse en la impenetrable economía de mercado. En realidad el salario puede situarse por encima o por debajo del valor de la fuerza de trabajo, pero jamás puede desplazar -sin poner en cuestión a la misma sociedad capitalista- la plusvalía por debajo de las condiciones de acumulación del capital. Esta frontera de la evolución de los salarios no viene dada sólo por la relación de oferta y demanda de la fuerza de trabajo y por tanto determinada por la acumulación, sino ya por el control capitalista sobre los medios de producción. De esta manera, es posible prescindir de las «muchas variaciones» de la evolución de la plusvalía a través de las luchas de clases en la exposición del proceso de acumulación sin que por ello esa exposición pierda su vinculación a la realidad.

Vamos a referirnos ahora a otro de los ejemplos propuestos por Mandel: «La tasa de crecimiento de la composición orgánica del capital -según Mandel- no puede ser definida simplemente como una función del progreso técnico condicionado por la concurrencia. El progreso técnico impulsa ciertamente a la sustitución de trabajo vivo por trabajo muerto con la finalidad de rebajar los costes [...]. Pero el capital constante se compone de dos partes [...], una parte fija y una circulante. El crecimiento rápido del capital fijo y el rápido aumento, determinado por este crecimiento, de la productividad del trabajo social, no tiene, por tanto, ninguna implicación definitiva sobre las tendencias del desarrollo de la composición orgánica del capital. Así, si la productividad del trabajo crece en el sector productor de materias primas más rápidamente que en el que produce mercancías para el consumo, entonces puede darse un abaratamiento relativo del capital constante circulante en comparación con el variable con la consecuencia de que *a pesar de una acumulación de plusvalía acelerada en el capital fijo la composición orgánica del capital crezca más lentamente que con anterioridad*» (p. 39).

¿Qué es lo que Mandel dice aquí en realidad? El concepto de «capital constante» incluye tanto al capital fijo como al circulante. La composición orgánica del capital se refiere según Marx a «su composición de valor en la medida en que viene determinada por su composición técnica y refleja

<sup>196</sup> *Das Kapital*, vol. I, MEW 23, p. 648.

sus modificaciones»<sup>197</sup>. Está claro que el abaratamiento de las materias primas que entran en el capital constante promovido por una productividad más alta del trabajo es susceptible de alterar la relación de valor entre el capital constante y el variable y puede ralentizar el crecimiento de la composición orgánica. Pero esto no hace de la composición orgánica una «variable en parte independiente»; lo único que implica es que el capital acumula con una composición orgánica que le es favorable. Como esto es así mientras el capital acumula realmente, Mandel, en definitiva, no dice absolutamente nada.

#### IV

Estos ejercicios que nada dicen son, según Mandel, necesarios para comprender la «tercera fase» del desarrollo capitalista, la del «capitalismo tardío». Sólo las «variaciones autónomas de las grandes variables de la concepción de Marx» (p. 40) estarían en condiciones de explicar las fases sucesivas de la historia del capitalismo. Para Mandel, el sistema capitalista mundial es en un alto grado una *función* de la validez universal de la ley del desarrollo desigual y combinado» (p. 21). Es cierto, naturalmente, que el capitalismo se desarrolló primero en unos países determinados por lo que consiguientemente sometió a la economía mundial desde un principio a una evolución desigual. La «división internacional del trabajo» capitalista, unida a los aspectos de concentración y de centralización de la acumulación, dividió y unió al mundo en países capitalistas desarrollados y subdesarrollados. Pero esta puntualización lo único que determina es que la «ley del desarrollo desigual y combinado» no hace referencia más que al desarrollo capitalista.

Después de una ojeada al desarrollo del capital mundial hasta el presente, orientado a relacionar el desarrollo capitalista de los países dominados con las necesidades en cuanto a beneficio y acumulación de los países imperialistas, Mandel llega a la conclusión de que en el capitalismo actual «cambia la forma de la coordinación entre el desarrollo y el subdesarrollo ; [...] de que se llega a un nuevo desnivel en la acumulación del capital, la productividad y la tasa de plusvalía, el cual, si bien se estructura de una forma diferente, es más pronunciado que en la época imperialista "clásica"» (p. 62). En el capitalismo tardío disminuye la participación de los países subdesarrollados en el comercio mundial de tal manera que en comparación con las naciones imperialistas aquéllos se empobrecen relativamente.

Esta circunstancia se explica, según Mandel, por la dependencia del imperialismo respecto de las materias primas exportadas por los países pobres y por la disminución de los precios pagados por

esas mismas materias, es decir, una relativa «desaparición paulatina del valor de las materias primas». Como, según Mandel, la participación de los países subdesarrollados en el comercio mundial va reduciéndose, esto ha de ser considerado como un decrecimiento relativo de la dependencia del imperialismo con respecto a las materias primas de los países pobres, cosa que ha de expresarse en el descenso de los precios de las materias primas. Pero Mandel es lo suficientemente ambicioso como para no dejar las cosas así. Dirige sus esfuerzos a determinar los efectos de la ley del valor a escala del mercado mundial. Y lo hace ya por el mero hecho de que Marx «no analizó sistemáticamente» este problema en *El Capital* (p. 66).

Sobre la base de la lógica de la teoría marxiana, expone Mandel, en las condiciones del modo de producción capitalista «sólo se llega a la formación de precios de producción homogéneos (es decir, a una considerable igualación de las tasas de beneficio) en el mercado mundial». Y sólo «cuando se ha dado una igualación general internacional de las tasas de beneficio a través de la completa movilidad internacional del capital y de la distribución de los capitales en todos los continentes [...], sólo entonces la ley del valor generaría precios homogéneos en todas partes» (p. 67). Ahora bien, la transformación por parte de Marx de los valores en precios de producción no se refiere ni a un mercado nacional actual ni a un mercado internacional, sino a su modelo abstracto de economía capitalista cerrada. El problema consistía en cómo se impone, a pesar de la ausencia del intercambio de valor, la ley del valor. Los capitalistas no se ven ante valores, sino ante precios de coste, que se relacionan únicamente en base a los cuantos en ellos contenidos, pero desconocidos, de trabajo pagado. El precio de producción se desvía del valor ya que solamente depende del trabajo pagado, es decir, del precio de coste, más la tasa de beneficio media social. La cosa se complica ulteriormente por el hecho de que los precios contienen el beneficio ya realizado, de tal manera que los precios de producción de una rama de la industria entran en el precio de coste de otra, por lo cual la determinación en términos de valor de los precios resulta aún más dificultada.

Para proceder, a pesar de todo, a una determinación de valores se precisa de un acto intelectual que reduzca las confusamente entrelazadas relaciones de precios a una subdivisión de la producción total en valor y plusvalía. En la consideración de la producción social, las diversas composiciones orgánicas, las tasas de plusvalía y de beneficio de los capitales singulares y de las ramas de la producción carecen de importancia. La producción total tiene una magnitud determinada que viene dada por el tiempo de trabajo total. Reproduce el valor consumido y entrega una determinada masa de

<sup>197</sup> *Ibid.*, p. 640.

plusvalía. La distribución de esta plusvalía entre los diversos capitales no puede ni empequeñecerlos ni agrandarlos. La magnitud de la tasa de beneficio depende de la masa de la plusvalía total en relación con el capital total y por tanto de la composición orgánica de éste. Esta composición orgánica que da como resultado la tasa de beneficio general está constituida por la media de las diversas composiciones orgánicas de los diferentes capitales. Si la composición orgánica de un capital fuese la misma que la composición media del capital total, su beneficio correspondería a su plusvalía. En caso de que no sea así, el beneficio y la plusvalía se encontrarán en divergencia.

Dado que el beneficio determina el movimiento del capital, la concurrencia capitalista media la migración del capital de ramas de la producción pobres en beneficio a ramas de la producción ricas en él, de lo que surge la tendencia a la formación de una tasa de beneficio media, lo que en la práctica significa que algunas mercancías se venden por encima del valor que contienen y otras por debajo. Esto no altera absolutamente nada el hecho de que el valor de cada mercancía venga determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario empleado en ella. Pero la distribución del valor total por el mecanismo del mercado, del que se deriva la tasa media de beneficio, transforma los valores tiempo de trabajo en precios de producción. Sin entrar más a fondo en estas complejas alternativas de la formación de una tasa de beneficio media<sup>198</sup>, digamos de todos modos que este proceso que se expone en el modelo marxiano, en la realidad «solamente se impone en calidad de tendencia dominante [...] de un modo muy complejo y aproximativo, como un promedio difícil de aquilatar de eternas oscilaciones».<sup>199</sup>

Las desviaciones del valor que se expresan en los precios de producción se compensan unas a otras de tal manera que en lo que al capital total se refiere, todos los precios de producción son iguales al valor total. Tampoco la mixtura de los precios de producción con los precios de coste puede alterar nada aquí. Mediante la separación intelectual de los precios de coste respecto de los precios de producción que forman parte de ellos se obtiene el precio de coste total, frente al que se encuentra el beneficio total. Si esto no deja de ser una imposibilidad práctica, es de todos modos concebible precisamente porque los precios de producción son precios de coste más tasas de beneficio medias, es decir, dos cosas diferentes. De todos modos, como quiera que la plusvalía total derivada del capital social global sea susceptible de dividirse, difícilmente puede separarse ni de las relaciones de tiempo de trabajo de la producción de plusvalía ni del

proceso de producción en general que viene determinado por el tiempo de trabajo.

El capital es «en sí mismo indiferente en relación con las *particularidades* de cada esfera de la producción; la mayor o menor dificultad en la venta de las mercancías de esta o aquella rama de la producción determina dónde y cómo se invierte y en qué medida pasa de una esfera de la producción a otra o varía su distribución entre las diversas esferas de la producción»<sup>200</sup>. En estas migraciones se constituye a espaldas de los capitalistas la tasa de beneficio media como expresión de la producción total, para ellos desconocida, y de la plusvalía total producida por ellos. Aun cuando la ley del valor no se vincula directamente a la mercancía, sigue siendo determinante, aun indirectamente, a través del carácter social de la producción de plusvalía. Frente al capital, se manifiesta en la caída de la tasa media de beneficio cuando la plusvalía social deja de corresponder a las exigencias de la acumulación. Se manifiesta en general en la caída o en el incremento de los precios de producción, a través de la productividad creciente o decreciente del trabajo. Aparece también en el ámbito del mercado bajo la forma superficial de las relaciones de oferta y demanda, teniendo que ser reducida, para poder actuar en el mundo de los fenómenos, a través de las reacciones capitalistas en el mercado, a las relaciones de valor subyacentes a él.

Aun cuando la formación de la tasa de beneficio media corresponde a la realidad, esto se realiza así porque cada capital ha de esforzarse por aumentar su capital para poderse mantener; cada capital, por tanto, ha de pugnar por conseguir al menos la tasa media de beneficio. La tasa de beneficio media presupone la existencia de diversas tasas de beneficio que se presentan *prácticamente* como beneficios extraordinarios y como beneficios situados por debajo de la media. En el curso del desarrollo, los beneficios extraordinarios se pierden por la concurrencia y los capitales que se muestran no rentables desaparecen, si bien sólo para generar nuevas tasas de beneficio diferenciales que vuelven a caer bajo la tendencia a su igualación. También aquí hay «intermedios,» mientras las tasas de beneficio medias se estabilizan más o menos y parecen llegar a se una magnitud dada.

De este mismo proceso debería desprenderse ya que la formación de la tasa de beneficio medio y los precios de producción no tienen nada que ver con el mercado «nacional» o «internacional», sino tan sólo con el modo de producción capitalista. Para Mandel, sin embargo, es un «hecho que no hay ninguna igualación de las tasas de beneficio en el mercado mundial, es decir, que existen unos junto a otros diversos precios de producción nacionales (tasas de beneficio medias) y que se

<sup>198</sup> Ver capítulos 9 y 10 del tomo tercero de *El Capital*.

<sup>199</sup> K. Marx, *Das Kapital*, vol. III, pp. 153 y s. (edición Ullstein).

<sup>200</sup> K. Marx, *Resultate des unmittelbaren Produktionsprozesses*, Frankfurt, 1970, p. 39.

articulan entre sí en el mercado mundial de un modo determinado» (p. 325). Estos precios de producción que sólo son homogéneos en los mercados «nacionales» expresan para Mandel «la proyección específica de la ley del valor en el plano internacional», ya que ésta se apoya «en productividades e intensidades del trabajo nacionalmente diferenciadas, en composiciones orgánicas del capital nacionalmente diferenciadas, en tasas de beneficio nacionalmente diferenciadas, etc.» (p. 67).

Como el mercado mundial es el mercado capitalista, no se entiende por qué la formación de la tasa media de beneficio tendría que detenerse ante las fronteras nacionales de tal manera que cada nación haya de contar con su propia tasa media de beneficio. El hecho de que las composiciones nacionales del capital, sus tasas de explotación, etc., sean diversas, no altera en nada el otro hecho consistente en que la plusvalía de la producción mundial se distribuye a través de las relaciones de mercado mundial igual que la de la economía nacional, a saber: por la vía de la formación de los precios que determina la concurrencia, que encuentran un límite en la desconocida plusvalía total producida. Y de la misma manera que en el marco nacional resulta posible sustraerse temporalmente a una tasa de beneficio baja o descendente suspendiendo en un sentido monopolista la concurrencia, también en el plano internacional resulta posible enfrentarse a las relaciones de precios formadas en la concurrencia desembarazándose de la concurrencia internacional. En ambos casos se trata de medidas que responden a la tendencia a la formación de una tasa de beneficio internacional media.

Cuando Marx se plantea en su crítica de la teoría clásica del valor la cuestión de cómo es posible llegar a conseguir beneficio a pesar del intercambio en términos de valor, la respuesta la encuentra en el carácter doble de la fuerza de trabajo como valor de uso y valor de cambio. De aquí se desprendía que el beneficio provenía no de la circulación o del comercio, sino de la producción basada en las relaciones de producción capitalistas. Esto ha de ser exactamente así también en el caso del mercado mundial. Los beneficios obtenidos en este marco han de derivarse objetivamente también de relaciones de tiempo de trabajo. Si en el marco «nacional» el beneficio proviene de la plusvalía, el beneficio en el comercio mundial sólo puede provenir de la plusvalía de la producción mundial. Ahora bien ¿cómo es posible extraer de los países capitalistas-subdesarrollados, a pesar de que cuentan con una productividad del trabajo inferior, la misma o una mayor plusvalía que en los países capitalistas-desarrollados, caracterizados por una productividad del trabajo mayor?

La respuesta es que se cambia más contra menos trabajo, que el país desarrollado entrega un valor inferior al que da el país subdesarrollado. También Mandel expone esto, pero lo hace de una manera tal que parece que el intercambio desigual se derive directamente de relaciones tiempo de trabajo, mientras que en la realidad primero ha de imponerse a través del rodeo del mercado, estando por tanto sometido a la concurrencia internacional y a la formación de una tasa media de beneficio internacional. La tasa media de beneficio, en la que se incluyen todos los beneficios, determina los precios de producción que se forman en la concurrencia. De esta manera la plusvalía total se distribuye, sin que jueguen un papel relevante las esferas determinadas de la producción, en el marco «nacional» o en el interior de la economía mundial, no en las proporciones en la que es producido por los capitales singulares, sino en las proporciones que vienen marcadas por la existencia y la acumulación del capital. Justo porque la tendencia a la formación de una tasa media de beneficio se inscribe en el mercado mundial, la distribución desigual de la plusvalía o el intercambio desigual se dan en el interior de las economías nacionales y a escala mundial.

Según Mandel la ley del valor se modifica en el mercado mundial sobre la base de los diferentes valores de las mercancías que se derivan de las diversas productividades del trabajo. Los países de baja productividad del trabajo cuentan con valores de las mercancías y con tasas de beneficio medio que son distintos a los países con una alta productividad del trabajo, lo que permite a los últimos obtener en el comercio con los primeros beneficios adicionales. Esta peculiar explotación se verifica, según Mandel, así: los valores diferentes de las mercancías comportan que el producto de un día de trabajo de las naciones desarrolladas se cambie «contra el producto de más de un día de trabajo de la nación subdesarrollada» (p. 67). Dado que la productividad es en ambos diferente, no puede, obviamente, cambiarse un día de trabajo de uno contra otro día de trabajo de otro sin que el país más productivo explote al menos productivo. Si el capital penetra en el país capitalista-atrasado, se intercambiarán productos de una productividad inferior contra productos de una productividad superior, lo que únicamente puede indicar que ha de entregarse más trabajo vivo contra menos trabajo vivo para hacer justicia a quienes cambian. Pero este intercambio no implica aún que el país desarrollado explote al país subdesarrollado.

Lo único que indica es que la plusvalía relativa se diferencia de la plusvalía absoluta porque permite obtener con un tiempo de trabajo directo inferior una plusvalía más alta. Esta plusvalía mayor se materializa en los precios de producción y determina los equivalentes tiempo de trabajo expresados en la plusvalía absoluta contra los que han de intercambiarse. Pero como la productividad

de los países desarrollados es con mucho superior a la de los subdesarrollados, los primeros están en condiciones de suprimir por la vía del comercio toda la concurrencia que se les oponga por parte de los países subdesarrollados, lo que cobra expresión en la destrucción de la pequeña industria y del artesanado que existe en estos últimos países. Esto no implica aún la explotación de los países atrasados, sino la explotación redoblada en el interior de los países desarrollados, cuyas altas tasas de plusvalía permiten a sus capitalistas eliminar o no permitir que surja la competencia de los países subdesarrollados, procurándose de esta manera mercados adicionales.

Como la determinación del valor a través del tiempo de trabajo *socialmente necesario* se efectúa a través del mercado mundial, los países subdesarrollados han de aportar, en el cambio con los países más desarrollados, más valor de uso contra menos valor de cambio, más productos contra menos productos o más tiempo de trabajo contra menos tiempo de trabajo. En las mercancías de los países que poseen una inferior productividad laboral se encierra un tiempo de trabajo que no corresponde al tiempo de trabajo socialmente necesario, pero que entra de todos modos en el intercambio. No hace falta, por tanto, hablar de valores, tasas medias de beneficio y precios de producción nacionales para explicar el intercambio desigual, ya que dado el funcionamiento de la ley del valor no puede haber otra clase de intercambio.

Como los países atrasados carecían de industrias, el intercambio entre ellos y los países industriales de Occidente se ha limitado desde un principio a las materias primas y a los productos alimenticios. La irrupción de la industria desarrollada en los países subdesarrollados ha excluido para éstos el desarrollo de una industria propia y por tanto ha mantenido en éstos las relaciones sociales precapitalistas que les son propias. La concurrencia entre las naciones capitalistas se impone por la vía de la reducción de los costes de producción, de tal manera que cada una de ellas se interesa por la obtención de materias primas y productos alimenticios al precio más barato posible. Aun cuando también la productividad agrícola es en un país atrasado más baja que en un país capitalista, la tijera de precios entre las mercancías acabadas y las materias primas hace de todos modos rentable procurarse en las colonias y semicolonias una gran parte de los productos alimenticios y de las materias primas que se necesitan en los países capitalistas. En la medida en que las materias primas y los alimentos importados hacen disminuir los costes de producción, tal mecanismo contribuye a la acumulación del capital.

Como tampoco es posible negar la carga del valor de uso en la producción, el capital se

procurará materias primas y productos alimenticios en los países atrasados también cuando sean más valiosos que los producidos en el propio país. Con el crecimiento de la industria, la producción agrícola retrocede y hay países que sin la importación de materias primas y productos alimenticios no podrían subsistir. Como la demanda capitalista puede hacer que aumenten los precios de estas mercancías, la expansión del mercado mundial se ha presentado también como un proceso de colonización con el objeto de someter la formación de los precios a un control monopolista. Las naciones colonizadoras intentaban no sólo sustraer sus propios mercados a la concurrencia internacional, sino además adaptar también la formación de los precios de las mercancías coloniales de exportación a sus propias necesidades de acumulación. Así tenían, de un lado, que obstaculizar el desarrollo industrial de las colonias y, de otro, intentar hacer el intercambio monopolista tan lucrativo como fuese posible por la vía del abaratamiento de las mercancías producidas en las colonias.

De lo que se trataba a este respecto era de intervenciones en el mecanismo capitalista del mercado con el objeto de sustraer una parte de la plusvalía total a la concurrencia. La plusvalía sustraída de las colonias entra a formar parte, no obstante, de las tasas de beneficio de los países imperialistas convirtiéndose en ellos en un elemento codeterminante en la formación de la tasa media de beneficio. Los países subdesarrollados se han visto implicados en el mercado mundial y por tanto en la concurrencia capitalista como consecuencia del rodeo que suponen las vinculaciones económicas de los países desarrollados. Esto resulta evidente ya por el hecho mismo de que la mayor parte de la producción de los países atrasados se realizaba fuera del sistema capitalista, teniendo poco que ver -si es que tenía algo- con la economía mercantil y monetaria, ya que vivía antes bien sumida en la autarquía. Ahora bien, allí donde no se produce plusvalía, tampoco se puede hablar de la formación de una tasa de beneficio. Estos países sólo se van integrando lentamente en el mecanismo del mercado mundial bajo la acción del imperialismo, pero en la medida en que esto ocurre se someten asimismo a las condiciones del desarrollo del capital en su conjunto y de la concurrencia capitalista.

Prescindiendo del saqueo de las colonias efectuado por robo directo por parte de los países imperialistas, cuyos resultados se reflejaron en la acumulación capitalista, la transferencia de valor que Mandel denuncia de las colonias a los países capitalistas era necesariamente muy limitada como consecuencia de la baja productividad del trabajo que predominaba en las colonias. El capital procuró sortear este escollo introduciendo métodos capitalistas de producción, por el desarrollo de la economía de las plantaciones, por

la introducción del trabajo asalariado y la modernización de la extracción de materias primas que precisaba la importación de capital en las colonias. Sin embargo, estas empresas no pasaron de ser enclaves en el marco de la economía colonial en su conjunto y denotaban que para el capital no valía la pena implantar una capitalización más completa de las posesiones coloniales, que las inversiones de capital resultaban más rentables en el propio país o en otros países capitalistas. Esta situación denotaba igualmente que la plusvalía a capitalizar no bastaba para llevar la acumulación más allá de unos límites dados en cada caso. El capital se daba por satisfecho con una exportación limitada de capital porque un objetivo de mayor magnitud no era posible y porque el desplazamiento de las inversiones a los países atrasados haría disminuir y no aumentar la plusvalía.

Sin embargo, «toda piedra hace pared» y la más baja tasa de explotación de los países atrasados no constituía un obstáculo para que el capital se aprovechara de todos modos de ellos. Procediendo de este modo recortaba las ya limitadas posibilidades de acumulación en los países dominados, pero también las posibilidades de detener mediante el incremento de la productividad de la economía mundial la caída de la tasa media de beneficio. Si la caída de la tasa de beneficio es una consecuencia de la mayor composición orgánica del capital, la introducción de capitales con una composición orgánica más baja en el mercado mundial tenía que contener la caída de la tasa de beneficio. En la práctica esto significa que en la medida en que sea posible transferir plusvalía de las esferas de la producción con una composición orgánica más baja hacia aquellas esferas que cuentan con una más alta composición, la composición total del capital se encontrará ante una tasa de beneficio más elevada. Que esta tasa de beneficio mejor baste para la valorización del capital total es imposible de determinar, pero se pone de manifiesto en el nivel que alcance en cada caso la acumulación del capital. Si disminuye la tasa de acumulación, eso quiere decir que la composición orgánica del capital total -no obstante, las diversas composiciones de los diversos capitales que entran en ella- arroja una tasa de beneficio desfavorable para la acumulación ulterior. Esta situación solamente puede ser superada a través de la continuidad contradictoria de la elevación de la composición orgánica del capital o, lo que es lo mismo, a través de la elevación ulterior de la productividad del trabajo no sólo en los países desarrollados, sino también en los subdesarrollados ; o también a través de la destrucción de capital en el marco de la economía mundial de manera que se distribuya una masa de plusvalía dada entre un capital total reducido. Aun cuando ni un proceso ni el otro pueden organizarse, se realiza, no obstante, por la vía de la competencia pacífica y bélica entre los capitales

singulares y entre las naciones capitalistas. En este sentido la ley del valor gobierna la economía mundial capitalista, pues su expansión está determinada por los procesos que se verifican en las esferas de la producción y éstos a su vez por la relación entre el valor y la plusvalía y entre la plusvalía y el capital global.

El capital tiene de esta manera un interés directo en el aumento de la plusvalía total, pero sólo puede satisfacer esta necesidad por la vía de la expansión de los capitales singulares. Cada capital va a la búsqueda de los precios de coste más bajos y de los más altos beneficios, sin tomar para nada en consideración las consecuencias sociales, en el marco nacional igual que a escala mundial. Que la acumulación de un capital impida de esta manera la de otro, que la expansión de una nación capitalista reduzca las posibilidades de la otra, no altera para nada el hecho de que el capital, *considerado como capital total*, se desarrolla de todos modos progresivamente con la productividad creciente del trabajo. Este desarrollo confirma la existencia de una tasa media de beneficio a través de la cual la economía capitalista se reproduce de acuerdo a sus necesidades y mediante el mecanismo de mercado, pero simultáneamente destruye en una medida creciente las premisas necesarias de este proceso.

Si el capital ha estado en condiciones de acelerar en la medida que fuese su acumulación gracias a la plusvalía obtenida de los países atrasados y si esa plusvalía adicional ha sido posibilitada por una formación de los precios favorable a las naciones industriales, ello sólo ha sido posible a costa de la lenta destrucción de esa fuente, de todos modos escasa, de plusvalía. Para mantener manando a esa fuente hubiera sido preciso, elevar la productividad de los países atrasados mediante su industrialización, mediante una limitación paralela de la acumulación en los países desarrollados, cosa que está en contradicción con el principio capitalista. La tasa de beneficio descendente de los países con alta composición orgánica vino así a coincidir con los beneficios descendentes en los países de baja composición orgánica. Pero lo que en los países desarrollados se presenta como un relativo estancamiento del capital, en los subdesarrollados determina el proceso de empobrecimiento absoluto que se verifica en ellos.

Este empobrecimiento, si bien es un hecho, no implica el simultáneo enriquecimiento de las naciones capitalistas, tal como quiere Mandel creer. Sin disponer de la posibilidad de demostrarlo afirma que «la tasa media de plusvalía de las colonias frecuentemente sobrepasa a la de la metrópoli» y esto «porque la producción de plusvalía *absoluta* puede ser continuada en las colonias más allá de un punto que en las metrópolis significaría un límite infranqueable» y porque, como consecuencia de la existencia de un



gigantesco ejército industrial de reserva, el valor de la fuerza de trabajo « disminuye en las colonias a largo plazo no sólo en términos relativos, sino también absolutos» (p. 318). Sin embargo, el valor de la fuerza de trabajo es en los países atrasados desde hace mucho tan bajo, que excluye el «descenso a largo plazo», ya que éste acabaría del todo con él y la productividad del trabajo es tan reducida que tampoco la prolongación del tiempo de trabajo es susceptible de hacer crecer a la plusvalía *absoluta*. Por sí misma, la prolongación del tiempo de trabajo no reporta ninguna plusvalía adicional allí donde el límite físico de la explotación ha sido alcanzado. En los países del « Tercer Mundo » se hacen sin duda grandes beneficios extraordinarios, los cuales, sin embargo, se relacionan con determinadas materias primas que entran en la producción de los países capitalistas y que son realizados en éstos. Concluir a partir de estas fuentes particulares de beneficio la existencia de una superior «tasa media de plusvalía en las colonias» es tan evidentemente falso, que la ausencia de datos a este respecto no se echa de menos.

La idea de que la transferencia de plusvalía de los países subdesarrollados a los capitalistas vehiculizada por el intercambio desigual está destinada a imponerse siendo imposible de contener por el aumento de la plusvalía *absoluta*, también se afirma en el razonamiento de Mandel, siendo expuesta por él como una mutación de forma de la explotación capitalista. La modificación es de naturaleza doble : «Por una parte la porción de superbeneficios coloniales ha retrocedido relativamente a favor de la transferencia de valor a través del "intercambio desigual"; por otra, la división internacional del trabajo se desplaza progresivamente hacia una configuración de cambio de productos industriales ligeros contra maquinaria, armamento y vehículos, superpuesta al intercambio desigual "clásico" de materias primas y alimentos contra bienes industriales de consumo» (p. 340). Pero dado que la transferencia de valor no se halla ligada a ninguna forma determinada de producción material, sino a la «sucesión de etapas de la acumulación del capital, de la productividad del trabajo y de las tasas de plusvalía», se transforma sólo la *forma* del subdesarrollo, no su *contenido*, «y las fuentes de la explotación de las semicolonias por las metrópolis imperialistas fluyen hoy con más ímpetu que nunca» (p. 33).

Esta mutación formal implica que determinados países del «Tercer Mundo» empiezan a industrializarse, producen plusvalía adicional y tienen algo más para intercambiar que productos alimenticios y materias primas, aun cuando de esto último poco. Como por esta causa modifican sus composiciones orgánicas, se acercan algo más a los países desarrollados, lo que de todos modos perjudica en la misma medida la transferencia de valor a los países imperialistas ya que ha de

capitalizarse una parte creciente de la plusvalía, cosa que antes no era así. A través de la reducción simultánea de la producción de materias primas y alimentos, disminuye el «intercambio desigual» por la vía de la formación de los precios a través de la concurrencia internacional haciendo necesaria la exportación directa de capital a los países subdesarrollados para poder seguir compartiendo la plusvalía allí producida. El hecho de que la gran masa de las exportaciones de capital siga efectuándose entre los países capitalistas desarrollados demuestra que esta plusvalía obtenida por la vía de las inversiones directas sigue siendo de una importancia secundaria.

Según Mandel, no obstante, el adelanto conseguido por las naciones imperialistas no puede recuperarse, de tal manera que a pesar de la lenta industrialización de los países del «Tercer Mundo», persiste la diferencia de tasas de plusvalía que consiente al imperialismo seguir arrebatando, y en mayor medida, plusvalía a los países atrasados y acumular a su costa. « Sólo en el caso de una *homogeneidad general* de la producción capitalista a escala internacional - escribe Mandel- se agotarían las fuentes de los beneficios extraordinarios» (p. 340). Dado que esta «homogeneidad general», la movilidad universal total del capital y el trabajo no es fácilmente imaginable, Mandel llega a la conclusión de que el capitalismo no puede superar la combinación de desarrollo y subdesarrollo y con ella tampoco la explotación del «Tercer Mundo». La única salida de este dilema es la revolución social, que pondrá fin a la sumisión al mercado mundial capitalista mediante la socialización de los medios de producción. Con esto Mandel cree haber dado una explicación basada en la ley del valor del imperialismo y de las revoluciones sociales previsibles en los países subdesarrollados.

Como tras las relaciones de precios se ocultan relaciones de valor, el intercambio desigual es moneda corriente tanto a escala nacional como internacional, si bien a causa de las diferencias existentes entre los países sometidos al mercado mundial, ha de operar de maneras diversas. De estas diferencias en relación con los valores de las mercancías y las tasas de plusvalía, se derivan para Mandel tasas medias de beneficio y precios de producción nacionalmente diferenciados, que son los elementos que posibilitan el intercambio desigual y las transferencias de valor. Ahora bien, lo que se deriva de su abstracción del mercado mundial ya no es o es algo distinto a lo que se derivaría de su implicación. La explicación mandeliana del intercambio desigual y de la transferencia de valor no sólo es falsa, sino además si fuera correcta resultaría completamente superflua. En todo país los capitalistas se enfrentan a precios de coste y a precios de mercado que ellos no pueden determinar. De la diferencia entre ambos se

deriva el beneficio. El precio de coste es lo que tienen que pagar por sus trabajadores y por los medios de producción y las materias primas por ellos utilizados. El precio de producción se compone de estos gastos más el beneficio ganado en el mercado. Al capitalista le es indiferente si ese beneficio lo gana en el propio país o en el mercado mundial. Esto vale para los dos, el capitalista de los países desarrollados y el de los subdesarrollados. La diferencia entre ellos consiste en que en el precio de coste del uno la suma por medios de producción es escasa y la de salarios elevada, mientras que en el otro es a la inversa. Sin embargo, una tasa de beneficio más alta con una composición orgánica baja puede dar una masa de plusvalía menor que una tasa de beneficio baja con una composición orgánica elevada. La productividad de los capitales con una composición orgánica elevada es con mucho superior a la de los capitales de baja composición, razón por la cual la pérdida de valor generada por la reducción relativa de trabajo vivo en relación con el capital total queda compensada. Éste es el sentido de la acumulación y la distinción entre países desarrollados y subdesarrollados. La plusvalía crece con la acumulación, mientras que sin acumulación se estanca excluyendo la posibilidad de una reproducción ampliada. De esta forma, la diferencia entre los países con una composición orgánica de capital elevada y los que cuentan con una composición baja ha de saldarse en perjuicio de estos últimos cada vez más a medida que progresa la acumulación de los primeros, es decir, mientras la acumulación conduce a un incremento de la masa de beneficio más rápido que el descenso de la tasa de beneficio a consecuencia de la composición orgánica creciente.

En el caso de la masa de beneficio creciente se trata de productos de los cuales cada uno posee menos valor y menos plusvalía, cosa que queda compensada por el incremento más veloz de la cantidad de productos. La mercancía producida con productividad mayor es más barata que la que precisa de un gasto de trabajo superior. Este abaratamiento se expresa en unos precios de producción descendentes, cosa que a primera vista parece venir a confirmar la concepción mandeliana de las tasas medias de beneficio y de los precios de producción diferenciales. Este abaratamiento, no obstante, se extiende más o menos a todas las mercancías. Pero como los alimentos y las materias primas se producen no sólo en las colonias y semicolonias, sino también en los países desarrollados, el precio de mercado mundial de estos productos tendrá que adaptarse a esta circunstancia. De acuerdo con la necesidad que a escala mundial exista en cada momento de estos productos, el precio será determinado no por las relaciones de valor nacionales, sino por la relación entre la oferta mundial y la demanda mundial. Así, el precio de estos productos en el mercado mundial experimenta aumentos

inmediatos en cuanto aumenta su demanda a causa, por ejemplo, de una rápida acumulación en los países capitalistas o en caso de una guerra. Y, a la inversa, su precio en el mercado mundial cae con el estancamiento capitalista y con toda limitación de la producción. La formación de los precios de los productos del «Tercer Mundo» depende de los movimientos del capital global a escala mundial.

Los precios de producción de los países subdesarrollados se componen de sus costes de producción más los beneficios determinados por los movimientos del mercado mundial. Por lo que a su propia producción se refiere, sus tasas de beneficio no resultan ni de la composición orgánica del propio capital, ni de la de los países desarrollados, sino de las relaciones de oferta-demanda a escala del mercado mundial. Están sujetos de esta manera a los movimientos del capital global que determina la formación de la tasa media de beneficio y su magnitud. Con otras palabras: por la existencia del mercado mundial no pueden formarse tasas medias de beneficio nacionales ni pueden darse relaciones de precios que reflejen las relaciones nacionales de valor. En la medida en que la producción en general viene puesta en evidencia, la formación de los precios en los países subdesarrollados viene determinada por la de los desarrollados, ya que la ausencia de industrias modernas excluye cualquier posibilidad de concurrencia. Por consiguiente, han de limitarse a la producción de alimentos y materias primas para realizar sus beneficios a los precios de producción dictados por el mercado mundial.

La introducción de la industria en los países subdesarrollados no puede suprimir el intercambio desigual mientras su productividad se encuentre por debajo del nivel del tiempo de trabajo socialmente necesario. Éste en parte se ve afectado por la baja valoración de la fuerza de trabajo, lo que constituye al tiempo un obstáculo para su ulterior desarrollo. De todos modos, la falta de capital puede ser remediada en alguna medida por las inversiones de los países desarrollados. Ahora bien, como la mayor parte de los beneficios obtenidos con ellas vuelven a los países exportadores de capital, este fenómeno influye sólo en una muy escasa medida en el proceso de acumulación de los países subdesarrollados. Como la exportación de capital está determinada por la rentabilidad, el capital fluye hacia las industrias y los países que aparecen como los más beneficiosos y por tanto es un fenómeno que no se circunscribe sólo a los países de elevada productividad del trabajo, sino que también fluye de los países de baja productividad a aquellos que demuestran tener alta. La plusvalía fluye de los países atrasados a los desarrollados no sólo forzosamente, sino también voluntariamente. De aquí, no obstante, no puede concluirse que la explotación de los países subdesarrollados

sea capaz de mantener sobre sus pies a las naciones imperialistas.

El final del colonialismo estuvo determinado no sólo por los movimientos nacional-revolucionarios surgidos como consecuencia del empobrecimiento, sino también por la disminución del rendimiento de las colonias, lo que hacía más fácil abandonarlas a sus poseedores. También tuvo que ver la aparición en el mercado mundial o fuera del mercado mundial bajo control monopolista de nuevas potencias imperialistas que hacían valer sus propias exigencias bien bajo la forma de conquistas imperialistas, bien bajo la forma del neocolonialismo que conjuga la autodeterminación nacional con la dominación económica imperialista. Este proceso, que ha generado ya dos guerras mundiales y muchas guerras locales, todavía no ha llegado a su fin y tampoco puede finalizar, ya que presupone la supresión de la concurrencia y con ella de las relaciones de producción capitalistas. Pero todas estas exigencias encierran la demanda de acabar con las cadenas de la baja productividad del trabajo. La ocupación más importante de la burguesía así como también de las autoridades del Estado capitalista se centra en el desarrollo económico, es decir, el aumento de la plusvalía -una ocupación que no se ha visto del todo privada de éxito.

Es el interés por un montante mayor de plusvalía lo que determina el intento de acelerar la capitalización, perceptible aun cuando lenta, de los países atrasados que también anota Mandel. Y es esta misma capitalización reptante la que mueve el ímpetu del movimiento nacional-revolucionario para conseguir la misma meta mediante métodos políticos que hacen saltar el limitado marco de la iniciativa capitalista-privada. A pesar de que para el próximo futuro va a ser determinante, no es posible investigar teóricamente si esas medidas combinadas van a ser suficientes para extraer de los trabajadores la masa de plusvalía necesaria para la simultánea expansión del capital y su despliegue geográfico. Lo que de todos modos resulta evidente en todos estos intentos es la tendencia inherente a la acumulación capitalista al descenso de la tasa de beneficio, de la que se derivan los espasmódicos esfuerzos por elevar a escala mundial la productividad del trabajo.

También Mandel considera que la explotación del «Tercer Mundo» no puede ser un proceso duradero, sino que ha de agotarse con el tiempo. Precisamente lo más notable de la teoría económica mandeliana es que está construida de tal modo que de ella se puede concluir todo y no se puede concluir nada, lo que le vale a Mandel para poder salir de cualquier apuro que se pueda presentar. Rechazando por principio toda explicación «monocausal» del desarrollo capitalista, Mandel se pone en condiciones de

apropiarse de todas las teorías existentes y aprovecharse de ellas y al mismo tiempo, haciendo uso de la «monocausal» teoría del valor, mostrar su insuficiencia. Una cosa que ocurre pocas veces, distribuye las ideas derivadas de la teoría del valor en una serie de variables relativamente independientes con el fin de refutar con la una o con la otra de entre las tendencias del desarrollo que se derivan de la teoría del valor el curso «monocausal» de la historia. Así consigue, de acuerdo con su propia valoración, declarar insuficientes todas las teorías tanto burguesas como marxistas y presentarse como el hombre que por primera vez, gracias a una correcta comprensión del marxismo, ha logrado explicar el «capitalismo tardío» a partir de la ley del valor.

## V

Ahora bien, es posible estar de acuerdo con Mandel: sin duda es cierto que el capital explota al mundo y que carece de futuro. La disolución del sistema capitalista sin embargo no puede, según Mandel, seguirse de las relaciones capitalistas de producción ya que también ha de tomarse en consideración el problema de la realización de la plusvalía. Así, Mandel puede apropiarse simultáneamente de dos teorías, a saber: la de la sobreacumulación, que se basa en las relaciones de producción; y la de la sobreproducción, que se resuelve en las dificultades de realización de la plusvalía como consecuencia de la insuficiente demanda de bienes de consumo. Sin embargo, la teoría de la sobreacumulación incluye la de la sobreproducción, ya que las dificultades de la realización se derivan de una insuficiente acumulación de capital, mientras que la teoría de la realización no puede comprender a la de la sobreacumulación ya que ésta impediría el advenimiento de tal situación.

La desproporcionalidad entre producción y consumo es una situación *permanente*, es decir, es la producción de plusvalía como tal, mientras que la sobreacumulación como discrepancia entre explotación y composición orgánica del capital se hace notar de tiempo en tiempo. La composición orgánica del capital creciente presupone una desproporcionalidad en aumento entre la producción social y el consumo y supera por sí misma, es decir, a través de la acumulación, el problema de la realización. Sólo vuelve a presentarse con la ausencia de acumulación y entonces aparece como defecto de demanda, que incluye en sí también la demanda de bienes de consumo.

Mandel escribe: «Entendemos bajo el concepto de sobreacumulación aquella situación en la que una parte del capital acumulado sólo puede ser invertido a una tasa de *beneficio* insuficiente» (p. 102). Como en esas condiciones no se invierte, la interrupción de la acumulación necesariamente se

presenta como insuficiencia de demanda de bienes de producción y por tanto de consumo en el mercado o como crisis de sobreproducción. Así lo presenta Mandel también, pero él quisiera «a largo plazo» insistir en la sobreacumulación con el fin de demostrar la necesaria decadencia del capital. Pero no de una manera tan «mecánica» como, por ejemplo, lo hizo Grossmann: no sobre la base de la hipótesis de una composición orgánica del capital en constante aumento, sino a causa de la progresiva automatización y de la expulsión del trabajo vivo de la producción. Contra Grossmann argumenta Mandel que la elevación de la composición orgánica del capital resulta siempre compensada a través de la correspondiente desvalorización del capital. No se da cuenta de que por la misma lógica también se frenaría la automatización en cuanto afecta al beneficio. Tampoco es consciente de que no hace sino repetir a Grossmann con otras palabras. La automatización progresiva evidentemente es idéntica a una composición orgánica del capital cada vez mayor. Pero a poco de fallar el «dialéctico» Mandel su destructivo juicio sobre el «mecanicista» Grossmann, no tiene inconveniente en volver a retomar la vieja idea de que el capital no puede automatizarse en una medida excesivamente importante sin destruirse a sí mismo.

Escurridizas como anguilas, las contradicciones que aparecen en Mandel no resulta fácil volverlas contra él, ya que él mismo las pone de relieve con la esperanza de desarmar así a todos sus posibles contradictores. Así, acepta sin más «que las dificultades para la realización de la plusvalía con elevación simultánea de la tasa de plusvalía están ancladas en el modo de producción capitalista» (p. 509). Pero las anclas pueden levarse y el viaje continuar en cuanto la una o la otra variable se haga independiente. Por una parte el capital acumula, según Mandel, a costa de los países subdesarrollados, pero por otra parte surge a causa de esto «una barrera suscitada por el capital mismo y no susceptible de superación en el camino de su propia expansión» (p. 79). Como al mismo tiempo el problema del beneficio extraordinario, tanto nacional como internacionalmente, «se reduce al de la transferencia de valor o de plusvalía, en un plano puramente económico no hay absolutamente ninguna frontera para este proceso de crecimiento de la acumulación de capital a costa de otros capitalistas, de expansión del capital a través de la combinación de acumulación y desvalorización de los capitales, a través de la unidad y la contradicción dialéctica entre la concurrencia y la concentración. Cada límite del proceso de crecimiento capitalista -desde un punto de vista económico- es siempre temporal, porque parte de unas condiciones determinadas por el desnivel de productividad, pero esas condiciones pueden variar» (p. 97). En una palabra: las cosas son así, pero también pueden ser de otra manera; todo

depende de con quién Mandel haya entablado la discusión en ese momento.

Haría falta otro libro para poner de manifiesto en detalle todas las incongruencias de Mandel con el fin de demostrar que lo que hace Mandel no tiene nada que ver con la dialéctica, sino que se trata de incompatibilidades ordinarias. Los lectores atentos de su libro notarán esto por sí mismos. Vamos a centrarnos más bien, por tanto -una vez dejemos constancia del tratamiento apologético dispensado por Mandel a la teoría del imperialismo de Lenin- en su análisis del «capitalismo tardío». Pero como según Mandel la fase actual del capitalismo ha de explicarse no sólo a partir de la teoría, sino también a partir de la historia, hay que volver a entrar en el pasado.

Mandel distingue tres fases principales en el desarrollo capitalista. La «era del primer capitalismo de libre concurrencia, que todavía estaba bajo el signo de la inmovilidad del capital, ya que la expansión de la acumulación en base al mercado interior no se encontraba con obstáculos decisivos en su camino». A ésta le sigue la era «clásica» del imperialismo, en la que la concentración del capital adquiere un carácter cada vez más intelectual. Esta fase acaba siendo sustituida por el actual «capitalismo tardío», en el que la «corporación multinacional es la forma determinante de organización del gran capital». Aquí se pone de manifiesto que «el crecimiento de las fuerzas productivas supera el marco del Estado nacional, es decir, que el límite mínimo de rentabilidad [...] hace necesaria la intervención en los mercados de diversos países» (p. 294).

Sin embargo, es un hecho que el crecimiento de las fuerzas productivas coincidió desde un principio con la formación del mercado mundial, siendo el imperialismo y la concentración internacional del capital expresión de la concurrencia imperialista. Para Mandel -en un plano abstracto- «las manifestaciones del imperialismo han de explicarse por una deficiente homogeneización de la economía mundial capitalista» (p. 78), de lo que debería derivarse el hecho de que la creciente homogeneización de la economía mundial estaría llamada a debilitar al imperialismo. Esto mismo, sin embargo, no es posible según Mandel precisamente porque la «acumulación del capital es siempre desarrollo y subdesarrollo en tanto que momentos recíprocamente condicionados del movimiento desigual y combinado del capital» (p. 79).

Según Hilferding y Lenin, la concentración y la centralización del capital, sujetas a la mediación de la concurrencia, conducen a la constitución de un capitalismo organizado orientado a un único *trust* mundial. Se trata de una evolución que sólo puede ser frustrada a través de una revolución proletaria. Mandel está aún hoy conforme con esta teoría y concluye de ella «que en el camino hacia

el "único *trust* mundial" a consecuencia del retraso de la revolución proletaria en los países imperialistas, parece posible, si no probable, la fusión de las potencias imperialistas independientes en "tres" superpotencias» (p. 311). En oposición a Kautsky, padre de esta idea, Mandel no ve en este proceso una superación, sino una «agudización de todos los antagonismos inherentes al imperialismo en la época del capitalismo tardío» (p. 310), ya que «en la lucha concurrencial internacional cada vez más aguda, la *tendencia principal* se orienta no hacia una fusión universal del gran capital, sino al agravamiento de las oposiciones entre una diversidad de formaciones imperialistas» (p. 314). Así, en la «forma organizativa determinante del gran capital en el capitalismo tardío», en última instancia de lo que se trata es de nuevo de una tendencia colateral que resulta compensada por la «tendencia principal». Pero la tendencia colateral, la centralización internacional del capital, ha de entenderse según Mandel como un intento del capital «por romper las barreras históricas del Estado nacional, de la misma manera que la programación económica nacional (y mañana supranacional) supone un intento de superar parcialmente en pro del ulterior desarrollo de las fuerzas productivas las barreras de la propiedad privada y de la apropiación privada» (p. 316).

Este auténtico carácter del «capitalismo tardío», así desvelado, no había sido captado hasta ahora ni por parte burguesa ni por parte marxista. Por lo que a esta última se refiere, su error consistía en no prestar atención al «encadenamiento entre el "capitalismo organizado" y la producción de mercancías generalizada» (p. 459). Así, la «fórmula aplicada por Marx en *El Capital a la sociedad por acciones*» no ha sido entendida en lo que se deriva de su afirmación de ésta como «superación del modo de producción capitalista en el interior del propio modo de producción capitalista» (p. 459). Puesto que Marx escribió esto hace ya más de cien años es posible, por lo visto, que nos estemos encontrando hace ya tiempo y sin saberlo en la era del capitalismo tardío. La aparición de las sociedades por acciones, que precedieron incluso al capitalismo, es descrita por Marx en términos de «producción privada sin el control de la propiedad privada», como producción capitalista sujeta a un control colectivo. Muy alejado de ver aquí un elemento «organizador» del capitalismo, para Marx este género de capitalismo conducía a una ulterior desorganización de éste y a su ruina. Implanta «en algunas esferas el monopolio y determina por tanto la intervención del Estado. Produce una nueva aristocracia financiera, una nueva especie de parásitos bajo el disfraz de proyectistas, fundadores y directores meramente nominales; todo un sistema de estafa y falsedad en lo relativo a

fundaciones, emisiones de acciones y comercio de acciones»<sup>201</sup>.

Marx no se ocupa aquí evidentemente de la cuestión suscitada más tarde por Engels acerca de si la formación de sociedades por acciones no contaba también con una parte positiva en la medida en que podían ser consideradas como una especie de «contrapeso de las fuerzas productivas en intenso crecimiento frente a su naturaleza capitalista»<sup>202</sup>. Marx consideraba a las sociedades por acciones como un signo más de las contradicciones que iban surgiendo en el capitalismo y que determinaban que su auge entrañase también su decadencia. Las fuerzas productivas que pueden desarrollarse en el capitalismo están determinadas y limitadas por su acumulación; no pueden independizarse y revolve contra su naturaleza capitalista. La única fuerza productiva que puede hacer esto es la clase obrera. Es por tanto una tontería decir que el capital se esfuerza, en pro del ulterior desarrollo de las fuerzas productivas, por romper las barreras del Estado nacional y de la propiedad privada. Por el contrario: su «internacionalismo» sirve con exclusividad a los capitales nacionales y a la propiedad privada con o sin control privado.

El mercado mundial es también un mercado de capital y es completamente obvio que con la expansión capitalista las corporaciones nacionales se conviertan en internacionales. Dos guerras mundiales han mostrado además que los frentes de la concurrencia imperialista no los constituyen los Estados nacionales, sino las combinaciones imperialistas supranacionales. La economía mundial hace de cada crisis una crisis mundial y de cada guerra una guerra mundial. Incluso allí donde la guerra se queda localizada como consecuencia del predominio momentáneo de un Estado particular o de una particular combinación de Estados, no por ello afecta menos al movimiento conjunto de la economía mundial. Hace ya mucho tiempo que las vinculaciones supranacionales de las potencias capitalistas existen tanto en el terreno del poder político como en el económico y no por eso han tenido que esperar al «capitalismo tardío».

Los resultados de la Segunda Guerra Mundial crearon buenas condiciones no sólo para una acumulación acelerada, sino, en conexión con ésta, para la expansión multinacional de las grandes corporaciones. La adaptación del mercado al crecimiento de la producción y a las nuevas relaciones de capital facilitaban la realización del beneficio y el proceso en su conjunto condujo a un incremento generalizado, aun cuando desigualmente distribuido, de la producción de beneficio. Este proceso, que se quiere entender a sí mismo como proceso de internacionalización del capital y de la producción, se encuentra, sin

<sup>201</sup> *Das Kapital*, vol. III, MEW 25, p. 454.

<sup>202</sup> *Anti-Dühring*, MEW 20, p. 260.

embargo, como toda fase anterior del desarrollo capitalista, limitado en su avance. Cualquier nueva crisis mundial o también la disminución de la tasa de acumulación puede originar su hundimiento. Igual que en el pasado se derrumbó a causa de la agudizada concurrencia en el mercado mundial, también el capitalismo multinacional puede encontrar su fin en nuevas luchas concurrenciales. Pero ya ahora puede afirmarse que la internacionalización creciente del capital no supone una capacidad organizativa cada vez mayor, sino que es sólo la forma actual de la concurrencia desorganizada de los capitales, tal como se deriva de las inconfundibles relaciones de valor y plusvalía que persisten. Antes como ahora, es la ley del valor la que determina las posibles formas de organización del capital, pero con ello también la imposibilidad de un «capitalismo organizado».

Las corporaciones multinacionales no han afectado en nada el carácter nacional y por tanto imperialista del capital. A pesar de todas las relaciones indirectas, el control de estas corporaciones permanece en las manos de muy determinados capitales nacionales a menudo vinculados al Estado nacional respectivo y los beneficios retornan a las naciones de las que son originarias las corporaciones.

La existencia de corporaciones multinacionales sin contacto alguno con el Estado, la verdadera internacionalización del capital: esto puede que sea un sueño de los capitalistas, pero en el marco de la acumulación de capital no tiene absolutamente ninguna posibilidad de realizarse. Profundamente impresionado por la «forma multinacional del gran capital» e inquieto ante la «probabilidad» de formación de tres grandes imperialistas en lucha por el control de la economía mundial, Mandel comunica primero a sus lectores el horror ante la perspectiva tan sombría que se abre así, para luego al final afirmar con serenidad que «la supervivencia del Estado nacional está ligada a la concurrencia capitalista o imperialista» (p. 525).

Pero el «encadenamiento del "capitalismo organizado" con la producción generalizada de mercancías» es para Mandel simultáneamente un fenómeno nacional e internacional. En el marco nacional se manifiesta como intervención del Estado en los mecanismos económicos para estimular la acumulación capitalista. Aquí le viene bien a Mandel separar la producción de beneficio de su realización ya que la intervención del Estado hace aumentar la producción por la vía de la realización de la plusvalía. De esto se deriva para él el intento del capital de romper las barreras colocadas por la propiedad privada a la producción capitalista. Esto se efectúa mediante la industria de armamentos y la economía de guerra. Sin embargo, sólo aquella clase de «industria armamentista que absorbe capitales excedentes

es a la larga beneficiosa para la acumulación de capital, no la que absorbe los capitales que son necesarios para la reproducción ampliada del sector I y del II (del esquema de la reproducción) [...]. Más allá de este punto, la economía armamentista y de guerra aniquila en una medida creciente las condiciones materiales de la reproducción ampliada e impide de este modo a largo plazo la acumulación de capital en vez de fomentarla» (p. 156). Con otras palabras: el armamento es bueno para la acumulación, pero malo cuando se exagera. Si la tasa de acumulación desciende a pesar de la industria de armamentos, la teoría de Mandel no sufre las consecuencias, precisamente porque se exageró con los armamentos.

Para demostrar su teoría ofrece Mandel un esquema de la reproducción con tres sectores, siendo el último de ellos representativo de la industria de armamentos, cuya producción no entra en el proceso material de la reproducción, pero que en tanto que parte de la producción total estimula la acumulación. Podemos dejar fuera de nuestra consideración estos jueguecitos que no hacen sino reiterar lo que ya había sido expuesto en forma literaria. Los tres sectores producen según Mandel mercancías y por tanto plusvalía. Los armamentos se financian a partir de la plusvalía que «no sirve ni para el mantenimiento de la clase capitalista ni para el de la clase obrera, encontrando por tanto el capital aquí una nueva oportunidad tanto para producir como para realizar la plusvalía» (p. 262).

Es necesario considerar con cierto pormenor la definición de la ley del valor que da Mandel. Para él tiene ésta «la función de regular a través del intercambio de cuantos de trabajos equivalentes a medio plazo la distribución de los recursos económicos de que dispone la sociedad entre los diversos sectores de la producción y de acuerdo con las oscilaciones de la demanda solvente, es decir, de acuerdo con la estructura del consumo» (p. 66). Se trata, por tanto, de un mecanismo de equilibrio destinado a poner en consonancia la producción con el consumo. De acuerdo con esto afirma Mandel, siguiendo a Rosdolsky y citando a Marx, que «la producción de capital constante no se efectúa nunca por sí misma, sino siempre sólo porque se necesita más de ella en las esferas de la producción cuyos productos están destinados al consumo individual» (p. 259). Como a consecuencia de la creciente composición orgánica del capital cada vez se emplea un número menor de nuevos trabajadores, el consumo social no puede ampliarse lo suficiente como para abarcar la producción para el consumo el conjunto de la producción de mercancías. Así genera el aumento de la composición orgánica del capital el problema de la realización aun cuando no se ve claro cómo la ley del valor, que aparentemente lo que ha de hacer es adaptar la producción al consumo, puede consentir el crecimiento de la composición

orgánica del capital. Si el capital constante sólo puede crecer cuando se invierte en las esferas de la producción orientadas al consumo, entonces lo que determina la producción no es la valorización del capital, sino el consumo social. La cita de Marx lo dice muy claramente; lo único que ocurre es que no ha sido bien entendida.

## VI

Para producir capital, el capitalista ha de hacer fabricar mercancías que para él tienen valor de cambio y para los demás valor de uso. El valor de uso se realiza en el consumo. De la misma manera que el capitalista consume productivamente el valor de uso de la fuerza de trabajo, las mercancías que se generan entrarán de una u otra forma en el consumo social y por tanto desaparecerán. Lo que no desaparece es la parte de la plusvalía o plusproducto que sirve como capital constante a la reproducción ampliada de las relaciones de explotación.

Para que el capital pueda ser acumulado es preciso que se produzcan valores de uso que encuentren la demanda adecuada o lo que Mandel llama «consumidores finales». De esto, no obstante, no se puede deducir que sea el «consumidor final» el que realmente determine el movimiento del capital. O expresándolo de otra manera: el «consumidor final» no tiene nada que ver con la «suma salarial para bienes de consumo de crecimiento excesivamente lento» tal como Mandel se lo representa. Para todo capitalista el valor de cambio de sus obreros es un precio de coste que intenta mantener cuanto sea posible como valor de uso. Pero los obreros de todos los capitalistas, en cuanto producen bienes de consumo, son para el capitalista consumidores y él está sometido a su demanda. Cuanto más altos sean los salarios de los otros trabajadores y cuanto más bajos los que el capitalista ha de pagar a sus propios trabajadores, tanto mejor podrá realizarse en el mercado su beneficio. Como esto ocurre en el caso de todos los capitalistas, los trabajadores como clase obtienen sólo su valor de cambio, que puede significar una cantidad de mercancías mayor o menor, mientras que los capitalistas obtienen su parte de la producción igualmente en productos y que corresponde a la plusvalía, necesitando igualmente de un «consumidor final» pero sin poder encontrarlo en la clase obrera. La realización de la plusvalía no tiene así nada que ver con los trabajadores como consumidores, sino que ha de realizarse a través del mismo capital.

Si los trabajadores no produjesen plusvalía, no tendríamos economía capitalista; si los capitalistas consumieran toda la plusvalía, entonces tendríamos producción capitalista, pero no producción de capital. Esto último presupone que una parte de la plusvalía sea acumulada. Esta

parte ha de adoptar *a priori* la forma de medios de producción aun cuando éstos sean a su vez próximos a la producción de mercancías destinadas al consumo. El capital no produce por principio medios de producción por producirlos, ni medios de producción para producir bienes de consumo. Ambas cosas son tan sólo medios para el fin de transformar un capital dado en uno mayor. Como la producción de medios de consumo está vinculada a la de medios de producción y viceversa, la demanda de unos o de otros depende del movimiento del capital. La demanda de medios de producción aumentará relativamente y la de medios de consumo disminuirá relativamente con una acumulación acelerada, va que la masa de plusvalía es en cualquier momento dado una cantidad dada. Lo que se acumula no puede ser consumido aun cuando la acumulación lance a la circulación más medios de consumo gracias a unos medios de producción más cuantiosos y mejorados.

El proceso de acumulación, por tanto, ha de ser un proceso de extensión del modo de producción capitalista; el mercado mundial es desde un principio condición de la expansión capitalista. Los medios de producción acrecentados por la acumulación y la mayor productividad proporcionan una masa de mercancías siempre creciente y la acumulación del capital se prosigue a través de la realización de esta masa de mercancías. El incremento de la productividad del trabajo no tiene en sí mismo nada que ver con el capitalismo. La productividad del trabajo aumentó en épocas precapitalistas, si bien lentamente, y seguirá aumentando después de la abolición del capitalismo. Todo el desarrollo social se basa en la productividad creciente del trabajo. Este proceso general se realiza bajo las relaciones capitalistas de producción y en la forma específica de la competencia capitalista. No es sin embargo la competencia la que genera el desarrollo de las fuerzas productivas, sino más bien fue el desarrollo de las fuerzas productivas lo que dio lugar a la competencia capitalista. Ahora bien, una vez en marcha este proceso, la competencia capitalista impulsa enormemente la productividad del trabajo. Todo capital, para seguir siéndolo, ha de aumentar su productividad y por tanto acumular capital. Esto implica a una parte creciente de la plusvalía y deja una parte relativamente decreciente al consumo capitalista. Aun cuando la masa de las mercancías de consumo a realizar aumenta y eso permite a los capitalistas una existencia permanentemente más lujosa, una parte de la plusvalía hasta entonces determinada por la acumulación es capitalizada. Se requieren más medios de producción y menos artículos de consumo. La producción de mercancías se modifica en correspondencia con la demanda que se ha modificado. En la medida en que se plantea la cuestión de la realización de la plusvalía -y desde el punto de vista del capital global el problema de la realización sólo se refiere a la

plusvalía- se realiza a través del consumo capitalista y de la acumulación de capital.

La oferta y la demanda se adaptan a las necesidades de acumulación del capital. Es cierto que los medios de producción incrementados sirven en último término a la producción de medios de consumo y éstos han de hallar un mercado para reconvertirse en capital. Pero este mercado se deriva de la dinámica del capital de la acumulación que prosigue y se amplía, al compás de la cual una masa creciente de plusvalía se invierte en medios de producción. El capital se procura así su propio mercado y realiza su beneficio en la acumulación y en el creciente consumo capitalista. Este proceso es posible sólo porque los trabajadores son excluidos del proceso de realización del capital. Si la realización de la plusvalía dependiese del incremento de su consumo, equivaldría a una pérdida en cuanto a beneficio por parte del capital y estaría, por tanto, ligado a una tasa de acumulación más baja y a un consumo capitalista inferior. Sin embargo, el carácter de valor de la fuerza de trabajo excluye esta posibilidad y cede su plusvalía al capital que actúa como su «consumidor final».

La idea de que el capital no ha de poder necesariamente aprovechar su plusvalía y realizarla de esta manera es difícil de comprender. Prescindiendo del impulso acumulador, la demanda de acumulación es en general ilimitada. Ningún capitalista puede ser, en su opinión, «demasiado rico» y la riqueza se presenta ante él como capital. La acumulación le proporciona una masa de beneficio mayor, que le permite proseguir la acumulación. La implicación de nueva fuerza de trabajo, su propio consumo creciente, así como la extensión del mercado mundial le permiten al capital convertir en capital adicional, a la espera de la ulterior expansión y sin pensar en las condiciones dadas del mercado, la parte de la plusvalía que no consume. Como la producción ha de adelantarse de todos modos al consumo, la producción de medios de producción no se halla ligada a la demanda existente en cada caso en el mercado de medios de consumo. Mientras la tasa de plusvalía vaya a la par con la acumulación o la sobrepase, la acumulación del capital no significará más que la extensión del propio modo de producción capitalista, la conquista del mundo por el capital. Se crean constantemente nuevas premisas para la producción capitalista antes de que las antiguas hayan consumado la transformación de la forma mercancía del capital en la forma capital, de tal manera que la acumulación del capital precede permanentemente al consumo y determina sus dimensiones.

La historia del capital que nos antecede habría discurrido de un modo distinto a como realmente ha discurrido si su acumulación hubiese dependido de la realización de la plusvalía por parte del «consumidor final» de Mandel. En realidad, la

acumulación siempre se ha efectuado a costa del consumo el cual, aun cuando creciendo, siempre se ha quedado por detrás de la expansión del capital. Aun cuando la producción de capital constante también conduce en último término a la de medios de consumo, ello no implica que *sólo* se ponga en marcha cuando exista la demanda de bienes de consumo pertinentes. «Dado que el objetivo del capital no es la satisfacción de necesidades, sino la producción de beneficio, y dado que este objetivo sólo se consigue mediante métodos que adecuan la masa de la producción a la escala de la producción y no a la inversa, permanentemente ha de existir una discrepancia entre las limitadas dimensiones del consumo sobre bases capitalistas y una producción que permanentemente tiende a ir más allá de estas limitaciones inherentes a ella»<sup>203</sup>. Así, según Marx, se producen, en efecto, «periódicamente demasiados medios de vida y de trabajo como para poder hacerlos funcionar como medios de explotación de los trabajadores a una determinada tasa de beneficio. Se producen demasiadas mercancías como para poder realizar el valor que contienen y la plusvalía que encierran bajo las condiciones de distribución y las relaciones de consumo determinadas por la producción capitalista y para poder reconvertirlas en nuevo capital, es decir, como para poder ejecutar este proceso sin que sobrevengan reiteradamente explosiones»<sup>204</sup>.

Pero estas contradicciones y las explosiones que desencadenan son siempre el resultado de períodos de acumulación afortunados en los que son *esas mismas contradicciones* las que hacen avanzar a la acumulación. La barrera del sistema capitalista ha de verse, viene dada, según Marx, por el hecho de «que el desarrollo de la capacidad productiva del trabajo genera con la caída de la tasa de beneficio una ley que en un punto determinado revierte de manera negativa para su propio desarrollo y tiene por lo tanto que ser superado constantemente mediante crisis. De aquí que la apropiación del trabajo no pagado y la relación entre este trabajo no pagado y el trabajo objetivizado en general o, expresado en términos capitalistas, que el beneficio y la relación entre ese beneficio y el capital utilizado, es decir, un determinado nivel de la tasa de beneficio decida sobre la extensión o la limitación de la producción»<sup>205</sup>. Sólo en el punto en el que desciende la tasa de beneficio por el aumento de la composición orgánica del capital determinado por la acumulación se da junto a esta sobreacumulación también una sobreproducción de mercancías, la discrepancia entre producción y consumo y el problema de la realización. Estas dificultades son *siempre inmanentes* a la producción de capital, sin por ello constituir un obstáculo

<sup>203</sup> K. Marx, *Das Kapital*, vol. III, p. 243 (edición Ullstein).

<sup>204</sup> *Ibid.*, pp. 244 y s.

<sup>205</sup> *Ibid.*, p. 245.



para la acumulación hasta que llega el momento en que por sí mismas se convierten en obstáculo.

La ausencia de acumulación no sólo indica que ésta depende de la rentabilidad del capital, sino que también es dependiente de las limitaciones del consumo a ella ligadas y que aparecen en el mercado como problema de realización. Con esto no se afirma que la crisis capitalista que se manifiesta como sobreproducción pueda superarse mediante un incremento del consumo. Las dificultades de la realización de la plusvalía han de superarse a través de la continuación del proceso de acumulación. La solución ha de hallarse en la producción, no en el mercado. La plusvalía ha de incrementarse con el fin de adaptarse a la masa de beneficio que demanda la expansión capitalista a pesar del decrecimiento relativo del consumo social. La misma crisis de sobreproducción se convierte en un medio para este fin, de un lado a través de la desvalorización del capital, y de otro a través de su continuada concentración y las transformaciones de la estructura del capital a ella ligadas y que conducen a una elevación de la tasa de beneficio.

Es, por consiguiente, posible señalar los límites de la producción capitalista de manera abstracta, sin introducir el problema de la realización, como una consecuencia directa de la producción de valor. Incluso bajo la hipótesis de que el capital consigue vender todas las mercancías, realiza plenamente su plusvalía y los trabajadores obtienen siempre el valor de su fuerza de trabajo, a medida que aumente la composición orgánica del capital, el beneficio llegará un momento que se agotará y ese momento corresponde al punto en el que en la acumulación la tasa de explotación del contingente de fuerza de trabajo vinculado al capital ya no pueda aumentarse más. En la realidad, esta *decisiva contradicción* de la producción de capital se manifiesta en una serie de contradicciones que se derivan de ella tales como la dificultad en la realización de la plusvalía, la diferencia entre producción y consumo, así como las diversas desproporcionalidades existentes en la economía inherentes todas ellas a este sistema e imposibles de eliminar de él. Así el problema de la realización no aparece tampoco en la realidad en la forma que se deriva de las relaciones capitalistas de producción, es decir, exclusivamente como un problema de realización de la plusvalía, sino como un problema de realización de los valores de las mercancías, que se componen de valor y plusvalía. Si una parte de la plusvalía no se puede realizar como beneficio, tampoco puede hacerse lo propio con una parte del valor, de tal manera que las dificultades de realización se presentan como sobreproducción general.

Según Mandel, «las dificultades de realización sólo pueden resolverse en último término mediante la elevación de la demanda solvente de *bienes de consumo*» (p. 261), pero en realidad no

pueden resolverse, sino como máximo cubrirse provisionalmente a través de una acumulación acelerada. Esto también lo sabe Mandel. Este «último término» no puede ser realizado, ya que «la lógica del modo de producción capitalista actúa en sentido inverso» (p. 261). Pero este «último término» contiene la clave de la teoría de Mandel de la realización de la plusvalía por medio de la industria del armamento. Lo que no se puede alcanzar con el «consumidor final», le parece a él garantizado por la industria de armamentos.

## VII

Para Mandel, desde el punto de vista de la formación del valor es indiferente el género de mercancía que se produzca, da igual que sea para el consumo de los trabajadores, de los capitalistas o del Estado. Para Marx, señala Mandel, «el trabajo abstracto es creador de valor, es decir, se trata del trabajo que independientemente del valor de uso específico a que da lugar, produce en tanto que parte de la capacidad social general de trabajo una mercancía que encuentra en el mercado un equivalente, es decir, que cubre una necesidad social» (p. 272). Con esto la dimensión global de la producción de valor queda determinada por la de la producción de mercancías y con esto la tasa de beneficio depende de la masa del plustrabajo «que es puesto en movimiento en la producción de mercancías por el capital social, independientemente del sector (por ejemplo la producción de armamento) en que esto ocurra» (p. 272).

Podemos dejar aquí fuera de nuestra consideración los razonamientos de Mandel acerca de si el sector de armamento, en tanto que tercer sector de su esquema de la reproducción, es de una composición orgánica de capital superior o inferior y, consiguientemente, si influye en sentido positivo o negativo sobre la tasa media de beneficio, ya que la industria de armamentos no constituye ningún sector específico, sino que se mueve en el marco de la producción capitalista general. Lo que nos interesa son los interrogantes referentes a si la industria de armamento constituye propiamente producción de mercancías, a si estas mercancías se cambian contra otras y a si su «valor» se integra en el valor global.

Mandel da una respuesta afirmativa a estos interrogantes, aun cuando con la limitación de que esto sólo es así bajo determinadas condiciones, planteamiento del que, por tanto, debería ya derivarse, propiamente, que el caso de la industria de armamento no corresponde al intercambio habitual de mercancías. La limitación que plantea Mandel se refiere a que su afirmación sólo es válida cuando «están presentes en la economía reservas no utilizadas» y que como «ésta es la situación de partida del "armamento permanente"

no se deriva ningún problema particular del valor de uso específico de la producción adicional». Luego sigue otra limitación consistente, a saber, en que la aceleración de la acumulación de capital mediada por la producción de armamento sólo es efectiva cuando el capital excedente en su conjunto (las reservas no utilizadas) se utilizan en la producción de armas «no de golpe, sino sólo paso a paso». Si es este el caso, el capital que hasta entonces estaba inactivo puede valorizarse gracias a la industria armamentista.

El concepto de «trabajo abstracto» se refiere al tiempo de trabajo social global en el que se integran todos los valores-trabajo particulares y en el que se disuelven. No se refiere a la distribución del valor o de la plusvalía, que dependen de las relaciones concretas de la producción capitalista determinadas por el valor de uso de las mercancías. Bajo la *hipótesis* de que todo trabajo produce plusvalía, puede afirmarse que del tiempo de trabajo global se deriva el valor global que se divide en valor y plusvalía. Como el valor de las mercancías ha de realizarse en el mercado, para cada mercancía ha de encontrarse un comprador, de tal manera que -en una forma, como siempre, metamorfoseada- pueden intercambiarse cuantos de tiempo de trabajo contra cuantos de tiempo de trabajo. Ahora bien, las «mercancías» producidas en las industrias de armamento no pueden cambiarse ni contra los valores tiempo de trabajo de los trabajadores ni contra la plusvalía de los capitalistas. Prescindiendo de una parte ínfima de la producción de armamento que se integra en el consumo privado, el comprador de la producción armamentista es el Estado. Sin embargo, éste no puede cambiar el «trabajo abstracto» que se invierte en la industria de armamento contra su propio «trabajo abstracto», ya que él no produce absolutamente nada. Sus ingresos provienen de la imposición sobre el ingreso social proveniente de la producción de valor y plusvalía.

También Mandel sabe que los gastos del Estado (incluido el armamento) consisten en deducciones del salario del beneficio para las que no hay ningún contravalor y que por tanto reducen el salario y el beneficio, por lo que no pueden influir sobre el valor global. Pero esto sólo sería exacto en una situación de pleno empleo y utilización de la totalidad de los recursos productivos. Mientras existan parte de éstos inmovilizados, aumentarán a través de la producción adicional con fines armamentistas el valor y la plusvalía y la acumulación se verá fomentada. El «valor de mercancías» adicional se realiza por las compras estatales. Pero este Estado, ahora igual que antes, sólo dispone de dinero proveniente de los impuestos o del endeudamiento, dinero del que se deriva un endeudamiento progresivo del Estado que, de la misma manera que antes, sólo puede financiarse y saldarse a través de los impuestos. Aun cuando la producción aumenta con los gastos

en armamento, el «nuevo valor» en su conjunto ha de saldarse en base a los resultados de la producción capitalista de mercancías, ya que no existe ningún mercado para la industria de armamentos. Frente a esto, Mandel habla de la «importancia del negocio de las armas en el comercio mundial», un «negocio que, dicho sea de paso, demuestra lo poco acertado que es no entender la producción de armamento como producción de mercancías ni catalogar las inversiones en este sector como acumulación de capital» (p. 288). Pierde de vista en esto Mandel que lo anterior no cambia nada las cosas: también en el comercio internacional son los gobiernos los que compran las armas y esos gobiernos las pagan a cargo de dinero proveniente de impuestos, de tal manera que nada cambia en el capital global el hecho de que frente a los gastos en armamento no existan unos ingresos procedentes de la producción.

Mandel se imagina aquí que la producción sólo por el hecho de darse en el capitalismo ya ha de ser producción capitalista, producción de plusvalía. Es cierto, de todos modos, que la industria armamentista genera beneficios y acumula capital y no se diferencia en nada de las demás empresas. Pero sus beneficios y sus inversiones de nueva planta no provienen de la circulación de las mercancías, sino de los gastos estatales, los cuales están integrados por una parte del valor y de la plusvalía realizados de otros capitales. Esto no es completamente evidente, pues una gran parte de la producción de armamento es financiada mediante créditos en vez de mediante la imposición directa, por lo que la carga sobre el capital privado se distribuye a lo largo de amplios lapsos de tiempo. El capital provee de crédito al gobierno, un crédito con el cual bien puede ampliarse la producción, pero sin que se obtenga ninguna plusvalía adicional, ya que los bienes de la industria de armamentos han de pagarse con la plusvalía de quienes dan los créditos.

Si la industria de armamentos, como dice Mandel, implica, en una situación de pleno empleo y aprovechamiento de todos los recursos productivos, una deducción de los salarios y beneficios, ya por eso mismo se consigna que esta industria no produce su propio valor y su propia plusvalía, por lo que no puede ser considerada como producción de mercancías. Esto no puede cambiar sólo por el hecho de que una parte del capital esté inactiva. De la misma manera que el problema capitalista de la valorización y de la realización no puede solventarse aumentando el consumo, tampoco es posible hallar una solución por la vía de la industria de armamentos, cuyos productos, exactamente igual que los del consumo incrementado, no pueden transformarse en nuevo capital, sino que sencillamente desaparecen. La industria de armamentos, igual que todos los demás gastos estatales que no son cubiertos con la propia producción estatal, corresponde, desde

el punto de vista social, exclusivamente a la esfera del consumo, no a la de la acumulación.<sup>206</sup>

Prescindiendo en un momento dado del carácter «de producción de valor y de plusvalía» de la industria de armamentos en tanto que «una de las más importantes palancas para la solución del problema de los capitales excedentarios», Mandel llega sorprendentemente al resultado de que «cuanto más amenaza con reducir el desarrollo de la economía armamentística las ganancias netas de las grandes corporaciones (es decir, cuanto más elevada sea la presión fiscal por ella determinada), tanto más fuerte será la resistencia de estas corporaciones en contra del ulterior desarrollo de la economía armamentista» (p. 282). Así pues, ahora ya no es verdad que desde el punto de vista de la formación de valor sea indiferente qué clase de mercancías sean las que se produzcan; que sea el «trabajo abstracto» el que produzca el valor y acumule el capital. Si esto fuera así, entonces al capital le podría ser indiferente hasta qué límite se desarrollase la industria de los armamentos, ya que siempre equivaldría a una ampliación de la producción de valor. Pero podemos dar ya por concluido aquí este tema porque Mandel, como es propio de un revolucionario, declara finalmente que la industria de armamento, como el capital en general, tiene marcados límites sociales objetivos.

## VIII

Y además, como el largo período de auge codeterminado por la industria de armamentos se acerca, según Mandel, a su fin, el problema puede relegarse, de cualquier forma, al ámbito de las cosas del pasado. Lo que sí que tiene actualidad es el ciclo de la crisis que ha de seguir manifestándose en el «capitalismo tardío». En su *Tratado de economía marxista*, Mandel estaba todavía fuertemente influido por la teoría keynesiana del control de la economía en el marco del largo período de prosperidad posterior a la guerra. Le parecía a Mandel que el capital, en contraste con el pasado, había conseguido salvar la gran contradicción existente entre los capitales excedentarios y la demanda efectiva en dirección hacia la estabilización del sistema. En su más reciente libro esta argumentación se refiere al

pasado más próximo, pero ya no se proyecta hacia el desarrollo futuro. Sin embargo, se hacía necesario ofrecer una explicación marxista del período inesperadamente largo de prosperidad del inmediato pasado y Mandel cree haber encontrado esa explicación en la teoría de las «ondas largas».

Como para cualquier otro, también para Mandel se presenta el ciclo industrial «como una sucesión de una acumulación acelerada y ralentizada» (p. 101). Se pregunta, sin embargo, «si existe una dinámica determinada en la sucesión de los ciclos industriales en períodos de tiempo más prolongados» (p. 102). Según Marx, dice Mandel, la «renovación del capital fijo constituye no sólo la explicación de la longitud del ciclo, sino también el momento decisivo que influye en general sobre la ulterior reproducción, el auge, la aceleración de la acumulación» (p. 103). Marx intentaba, en efecto, poner en conexión el desarrollo del ciclo con el período de rotación del capital, el cual, igual que los ciclos, tenía una duración media de diez años. Sin embargo, la vida del capital puede prolongarse o acortarse. Pero de lo que se trata a este respecto, según Marx, no es de un número determinado de años. Así, Marx lo formula de la siguiente manera: «De este ciclo que abarca una serie de años de rotaciones interconexas en las que el capital está determinado por su parte fija se deriva la base material de las crisis periódicas, en las que los negocios experimentan períodos sucesivos de distensión, media animación, aceleración y crisis. Es cierto que los períodos en los que se invierte el capital son muy diversos y están muy diseminados. Sin embargo, la crisis siempre constituye el punto de partida para una nueva inversión de grandes dimensiones. O sea, que es también -considerada la sociedad en su conjunto- más o menos una nueva base material para el nuevo ciclo rotatorio.»<sup>207</sup>

Esta vaga hipótesis no fue ulteriormente desarrollada por Marx y no lo fue ya por el mismo hecho de que los períodos de vida de los diversos capitales no son coincidentes y porque no se renuevan al mismo tiempo, sino en correspondencia con su punto de partida individual, mientras que el ciclo constituye un movimiento que afecta al mismo tiempo a la sociedad en su conjunto. De todos modos, la crisis genera una aglomeración de inversiones simultáneas y conduce de esta manera a una especie de «base material para un nuevo ciclo rotatorio». E, indudablemente, el capital se halla «determinado por su parte fija», ya que ésta, de acuerdo con su período de reproducción ha de ser renovada para constituirse en base de nuevas inversiones adicionales. Cuanto más breve sea el período de rotación, tanto más rápidamente podrán participar las innovaciones y las nuevas inversiones de la mayor productividad propiciada por la «revolución continua de los medios de producción» y tanto

<sup>206</sup> Mandel me objeta a mí que fluctúo entre dos interpretaciones distintas del efecto de la producción bélica. Escribe: «Por una parte afirma Mattick que "la producción suscitada por el Estado (incluida la producción de armamento) aumenta el consumo y no la acumulación" del capital. En otro lugar afirma que la producción bélica no es una simple "producción-desperdicio", sino que repercute favorablemente sobre el proceso de acumulación» (p. 279). No se trata de dos interpretaciones distintas, ya que la economía de guerra -exactamente igual que la crisis capitalista- puede ser, y hasta el presente lo ha sido mediante la destrucción de capital y las transformaciones estructurales de la economía mundial, un medio para la reanudación del interrumpido proceso de acumulación.

<sup>207</sup> *Das Kapital*, vol. II, MEW 24, p. 186.

más reducidos serán los costes del «deterioro moral» que precede al fin físico del capital. Pero, en última instancia, con todo esto no se viene a decir sino que «la crisis constituye siempre el punto de partida de una nueva gran inversión», es decir, que la productividad del capital se mejora lo suficiente como para volver a reanudar el proceso de acumulación.

Ahora bien, según Mandel, ha de explicarse «por qué se pone en marcha en un momento determinado un contingente masivo de capital adicional después de que haya estado durante largo tiempo inactivo». La respuesta es para él «evidente: sólo una súbita elevación de la tasa de beneficio puede explicar las inversiones masivas de los capitales excedentarios, de la misma manera que el descenso continuo de la tasa de beneficio [...] puede explicar la prolongada inactividad del capital» (p. 107). La tasa de beneficio aumenta, según Mandel, a través de una súbita disminución de la composición orgánica media del capital; un incremento súbito de la tasa de plusvalía; un abaratamiento súbito de elementos del capital constante y un repentino acortamiento del período de rotación del capital circulante (p. 107). De aquí se deriva la posibilidad de proceder no a cambios parciales y graduales, sino a una masiva y generalizada revolución de la técnica productiva en particular «cuando muchos factores actúan simultánea y acumulativamente en el sentido de la elevación de la tasa media de beneficio» (p. 108). En una palabra, «es evidente» que el súbito incremento de la tasa de beneficio tiene como consecuencia la acumulación.

Estas nuevas inversiones transformadoras de las técnicas productivas, resultado por una parte y causa por otra del súbito incremento de la tasa de beneficio, conducen a un ulterior aumento de la composición orgánica del capital, lo que en una «segunda fase» del desarrollo genera nuevas dificultades de valorización y la reaparición de capital inactivo. «Sólo si una combinación de condiciones específicas determina un incremento súbito de la tasa media de beneficios -prosigue Mandel- podrán introducirse masivamente en las nuevas esferas de la producción los capitales inactivos que han ido formándose a lo largo de decenios, posibilitándose un despliegue de la nueva técnica productiva básica» (p. 113). En base a este «despliegue de técnicas productivas básicas» la historia del capital internacional ha de entenderse «no sólo como la coetaneidad de movimientos cíclicos de siete y diez años, sino también como la sucesión de períodos largos de una duración aproximada de cincuenta años» (p. 113).

Estas «ondas largas» fueron destacadas sobre todo por Kondratieff<sup>208</sup>, quien intentó asimismo demostrar estadísticamente su existencia, si bien también han sido señaladas por otras personas. Tales ondas impresionaron al mentor de Mandel, Leon Trotsky, lo suficiente como para que éste se refiriese a ellas con cierto matiz crítico pero, en definitiva, con benevolencia. El momento era particularmente oportuno, porque el nuevo curso inaugurado por el tercer congreso mundial de la Internacional Comunista tomaba como punto de partida una estabilización del sistema capitalista que iba a posponer la revolución mundial. Los argumentos de Trotsky se dirigían en contra del llamado «economicismo» o contra «la concepción puramente mecánica del derrumbe capitalista» que se asignaba a quienes defendían la persistencia de una perspectiva de revolución mundial. La teoría de las «ondas largas» le venía como anillo al dedo, porque no se podía saber si se estaba al comienzo o al final de una de tales ondas.

Según Kondratieff, según Trotsky, las curvas económicas tienen un carácter distinto en las distintas épocas. Sin embargo, para que exista desarrollo capitalista, el nuevo auge desencadenado por la crisis ha de apoyarse en el auge anterior a la crisis inmediata. Es posible determinar la existencia de épocas del desarrollo capitalista que, independientemente de sus curvas económicas, indican una tendencia general alcista y otras épocas que tienen un carácter más bien estático. Sin embargo, estas ondas largas, que llenaban toda una época, de acumulación más lenta o más acelerada no podían entenderse, según Trotsky, en el mismo sentido que las crisis evidenciadas por Marx, immanentes al capitalismo, sino más bien como la repercusión sobre la acumulación del capital de circunstancias externas como, por ejemplo, «las conquistas capitalistas de otros países, el descubrimiento de nuevas fuentes de materias primas y los fenómenos sobreestructurales relacionados con todo esto como la guerra y la revolución que determinan el carácter y el cambio ascendente, de estancamiento o de decadencia de las épocas del desarrollo capitalista»<sup>209</sup>.

Mandel, no obstante, va un poco más allá de Trotsky, quien naturalmente no había dicho sino que el capitalismo no se mueve en el vacío, sino en el mundo real. Trotsky somete a crítica toda explicación «monocausal», es decir, «puramente económica» del desarrollo capitalista. Pues bien, en Mandel las «ondas largas» se vuelven a considerar como fenómenos «monocausales», «puramente económicos», ya que si bien la tasa media de beneficio «ha de ser interpretada por la mediación de una serie de transformaciones

<sup>208</sup> N. D. Kondratieff, *Die Langen Wellen der Konjunktur*, en: «Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik», diciembre 1926.

<sup>209</sup> En: «*The Fourth International*», mayo 1941.

sociales» (p. 122), sigue estando claro que es el movimiento de la tasa de beneficio el que determina tanto las ondas cortas como las largas. Como toda esta cuestión gira en torno a un pseudo-problema, es natural que el hecho de que las «ondas largas» no puedan ser satisfactoriamente verificadas en un plano estadístico carezca de importancia para Mandel, pues para él el «problema principal no se sitúa en la verificación estadística, sino en la explicación teórica, aun cuando está claro que en ausencia de confirmación empírica, la teoría de las "ondas largas" no pasa de ser, en último término, más que una hipótesis de trabajo carente de sólidos fundamentos, cuando no incluso una pura mistificación» (p. 133).

Mandel, no obstante, cree haber explicado él mismo el problema de las «ondas largas» en base «a la lógica interna del proceso de acumulación y valorización del capital» (p. 137) y, de esta guisa, se basa sin más en la existencia de las «ondas largas» para iluminar el movimiento descrito hasta ahora por el capital así como el del «capitalismo tardío». Así llegamos al siguiente resultado: la acumulación determina la caída de la tasa de beneficio; la tasa de beneficio puede incrementarse para que la acumulación se reanude. Como el mundo cambia, este proceso será unas veces fácil y otras difícil, no sólo en lo que se refiere a un determinado ciclo reproductivo, sino también en una perspectiva histórica. Combinando teoría e historia, pueden hallarse diferencias entre épocas de la producción capitalista que son diferentes, pero que se solapan. Cuando se produce un período prolongado de depresión en el que se generan una serie de movimientos cíclicos sin que se llegue a un auge digno de consideración, nos encontramos ante una onda larga ascendente de la producción capitalista, mientras que en una época del desarrollo capitalista en la que graves movimientos cíclicos no menoscaban la tendencia ascendente general podemos hablar de una onda larga alcista. Así se explica para Mandel la acumulación acelerada con una simultánea ausencia de situaciones serias de crisis que caracteriza al «capitalismo tardío» como una «onda larga con un tono básico expansivo» (p. 180) que viene dada no sólo por la industria de armamentos, sino también, y en mayor medida aun, por las transformaciones estructurales del capital y las nuevas condiciones de la producción.

La «onda larga con tono básico expansivo» que duró de 1940 a 1965 y que constituyó la base de una «tercera revolución tecnológica» no es, sin embargo, para Mandel, «en modo alguno un "puro" producto del desarrollo económico, la base de una vitalidad aparente o condición de existencia del modo de producción capitalista. Constituye antes bien la prueba de que en los países imperialistas no hay, sobre la base de la técnica y de las fuerzas productivas dadas, "situaciones absolutamente insolubles", que la

ausencia durante un plazo largo de una revolución socialista le puede conceder en último término una nueva prórroga al capitalismo, que éste luego aprovechará de un modo acorde con su lógica interna» (p. 203). Así pudo el capital incrementar una vez más sus fuerzas productivas. Pero la «tercera revolución tecnológica» define también el límite histórico del capital, «pues ¿quién comprará la duplicada cantidad de bienes de consumo si, permaneciendo constantes los precios de venta, el ingreso nominal de la población se divide por la mitad?» (p. 188). Aquí nos encontramos, según Mandel, «ante el límite interno absoluto del modo de producción capitalista [...]. Ese límite está donde la masa de plusvalía retrocede a causa de la expulsión de fuerza de trabajo del proceso productivo a consecuencia de la mecanización en su última fase, la automatización» (p. 191).

Frente al «límite interno absoluto» del modo de producción capitalista está, sin embargo, según Mandel, el hecho de que para el capital «no hay situaciones absolutamente insolubles», ya que sólo depende del proletariado si aquél seguirá vegetando incluso careciendo de «justificación vital». No subsiste en base a su propia «vitalidad», sino gracias a la disposición del proletariado a concederle todavía una «prórroga», es decir, gracias a la vitalidad de los trabajadores no revolucionarios. Si con esto tenemos que agradecer «la onda larga con tono básico expansivo» a los trabajadores o, mejor, a su equivocada dirección, entonces la nueva «onda con tono básico de estancamiento» (p. 420) pondrá de manifiesto «una mayor disposición del sistema a sufrir crisis sociales explosivas» y moverá al capital a darse «como tarea prioritaria la destrucción de la conciencia de clase proletaria, particularmente en su forma socialista» (p. 437). Entretanto y a pesar de la falta de vitalidad se ha demostrado que «muy lejos de ser una "sociedad post-industrial", el capitalismo tardío constituye por vez primera en la historia una sociedad de industrialización universal generalizada». La «mecanización, estandarización, sobreespecialización y parcelación del trabajo [...] penetra en todos los ámbitos de la vida social» (p. 353). Esto rubrica su decadencia.

Lo característico del «capitalismo tardío» consiste, según Mandel, en el acortamiento del período de rotación del capital fijo; en el abaratamiento del capital constante; en la elevación de la tasa de plusvalía; en la entrada del capital en la esfera de la circulación y de los servicios y en la programación económica orientada a «salvar al menos parcialmente la contradicción existente entre la anarquía de la producción capitalista inherente a la propiedad privada sobre los medios de producción y la tendencia creciente a la planificación de las amortizaciones y de las inversiones» (p. 212). Todos estos atributos característicos desde siempre del capital conducen, sin embargo, en el

«capitalismo tardío» a una «inflación permanente» destinada a apoyar «la seguridad a largo plazo de la reproducción ampliada» del capital.

La inflación permanente es para Mandel una permanente inflación de crédito o la adaptación específica del sistema bancario y de la creación de dinero a los intereses del capital monopolista. La expansión del crédito aumenta la demanda y conduce a la introducción de capital excedentario en la producción adicional. Dada la reserva de fuerzas productivas la creación inflacionaria de dinero y el sistema crediticio tienen la facultad de impulsar el desarrollo de las fuerzas productivas más allá de los límites de la propiedad privada. Tras la inflación se esconde «la conversión de capital inactivo en capital productivo» (p. 405). Igual que la industria de armamentos, la inflación crediticia conduce a un incremento de la producción de valor y de plusvalía. Frena el retroceso de los mercados en el ámbito de la producción de medios de consumo. La expansión del crédito puede estimular a la coyuntura hasta un punto tal que corra el peligro de «amenazar la cuota del mercado mundial correspondiente al país en cuestión» (p. 416). La «reducción a largo plazo del ejército de reserva industrial paralela al incremento de la acumulación del capital permite a la clase obrera recortar periódicamente la tasa de plusvalía» (p. 418). Así, todo indica según Mandel «que la relativa autonomía del sistema de crédito, es decir, la fuerza de la inflación reptante para contener el efecto acumulativo de las crisis de sobreproducción, decrece» (p. 419).

Por qué la expansión del crédito privado habría de tener consecuencias inflacionarias, no es fácil de colegir vistas las reservas de fuerzas productivas y los capitales excedentarios acumulados y esto tanto más cuanto que, según Mandel, el incremento de la demanda que esto genera los aproxima más a través de una producción de valor y de plusvalía en correspondencia con ellas. En relación con la industria de transformación dice él mismo que «si ya hay importantes sobrecapacidades, las más masivas inyecciones de crédito [...] no conducirán a la reanimación de la inversión privada» (p. 419). Ahora bien, ¿no era función de las inyecciones de crédito compensar esa sobrecapacidad mediante una demanda incrementada? «La estimulante creación crediticia fracasa ante la capacidad adquisitiva corriente» también, según Mandel, «cuando la carga creciente de deudas comienza por su parte a erosionar la capacidad adquisitiva creciente» (p. 420). Pero ¿por qué ha de aumentar la carga de deudas si el proceso desencadenado por la «expansión del crédito» genera nuevo valor y plusvalía adicionales? En cualquier caso, no tiene demasiado sentido considerar con excesivo detenimiento la teoría de la inflación formulada por Mandel porque no se apoya sino en la afirmación, completamente en el

aire, de que el crédito ha de conducir en sí mismo a la inflación permanente.

Mandel se acerca de todos modos un poco más a los hechos cuando trata de las intervenciones estatales en la economía basadas en el crédito. Escribe: «Si el gasto estatal está totalmente cubierto con impuestos, entonces no se altera nada en la demanda global. Sólo cuando esas inversiones amplíen al menos en parte la capacidad adquisitiva solvente en un sentido nominal inmediato -es decir, aportando medios de pago adicionales a la circulación-, sólo entonces ejercerán una función de estímulo económico. Pero como tales inversiones no incrementan la masa de mercancías circulante en la misma medida que los medios de pago adicionales, adquieren inevitablemente una tendencia inflacionaria» (p. 485). La creación estatal de crédito por la vía de la financiación deficitaria resulta ser una medida encaminada a allegar el incremento de la producción que no se consigue a través del mecanismo del crédito privado. Se convierte en una necesidad justo porque la expansión privada del crédito no consigue incrementar la demanda y con ella la producción lo suficiente como para mantener el desempleo y la capacidad inutilizada en unas proporciones socialmente soportables.

La política inflacionista que, según Mandel, «no incrementa la masa de mercancías circulantes en la misma medida que los medios de pago adicionales y por tanto hace subir los precios, expresa el sencillo hecho de que la producción así conseguida no pertenece precisamente a la producción de mercancías, no comporta la producción de valor y de plusvalía, pero tiene de todos modos que reportar beneficios para los capitales implicados en esa producción para que ésta sea impulsada. La masa de mercancías no aumenta en realidad al compás de la ampliación de la producción, ya que los productos finales de la producción estatalmente inducida no entran en el mercado. La producción ha descendido sin haber aumentado correspondientemente el beneficio. El «beneficio» obtenido por la producción estatalmente inducida ha de percibirse mediante una más fuerte presión fiscal, ha de proceder de la masa de beneficio -inalterada- del capital total. Esta presión sobre los ingresos capitalistas se contrarresta mediante aumentos de precios, por lo que los costes de la producción no rentable acaban siendo cargados sobre el «consumidor final» de Mandel.

La demanda determinada por el «consumidor final» que determina según Mandel en último término el movimiento del capital, razón por la cual le niega un futuro más seguro, se recorta ulteriormente aún más en comparación con la producción en aumento con el fin de sustraerse a las perturbaciones sociales. En esto se basa la expectativa carente de fundamento de que ésta es

una situación pasajera que antes o después será superada gracias a un impulso alcista general de la producción de capital. De acuerdo con esta meta, el capital, antes como después, se mueve por la vía de dirección única que es el aumento del beneficio. El destino del «consumidor final» ha de anticiparse antes en el destino de la clase obrera: agudizando la explotación por la vía de la inflación. Con la elevación más rápida de los precios de las mercancías en relación con las sumas salariales, se obtiene un beneficio allegado a través de la circulación cuya extracción en la esfera de la producción habría chocado con mayores resistencias. La inflación es ante todo política salarial encaminada a proteger la plusvalía capitalista y, caso de ser posible, a aumentarla e igualmente un medio para reducir los gastos de las capas no capitalistas, pero improductivas de todos modos, de la sociedad. Ahora bien, dado que en su desarrollo la inflación también puede llegar a dañar los intereses del capital, comprobamos que se trata de una política impuesta al capital de la que éste se libraría de buena gana, pero de la que no se puede librar.

La «onda larga con tono básico expansivo» de Mandel se distingue de su «onda larga con tono básico de estancamiento» sólo en que los instrumentos descubiertos durante la última gran crisis mundial para luchar desde el Estado contra

ella están en vísperas de perder su eficacia. Esos instrumentos encuentran en la producción de capital determinados límites que resulta imposible superar sin la destrucción del sistema. A pesar de la inmensa destrucción de capital, a pesar de la concentración de capital en continua expansión internacional, a pesar de la «tercera revolución tecnológica» y de todas las demás transformaciones estructurales del capital, el largo período de auge posterior a la Segunda Guerra Mundial sólo ha afectado a los grandes países capitalistas y aun en ellos ha estado vinculado a la prolongación de la producción no rentable. Incluso las programaciones económicas que Mandel subraya no fueron sino ciegas reacciones ante unas leyes de movimiento del capital que demostraban seguir siendo incontrolables. La crisis que siempre ha estado latente vuelve a plantearse ahora agudamente sin que experimente un debilitamiento análogo al que una vez posibilitó la intervención estatal. La inflación, que estaba destinada a evitar el paro, se convierte en inflación con paro creciente; la planificación internacional de las inversiones se convierte en una inmisericorde lucha concurrencial de los capitales nacionales; el «capitalismo tardío» demuestra ser el mismo capitalismo que, desde siempre, no puede marchar sino en dirección a su hundimiento.

## Capítulo 6

# VALOR Y PRECIO EN MARX

La crítica de la economía política, en la medida en que representa a una clase, sólo puede representar, según Marx, a «aquella clase cuya misión histórica es derrocar el régimen de producción capitalista y abolir definitivamente las clases: el proletariado»<sup>210</sup>. La economía política era la expresión teórica de la sociedad capitalista en ascenso, para la cual no había nada contradictorio en las específicas relaciones de clase que hacían posible su propio desarrollo. La crítica de la economía política, en cuanto cuestión teórica y práctica, no se refiere a otra cosa que a las contradicciones inherentes ala producción de capital. En cuanto práctica, sigue siendo, ante todo, una lucha real entre trabajo y capital en torno a salarios y ganancias, en el marco de las relaciones capitalistas de producción. Pero esta lucha implica y expresa una clara tendencia de desarrollo del capitalismo hacia su eventual disolución. Poner de manifiesto esta tendencia es la misión de la crítica teórica de la economía política, pues esta última no es, en esencia, sino la clase capitalista y las relaciones capitalistas de explotación arropadas en la forma ideológica de leyes económicas.

La crítica de Marx a la economía política es tanto una crítica inmanente de la teoría económica burguesa -cosa que hace demostrando que no existe conexión entre sus presupuestos teóricos y las conclusiones que de ellos extrae-, como una crítica fundamental, según la cual, toda la economía burguesa, al suponer que sus propias relaciones económicas han de ser naturales e inmutables, se condena a no comprender a su propia sociedad y, por tanto, a interpretar erróneamente su propio desarrollo y su situación en cualquier momento concreto. A juicio de Marx, la economía política burguesa era incapaz de ser la teoría de su propia práctica, por lo que sólo podía jugar el papel de ideología destinada a salvaguardar las condiciones sociales de su existencia.

Respecto al pasado, era totalmente cierto que la teoría económica burguesa había sido la expresión de la lucha de clase de la burguesía dentro y contra la sociedad feudal y, en esa medida, era capaz de ver, en el desarrollo de la producción y la productividad del trabajo el vehículo del cambio social y la base de la producción de capital. La teoría clásica del valor-trabajo surgió con el auge de la burguesía, que se consideraba una clase progresiva porque impulsaba el aumento de la

---

<sup>210</sup> *Capital*, ed. Kerr, vol. I, p. 20.

riqueza de las naciones preocupándose de la acumulación de capital. Pero con su consolidación como nueva clase dominante, la burguesía encontró embarazosa esa su primera visión del proceso social del trabajo, pues ahora se enfrentaba a una clase obrera que desafiaba al capitalismo, apoyándose en la fuerza de esa teoría de la producción basada en el trabajo, para exigir una mayor parte del producto social, o todo él. A partir de ese momento, para la burguesía «ya no se trataba de si tal o cual teorema era o no verdadero, sino de si resultaba beneficioso o perjudicial, cómodo o molesto, de si infringía o no las ordenanzas de policía. Los investigadores desinteresados fueron sustituidos por espadachines a sueldo y los estudios científicos imparciales dejaron el puesto a la conciencia turbia y a las perversas intenciones de la apologética»<sup>211</sup>.

Marx nos habla de dos escuelas diferentes de economía política: la clásica, desde Adam Smith a David Ricardo, y la «economía vulgar», cuyo único propósito era la justificación del *statu quo* capitalista. Entre la teoría clásica y la crítica de Marx a la economía política había una conexión íntima, que se disipó con la evolución ulterior de la teoría burguesa hasta perderse totalmente en el auge de la teoría subjetiva del valor y de su desatender el precio y las relaciones de mercado. Sin embargo, la conexión entre Marx y los clásicos no implica una identidad entre los conceptos burgueses y marxianos del valor; simplemente nace del reconocimiento común de que es el trabajo y el tiempo de trabajo lo que confiere valor a las mercancías.

Aunque la teoría clásica había sido capaz de reconocer en el trabajo la fuente del valor, era incapaz de reconciliar la producción de plusvalía en el cambio de equivalentes, tal como lo exigía la ley del valor. Al no distinguir entre trabajo y fuerza de trabajo, Ricardo no podía aplicar coherentemente el concepto de valor en sus investigaciones de la economía capitalista y su desarrollo. Pero es que Ricardo daba por supuesta la sociedad capitalista; y no le preocupaban tanto las relaciones capitalistas de explotación como la distribución del producto social entre los receptores de salarios, ganancias y rentas, de lo que dependía, en su opinión, la suerte de la acumulación de capital. Veía emerger el valor de las mercancías del proceso físico de producción; y no, como Marx, de las específicas relaciones sociales de producción del capitalismo, las primeras en transformar un simple proceso de producción en otro de producción y expansión del valor.

Al igual que Marx, Ricardo se interesaba poco por la determinación de los precios particulares de mercado y se preocupaba en cambio, por la producción y la distribución globales, tal como

vienen determinadas por las relaciones de clase existentes. Según él, el valor del trabajo es igual a su coste de producción. La ganancia procede de la diferencia entre la cantidad de trabajo requerida para producir los medios de subsistencia de los obreros y el valor del producto social total. Cuanto menos recibieran los obreros, más ganarían los capitalistas, y viceversa. Para Ricardo, esta división del producto social entre trabajo y capital dependía, por un lado, del equivalente en valor de los medios de existencia de la fuerza de trabajo y, por otro, de la competencia entre obreros por los puestos de trabajo, tal como venía determinada por la ley malthusiana de la población. Según esto, el valor del trabajo varía no sólo con su coste de producción, sino también con el estado de la oferta y la demanda del mercado de trabajo. Su teoría de la distribución mostraba incoherencias similares en relación con la ganancia y la renta, con lo que el concepto de valor quedaba descalificado como clave única para entender el mundo capitalista. Por ello, Ricardo estaba incapacitado para detectar las contradicciones del capitalismo en la producción misma de capital, pero las veía en el agotamiento progresivo del suelo que, al elevar el coste de producción del trabajo, disminuye la ganancia del capital en favor de la renta, obstaculizando así el proceso de acumulación capitalista<sup>212</sup>.

Marx apreciaba plenamente la veracidad de Ricardo, pero estaba obligado a señalar sus incoherencias, ambigüedades y confusiones<sup>213</sup>, no sólo para reforzar la coherencia de la teoría del valor-trabajo, sino también para formular la cuestión, hasta entonces no planteada, de la existencia de producción de valor y su correspondiente teoría. Marx observó que el concepto clásico del valor, aunque derivaba de las relaciones capitalistas de cambio, no se restringía teóricamente a esas relaciones, sino que se concebía como un fenómeno válido para toda la historia. Esto se podía colegir ya en la definición que daba Adam Smith de la naturaleza humana como «propensión al intercambio», así como en su ilustración del cambio de valores tiempo-trabajo en un «temprano y rudo estado social» en el que no existe aún ni capital ni propiedad terrateniente. Ricardo pensaba también que éstos eran «realmente los cimientos del valor de cambio de todas las cosas, salvo aquellas que no pueden incrementarse mediante la industria humana»<sup>214</sup>. Sin embargo, no hay pruebas de que esta regla del cambio rigiera realmente en períodos precapitalistas y el suponerlo no era sino una aplicación de las condiciones contemporáneas al pasado, o una lectura de la historia con ojos capitalistas.

<sup>212</sup> D. Ricardo, *On the Principles of Political Economy and Taxation*, 1821.

<sup>213</sup> K. Marx, *Theories of Surplus-Value*, 1861-63.

<sup>214</sup> *The Works and Correspondence of David Ricardo*, 1966, vol. I, p. 13.

<sup>211</sup> *Ibid.*, p. 19.



Por supuesto, el hipotético cambio de tiempos de trabajo se hundía en cuanto entraban en escena el capital y la propiedad terrateniente, que daban lugar a todas las incoherencias de la teoría clásica del valor. Aunque Marx también comenzaba su análisis del valor con el cambio de equivalentes, no lo hacía creyendo que tal cambio fuese una posibilidad real, en el presente o en el pasado, sino un artificio metodológico para poner de manifiesto que el cambio de equivalentes de tiempo de trabajo presupone la existencia de la relación trabajo-capital y la transformación de la fuerza de trabajo en mercancías, es decir, que el cambio de equivalentes de tiempo de trabajo no es sino un medio para la apropiación de plusvalía por parte del capital.

Abordar la cuestión del valor no sólo resultaba necesario porque constituía el principio de la economía política burguesa, sino también por el hecho de que las mercancías sólo se pueden cambiar después de producidas y porque los tiempos variables de producción requeridos por las diferentes mercancías necesariamente han de afectar a sus valores relativos. Como decía Marx, «toda economía es economía de tiempo»; pero el tiempo de trabajo es una cosa y el valor del tiempo de trabajo otra. Las mercancías aparecen como valores no porque su producción requiera tiempo, sino porque son mercancías producidas para el cambio, y en consecuencia necesitan un común denominador que rija el intercambio. La generalización de la producción de mercancías en la sociedad capitalista, incluida la fuerza de trabajo, exige un equivalente universal del valor que haga posible la distribución del trabajo social de acuerdo con la producción existente, o las relaciones de propiedad entre los capitalistas individuales, y entre ellos y sus obreros.

Incluso en ausencia de estas relaciones capitalistas de producción sería necesario considerar el tiempo de trabajo para lograr una producción social racional y capaz de satisfacer las necesidades y demandas de los productores. Pero cuando no existen relaciones de clase y, por tanto, de propiedad, el tiempo de trabajo es simplemente un dato técnico. No aparece como expresión del valor de cambio, sino como notación directa del proceso de producción material que, en cuanto tal, deja indeterminada la distribución del producto social. En otras palabras, el tiempo de trabajo no aparece como valor del tiempo de trabajo porque ello sea un requisito necesario de la producción social, sino porque esta producción tiene lugar bajo las relaciones capitalistas de producción.

Sin pretensión de recapitular aquí todo el análisis marxiano del valor de las mercancías y su intercambio, recordaré que, si bien el trabajo humano crea valor, no posee en sí mismo valor, sino que se convierte en tal con el comienzo de la producción de mercancías y su generalización

progresiva. Para expresar el valor de cualquier mercancía concreta en una determinada cantidad de trabajo humano es preciso que ese valor sea algo diferente de la mercancía misma. Ha de tener una existencia independiente de la existencia de la mercancía como objetivo útil. En cuanto valores de uso, las mercancías son cualitativamente diferentes, igual que las distintas clases de trabajo que intervienen en su producción son cualitativamente distintas. Pero, como valores de cambio, se expresan en términos cuantitativos, pues son cantidades diferentes de trabajo indiferenciado. «El producto del trabajo -escribe Marx- es objeto de uso en todos los tipos de sociedad; sólo en una época históricamente dada de progreso, aquella que ve en el trabajo invertido para producir un objeto de uso una propiedad «materializada» de ese objeto, o sea su valor, se convierte el producto del trabajo en mercancía»<sup>215</sup>. El concepto de valor basado en el trabajo, y visto como cualidad objetiva de la mercancía, surge con el dominio de la producción de mercancías bajo los auspicios de empresarios capitalistas y la disponibilidad de fuerza de trabajo; en suma, en una sociedad en la que las relaciones sociales adoptan la forma de relaciones entre propietarios de mercancías, ya sean bienes de capital o fuerza de trabajo. Estas relaciones parecen nacer de modo natural de la producción social misma, cuando en realidad tienen su fuente en la clase capitalista y en las relaciones de explotación predominantes en esta etapa concreta del desarrollo general de las fuerzas sociales de producción. Las relaciones sociales que, después de todo, son relaciones entre personas, asumen la forma de relaciones entre mercancías. En estas condiciones, «los trabajos privados sólo funcionan como eslabones del trabajo colectivo de la sociedad por medio de las relaciones que el cambio establece entre los productos del trabajo y, a través de ellos, entre los productores. Por eso, ante estos, las relaciones sociales que se establecen entre sus trabajos privados aparecen como lo que son, es decir, no como relaciones directamente sociales de las personas en sus trabajos, sino como relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas»<sup>216</sup>.

Pero esto es así; un hecho histórico que encuentra su expresión teórica en la teoría del valor-trabajo. No hay, pues, razón alguna para negar la validez de la teoría, ni siquiera cuando se refiere sólo a un sistema social de producción que sólo puede ser «social» vía las relaciones de cambio específicamente capitalistas mediante la producción de mercancías. Y como la explotación es parte integrante de este proceso, la clase que se aproveche de él verá en el cambio de mercancías el regulador de la Producción social, un regulador que distribuye el trabajo social en las proporciones socialmente requeridas, como guiado por una «mano invisible». La «mano invisible»

<sup>215</sup> *Capital*, ed. Ken, Vol. 1, p. 71.

<sup>216</sup> *Ibid.*, p. 84.

constituye lo que Marx llamaba \_ «el fetichismo de la producción de mercancías», el control de los productores por su propio producto y la subordinación de la producción social y, por ende, de la vida social en general, a las vicisitudes del mercado.

La teoría burguesa del valor-trabajo representaba un intento de entender y justificar el sistema capitalista de producción. Buscaba un elemento ordenador en el desorden general de los hechos del mercado, y lo encontró en el contenido en trabajo de las mercancías, contenido que determinaba sus valores relativos y regulaba su cambio. Sin molestarse en plantearse la cuestión de por qué las relaciones capitalistas de producción habían de adoptar la forma de relaciones de valor entre mercancías, los teóricos burgueses aseguraban que los precios variables de mercado eran simplemente modificaciones temporales de los valores de cambio de las mercancías, tal como venían determinados por el tiempo de trabajo. Según ellos, la ley del valor distribuía el trabajo social vía las relaciones de oferta y demanda o, viceversa, la supuesta tendencia al equilibrio de la oferta y la demanda implicaba un equilibrio en términos de cantidades de tiempo de trabajo, o sea, la regulación automática de la producción social.

No solamente en la mentalidad burguesa, sino también en el campo marxista<sup>217</sup>, la teoría del valor-trabajo, tanto en la versión clásica como en la marxiana, suele verse como un mecanismo de equilibrio que opera a través del mercado y tiene como fin la distribución del trabajo social requerido por el conjunto, del sistema. Sin embargo, para Marx, el funcionamiento de la ley del valor o, lo que es lo mismo, a falta de una regulación consciente de la producción social, excluye cualquier tipo de equilibrio y «regula» la economía capitalista sólo «como una aplastante ley de la naturaleza», en el mismo sentido en que «la ley de la gravedad se impone cuando se le cae a uno la casa encima»<sup>218</sup>. En su opinión, \_ la dinámica de la producción de capital excluye una situación de equilibrio respecto a la distribución del trabajo social o cualquier otro aspecto de la economía. Lo que la ley del valor produce son las condiciones de crisis que afectan a la producción capitalista en cuanto su dinámica es frenada por una distribución del trabajo social que perjudica o previene la expansión del capital.

---

<sup>217</sup> Un ejemplo entre muchos: según I. I. Rubin, «la ley del valor es la ley de equilibrio de la economía mercantil... El objetivo de esta teoría es descubrir las leyes de equilibrio de la distribución del trabajo que hay detrás de la regularidad en la igualación de las cosas en el proceso de cambio... El objeto de la teoría del valor es la interrelación de las diversas formas de trabajo en el proceso de distribución, que se establece mediante las relaciones de cambio entre las cosas, es decir, entre productos del trabajo». (*Essays of Marx's Theory of Value*, 1972, p.67).

<sup>218</sup> *Capital*, ed. Kerr, Vol. I, p. 86.

A decir verdad, la producción de valor, al ser una producción de plusvalía, no es realmente un intercambio entre trabajo y capital, sino la apropiación de parte del producto de los obreros por los propietarios capitalistas de los medios de producción. Aunque los salarios paguen la fuerza de trabajo, sus equivalentes en mercancías son producidos por los obreros más el equivalente en mercancías que comprende la plusvalía, o ganancia, de los capitalistas. Los salarios simplemente determinan las condiciones bajo las cuales los obreros pueden producir tanto sus propios medios de subsistencia como el plusproducto que cae en manos de los capitalistas. El intercambio capital-trabajo es sólo aparente, pues los medios de producción, así como el capital adelantado en forma de salarios, no son sino parte de una plusvalía previamente apropiada y producida en ciclos productivos anteriores. El origen histórico de este proceso es el divorcio entre obreros y medios de producción, o sea, la acumulación primitiva de capital, que hizo nacer por vez primera la clase de los modernos obreros asalariados. Por tanto, la distribución del trabajo social no se realiza mediante las relaciones de cambio, sino a través de las relaciones sociales de producción. Al igual que la ley del valor, el «salario-trabajo» y el «capital» son categorías fetichistas que ocupan el lugar de las relaciones capitalistas de explotación. Pero, también como en el caso del «valor», son las relaciones reales las que determinan la naturaleza y el desarrollo del capitalismo.

Cuando hablamos de la distribución del trabajo social vía la ley del valor no nos referimos a una necesidad general, válida para todos los sistemas de producción, sino exclusivamente a las condiciones de la sociedad capitalista. Por tanto, no nos referimos a una distribución del trabajo que satisfaga las exigencias reguladoras de la producción social de artículos útiles de los que depende la vida social, sino a una distribución del trabajo sobre la base de su división en trabajo y plustrabajo, a través de las relaciones de cambio representadas por los valores de cambio de las mercancías. La magnitud de la plusvalía viene determinada por la división del trabajo en trabajo necesario y plustrabajo, siendo el trabajo necesario el que se requiere para la producción y reproducción de la fuerza de trabajo. En consecuencia, la relación cuantitativa entre trabajo necesario y plustrabajo es la que determina si se emprende o no la producción capitalista y consiguientemente la distribución del trabajo social en las condiciones de la producción de capital.

Los únicos límites que se marcan a la producción de valor de cambio, como forma abstracta de riqueza, son aquellos que obstaculizan la expansión de la plusvalía, es decir, el grado de explotabilidad de la fuerza de trabajo. Los

capitalistas se esfuerzan por apropiarse al máximo de plusvalía, de trabajo no pagado, y justamente porque son capitalistas, con total independencia del hecho de que ellos también compiten con otros capitalistas y, por tanto, están obligados a expandir su capital incrementando su apropiación de plusvalía. Al confiar la distribución del trabajo al viento, a la mano invisible o a la ley del valor, la producción de mercancías útiles queda exclusivamente determinada por su valor de cambio, es decir, por su capacidad para transformar la plusvalía en capital adicional. La distribución del trabajo social viene así determinada por la expansión de capital, y el hecho de la acumulación indica que la ley del valor distribuye el trabajo social de acuerdo con las relaciones de explotación propias de la producción de capital.

La acumulación de capital es un proceso dinámico, que implica un desequilibrio continuo. Solo conceptualmente se puede considerar que este sistema es estacionario, en caso de que ayude a comprender sus movimientos. En realidad, no se da ninguna situación estática; el sistema o se expande o se contrae, y en ningún momento puede estar en equilibrio. La apropiación de plusvalía y su expansión exigen cambios continuos en la productividad del trabajo y con ello en las relaciones generales de valor y de cambio así como en todo lo referente al trabajo y el capital.

Un incremento de la productividad del trabajo significa que se puede producir más con menos trabajo. El valor en tiempo de trabajo de las mercancías decrece al aumentar la productividad, pero la mayor cantidad de mercancías, producidas en el mismo tiempo que antes se precisaba para producir una cantidad menor, compensa de la pérdida de valor, como tiempo de trabajo, que experimenta cada unidad de mercancía. Un valor de cambio idéntico o mayor se expresa ahora en una cantidad proporcionalmente mayor de valores de uso. Esto no influye necesariamente en la relación entre valor y plusvalía. Pero si los capitalistas salen beneficiados al aumentar la productividad del trabajo, tiene que cambiar la relación entre trabajo necesario y plustrabajo. Esto puede conseguirse de dos maneras: alargando la jornada de trabajo, es decir, aumentando la plusvalía *absoluta*; o aumentando la productividad del trabajo, lo cual reduce el valor de la fuerza de trabajo al reducir el valor de las mercancías en que se expresa. Este incremento de la plusvalía *relativa* proporciona al capitalista el móvil que le impulsa a incrementar la productividad del trabajo.

El carácter doble de la mercancía -valor de uso y valor de cambio- posibilita el hecho de la plusvalía. Mientras los obreros reciben el valor de cambio de su fuerza de trabajo, el capitalista se queda con su valor de uso, incluida su capacidad

para producir producto extra, por encima del que contiene el trabajo necesario. La acumulación de capital implica una disminución del valor de la fuerza de trabajo mediante su productividad creciente. Pero como todas las mercancías se ven afectadas por esa productividad creciente, y no sólo aquellas que entran a formar parte del equivalente en mercancías del trabajo necesario, un aumento de la producción no viene acompañado necesariamente de un aumento *igual* del valor de cambio. Por tanto, la producción de valor no es sólo el instrumento de su propia expansión sino también un procedimiento que puede llevar a una disminución relativa del valor de cambio con respecto a la expansión física de la producción y la masa de mercancías.

Este movimiento contradictorio, inherente a la naturaleza doble de la producción de mercancías, empuja al capitalista a esforzarse cada vez más por apropiarse plusvalía, pues sólo mediante un incremento relativamente más rápido de la plusvalía, junto con un aumento de la productividad del trabajo, podrá neutralizar la caída del valor de cambio. Sin embargo, en un sistema en expansión como el capitalista, una masa mayor de mercancías puede rendir fácilmente una masa de plusvalía igual o mayor, a pesar de la disminución del valor de cambio de las mercancías. Esta disminución queda entonces reducida a una mera tendencia, constantemente neutralizada por la expansión y extensión del capital, en suma, a algo imperceptible. Con todo, es una espuela a la acumulación de capital, aparte del estímulo de la competencia intercapitalista. De esta manera, la caída relativa del valor de cambio se manifiesta externamente como un crecimiento absoluto del valor y la plusvalía, o sea, como una acumulación del capital.

La ley del valor, como distribuidor del trabajo social en el capitalismo, implica, en primer lugar, una división siempre cambiante entre trabajo necesario y plustrabajo y, sobre la base de esta división, unas alteraciones continuas en las relaciones de cambio tanto en relación con los aspectos de uso de las mercancías como en lo relativo a su contenido en valor de cambio. Pero ahora debemos señalar que la ley del valor no es una ley natural del tipo de las que gobiernan los fenómenos físicos, ni siquiera se impone como si lo fuera, actuando aparentemente fuera del control humano. La ley del valor se refiere, en realidad, a los *resultados* de un sistema de producción social que, debido a sus peculiares relaciones sociales, no se ocupa, ni puede ocuparse, de la producción como tarea social y sólo ve su «regulación» en el nexo entre los valores de cambio de las mercancías y sus valores de uso.

La apropiación de la plusvalía se hace en forma de mercancías. Estas mercancías, así como aquellas otras destinadas a satisfacer las

demandas del trabajo necesario, han de tener la cualidad de ser de una utilidad definida, incluso cuando ésta ha de expresarse cuantitativamente en su valor de cambio. La cuantificación de las diferencias cualitativas respecto a mercancías diferentes, así como la de los diversos tipos de trabajo que las producen, se realiza en la forma dinero, expresión de todas las relaciones de valor. Todos los artículos útiles expresan su valor de cambio y su conmensurabilidad en términos de dinero, la forma más abstracta del valor y su equivalente universal. Según Marx, «el hecho de que el valor de cambio de la mercancía asuma una *existencia independiente* como dinero es en sí mismo resultado del proceso de cambio, el desarrollo de las contradicciones entre valor de uso y valor de cambio encarnados en las mercancías, y de otra contradicción no menos importante encarnada en ella, a saber, que el trabajo concreto y particular del individuo privado tiene que manifestarse como su contrario, como trabajo general, igual y necesario y, en esta forma, como trabajo social. La representación de la mercancía como dinero no sólo implica que las diferentes magnitudes de la mercancía se miden expresando sus valores en el valor de uso de una mercancía exclusiva, sino al mismo tiempo que se expresan en una forma en la que existan como encarnación del *trabajo social*, que son traducibles a voluntad al valor de uso que se desee»<sup>219</sup>.

La forma-dinero del valor tiene su contrapartida en trabajo abstracto, es decir, en trabajo *per se*, sin consideración a sus diferentes cualificaciones. Naturalmente, el trabajo abstracto no existe realmente como tal, independientemente de los diversos tipos de trabajo concreto, del mismo modo que la forma-dinero abstracta del valor de cambio de las mercancías no elimina sus aspectos de valor de uso. Sin embargo, en ambos casos, lo que carece de sentido cuando se mira desde el lado físico de la producción y el cambio, es, a pesar de todo, cierto y no puede ser de otra manera en una sociedad productora de capital. Según Marx, el capitalismo muestra una tendencia real a convertir el trabajo concreto en abstracto, mediante la transformación de la fuerza de trabajo cualificada en no cualificada, especializada en general. Aparte de esta tendencia, la diferencia entre trabajo cualificado y no cualificado puede expresarse cuantitativamente contando el trabajo cualificado como múltiplo del trabajo simple, es decir, como trabajo que produce en menos tiempo una cantidad dada de valor y plusvalía que se incorpora a las mercancías. En realidad, las empresas capitalistas no se preocupan por las cualificaciones individuales de su fuerza de trabajo; lo hacen sólo en la medida en que afecta al proceso físico de la producción, pero no con fines de cálculos comerciales, pues éstos se basan en el total de su nómina, considerada como coste de producción que determina la plusvalía extraída

a su fuerza de trabajó. Esta nómina total contiene un tiempo de trabajo total, sin consideración a las diferentes contribuciones individuales que lo componen, y rinde una cantidad de mercancías que expresa el tiempo de trabajo necesario y el tiempo de plustrabajo empleados en ellas. Y lo que es cierto para una sola empresa lo sigue siendo para el total de la producción social, por lo que, en cualquier momento dado, el tiempo de trabajo total de la sociedad es igual al total de las mercancías producidas, con total independencia de las diferenciaciones que pueda haber dentro de los procesos concretos de trabajo.

El trabajo social es necesariamente trabajo abstracto. De la misma manera que no es el tiempo de trabajo particular, aplicado al productor individual, sino el tiempo de trabajo socialmente necesario, lo que entra en la determinación del valor de la mercancía, así también el producto de cualquier empresa concreta, en cualquiera de las diferentes esferas de la producción, ha de ser socialmente necesario para formar parte de la producción del valor. La interdependencia de la producción social se ha convertido en un hecho de existencia social que somete a todos los productores separados a su necesidad. Cada capitalista produce sólo una parte del producto social total, y el mercado determina si forma parte o no realmente del conjunto. Por tanto, la totalidad de la producción social, o conjunto del tiempo de trabajo empleado en la masa total de mercancías, es lo que determina si el productor individual es también un productor social, y en qué grado, lo cual le capacita para compartir el producto social.

Decir que los requerimientos capitalistas de la producción social determinan a todos los productores individuales equivale a afirmar que es la masa total del tiempo de trabajo abstracto empleado socialmente la que determina las diferentes porciones de plusvalía que corresponden a los capitalistas individuales. Y es tiempo de trabajo abstracto porque no va asociado a ninguna clase concreta de producción, sino que representa la suma total de todos los procesos de producción sometidos a la ley del valor, o a la distribución del trabajo social total que permite al capitalismo existir y expandirse. En cuanto suma total no existe como trabajo concreto, sino sólo como conglomerado de toda clase de trabajo, divorciado ya de sus peculiaridades. Y es también trabajo abstracto porque existen realmente las ordenaciones no conscientes de la producción social; de hecho, el carácter social de la producción ha de imponerse como a espaldas de los productores, a través de sus productos y de las relaciones cuantitativas de valor asociadas a ellos.

Como cada capitalista reconoce su capital como dinero, entra en la producción para aumentarlo en términos de dinero. Si no lo consigue es que no ha

<sup>219</sup> *Theories of Surplus-Value*, 1972, Parte III, p. 130.

empleado su capital como un capitalista, es decir, no ha incrementado su valor. Ajeno a los requerimientos productivos reales de la existencia social en términos de valor de uso, los capitalistas buscan el máximo valor de cambio, y ése es su único criterio para calibrar el éxito de sus operaciones, pues si lo alcanzan logran también la satisfacción de las necesidades sociales, determinadas capitalísticamente, en términos de valores de uso. Si no lo consiguen, su capital, en la medida en que no se haya perdido, habrá de emplearse de modo diferente para que funcione como capital. Como vemos, lo que actúa como distribuidor del trabajo social con respecto a los requerimientos de valor de uso propios de la producción de capital es el amasar valor de cambio o su equivalente universal, el dinero. Pero esta función sólo se puede cumplir mediante la cuantificación de todas las relaciones cualitativas, es decir, a través de la abstracta forma-dinero del valor y la transformación del trabajo individualmente concreto en trabajo socialmente abstracto.

Como en la competitiva economía-dinero los capitalistas sólo se pueden ocupar de la conservación y, por tanto, de la ampliación de sus propios capitales, las necesidades sociales han de imponerse ante -o mejor, a través de- la falta de consideraciones sociales por parte de los productores individuales. ¿Cómo explicar, si no, que, a pesar de la falta de toda consideración social de los fragmentados procesos de producción, exista una perceptible regularidad y una clara tendencia evolutiva en la producción capitalista? Recordemos que, según la visión burguesa clásica, esto se debía a los mecanismos de la competencia del mercado, que tienden al establecimiento de un equilibrio entre la oferta y la demanda en el que los precios de mercado se aproximan al valor de las mercancías. Desde esta óptica, el trabajo social se distribuye en proporciones socialmente deseables mediante las relaciones de precios. Y dado que, según esto, los procesos de producción se regulan vía los procesos de cambio, sólo estos últimos merecen una atención teórica. Hacer abstracción del proceso de producción lleva a hacer abstracción de las relaciones sociales de producción y, en consecuencia, de la producción de mercancías como proceso de producción de plusvalía.

En cambio, desde el punto de vista marxiano, sólo es posible poner al desnudo lo que regula el capitalismo y determina su desarrollo si se hace abstracción de las relaciones competitivas de mercado. Esto no quiere decir que la competencia del mercado carezca de funciones reguladoras, pero sí que esas funciones están predeterminada por lo que sucede en la esfera de la producción. Las mercancías no se producen exclusivamente para el intercambio; al contrario, el cambio de mercancías es un instrumento para la extracción de plusvalía, sin el cual no habría mercado

capitalista. Producir de un modo capitalista significa que el tiempo de trabajo de todas y cada una de las mercancías se divide en trabajo necesario y plus-trabajo. En el supuesto -que es también una posibilidad- de que todas las mercancías sean intercambiables, se explica tanto el trabajo necesario como el plus-trabajo; el primero por las necesidades de consumo de los obreros, el segundo por las de los capitalistas, las de sus servidores, y la parte de plusvalía destinada a la expansión del capital. Este proceso presupone una asignación del trabajo social, tanto respecto al valor de uso como al valor de cambio, que da lugar a las magnitudes proporcionales de bienes de consumo y de capital 'requeridas por la reproducción sin fricciones del capital, ya sea a la misma escala o a una escala ampliada. Esta distribución del trabajo social ha de originarse a través de las actividades no coordinadas de las diversas entidades del capital en su persecución competitiva de la plusvalía. Y si esto se logra de alguna manera, no se debe a ninguna tendencia al equilibrio que brote del mecanismo de la oferta y la demanda, sino a los cambios que experimentan las relaciones del tiempo de trabajo en el momento de la producción, tal como vienen determinadas por las relaciones de valor y plusvalía propias de la producción de capital. Dado que la producción de mercancías está subordinada a la de capital, la asignación social del trabajo está determinada por la acumulación del capital.

El cambio de mercancías en el mercado ha de conducir a la acumulación de capital. Si no sirve para eso, no existe posibilidad de intercambio de mercancías, y ésta es una condición necesaria para que se equilibren la oferta y la demanda. Con la propensión al consumo de los obreros restringida al valor de su fuerza de trabajo -es decir, a la parte necesaria del total del tiempo de trabajo social- los capitalistas habrían de consumir el total de la plusvalía, en su forma de mercancías, para asegurar la cambiabilidad de todo lo producido. Esto implicaría unas condiciones de reproducción simple que son ajenas al capital. Por ello, es la parte acumulativa de la plusvalía la que puede permitir la cambiabilidad de todas las mercancías y con ello una identidad aparente entre oferta y demanda; pero no en el sentido de un equilibrio entre producción y consumo, sino solamente como una relación entre trabajo necesario y plus-trabajo que garantice la reproducción ampliada del capital.

El proceso real de la producción capitalista es una cuestión de producción de mercancías y posibilidad de venderlas en el mercado. Este es el resultado de procesos previos de producción, que se remontan a épocas precapitalistas, en los que generaciones anteriores consiguieron cierta clase de coordinación entre su producción y su mercabilidad. La «socialización» progresiva de la producción mediante la extensión de la división del trabajo y la expansión de las relaciones de

mercado no impidió a los productores individuales hallar, por el procedimiento de la prueba y el error, una especie de equilibrio entre la producción y el cambio de las mercancías. Así eliminarían- la superproducción en largos períodos y no malgastarían su tiempo fabricando mercancías invendibles, incrementando su producción, donde fuera posible, al crecer la demanda. De este modo, las cambiantes relaciones entre oferta y demanda influyeron indudablemente en la distribución del trabajo que producía para el mercado, asignando el tiempo de trabajo de acuerdo con los requerimientos específicos de los diferentes productos, lo cual se reflejaba en sus precios. Vemos, pues, que la distribución del trabajo mediante las relaciones de mercado precedió al capitalismo y ofreció un punto de partida a la distribución capitalista del trabajo social vía la ley del valor.

Sin embargo, la distribución del trabajo social mediante la ley del valor es distinta a su distribución a través de las relaciones de oferta y demanda en el mercado. Esta última estaba basada en los valores de uso de las mercancías, producidas con trabajo concreto, mientras que la asignación vía la ley del valor se basa en los valores de cambio y el trabajo abstracto. Las denominadas leyes del mercado de la economía burguesa, desde Jean-Baptiste Say hasta casi nuestros días, estaban basadas en la idea de que cada cual produce para consumir, que la oferta crea su propia demanda y que la asignación del trabajo social no es sino el reflejo de la extensión de la división social del trabajo. Y en el capitalismo temprano, a causa de la escasez relativa de capital y de la productividad aún limitada del trabajo, los aspectos del valor de uso de la producción parecían dominar realmente las relaciones de cambio. Pero la extensión del modo de producción capitalista y la expansión del capital implicaron un cambio de énfasis del valor de uso al valor de cambio. A decir verdad, de la misma manera que los valores de uso del pasado tenían un valor de cambio definido, el predominio del valor de cambio no puede impedir que encarne en valores de uso corriente. Pero ahora es el valor de cambio y su expansión lo que determina, en grado creciente, el carácter de los valores de uso y hace que su producción dependa de la acumulación de capital. Es decir, los valores de uso sólo se producen en la medida en que su valor de cambio incorpora plusvalía para el aumento del capital existente.

Con la plusvalía como meta de la producción, la expansión del capital depende de una distribución del trabajo social que asegure la reproducción ampliada del capital social total, vía la acumulación de los capitales individuales. La interdependencia de los diversos procesos de producción exige la expansión del capital total de modo que asegure la de las distintas entidades de capital. Sin embargo, el capital total es un hecho,

aunque no un dato en el que basar ningún tipo de cálculo. Por supuesto, se refiere a la suma de todos los capitales existentes en un momento dado. Aumenta gracias a todos los intentos aislados de los capitales individuales por aumentar ellos, y cada uno encuentra un apoyo y una limitación en la expansión de los demás capitales. A este capital total corresponde una plusvalía total, otra magnitud desconocida, pero no por ello menos real, que asume la forma de equivalente en mercancías de la plusvalía expresada en términos monetarios. No hay manera de calcular con exactitud la cantidad de plusvalía necesaria para garantizar la reproducción ampliada del sistema en conjunto, de la cual depende el incremento de las distintas entidades de capital. Los capitales individuales sólo pueden intentar el incremento de su propia plusvalía ampliando su producción como anticipación de mercados mayores. Pueden triunfar o fracasar, y eso se manifiesta en la esfera de la circulación, aunque la verdadera determinación se produzca en la esfera de la producción por la relación entre el trabajo necesario y el plustrabajo requeridos para la acumulación del capital total.

La ley del valor subyace bajo las relaciones de mercado y precios en el mismo sentido en que el capital total es un hecho sin ser un dato y la plusvalía total una magnitud real, si bien desconocida, y ello a pesar de que ni el valor ni la plusvalía son fenómenos directamente observables o mensurables. Aunque las mercancías no revelen las cantidades de trabajo necesario y plustrabajo incorporadas a ellas, su producción testifica que el trabajo y el plustrabajo han entrado a formar parte de sus precios. Marx no intentó localizar el contenido en tiempo de trabajo de las mercancías en sus precios. Para él, la producción capitalista solamente es posible sobre la base de relaciones de precios que difieran de las relaciones de valor, pero por esa razón verificó que la teoría del valor-trabajo era la clave para entender el mundo capitalista real, la formación de sus precios y su desarrollo. Respecto a las relaciones de cambio, el valor no constituye una, categoría empíricamente observable, sino *explicatoria*. Y en cuanto tal no deja de ser un fenómeno real; se impone, no por en sus propios términos, sino en términos de precios precisamente porque la sociedad capitalista descansa en relaciones de valor. Estas relaciones, cuya fuente no está en el proceso físico de producción sino en las relaciones sociales bajo las cuales esa producción tiene lugar, no será reconocible, por esa misma razón, en las mercancías individuales ni en cualquier esfera o rama concreta de la producción, sino solamente en el hecho de la existencia del capitalismo como sistema social de producción y en su expansión o contracción según los casos.

Es el valor y la plusvalía -y no el trabajo y el plustrabajo- los que determinan la formación de

los precios y sus cambios. Estos precios no son precios en un sentido ahistórico general, como los entendía la teoría económica burguesa, sino precios específicos del modo de producción capitalista. No están determinados por la oferta, ni por necesidades o posibilidades físicas, sino por la acumulación del capital social total, que fuerza una distribución de la plusvalía total social a través de las relaciones de precios, lo cual, aunque no cambie el contenido en tiempo de trabajo de las mercancías, altera su valor de cambio relativo de acuerdo con los requerimientos de plusvalía del conjunto del sistema.

Precio y valor tienen que diverger para hacer posible la existencia y la expansión del capital. Pero, una vez más, «la desviación del precio respecto al valor» es una expresión desafortunada porque, al mezclar términos explicatorios con términos empíricos, parece referirse a un proceso empíricamente verificable. Sin embargo, en la realidad observable no hay valores sino sólo precios de mercado. Con todo, no hay modo de evitar la dualidad valor-precio, si es que queremos entender por qué los precios son lo que son y por qué cambian. Por otro lado, la «desviación» del precio respecto al valor no significa que el contenido en tiempo de trabajo de las mercancías pueda deducirse de sus precios, en el sentido de que los primeros están ocultos y los segundos abiertos al escrutinio. El valor de las mercancías sólo puede expresar su valor en los precios y no existe fuera de las relaciones entre precios.

Para Marx, «el precio no es igual al valor y en consecuencia el valor, elemento determinante - tiempo de trabajo- no puede ser el elemento en que se expresen los precios, pues entonces el tiempo de trabajo tendría que expresarse simultáneamente como elemento determinante y no determinante, como el equivalente y no equivalente de sí mismo. Debido a que el trabajo, en cuanto medida del valor, sólo existe como un ideal, no puede servir de otra materia en las comparaciones de precios... La diferencia entre precio y valor exige que, al medir los valores como precios, se emplee una forma diferente a la suya propia»<sup>220</sup>. El valor no puede encontrar una medida en sí mismo, sino en la forma de precio. Y en esta forma halla su determinación social, que domina todos los diversos valores de las mercancías en tiempo de trabajo, así como las diferencias entre las clases de trabajo requeridas para su producción. El carácter «social» de la producción de capital sale a la luz no como relaciones de valor sino como relaciones de precios.

«Aunque no hubiese un solo capítulo sobre el valor de *El Capital* -escribía Marx a Kugelmann- el análisis de las relaciones reales que hacía yo contendría la prueba y la demostración de las relaciones reales de valor. Toda esa palabrería

sobre la necesidad de demostrar el concepto de valor nace de la más completa ignorancia tanto del tema en cuestión como del método científico»<sup>221</sup>. Por supuesto, las relaciones reales aparecen como relaciones de precios: la venta y la compra de la fuerza de trabajo; el predominio de la ganancia, el interés y la renta; la oferta y la demanda; la competencia y la tasa media de ganancia. Pero estas relaciones constituyen el mundo fenoménico del capitalismo, no arrojan ninguna luz sobre sus conexiones internas y su dinámica particular. Para descubrir esto es necesario un análisis sistemático de las categorías económicas existentes y de sus interrelaciones, así como para distinguir entre lo esencial y lo accesorio, entre la realidad y la apariencia. Y aquí era posible, en principio, partir de cualquier punto del variopinto mundo capitalista. Marx decidió empezar por la mercancía y su carácter porque su análisis del capital brotaba de la crítica de la teoría clásica del valor. Igual podría haber partido del análisis de los precios de mercado, para terminar en las relaciones de valor, como forma fetichista de las relaciones capitalistas de producción.

En el capitalismo el tiempo de trabajo aparece como valor del tiempo de trabajo y está determinado por la necesidad social en un doble sentido: respecto al tiempo empleado para la producción de cualquier mercancía particular y respecto al tiempo requerido para producir las cantidades de las diversas mercancías que se necesitan para la consumación del proceso de reproducción. Esto no altera el hecho de que la plusvalía tiene su base en el plustrabajo; significa simplemente que el tiempo de trabajo ha de asumir el carácter de valor antes de jugar su papel en el mundo capitalista. La ganancia total generada por el capital es la plusvalía total e implica la conversión del trabajo en trabajo-salario, y de la plusvalía en capital, y a partir de ésta fluyen todas las demás conversiones, como las de la plusvalía en ganancia y la de valor en precio de producción.

El valor como tiempo de trabajo se refiere al tiempo de trabajo socialmente necesario, no al individual. Se expresa como valor de mercado de las mercancías y refleja una productividad social aproximadamente media, de la que derivan los valores individuales. Las variaciones entre las condiciones individuales de la producción en las diferentes ramas de la industria y las diferentes empresas llevan a diferencias de valor teóricamente anteriores a las desviaciones de los precios debidas al carácter cambiante de las relaciones de mercado. Las oscilaciones de los valores establecidos individualmente en torno a los valores de mercado, establecidos socialmente, experimentan una desviación ulterior por las fluctuaciones de la oferta y la demanda y aparecen, en su forma final, como precios

<sup>220</sup> *Grundrisse - Introduction to the Critique of Political Economy*, 1973. p.140.

<sup>221</sup> Marx-Engels, *Selected Works*, Vol. II, p. 461.

variables de mercado, distintos de los valores de mercado. Al igual que el valor, el valor de mercado de una mercancía no existe en cuanto tal, sino que aparece como precio concreto o como gama de precios.

El hecho de que el valor de mercado en una esfera particular de la producción difiera de los valores producidos individualmente, que dominen las relaciones de cambio, provoca tasas de ganancia diferentes en las diferentes empresas que operan con distintas condiciones de producción. Y como todas tienen que vender al mismo precio -reflejo del valor de mercado- sus ganancias son distintas. En lugar de precios diferentes, consecuencia de valores heterogéneos, hay precios aproximadamente iguales y tasas de ganancia distintas. La determinación social del valor se expresa en la competencia de precios a través de los variados intentos de los capitalistas individuales para asegurarse una tasa de ganancia suficiente para seguir en el negocio, es decir, para acercarse, alcanzar o superar la tasa de ganancia determinada por el valor de mercado de las mercancías.

Suponiendo tasas iguales de explotación en todas las empresas de una rama particular de la producción -suposición que, en el mejor de los casos, sólo será aproximadamente cierta - las diferentes condiciones de producción, que llevan a tasas de ganancia diferentes, se referirían a diferencias en las composiciones orgánicas de los diversos capitales. Este término marxiano designa la relación entre capital constante y capital variable, tanto en valor como en un sentido técnico, o sea, la relación entre el capital invertido en medios de producción y el capital invertido en fuerza de trabajo. Como la tasa de ganancia «se mide» sobre el capital total invertido, es decir, sobre la suma del capital constante y el capital variable, y como sólo este último da plusvalía, un capital de elevada composición orgánica, o sea con mayor proporción de capital constante, rendiría una tasa de ganancia inferior a la de un capital en que ocurriera lo contrario. Y así, no es solamente la determinación del valor de una mercancía particular por el tiempo de trabajo socialmente necesario lo que lleva a tasas de ganancia diferentes en una rama específica de la producción; las diferentes condiciones de producción debidas a distintas composiciones orgánicas del capital diferencian aún más las tasas de ganancia. Y mientras es concebible, y en cierta medida incluso cierta, que las condiciones de producción de una rama particular de la producción son cada vez más homogéneas a causa de la concentración del capital, esta homogeneización no se vislumbra para ramas totalmente diferentes de la producción, aunque también en este caso la concentración de capital provoque una tendencia en esa dirección que, sin embargo, se ve frenada por los aspectos del valor de uso de la producción de capital.

Cada esfera de la producción produce lo que se requiere de, sus mercancías particulares merced a la demanda dominante, tal como la determinan la expansión del capital y el sistema global. Aunque subordinados al valor de cambio, los requerimientos de valores de uso necesarios en la producción de capital se imponen a través de la competencia capitalista dentro y entre las diferentes ramas de la producción. El capital vaga de una rama a otra en busca de las ganancias mayores y con esos desplazamientos establece una especie de tasa de ganancia media social o general. Por supuesto, «la ganancia real se desvía del nivel medio ideal, que sólo se establece por un proceso continuo, por una reacción, y esto únicamente tiene lugar durante períodos largos de circulación del capital. La tasa de ganancia es unos años más alta en unas ramas y más baja en los años siguientes. Considerando todos esos años en conjunto, o series enteras de evoluciones de ese tipo, obtendríamos *en general* la ganancia media, que nunca aparece como algo dado, sino como el resultado medio de oscilaciones contradictorias»<sup>222</sup>.

La mecánica de este proceso consiste, pues, en el establecimiento de precios de mercado en las distintas ramas de la producción y en la igualación de las tasas de ganancia en todas las ramas de la producción mediante movimientos de capital de una a otra. Los precios resultantes constituyen los precios de coste de los capitalistas, es decir, los precios que ellos han de pagar por las mercancías que entran a formar parte de su producción. Como los elementos de la producción se compran en el mercado; los precios de coste son precios de producción, pues ya incluyen la ganancia capitalista. Relaciones de valor y relaciones de precio se hallan inextricablemente mezcladas. Desenredarlas exige un *experimento mental* que separe, en el precio de producción, los componentes de valor y los componentes de ganancia. Si se considera el conjunto de la sociedad, no sólo es posible, sino bastante realista colocar a un lado la suma total de los precios de coste y a otro la suma total de las ganancias, como los dos componentes del valor -tiempo de trabajo- total empleado en la producción. Mirando el capitalismo desde este punto de vista está claro que, sea cual fuere la composición de los precios de producción, todos los precios reales juntos no pueden expresar otra cosa que el valor total y la plusvalía total de las mercancías compradas en el mercado. En este sentido, y según Marx, «la ley fundamental de la competencia capitalista que regula la tasa general de ganancia y los precios determinados por ella, se basa en la diferencia entre los valores y los precios de coste de las mercancías, y hasta en la posibilidad resultante de vender una mercancía con ganancia incluso por debajo de su valor»<sup>223</sup>.

<sup>222</sup> *Theories of Surplus-Value*, Vol. III., p. 463.

<sup>223</sup> *Capital*, ed. Kerr, Vol. III, p. 50.



En el mundo capitalista real, lo único que cuenta es lograr un precio de venta que se sitúe lo bastante por encima del precio de coste como para aproximarse a la tasa general de ganancia. Esta tasa es el punto de orientación que determina las reacciones de los capitalistas ante los hechos del mercado. Las diferencias en las, tasas de ganancia se perciben comparando los precios de mercado con los precios de coste. En cada rama de la producción, la tasa media de ganancia determina la expansión de los capitales individuales en el sentido de que una tasa de ganancia baja retraerá las inversiones nuevas e incluso eliminará capitales de rentabilidad insuficiente. El capital se moverá hacia otras ramas de producción con tasas de ganancia comparativamente más altas que ofrecen la posibilidad de una expansión ulterior y rentable del capital. En palabras de Marx: «Una caída de la tasa de ganancia por debajo de la media ideal en cualquier rama concreta, si se prolonga, basta para provocar una retirada de capitales de esa rama o para impedir la entrada en ella de la cantidad media de capitales. Pues es el aflujo de capitales nuevos, más aún que la redistribución de capitales ya invertidos, lo que homogeneiza la distribución del capital entre las diferentes ramas... Tan pronto como se pone de manifiesto de un modo u otro una diferencia (de ganancias) comienza una entrada o salida de capitales en determinadas ramas. Aparte de que este acto de igualación requiere tiempo, la ganancia media en cada rama sólo se manifiesta en la ganancia total obtenida, por ejemplo, en un ciclo de siete años, etc., según la naturaleza del capital. Las simples fluctuaciones, por encima o por debajo de la tasa general de ganancia, si no superan el grado medio y no asumen formas extraordinarias, no bastan para provocar la transferencia de capital, y además la transferencia de capital fijo presenta ciertas dificultades. Los *booms* momentáneos sólo pueden tener un efecto limitado, y es más probable que atraigan o repelan nuevos capitales que no una redistribución de capitales ya invertidos en las diversas ramas. Está claro que todo esto entraña un movimiento muy complejo en el que, por un lado, los precios de mercado en cada rama particular, los precios de coste relativos de las diferentes mercancías, la posición respecto a la demanda y la oferta dentro de cada rama, y, por otro lado, la competencia entre los capitalistas de las diferentes ramas juegan su papel, y además, la velocidad del proceso de igualación, su mayor o menor rapidez, depende de la composición orgánica concreta de los diferentes capitales (más capital fijo o más capital circulante, por ejemplo) y de la naturaleza particular de sus mercancías, es decir, de si su naturaleza como valores de uso facilita una retirada rápida del mercado y el aumento o la disminución de la oferta, de acuerdo con el nivel de los precios de mercado»<sup>224</sup>.

Sea cual fuere la complejidad de este proceso, la tasa general de ganancia sólo puede entenderse con referencia a las relaciones sociales de valor. Estas relaciones, sin embargo, no son algo dado de lo que se deduzca la tasa general de ganancia; al contrario, la existencia de una tasa general de ganancia requiere una explicación coherente con el proceso de la producción material en su forma capitalista y nos lleva necesariamente a relaciones entre tiempos de trabajo. Sin el concepto de valor, la tasa media de ganancia «sena puramente imaginaria e insostenible. La igualación de la plusvalía en las diferentes ramas de la producción no afecta a la magnitud absoluta de la plusvalía social total, sino simplemente a su *distribución* entre las diferentes ramas de la producción. Sin embargo, la *determinación de esta plusvalía* sólo emana de la, determinación del valor por el tiempo de trabajo. Sin esto, la ganancia media es la *media de nada*, pura fantasía. Y lo mismo daría que fuese del 1000 por 100 que del 10 por 100»<sup>225</sup>. Por otro lado, la tasa media de ganancia no se puede deducir directamente de las relaciones de valor, sino que requiere la mediación de la competencia de capitales, aunque la competencia no pueda aumentar ni disminuir la plusvalía dada. Sólo puede influir en su distribución.

La experiencia dice a los capitalistas que no es posible fijar arbitrariamente las tasas de ganancia. No pueden hacer nada con los precios de mercado que constituyen sus costes de producción; son lo que son, y están determinados por los valores en tiempos de trabajo y por la ganancia media incorporada a ellos. De modo singular, sus precios de venta están limitados por la situación de la competencia en sus respectivas ramas de producción. La ganancia acostumbrada es la expresión empírica de la tasa media de ganancia. Esa es la ganancia que el capitalista espera conseguir mediante la inversión de su capital -sea grande o pequeño en cualquier tipo de negocio. Circule más rápido o más lento su capital, venda sus productos en mercados cercanos o remotos, él cuenta en todos los casos con obtener la ganancia acostumbrada en sus inversiones durante un período, de tiempo definido, y fija sus precios en consecuencia. «Todas aquellas circunstancias -escribía Marx- que hacen rentable una línea de producción, o disminuyen la rentabilidad de otra, se tienen en cuenta como motivos legítimos de compensación, sin que sea necesaria la acción siempre renovada de la competencia para demostrar la justificación de tales pretensiones... Todas las pretensiones de compensación que los capitalistas esgrimen mutuamente al calcular los precios de las mercancías de las diferentes líneas de producción repiten de otro modo la idea de que todos los capitalistas tienen derecho, proporcionalmente a la magnitud de sus respectivos

<sup>224</sup> *Theories of Surplus-Value*, Vol. III, p. 463.

<sup>225</sup> *Ibid.*, p. 190.

capitales, a una parte igual del botín común, de la plusvalía total»<sup>226</sup>.

Como las tasas de ganancia no se pueden igualar en el proceso de producción, la tasa media de ganancia sólo se puede formar en la esfera de la circulación, donde no importan las diferencias en la tasa de plusvalía, pues aquí lo que se iguala es la tasa general de ganancia es el total de la plusvalía, su masa. La distribución de la plusvalía total social de acuerdo con las necesidades de la producción de capital halla su expresión de mercado en las relaciones competitivas de la oferta y la demanda, en la super o subproducción de las diferentes ramas, en sus correcciones y en las variaciones de precio que llevan aparejadas, y merced a todo lo cual se transfiere la plusvalía de una rama de la producción a otra. Y así, aunque cada empresa capitalista se esfuerza por conseguir un máximo de trabajo no pagado, sus ganancias no dependen de la plusvalía extraída de su propia fuerza de trabajo, sino que están determinadas por la cantidad de capital que controla y por la tasa media de ganancia. Como éste es un proceso continuo, que afecta en diferente grado a todas las ramas de la producción, la «transferencia» de plusvalía de una rama a otra no es observable. Con todo, no hay otra manera de explicar una tasa igual de ganancia para los diversos capitales que la existencia de una masa común de plusvalía, cuya distribución viene determinada por los requerimientos del conjunto del sistema.

De un modo bastante complicado, los movimientos de la ganancia provocan movimientos de capital, y los movimientos de capital movimientos de la tasa de ganancia, en un proceso incesante en el que se entremezclan producción y cambio, imposible de detener y disociar -salvo de una manera puramente conceptual- para aislar todos los componentes interconectados que conforman juntos los procesos de producción y distribución sociales. Pero una cosa, al menos, sigue siendo cierta: con independencia de cómo se distribuya la masa de la plusvalía entre los capitales individuales, la masa de la ganancia, o de la plusvalía, no puede ser sino la plusvalía total generada en el proceso social de producción. Pero las complicaciones de la producción social son tan grandes que imposibilitan por completo en la práctica calcular el contenido específico de valor que tienen los precios de las mercancías, o deducir de sus precios ese contenido en valor. Desenredar ese embrollo es sólo una posibilidad teórica, una disociación mental de algo que en la realidad no se puede separar; los precios de mercado de sus valores de mercado, los precios de coste de los precios de producción, o el valor de la fuerza de trabajo de su modificación por las desviaciones de

los precios de producción respecto a los valores de las mercancías que constituyen el capital variable.

Todo esto sería distinto si fuese posible reconocer en las relaciones de precios las subyacentes relaciones de valor, aunque esto tampoco sería sino un ejercicio académico de nulas consecuencias prácticas. Pues el sistema capitalista sólo puede existir como sistema de precios, aunque encuentre en las relaciones de valor como tiempo de trabajo su regulación no buscada, sus posibilidades y sus limitaciones. La ley del valor, que se refiere a necesidades generales que se imponen ciegamente dentro del sistema capitalista de producción y cambio, no es una entidad independiente de las relaciones entre precios, una entidad con la que éstas puedan compararse, sino las relaciones de precios mismas, vistas en el contexto de una producción social que es producción de capital. Por ello no existe ninguna ley del valor en cuanto categoría económica concreta; se trata más bien de una manera de mirar a la sociedad capitalista desde el punto de vista de necesidades ineludibles, una manera de reconocer que esas necesidades han de ser atendidas mediante un trabajo social y la asignación de este trabajo en proporciones definidas, es decir, con cantidades determinadas de tiempo de trabajo que asume la forma de valor precisamente porque se expresan en precios. Este reconocimiento de las relaciones sociales reales de la producción de capital es lo que se denomina ley del valor.

Por parte de la burguesía, y de todos aquellos que se sienten satisfechos con el sistema capitalista, cualquier preocupación por las relaciones de valor como relaciones entre tiempos' de trabajo sería una perversidad innecesaria, un lujo que los economistas clásicos todavía se podían permitir en aquella temprana etapa del desarrollo capitalista, pero que resulta altamente perjudicial en una etapa más avanzada y con una creciente polarización de las relaciones de clase. Vino como llovido del cielo que la forma precio del valor cubriera no sólo las relaciones de explotación en su misma fase, sino también el carácter de productora de valores de la producción misma. Pues en la forma precio «se aparta de la observación directa la base de la determinación del valor... (y) ... es muy natural que el capitalismo perdiera el significado del término valor en esta coyuntura. Y es que él no se enfrenta al trabajo total puesto en la producción de mercancías, sino solamente a la parte del trabajo total que él ha pagado en forma de medios de producción, sean vivos o muertos, por lo que esa ganancia se le presenta como algo ajeno al valor inmanente de las mercancías. Y ahora su concepción está plenamente respaldada, fortalecida y osificada por el hecho de que, desde el punto de vista de su particular rama productiva, la ganancia no está determinada por los límites que traza la formación del valor dentro de su

<sup>226</sup> *Capital*, ed. Kerr, Vol, III, p. 246.

propio círculo, sino por influencias exteriores»<sup>227</sup>. Por tanto, esto era entonces discreción e ignorancia a la vez, pero pronto fue sólo ignorancia, por parte de los capitalistas, ignorancia que les hizo olvidar las relaciones reales de producción y cambio y aferrarse a la apariencia exterior que adoptaban en el mercado.

En realidad, el valor de las mercancías es la magnitud que existe en primer lugar, teóricamente hablando, y comprende la suma de los salarios, las ganancias y la renta totales, al margen de sus cantidades relativas, expresadas en precios. Esas magnitudes están también al final del análisis, si se considera el sistema en su totalidad, como debe ser, con independencia de cómo se distribuyó la plusvalía entre los capitalistas vía la «transformación» de los valores en precios de producción. Y aunque no es posible relacionar directamente los precios de las mercancías individuales con sus valores, no puede haber duda de que el total de los precios no representa otra cosa que las relaciones de valor dominantes en la sociedad capitalista.

---

<sup>227</sup> *Capital*, ed. Kerr, Vol, III, p. 199.



# CIENCIAS SOCIALES

## ECONOMÍA

Paul Mattick nació en Alemania en 1904, y vive desde 1926 en los Estados Unidos. Fundó un periódico en lengua alemana, "Chicagoer Arbeiterzeitung", fue redactor de las revistas "International Council Correspondence", "Living Marxism" y "News Essays" y colaborador de "Zeitschrift für Sozialforschung". Sus obras principales son: *Arbeitslosigkeit und Arbeiterbewegung in der USA 1929-1935* (Desempleo y movimiento obrero en Estados Unidos 1929-1935), *Marx und Keynes* (edición alemana, 1971), *Kritik der Neomarxisten* (edición alemana, 1974, de próxima publicación en castellano por Ediciones Península).

La interconexión cada vez más estrecha de la economía mundial, la aparición de gigantescas corporaciones multinacionales, así como los síntomas cada vez más evidentes de crisis que caracterizan a la evolución económica posterior al período de prosperidad de postguerra —inflación, agudización de la concurrencia, formaciones monopolistas, estancamiento— destacan la necesidad de una discusión renovada y más profunda en torno a la crisis y a las teorías de la crisis. En el ensayo principal de este libro Paul Mattick desarrolla, por las razones apuntadas, a partir de una exposición y de una crítica tanto de las teorías de la crisis elaboradas por la economía burguesa (hasta Keynes) como de las de Marx y sus continuadores (sobre todo R. Luxemburg, Hilferding, Grossmann, Mandel), una teoría de las leyes actuales de la crisis en la llamada "economía mixta" de los países capitalistas. / EDICIONES PENÍNSULA.

Crisis y teoría de la crisis



Paul Mattick